



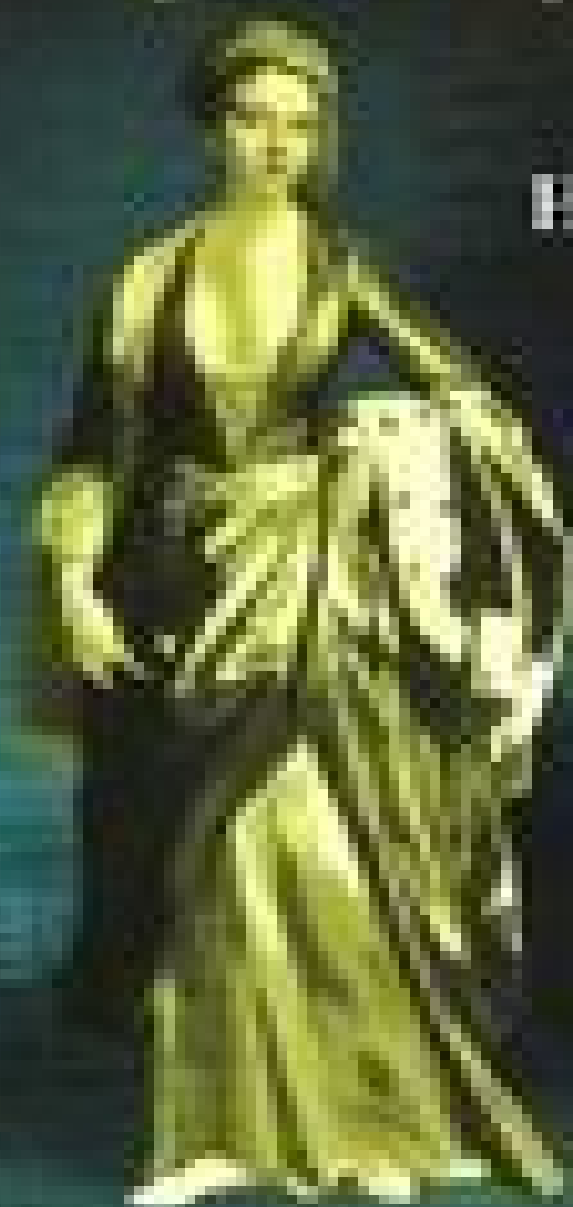
cartas desde

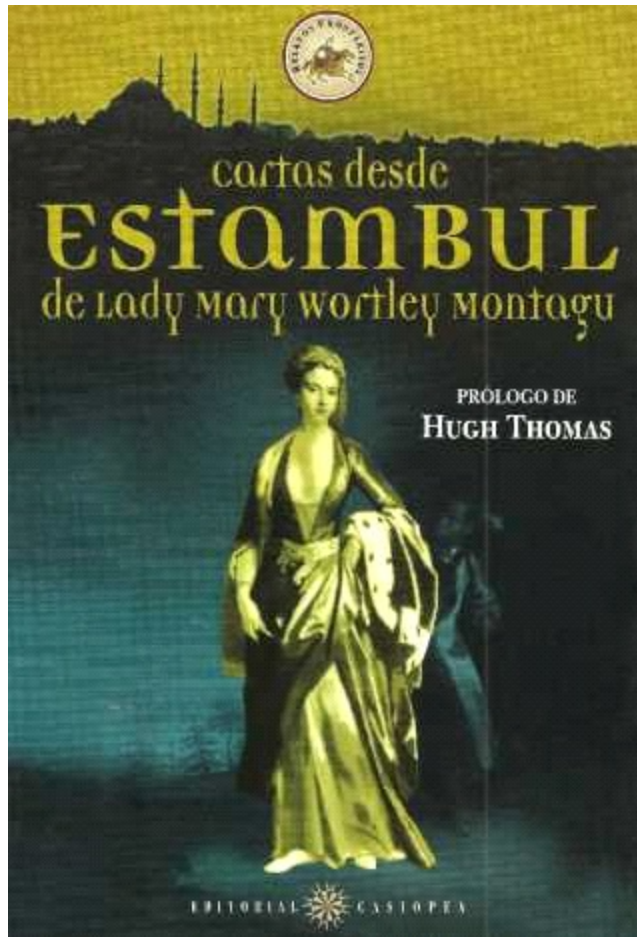
ESTAMBUL

de lady Mary Wortley Montagu

PRIME EDITION BY

HUGH THOMAS





Lady Mary Wortley Montagu
CARTAS DESDE ESTAMBUL



CARTAS DESDE ESTAMBUL
de
Lady Mary Wortley Montagu

Prólogo: Hugh Thomas

Traducción: Celia Filipetto

Prefacio, Revisión y Traducción Francesa: Víctor Pallejà de Bustinza

EDITORIAL  CASIOPEA

Editora: Marta Fonolleda

Director de la Colección: Víctor Pallejà de Bustinza

Diseño de la colección: Original i Còpia

Diseño de la cubierta: Pablo Martínez

Ilustración de la cubierta: A partir de un fragmento del retrato de
Lady Mary Wortley Montagu de Jonathan Richardson, senior

Primera Edición: Noviembre, 1998

Editado por Editorial Casiopea

Borí i Fontestà, 8 08021 Barcelona

Printed in Spain por Grup 4

ISBN. 84-923649-4-7 / Depósito legal: B-46629/98

PRÓLOGO

Lady Mary Wortley Montagu

Autor: Hugh Thomas

Lady Mary Wortley Montagu, aristócrata inglesa del siglo XVIII, mujer ingeniosa, feminista precoz, pionera en temas de medicina, viajera infatigable, polemista ocasional y, sobre todo, epistológrafa de primera, fue considerada por Voltaire, a quien conoció, como muy superior a madame de Sévigné, pues ésta sólo escribió sobre Francia, mientras que lady Mary escribió sobre el mundo y para el mundo. Resulta agradable pensar que algunas de las brillantes cartas de esta dama culta y audaz se publiquen en España. A pesar de que lady Mary conoció bien Francia e Italia, así como el Imperio Otomano y, en menor medida, Viena, jamás estuvo en España y sus contactos con este país fueron escasos. No obstante, es cierto que fue cortejada por Edward Vernon, el almirante que más tarde capturará Portobello aunque no consiguió repetir la hazaña con Cartagena de Indias, y que trató al marqués de Campoflorido, embajador español ante la República Veneciana en la década de 1740. En 1717, lady Mary conoció en Viena a unos españoles “de ambos sexos, dueños todos de una vivacidad y una generosidad de sentimientos como las que antiguamente se atribuían a su nación, y si pudiera creer que todo el reino es como ellos, no me quedaría ahora más que desear acabar mis días en esas tierras”. Por lo demás, para ella, España no salió nunca del dominio de su imaginación.

Lady Mary nació en 1689 con el modesto nombre de Mary Pierrepont. Era hija de Evelyn Pierrepont, aristócrata *whig*, hombre inteligente pero despreocupado quien, como muchos otros de su misma condición, sacó buen partido de la revolución democrática de 1688 que expulsó al rey católico y aristócrata, Jacobo II. En 1690, el padre de lady Mary heredó una fortuna y el condado de Kingston y poco antes de morir había conseguido los títulos de marqués y duque. Tal vez no habría que otorgar mayor importancia al hecho de que los últimos verdugos de Gran Bretaña se apellidaran Pierrepont, aunque sospecho que descendían de un miembro bastardo de su familia de Nottinghamshire.

La madre de Mary fue otra lady Mary, hija del conde de Denbigh. Lo más interesante, sin embargo, es que era además una Fielding, por lo que Mary era prima segunda del novelista Henry Fielding, cuyas obras *Tom Jones* y *Amelia* han cautivado a tantos lectores desde mediados del siglo XVIII.

Lady Kingston —tal era su título por entonces— murió cuando Mary apenas tenía cuatro años y la escritora de cartas pasó su niñez con sus hermanas y su hermano al cuidado de la abuela paterna, Elizabeth Pierrepont, en una amplia casa solariega de estilo jacobita, cerca de Salisbury. Esa abuela era prima de John Evelyn, el cronista, de manera que muy bien podría decirse que el gusto por la literatura existía en ambas ramas de la familia de Mary. Lady Mary dijo de su padre que “si bien era

un hombre de natural honrado, se abandonaba a sus placeres y... no se creía obligado a dedicar excesiva atención a la educación de sus hijos”. Según el decir de sus contemporáneos, “contaba con buenas propiedades, es un excelente caballero, sensato, bien educado, amante de las damas, por completo dedicado a los intereses de su país; tiene buena figura, tez oscura [es decir, morena], es bien plantado...”. Las “buenas propiedades” de lord Kingston incluían una notable colección de libros en su biblioteca que Mary leyó con fruición siendo aún muy joven. En ella figuraban no sólo las obras de teatro de Congreve, Dryden, Otway, sino también de Moliere y Corneille. No tardó lady Mary en embarcarse con los poetas latinos, comenzando por Ovidio y, a los trece años, dominaba el latín con tanta maestría como cualquier hombre educado de la época.

En 1707 con la reina Ana firmemente establecida en el trono, Mary pasó su primera temporada en Londres, en casa de su padre, donde comenzó a conocer a la gente de la alta sociedad. En 1708 volvió a pasar una temporada en Londres. Los pretendientes comenzaron a asediarse y, aunque era más bien menuda y no una gran belleza, tenía mucho atractivo y mayor vivacidad. Su amiga Anne Wortley Montagu le presentó a su hermano mayor, Edward, quien pasó a ser su principal pretendiente—el padre de Edward y Anne había añadido al apellido Montagu el de “Wortley” al casarse con la hija ilegítima de sir Francis Wortley—. Había viajado mucho, era un buen orador que entró a formar parte del parlamento en su juventud y que le llevaba diez años a Mary, aunque tenía una formación muy parecida a la de ella. Aunque menos cultivados, los Montagu pertenecían a una antigua y rica familia que poseía varios títulos nobiliarios; durante mucho tiempo, Edward fue heredero del condado de Sandwich. Un hombre prometedor en todos los sentidos. Pero necesitaba una esposa.

El padre de Mary se opuso a que su hija se casara con Edward Wortley Montagu. Tal vez el viejo fue lo bastante sagaz como para darse cuenta de que su brillante hija necesitaba un hombre más ardiente y enérgico. De todos modos, intentó mantenerla en el campo, alejada de las tentaciones. Era entonces uno de los líderes más destacados de la alta sociedad de su época y debió de hacer falta mucho valor y determinación para desafiarlo. De todas maneras, Mary intercambió con él muchas cartas y además hizo una traducción de *Enquiridión*, de Epicteto, un manual que recoge el pensamiento estoico de su autor. Conoció también a otros posibles aspirantes a su mano lo que provocó en Edward violentos ataques de celos. Más tarde, Mary sostuvo haber recibido un número tan vasto de ofertas que “lo que le quitaba el sueño era con quién quedarse... pero tenía claro al menos dos aspectos: que iba a casarse con alguien y que no lo haría con el hombre que su padre le indicase”.

La hostilidad del padre enfurecía a Mary y, en cierto modo, contribuyó a que la idea del matrimonio la entusiasmara más de lo que hubiera ocurrido en otras circunstancias. Al parecer nunca amó a Edward, pero de todos modos se fugó con él. El padre de Mary tardó años en perdonarla, pero de inmediato la sociedad la recibió bien; tal vez fuera ése su propósito, no por pura ambición social, sino porque ansiaba contar con un público propio.

Desde el principio, el matrimonio de Mary fue bastante insatisfactorio. Ella buscaba afecto, pero consumado el matrimonio, Edward se volvió negligente y despreocupado. Tuvieron un hijo, Edward, después de lo cual Edward padre se dedicó a su carrera parlamentaria. No tenía un pelo de tonto; Mary lo había atraído por su excelente dominio del latín, era amigo de Addison y éste le dedicó el segundo número de *Tatler*. De todas maneras, parece ser que Mary contribuía a poner de manifiesto las peores cualidades de su marido. Nunca dio la impresión de interesarse por ella ni por sus hijos. Los primeros años de casada de esta mujer habrían sido de lo más ingratos de no haber sido por su

buen humor y su éxito al trabar amistad con hombres de letras como Joseph Addison, John Gay y, sobre todo, con Alexander Pope, el poeta tullido, que la adoraba. Lady Mary llegó incluso a ayudar a Addison en algunos de sus ensayos y los versos de la dama, de inspiración clásica, tenían influencias de Pope y Gay. Estos escritos delicados eran transmitidos de mano en mano por un grupo de admiradores cada vez más entusiasta, a los que no tardó en sumarse la princesa de Gales, la inteligente princesa Carolina, futura reina de Jorge II.

En el año 1716, momento crucial en su vida que, en cierto modo, vino a compensar el sombrío declive de su matrimonio, se produjo el sorpresivo nombramiento de su marido como embajador ante el Imperio Otomano de Constantinopla. Más tarde, Lady Mary le diría a Joseph Spence, conocido escritor de crónicas de sociedad, que “siempre la habían deleitado los romances y libros de viajes” de modo “que quedó encantada ante la idea de viajar al Este, pues llegaría más lejos que ninguna otra persona... de manera que partía con todo el placer imaginable”. El viaje también formaba parte de la aventura, porque ella, Edward y su hijo hicieron la mayor parte del recorrido por tierra, o por aguas del Danubio, pasando por Viena. Amiga del género epistolar, comenzó a escribir cartas a gran escala. El placer que las misivas procuraban a quienes las recibían era para ella motivo de satisfacción, como suele ocurrir con los grandes escritores de cartas, amaba el acto mismo de escribir. Entre los destinatarios de sus cartas escritas desde el continente, que conocía por primera vez, se contaban la princesa de Gales, su hermana, casada con un conde jacobita escocés que vivía en el exilio y, principalmente, el poeta Pope, quien por esa época se creía enamorado de ella y le escribió algunas comprometedoras y excesivamente efusivas. La carta de Lady Mary a Pope fechada el 1 de abril de 1717 en la cual compara el cinturón de Menelao de la traducción del poeta de la *Ilíada* con los que lucían los nobles del imperio otomano constituye un despliegue encantador de erudición.

Estas misivas, como demuestra la colección presentada por la Editorial Casiopea, incluían no sólo descripciones gráficas de lo que Lady Mary vio sino también sus originales puntos de vista. Por ejemplo, en Sofía, capital de Bulgaria, se presentó de incógnito, con su traje de amazona en un famoso baño público —sabemos que su descripción influyó en Ingres cuando pintó “Le bain turc” en 1862. Nos cuenta que “todas las bellezas de Viena” tenían unas gotas de sangre húngara, comentario que me hicieron a mí en Viena en pleno siglo XX. Reflexiona, además, que si la gente tuviera la costumbre de ir desnuda, no nos fijaríamos precisamente en la cara. En otra carta nos ofrece una deliciosa descripción de las encantadoras bañistas quienes, al ver su corsé, dedujeron que se trataba de un artilugio en el que la había encerrado su dominante marido. Una dama le comentó a su amiga que “los maridos de Inglaterra son mucho peores que los de oriente porque... encierran a sus esposas en pequeñas cajas con la forma de sus cuerpos...” Todas convinieron en que se trataba de una de las mayores barbaridades del mundo y se apiadaron de las pobres mujeres europeas por semejante esclavitud.

El nuevo embajador y su vivaz esposa vivieron al principio en Adrianópolis y posteriormente en la capital misma. En ambos lugares, la embajadora se empeñó en ver por sí misma y con gran curiosidad las vidas y costumbres de los turcos y sus súbditos. En Adrianópolis, por ejemplo, solía emprender expediciones en solitario, vestida a la turca, con un pesado velo y túnicas hasta los pies. Visitó harenes turcos. De este modo se dio cuenta de que las turcas, vestidas con trajes similares, vivían una permanente farsa, no reconocidas por sus maridos a quienes con frecuencia engañaban. Lady Mary se mostró encantada. Qué bonito descubrir que las turcas eran mucho más libres de lo que ella había supuesto. “Como podrás imaginar fácilmente”, le escribe a su hermana, “el número de esposas fieles se reduce mucho en un país donde nada tienen que temer de la indiscreción de sus

amantes... En general, considero a las mujeres turcas como las únicas personas libres del imperio”.

La Embajada Británica en Constantinopla estaba en Pera, donde disfrutaba de la hermosa vista del Bósforo; en palabras de Byron, “la misma vista / que encantó a la encantadora lady Montagu”. Acompañada de una princesa cristiana de Transilvania, aparentemente se vistieron de hombres para poder ver la iglesia única de Santa Sofía, convertida en mezquita en 1453, del mismo modo que la Alhambra pasó a ser catedral en 1492 —digo “aparentemente” porque como sin duda eso fue lo que le contó a alguien, por su parte, lady Mary dio una versión más prosaica. Como es evidente, ambas mujeres tuvieron que descalzarse al entrar, con lo cual Mary se tambaleaba al andar porque estaba acostumbrada a llevar tacones. Su amiga lloró emocionada al contemplar las reliquias cristianas allí conservadas y Mary tuvo que advertirle: “¿Se ha detenido a pensar en dónde está...? ¿Y en lo que podría costarle si la descubriesen?. Yo podría salir con bien alegando que el señor Wortley es embajador en este país, pero si la descubren a usted, sabe ya que una muerte cruel sería la consecuencia. Si hasta me parece ver la hoguera encendida. ¡Por el amor de Dios, deje de lloriquear!” Casi siempre vestida a la turca, visitó el palacio del Sultán y estuvo en el bazar. Aprendió turco y dio a luz a una hija, a la que puso el nombre de Mary. También llegó a la conclusión de que los esclavos del Imperio Otomano no estaban peor que los sirvientes. “No puedo dejar de aplaudir la humanidad de los turcos hacia esas criaturas”, le escribía en abril de 1718 a lady Bristol, al referirse a los esclavos, “nunca son mal utilizados y su esclavitud no es, en mi opinión, peor que la servidumbre en todo el mundo”.

Su mayor proeza en Constantinopla fue de tipo médico. En 1714, el doctor Timoni, el médico más eminente de aquella ciudad, había escrito un artículo en los anales de la Royal Society de Londres sobre la posibilidad de inocular a las personas para prevenir que contrajeran la viruela. El hermano de Mary había muerto de esta enfermedad —Mary consideraba que “la paz y la felicidad de su corta vida” habían sido destruidas por su padre al insistir en “casarlo con una muchacha tonta e infantil para hacerse con su fortuna antes de que el pobre pudiera elegir por sí mismo”—, y ella misma la había padecido en 1715. Había quedado con la piel profundamente marcada y sin pestañas. En 1718 sometió a su único hijo a la dura prueba de la inoculación: ella misma le aplicó la vacuna en el brazo. En la carta de abril de 1718 que Mary dirigió a Sarah Chiswell, incluida en la presente colección, el lector encontrará todos los detalles.

Las cartas enviadas desde la embajada, publicadas con gran éxito en la década de 1760 y en varias ocasiones posteriores, demuestran que Mary puede ser considerada muy bien como una gran europea de la Ilustración. En ellas se descubre que la autora había desarrollado tanto una sofisticación intelectual como una habilidad literaria. Contribuyeron también al notable intercambio de ideas entre el islam y el cristianismo. “Como verá usted, señor”, le decía lady Mary a un amigo francés, el abad Conti, que había visitado Londres el año anterior, “estas gentes no son tan poco refinadas como nosotros las describimos. Ciertamente es que su magnificencia tiene un gusto distinto del nuestro, quizás mejor. Tiendo a opinar que poseen una idea acertada de la vida”. Convendría destacar que “las cartas” no son ejemplos de correspondencia normal, sino que, según lo expresa el meticuloso profesor Halsband, “son una colección de pseudocartas, fechadas y dirigidas a personas a las que se nombra o no. Aunque queda claro que se trata del registro exacto de sus experiencias y observaciones durante sus dos años de estancia en el extranjero, cabe preguntarse hasta qué punto se basan en misivas reales. ¿No serán acaso unas memorias de viajes en forma de cartas, género literario popular desde el Renacimiento? En opinión de su inteligente nieta, Louise Stuart, Mary sacó estas cartas de un diario que había escrito desde la embajada. De hecho, según Halsband, al parecer

sólo dos largos episodios, su pormenorizado relato del peligroso viaje por las llanuras de Hungría y su viaje por el Mediterráneo provienen de dicha fuente”. Halsband concluye que “en general, lady Mary compiló sus *Cartas* a partir de misivas por ella enviadas que luego corrigió trasponiendo párrafos o bien manipulándolas para obtener una colección más artística. En cuanto a las dos cartas que en la versión publicada se describen como “copia exacta”, es evidente que las consideró lo bastante adecuadas como para incluirlas “*in toto*”. Halsband añade que es “seguro que su intención era publicar las cartas, aunque no mientras ella viviera”. En 1724 le prestó los álbumes en los que se estaban recogidas a Mary Astell, la feminista y panfletista, que escribió un exuberante prefacio en las páginas en blanco al final del segundo volumen. Al abandonar Inglaterra en 1739, lady Mary se llevó los álbumes.

Veintidós años más tarde, en el viaje de regreso a su país, cuando se vio retenida en Rotterdam por el mal tiempo, conoció a un clérigo inglés a quien le confió los álbumes con la inscripción: “Se entregan estos dos volúmenes al reverendo Benjamín Snowden, ministro en Rotterdam, para que disponga de ellos como crea oportuno...”. En mayo de 1763, menos de un año después de su muerte, se publicaron las cartas sin permiso de su familia, a partir de una copia imperfecta del manuscrito. En esta obra se basaron todas las ediciones de las *Cartas* hasta 1863, ocasión en que se utilizaron por primera vez los álbumes.

En junio de 1718, el cargo de embajador de Edward tocó inesperadamente a su fin; al parecer, un colega, que ya era embajador en Viena, le arrebató el puesto y, finalizada la guerra austro-turca, ordenaron su retirada. Mary se mostró consternada pues había supuesto que el mandato habría durado varios años, pero no les quedó más remedio que regresar. En su última carta desde Constantinopla dirigida al abad Conti se planteaba la pregunta retórica: “¿Existe acaso un estudio más beneficioso que el estudio del placer presente?” En consecuencia, los Wortley Montagu viajaron a Génova en un barco de la marina británica y de camino pasaron por lugares de interés como Troya, Cartago, Livorno y Génova. Desde Génova dejaron que sus dos hijos prosiguieran viaje por mar y ellos continuaron vía Turín, el puerto del monte Cenis y Lyon hasta París, donde se quedaron aproximadamente doce días. Por esa época, John Law, el brillante financiero escocés, reinaba en París como virtual dictador de la economía y Mary, que continuaba escribiendo largas cartas, le refirió a Anne Thistlethwayte cuán agradable le resultaba que Law tratase a los “duques y pares (franceses) extremadamente *de haut en bas*, y es tratado por ellos con la mayor sumisión y respeto... Esta reflexión acerca de su abyecta esclavitud me recuerda la Place des Victoires, pero no le haré perder el tiempo ni perderé el mío con tales descripciones...” —En la Place des Victoires hay una estatua de bronce de Luis XIV sobre un pedestal de mármol blanco con un esclavo en bronce en cada esquina.

De regreso en Inglaterra, Edward Wortley Montagu retomó su actividad política y renovó sus esfuerzos por situarse en el gobierno. Pero nunca consiguió otro puesto; por entonces los cargos políticos eran mucho más escasos que en nuestros días. Tampoco heredó el condado de Sandwich, pues un primo suyo tuvo inesperadamente un hijo —quien más tarde iba a inventar el sandwich. No obstante, Edward consiguió hacer una gran fortuna gracias a su hábil explotación de las minas de carbón que poseía en el norte de Inglaterra.

Entretanto, Mary, que rondaba entonces los treinta años, pasó a ser una dama de mucho éxito en la ciudad; vivía en Covent Garden y tenía una residencia campestre en Twickenham. Gozaba tanto de la simpatía del Rey de habla alemana como de la de la corte alternativa y más sofisticada del

príncipe de Gales en Leicester House. Pope seguía amándola y fue su influencia lo que la convenció de vivir en Twickenham, donde Pope tenía una casa. Mary también escribía poemas y también se publicó, aunque sin su permiso, una brillante carta suya dirigida al abad Conti desde Constantinopla. Predicaba las virtudes de la inoculación contra la viruela, hizo someter a este tratamiento a su hija y la princesa Carolina decidió probar el método en la familia real. Posteriormente, Mary sería muy elogiada; en su *The Plain Dealer*, Richard Steele también la alabó y rindió homenaje a su “divino placer” por salvar miles de vidas.

La gente comentaba sus agudezas. Ocurrió que lady Sundon visitó un día a la formidable Sara, la duquesa viuda de Marlborough, luciendo unos pendientes de brillantes que le habían regalado como soborno por asegurarle un puesto en la corte a cierta conocida noble. Al marcharse, la duquesa se volvió a Mary y le comentó: “¿Cómo es posible que esa mujer tenga la desfachatez de pasearse exhibiendo ese soborno?” Mary le contestó: “Señora, ¿cómo conseguiría usted que la gente se entere dónde se vende vino si no cuelga un cartel en la puerta?” Fue Mary quien, al referirse al talentoso cortesano lord Hervey, autor de las memorias políticas más ingeniosas del siglo XVIII y homosexual al menos a media jornada, dijo: “Hay tres sexos, hombres, mujeres y Herveys”. Cuando conoció a Voltaire, el escritor le entregó su *Ensayo sobre poesía épica* que había escrito en inglés. Mary le dijo que no creía que lo hubiese escrito él pues el inglés era demasiado bueno para que fuera suyo y demasiado pobre para venir de una persona distinguida.

Mary fue además una persona afortunada; se hizo amiga de una muchacha llamada Maria Skerret, a la que conoció en Richmond Park. Según ella, se trataba de una amistad nada distinguida. Sin embargo, la Skerret se convirtió en amante del poderoso primer ministro sir Robert Walpole quien, al final de sus días, acabó casándose con ella. Este hecho dio a Mary un sorprendente acceso al poder político real y durante una época dirigió una publicación cuyo fin específico era apoyar el ministerio de Walpole.

Mas este paraíso de éxito social y literario estaba plagado de serpientes. En primer lugar, el matrimonio de Mary era un completo fracaso. Ella y Edward se veían cada vez con menor frecuencia. En segundo lugar, su hijo Edward se convirtió en un muchacho alocado y desenfrenado, se fugaba del colegio y exhibía un comportamiento intolerablemente malo, como si hubiese sido un hijo díscolo del siglo XX y no del XVIII. Además, su querida hermana Frances, condesa de Mar, que había sido tan buena corresponsal suya durante tanto tiempo, enloqueció y tuvo que contar con compañía permanente. Por otra parte, como solía ocurrir, lady Mary no consiguió compensar ese fracaso matrimonial en brazos de un amante satisfactorio. Hacia finales de la década de 1730 tal vez su mejor amigo era lord Hervey, pero por sus gustos no podía ser otra cosa que una brillante compañía. Además, cometió la imprudencia de burlarse de Pope cuando se le declaró, con lo cual se ganó un peligrosísimo enemigo que no vaciló en atacarla sin tregua ni piedad, convirtiéndola, por ejemplo, en la sucia aunque enjoyada Flavia de *Del carácter de las mujeres*. Mary pasó a ser lo que Halsband describe como “una víctima de la guerra satírica”.

En estas circunstancias Mary tuvo la desgracia de conocer a Francesco Algarotti, un apuesto e inteligente veneciano, lleno de encantos y muy ambicioso, con una interesante actuación en el campo de la ciencia y la literatura. Había nacido en 1712, de manera que era veinticuatro años menor que Mary. Llegó a Londres para pasar una corta estancia, recomendado a las mejores personalidades de Inglaterra por Voltaire y madame du Châtelet, que estaba enamorada de él. Al mes de su llegada a Londres ya era miembro de la Royal Society.

De las conmovedoras cartas que Mary escribió a Algarotti —publicadas por primera vez por el profesor Halsband— resulta evidente que estaba perdidamente enamorada de él. Le escribía en un francés fluido, aunque a veces gramaticalmente incorrecto — sobre el particular, Byron escribiría años más tarde que “el francés no era bueno, pero los sentimientos eran hermosos”. He aquí una muestra: *«¡Cuán tímido se es cuando se ama! Tengo miedo de molestaros enviando esta nota, aunque mi intención sea la de agradaros. En definitiva, estoy tan apasionada por todo lo que os concierne que no tengo plena confianza en mis pensamientos. Mi razón murmura bajito las majaderías de mi corazón sin tener fuerza para destruirlas. Me encuentro desgarrada por mil inquietudes diferentes que os importan muy poco y no sé porque os hago tal confianza. Lo único cierto, es que os amaré toda mi vida a pesar de vuestros caprichos y de mi razón...»* NOTA: [Las citas desde aquí y en lo sucesivo en francés en el original. N. del E.]

El problema radicaba en que Mary no era la única subyugada por los encantos de Algarotti. La otra persona —quizá sería más apropiado decir las otras— era lord Hervey.

Afectado tal vez por el tumulto que había causado en Londres, pero más probablemente porque quería supervisar la publicación en italiano de sus diálogos *El newtonianismo para las damas*. Algarotti decidió volver a Italia ese verano. Para celebrar su última noche en Londres, Hervey lo invitó a cenar. Algarotti se excusó diciendo que debía cenar con su viejo amigo Martin Folkes, aunque en realidad lo hizo con Mary, quien luego se jactó ante Hervey, el cual, como es comprensible, se mostró furioso. Pero la victoria de Mary fue pírrica; le envió diversas cartas a Algarotti para que le llegaran en las distintas etapas de su viaje. El nunca le contestó. Después de todo, se había vuelto a enamorar, en esa ocasión, de un joven de Milán. Ella volvió a escribirle:

“Vuestra indiferencia, incluso vuestro olvido —con toda su crueldad— me es más soportable que vuestra injusticia. No podría aguantar un instante que me creyera incapaz de estar toda mi vida ocupándome de Usted. No, Usted no me conoce en absoluto; tengo una constancia y una probidad que deben ocupar el lugar de los encantos y atractivos, y a pesar de la prontitud con la que me habéis gustado, es difícil que algo me guste, y en consecuencia soy incapaz de cambiar el objeto de mi apego “. En 1739, Algarotti regresó a Londres con el billete pagado por Mary. Se vieron con frecuencia, aunque no parece que entre ambos hubiese una relación física. Algarotti no consiguió encontrar en la corte un puesto digno, para el que se creía tan bien preparado. Se encariñó con lord Baltimore, que partía a San Petersburgo para asistir a la boda de la princesa de Mecklenburg, heredera del zar y futura emperatriz Isabel.

Víctima de la pasión por primera vez en su vida, Mary ideó un plan desesperado: abandonar para siempre su vida londinense para irse a vivir definitivamente a Italia con su Apolo —escribió un poema que decía: «tú, efebo hermoso, en mi Apolo te convertirás / serás adorno de mi verso y al son del amor mi alma afinarás»—. Ya él le escribió: *“Parto para buscaros. Os doy cita en Venecia”*. Mary partió de Londres el 25 de julio de 1739 acompañada de dos sirvientes. Acababa de cumplir cincuenta años. Tardó veinte años en volver.

No cabe duda de además de buscar a Algarotti hubo otros motivos que la impulsaron a viajar a Italia. A Mary le gustaba vivir en el extranjero, tal como han hecho siempre muchos otros compatriotas ingleses, aunque no sea más que para ver a su país desde la perspectiva adecuada. Sentía fascinación por conocer nuevas culturas, nuevos pueblos, nuevos mundos. Su vida en Londres se había vuelto tensa. Era demasiado orgullosa para admitirlo, pero a esas alturas seguramente detestaba a su marido. Su hijo salía de un desastre para meterse en otro, mientras que la poco

agraciada de su hija había contraído matrimonio con lord Bute, el futuro primer ministro de Jorge III y artífice de la conciliatoria Paz de París de 1763, pero en aquella época vivía en Escocia. Le confesaba a sus amigos que “no soportaba amargarse pensando en las aflicciones de su país”. También decía que “la gente se había vuelto tan estúpida que no soportaba su compañía, toda Inglaterra estaba infectada de aburrimiento”. Aunque es posible que en realidad se refiriera a Edward, como sugiere Halsband. De todas maneras, no cabe duda de que Algarotti le sirvió a Mary de acicate para el viaje y es posible que sin él jamás lo hubiese iniciado. Fue por él que, acompañada de dos sirvientes, viajó lentamente vía Arras y Laon, pasando por Reims, Châlons, Dijon y Lyon, el puerto del monte Cenis y de ahí fue a Turín, Milán y finalmente, Venecia. Una vez allí, se dedicó a esperar.

Tuvo que esperar mucho tiempo. Al regresar de San Petersburgo, Algarotti viajó pasando por Berlín y Potsdam. Una vez allí, él y lord Baltimore conocieron al rey de Prusia y visitaron en Rheinsberg a su brillante hijo, el príncipe heredero Federico. Federico fue el siguiente en quedar prendado de Algarotti, al que llamó su “cisne de Padua”. Federico le confió a Voltaire cuánto le había complacido Algarotti: *“Lleno de ardor, vivacidad y dulzura”*. Algarotti regresó a Londres pero más tarde, cuando en 1740 Federico subió al trono en Berlín, el nuevo rey de Prusia lo mandó llamar. *“Mi querido Algarotti”*, le escribió, *“mi destino a cambiado. Os espero con impaciencia. No me hagáis esperar”*.

Entretanto, a Mary le resultaba atractiva Venecia; según ella, la costumbre de salir enmascarados le daba a la ciudad un sentido universal de libertad. Recibía la visita de todos, desde el embajador español, el conde de Campoflorido, a las personalidades inglesas pasando por los personajes de abolengo de Venecia. Mary era recibida por el Dogo. Fue tan vivaz, ingeniosa y popular como en Londres. Siguió escribiendo maravillosas cartas. Edward le enviaba dinero asidua y generosamente, encantado, sin duda, de que no tenerla en Inglaterra. Pero Algarotti seguía sin aparecer. Mary viajó a Florencia, Roma y Nápoles. Para entonces a Algarotti lo habían hecho conde prusiano y diplomático. En misión diplomática secreta viajó a Turín por encargo de Federico. Mary se marchó de Nápoles y se reunió con él allí después de pasar por Livorno y Génova. El reencuentro tan largamente demorado se produjo por fin en marzo de 1741.

Halsband nos cuenta que la pareja vivió en Turín durante dos meses, “pero casi nada se sabe de sus actividades”. Aunque parece evidente que en estas semanas Mary cayó en la cuenta de que sus románticas expectativas se basaban en una mera ilusión. Así le escribió a Algarotti: *“Sí, pasaré toda la mañana escribiéndoos aunque tengáis que rabiar. Me he puesto a despremiar vuestro desprecio y en este plan ya no tengo que forzarme. En los tiempos —de estúpida rememoración— en que tuve un deseo desenfrenado hacia Usted, el anhelo por complaceros —aunque comprendiera la plena imposibilidad— y el miedo de aburrirle me apagaba casi la voz cuando os hablaba y con más razón cinco veces al día me detenía la mano cuando tomaba la pluma para escribiros. A esta hora ya no es así; os he estudiado, y estudiado tan bien que el caballero Newton no ha diseccionado los rayos del sol con más exactitud que con la que he descifrado los sentimientos de vuestra alma... Siempre se os encontraba un cierto buen gusto, delicadeza y vivacidad. ¿Porqué entonces sucede ahora que no encuentro más que la grosería y la indiferencia?”*

En mayo, cuando Algarotti marchó de Turín para volver a reunirse con el rey Federico, la separación de la pareja fue definitiva. El brillante lord Hervey, que seguía siendo amigo de Mary a pesar de todo, le escribió una carta para consolarla: “sólo tiene usted que considerar su propio

placer, [de modo que] su pecho ha de ser su mejor consejo de ministros, compuesto por sus pasiones, sus afectos e inclinaciones, y presidido por su corazón. En cuanto a que no es importante porque llega tarde a su vida, estoy muy lejos de decir lo que usted supone que diría, porque creo que es más que importante. Cuanto menos nos quede más diligentes deberíamos ser para administrarlo y mejorarlo y, si supiera que voy a morir sin quedarme a mis anchas, me levantaría y mandarí­a que me hicieran la cama a las siete y media. *Adieu* y en cuanto a *Oh, ¿dónde está ahora la suave etcétera?*, le contesto con unos versos de Ovidio: —Con la práctica el amor viene a la mente. Con la práctica, el amor se olvida. Probado es que todo amor con otro amor se cura...— *Intrat amor mentes usu; dediscitur usu. / Successore novo vincitur omnis amor. / probatus est...* Hervey murió poco después.

A partir de entonces, Mary llevó la vida de una sofisticada trotamundos en Italia y Francia. Siguió enviando cartas a Inglaterra, sobre todo a su hija, lady Bute. Siguió recibiendo dinero de Edward, quien por lo demás sólo gastaba en vino de tokay. Viajó a Génova, a Ginebra, a Chambéry y a Aviñón, donde las autoridades le dieron unas tierras con un viejo molino que ella arregló y convirtió en su casa. Allí hizo amistad con el duque de Richelieu quien le confió sus planes de iniciar una rebelión jacobita apoyada por Francia. Pero a Mary le costó mucho transmitir tan extraordinaria información secreta a Londres. Cuando Aviñón, que todavía pertenecía al Papado, se llenó de exiliados jacobitas, ella regresó a Italia y se estableció en Brescia —su dulce “retiro”— donde todas las tardes se dedicaba a jugar a las cartas con los viejos monjes de un monasterio cercano y pasaba los veranos en Lovere, en el lago Iseo, al que consideraba el lugar más hermoso que jamás había visto. Marchó más tarde a Venecia, donde conoció a Horace Walpole, quien le disputaba el puesto de mejor epistológrafo de Inglaterra, y que escribió sobre ella en términos ofensivos, probablemente porque había sido amiga de Maria Skerret, la odiada madrastra de Walpole y amante de su padre. La costumbre de salir enmascarada le pareció todavía más agradable en la vejez, de ese modo evitaba que la gente le viera la cara picada de viruelas e hiciera comentarios. Fue estafada por el conde Ugolini Palazzo, con quien mantuvo una amistad calificada por su biógrafo como “desconcertante”. Cultivó té en uno de sus huertos, intentó sin ningún éxito soportar a su hijo —en 1751 llegó a Londres con hebillas de brillantes en los zapatos y una peluca de alambres y en la década de 1760 falsificó la firma de su madre para conseguir dinero—, procuró no aburrirse nunca —una de sus normas— y se vio caricaturizada en la novela de Richardson titulada *Sir Charles Grandison* como el personaje de miss Barnevelt. Hizo nuevas amistades —sir James Caldwell, sir James Steuart, quien le dedicó su *Investigación sobre los principios de economía política*—. Mientras vivió una temporada en Padua se reconcilió con Algarotti, de quien en 1758 dijo muy cortante que “hace panegíricos de todo aquel que sale vencedor en esta guerra incierta”. Finalmente, cuando murió su marido con más de ochenta años y su yerno era el nuevo favorito y primer ministro del rey Jorge III, arrastró, como dijo ella en sus propias palabras, “hasta Inglaterra los andrajosos restos de mi vida”. Tenía entonces setenta y tres años.

Mary pasó los últimos meses de su vida en una casa de la calle Saint George que lady Bute, su hija, había alquilado para ella cerca de Hanover Square. La encontró pequeña después de las espaciosas y aireadas habitaciones a la que la habían acostumbrado los palacios italianos. Recibía las visitas de Horace Walpole. Dijo de ella que llevaba ropas abandonadas, zapatillas en lugar de zapatos y que notaba que su “avaricia, suciedad y agudeza” habían aumentado. Su rostro apenas había experimentado cambios. Cuando Walpole así se lo hizo saber, ella le tiró de las orejas satisfecha. Mary se hizo muy amiga de Louisa, su nieta, a quien reprendían: “cuando quería aprender algo, todo el mundo se levantaba en armas para oponerse a ello y manifestaba que si me lo permitían, iba a

volverme tan pedante que nadie podría soportarme”.

En su nueva casa, Mary no hizo mucha vida social. Era evidente que le quedaba poco tiempo por delante. Padecía un cáncer de pecho muy avanzado que le producía muchos dolores. Le administraban cicuta para el dolor, pero no hubo nada que impidiera la extensión del mal. Murió el 21 de agosto de 1762 y fue enterrada al día siguiente en la cripta de Grosvenor Chapel.

Poco después de su muerte, lady Bute, su hija, publicó una colección de las cartas escritas desde la embajada de Constantinopla. Su éxito fue inmediato. De hecho, recibieron calurosos elogios como los del novelista Smollet, quien en el influyente *Critical Review* escribió que las cartas no habían sido “nunca igualadas por ningún epistológrafo de ningún sexo, edad o nación”. El doctor Johnson declaró que las cartas eran el único libro que leía por puro placer y el historiador Gibbon escribió: “¡Qué pasión, qué soltura, qué conocimientos de Europa y de Asia!” Desgraciadamente, en 1794 lady Bute quemó el diario de su madre. Aunque es probable que gran parte de la vida de lady Mary quede envuelta en el misterio, su hija le dio diez nietos por lo que la Montagu nos ha dejado un vasto número de descendientes, aunque difícilmente alguno de ellos haya podido llegar a emular a su antepasado en sabiduría y originalidad.

Mary Pierrepont, Mary Wortley Montagu, fue una mujer brillante en cuya agenda nunca simuló la felicidad. Su matrimonio fue un desastre y la única pasión verdadera que sintió por Algarotti resultó para ella una frustración. No está claro si alguno de sus admiradores, como el duque de Wharton o el conde Ugolino fueron sus amantes, pero aunque lo hubiesen sido, no parecen haber significado mucho. Pope la amó pero ella le dejó bien claro que no lo quería. En 1711 le escribió a su amiga Philippa Mundy: “Dudo que vaya al infierno... aunque tengo tan poca experiencia del paraíso como si estuviera muerta y enterrada a mil brazas de profundidad”.

A pesar de que Mary nunca fue feliz en sus relaciones con los hombres, sería erróneo pensar que siempre fue desdichada. Su alegría de vivir y su curiosidad la ayudaron a seguir adelante. En este aspecto nos recuerda a la chispeante escritora inglesa del siglo XX, Nancy Mitford, autora de las brillantes novelas *La búsqueda del amor* y *El amor en un clima frío*, una mujer que aunque menos erudita que Mary llevó una vida muy parecida. Ella también fue muy amiga de muchos escritores y políticos de su época, entre ellos al más difícil de todos, Evelyn Waugh. Llevada por un amor no correspondido, ella también vivió en el extranjero, en París, igual que Mary vivió en Venecia. Al leer su biografía escrita por Selina Hastings y las tristes cartas que le remitió a su amante indiferente, Gastón Palewski, su Algarotti —tanto éstas como otras cartas admirablemente editadas por Charlotte Mosley— nos encontramos ante otra vida insatisfecha. Pero quienes, como yo, recordamos a Nancy en su bonito apartamento parisino de la Rue Monsieur, sabemos que llevó una vida brillante y que disfrutó de muchos de los placeres de la vida, aunque no del amor. Creo que a Mary Wortley Montagu debió de ocurrirle exactamente lo mismo.

nota sobre los títulos ingleses

El sistema inglés de títulos nobiliarios es complicado y sigue empleándose actualmente casi tanto como a principios del siglo XVIII y, en ocasiones, mal.

Lady Mary Wortley Montagu era al nacer sencillamente la señorita Mary Pierrepont. Al año pasó a ser lady Mary Pierrepont, cuando su padre heredó de su hermano el título de conde, pues las hijas de los condes se convierten en ladies, título de cortesía que se antepone al nombre de pila. Como otras aristócratas llevó el título de “lady” en su vida de casada, al contraer matrimonio con el señor Wortley Montagu. Si Edward hubiese pasado a ser conde de Sandwich como era su ambición, lady Mary se habría convertido en condesa de Sandwich, aunque normalmente, como se explica más adelante, todos la habrían llamado lady Sandwich.

Los hijos de los condes reciben un tratamiento distinto del de las hijas. Al primogénito y heredero suele corresponderle un vizcondado o una baronía; por tanto, el hermano de lady Mary Wortley Montagu que murió de viruela antes que su padre, era el vizconde Newark y a él se dirigían normalmente como lord Newark.

En el caso de los hijos de duques y marqueses, a sus nombres de pila se les antepone el tratamiento de “lord” —lord Robert Cecil, por ejemplo—, aunque como en el caso anterior, el primogénito recibiría un título de cortesía.

Los hijos de vizcondes y barones reciben el tratamiento de cortesía de “honorable” y para dirigirse a ellos en la conversación se utiliza simplemente el de “señor”.

Pero existe otro aspecto que complica más el sistema. En la conversación, en las presentaciones y a veces al dirigirles una carta, todos los nobles, excepto los duques, suelen recibir el tratamiento de “lord” y sus mujeres el de “lady”. Por tanto, lady Bristol, a quien Mary escribió desde Constantinopla, era en realidad la condesa de Bristol.

Por cierto, su segundo hijo, lord Hervey, muy amigo de lady Mary, en una época de su vida fue simplemente “el honorable John Hervey” y en las conversaciones la gente se dirigía a él como “señor Hervey”. Pero su hermano mayor murió y él heredó su título de cortesía, que da la casualidad que coincidía con su apellido.

Todos los lores y duques, excluidos sus hijos en vida de sus padres, eran y, hasta el día de hoy siguen siendo miembros de la Cámara de los Lores.

Por otra parte, un caballero que se llame por ejemplo sir James Caldwell no es un noble. No pertenece a la Cámara de los Lores. El título de sir se antepone al nombre de pila como en el ejemplo citado. La esposa de un caballero recibe siempre el tratamiento de lady seguido del apellido, como en lady Caldwell, si bien a primera vista puede parecer la esposa de un lord. El título de sir es vitalicio. Pero a principios del siglo XVII se creó un título hereditario conocido con el nombre de baronet. Los baronets reciben el tratamiento de sir, como por ejemplo en sir Denis Thatcher, Bart.

Todos estos tratamientos, utilizados en tiempos de lady Mary Wortley Montagu, no han experimentado cambios desde entonces y el sistema se creó en el siglo XVII.

Robert Halsband, *The Complete Letters of Lady Mary Wortley Montagu*, 3 volúmenes, Oxford 1965.

Robert Halsband, *The Life of Lady Mary Wortley Montagu*, Oxford, Clarendon Press 1956.

prefacio

Creemos que merece la pena ofrecer algunos detalles y consideraciones acerca de esta curiosa recopilación de cartas y sus circunstancias. Ante todo, debe subrayarse la personalidad excepcional de Lady Mary Montagu por encima del relato de las vicisitudes de la esposa de un embajador inglés en Estambul a principios del siglo dieciocho. Es su vida interior la que confiere a estas páginas un valor singular. La voz decidida de esta mujer se hace patente al constatar que sus cartas fueron escritas con el propósito de despertar una admiración capaz de hacerlas llegar más allá de sus destinatarios directos. Nos encontramos, por tanto, ante un fuerte carácter femenino arropado por una notable cultura clásica y capaz de expresarse con notable agudeza. Por otra parte, la visión del mundo de una dama de la alta sociedad inglesa de entonces no debería entrar automáticamente en el conjunto de prejuicios acordados a todo lo que precede a la revolución francesa.

Las *Cartas desde Estambul* no son comparables a otros ejemplos de la literatura de viaje, género cuya proliferación nace precisamente en ese momento de apertura europea hacia Oriente. Esta dinámica llevó a refutar con petulancia clichés medievales todavía presentes para crear nuevos referentes más acordes con la superioridad política que irá progresivamente inclinándose hacia Occidente. El tránsito del terror ante el enemigo infiel a la suficiencia llena de desprecio por el gran enfermo del Bósforo, responde a las nuevas circunstancias políticas que invierten el sentir idéntico pero de signo contrario que se vivía poco antes en el mundo otomano. El extraño momento en que ambas actitudes se encuentran igualmente repartidas, a medio camino entre la superioridad y la inferioridad, la victoria posible y la incierta derrota, corresponde felizmente al periplo de Lady Montagu. En efecto, el último asalto a Viena en 1683 no se encontraba muy lejano, pero la incapacidad del imperio turco para subsistir sin la dinámica de la conquista permanente se hace visible tan sólo dieciséis años más tarde cuando toda Hungría cae en manos austríacas por el tratado de Carlovitz.

Estos datos son importantes para nuestro texto. Lady Montagu aconseja a su esposo tanto en los negocios como en la política. En 1717, el objetivo de Edward Wortley Montagu como embajador ante el Sultán otomano es negociar un equilibrio que neutralice el crecimiento austríaco a expensas de los turcos. Es preciso un acuerdo de paz sin ningún requisito geográfico previo. Wortley intenta, más allá de su estricto deber, asegurar la frontera del Danubio, cometido que parece entonces aceptable haciendo posible una tregua que ceda a la reclamación otomana de Temesvar (Timisoara, Rumania). Ante las cancillerías europeas este plan resulta sospechosamente generoso. En todo caso, un enemigo personal del diplomático inglés, Stanyan, por entonces embajador en Viena, no tiene más que retrasar cada correo desde Estambul con la propuesta del Sultán para hacerla ridícula ante el avance militar austríaco: el príncipe Eugenio cruza el Danubio e inicia el asedio de Belgrado; cae Belgrado poco más tarde y los cuarteles de invierno se instalan en Serbia. Wortley no encaja con la *realpolitik*, ni sospecha los retrasos ni las intrigas. Los repetidos errores del negociador inglés dan a los germánicos la impresión de tratar con un agente adherido a la causa turca. Stanyan pide su dimisión. Entre marzo y abril ya puede sustituirle en la negociación y los Wortley regresar a su casa.

En dos primaveras, entre 1717 y 1718, Lady Mary Montagu realizará un largo recorrido terrestre de ida a Estambul vía Viena, a través del Danubio y de vuelta por mar con diversas escalas en el Egeo, Malta y Túnez. El conjunto de cartas que se han conservado de este viaje forman las cartas

“turcas” que hemos preferido llamar *Cartas desde Estambul*, La presente edición incluye integralmente todas las epístolas de este periplo. El bello trayecto no ha sido truncado en absoluto, los curiosos episodios en las ciudades y la corte alemana, en Túnez, Italia y en Francia, tienen un interés propio. No podríamos imponer una dudosa frontera temática a los intereses universales de la Montagu.

La aristócrata inglesa cuya tarea no es la diplomacia, ni mucho menos el espionaje, se dedica a tomar contacto con las gentes y a hacerse una idea del nordeste mediterráneo. Recordemos que el término “turco” no designó nunca a los otomanos que encontraban en esta palabra un claro sentido despectivo. El imperio de la Sublime Puerta se veía con toda naturalidad como una referencia universal, fuera de la cual no hay salvación. Sorprendentemente, ni la enorme complejidad de esta cultura, ni la confusión conceptual de nuestra autora le impidió un juicio nada banal de la situación de la civilización que visitó. Cuando expresa la siguiente observación sobre el estado del mundo otomano: “Una larga paz les ha sumergido en una pereza universal. Contentos con su situación y acostumbrados a un lujo sin límites, se han convertido en grandes enemigos de todo tipo de fatigas.” nos encontramos ante una de las mejores y más tempranas síntesis del futuro destino de esta civilización. Esta facilidad para la comprensión inteligente de las culturas contribuirá de forma decisiva a crear una visión de Turquía absolutamente propia y sin parangón. En esto, su condición femenina es el accidente que puede justificar lo que ha podido ver e interesarle pero no lo que ha sido capaz de expresar.

Mercaderes, aventureros, misioneros y diplomáticos han transitado durante generaciones pasando por los mismos lugares sin variar excesivamente sus descripciones. Lady Montagu no pasa en esto por saber más ni menos. Sus conocimientos son aceptables en general, aunque los detalles fallen considerablemente. Su geografía es parca, sólo las ciudades importantes son mencionadas. Obviamente, no esperaba superar a los viajeros geógrafos a los que ella, como el lector de entonces, podían recurrir sin gran dificultad. En contraste, la visita a las mezquitas más bellas provocan los primeros comentarios positivos sobre su estética conocidos en la literatura occidental. Los detalles acerca de las residencias palaciegas visitadas son únicos. No es poca cosa.

La falta genérica de precisión se hace extensiva a los personajes que representan realidades históricas de individuos y situaciones. Por ejemplo, el noble letrado que la hospeda en Belgrado y provoca su admiración representa el contraste provocador de un musulmán que bebe vino, discute agudamente con una mujer y se permite señalar la relatividad de las normas religiosas. Lady Montagu ignoraba el detalle de la adscripción doctrinal de este y otros ejemplos representativos de ciertas elites otomanas. La tendencia *bektashí* que delatan las actitudes del letrado otomano, no le interesaban tanto como su valor transcultural. Se trataba de encontrar unos paralelismos capaces de manifestar una comunidad de valores representados en esta ocasión por el deísmo, el hedonismo ilustrado y el elitismo social del gusto de la inglesa. Del mismo modo, los cristianos ortodoxos y los sufíes son puestos en la picota del antipapismo como muestras de cultos repugnantes a la mente muy protestante de Lady Montagu. Las figuras femeninas como Fátima son también nebulosas y no hay medios de trazar exactamente sus genealogías. No hay nada como viajar para buscar afinidades y justificarse. En otro orden de cosas, los ambientes populares y las minorías étnicas en general no quedan reflejados dado el clasismo *tory* de su autora. La medida de su apreciación subjetiva del fastuoso mundo otomano se encuentra reflejada en la crueldad mostrada en la descripción de las mujeres tunecinas y algunos otros colectivos.

Sin embargo, el marco global es coherente y dibuja una apreciación nítida de ciertas realidades. Es más, la posibilidad de establecer un contacto directo entre semejantes aparece fugazmente entre la ligereza del observador inexperto y la atención puesta en los dilemas personales. Por tanto, es preciso insistir en la excepcionalidad de la circunstancia y de la persona. El esfuerzo de la autora por expresarse mínimamente en turco y en otras lenguas es, por añadidura, un signo elocuente que se sitúa a las antípodas del monolingüismo cerril del turista moderno.

Los dominios de Ahmet III que atraviesa Lady Montagu han presenciado seis meses antes la última derrota en Petrovaradin. La descripción de este escenario sitúa el imperio en creciente retirada y permite añadir unos comentarios antibélicos de antología. Los detalles sobre la desastrosa situación en Bosnia son particularmente interesantes. Pero todavía de los Balcanes al Mar Negro, del Cáucaso a Arabia todo parece seguir igual. En Estambul se vive la última fase de un periodo brillante y de actitudes abiertas conocido como la “Época de los tulipanes” (*Lale devri*). La predilección del sultán por esta flor refleja la sensibilidad poética de un régimen capaz de mantener un ministerio de ajardinamiento ocupado en dar la mayor magnificencia a la decoración vegetal de las residencias imperiales. El refinamiento oriental es un asunto serio y asumido por una cultura ocupada en la delectación morosa de productos de lujo y en el cultivo de artes muy sofisticados. Todo ello no ha dejado de ser desde entonces objeto de la mofa ignorante de los críticos occidentales, para Lady Montagu todavía era posible encontrar una gracia e incluso una apreciación admirativa por este modo de vida que nada tiene que ver con el posterior apasionamiento oriental de los románticos, tan lleno de banalidad.

La sociedad otomana vive entonces un período de curiosidad por Occidente que penetra muy tímidamente en un entorno acostumbrado al apogeo continuo del imperio. Las fiestas del *alay* —originariamente cambio de guardia— son la muestra del esplendor imperial, la observación de esta magnífica cabalgata es cálida y al mismo tiempo imparcial en tanto que se asemeja a los modos de la Europa monárquica. El mundo del ritual y la etiqueta parece esconder por completo los entresijos de una sociedad que se pretende describir, pero quizás los elementos manifiestos de esta cultura sean más valiosos que el estudio de las normas ocultas que rigen la política otomana. La inmensa mayoría de las revelaciones hechas por los viajeros son en este sentido sumamente engañosas. Los tremendos secretos de la turbulenta sociedad que vive sometida por la soldadesca *jenízara* tienen mucho que ver con la frustración de todos aquellos que han intentado desatar el nudo de una sociedad codificada y silenciosa. Lady Montagu con más tino, atenta a lo visible, pudo visitar áreas del harén imperial inaccesibles hasta entonces y llegar hasta donde sólo se tenía una información muy incompleta. No hay pues mistificación cuando una mente europea de su tiempo como la suya, sin demasiados remilgos con las muestras de poder absoluto y de crueldad, no muestra escándalo ni interés excesivo por la temática del despotismo oriental, antes bien curiosidad por los detalles del trato oficial y cotidiano.

La vida amarga con un marido celoso y negligente al que debe recordar en sus cartas que tiene un hijo, es el trasfondo de una insospechada atención por la condición femenina. La comparación entre sociedades pone de manifiesto la existencia en el islam de derechos de propiedad, desplazamiento, una herencia escasa pero real, dotes relativamente justas, etc. que hacen la admiración de Lady Montagu. Algunos de estas disposiciones no serán alcanzadas en Inglaterra hasta mediados del siglo XIX. El respeto y la deferencia familiares que ha podido observar se aúnan con la sensualidad de una vestimenta que describe con detalle y con la que quiso posar ante el pintor Van Moor. El harén, considerado como una institución infernal, no se le ha antojado como una institución radicalmente

odiosa. ¿Cómo es posible un testimonio favorable en este sentido? ¿Qué realidad hay en este asunto? La sociedad otomana como la mayoría de las sociedades orientales guarda silencio sobre el particular. Por otra parte, los historiadores de lo cotidiano no disponen de documentos suficientes y siendo los testimonios occidentales la fuente fundamental de datos al respecto, el caso permanece de momento archivado. La experiencia de Lady Montagu es pues única. Es inútil establecer un dictamen dada la complejidad histórica del asunto y la cantidad de ruido que provoca un debate en el que están implicados tantos y tan delicados principios. El testimonio de Lady Montagu tiene el valor y el defecto precioso de escapar a las coordenadas establecidas hoy en Occidente. Es posible leerlo de una manera universal aceptando su subjetividad. Sin más. Sin duda, el descubrimiento de la desnudez colectiva y abierta vivida en el baño turco ha debido impresionarla. La existencia de un espacio femenino, estrictamente vedado pero libre en su interior le resultó atractiva: la máxima libertad en la máxima limitación. Esta norma hierática y tradicional de separación de sexos le suscitó numerosas observaciones en las que no falta el gusto por la paradoja.

Cada una de las afirmaciones de lady Mary Montagu podría discutirse, pero basta con apreciar la riqueza y el contraste que ofrecen con la actual visión del mundo extraoccidental. Brindamos al lector, sin más demora, este meritorio despliegue de apreciaciones subjetivas pero exentas de muchos de los tópicos que dictan desde hace tiempo la visión del mediterráneo musulmán. La originalidad de dichas observaciones hace más que merecida la versión castellana de estas *Cartas desde Estambul* que se sitúan entre los ejemplos más interesantes de la literatura de viaje.

Víctor Pallejà de Bustinza

nota del editor

Esta edición se basa en la versión científica de R. Halsband, —*The Complete Letters of Lady Mary Wortley Montagu*, 3 Vols. Oxford, 1965-7—. Hemos seguido su texto armonizando la caótica ortografía de los términos empleados en numerosas lenguas, especialmente en lo que se refiere a los topónimos, que hemos acercado a la cartografía actual. Los conflictos producidos por los vocablos turcos, leídos a la italiana y con errores frecuentes se han minimizado indicando la grafía correcta cuando esta se hace incomprensible. La cuarteta “Clavo de olor” —*Caremfil* = *karanfil* significa también clavel— estaría traducida mejor así: “Eres un clavel inconstante/ Eres un capullo de rosa sin precio/ Hace mucho que te quiero/ Y no quieres saber de mi”.

El acceso a estos preciosos documentos de viaje requiere una información detallada y precisa de la que se hace responsable el autor del prefacio, editor y traductor del francés, árabe y turco. Los datos y anotaciones añadidas intentan, en la medida de lo posible, acercar el texto sin sobrecargar la lectura.

Víctor Pallejà de Bustinza

nota del traductor

Consciente de que me habría resultado imposible reproducir el estilo del siglo XVIII, al abordar la traducción de *Cartas desde Estambul* de lady Montagu mi preocupación principal era encontrarle al texto una voz castellana que sonara lo suficientemente dieciochesca, sin pretender, evidentemente, hacer una versión sincrónica.

Con este objetivo en mente, consulté textos españoles de esa época histórica, de los que tomé prestadas algunas expresiones y un puñado de términos. Me limité luego a respetar todo lo posible las frases largas de lady Mary y a conservar siempre que he podido, sin afeár la redacción, las repeticiones y el uso frecuente de ciertos adjetivos por los que la autora de las misivas tenía particular predilección. A la hora de optar por una palabra en lugar de otra he procurado decantarme siempre por el término más culto, para reflejar el registro del original y, cuando he temido estar utilizando un anacronismo he consultado el *Diccionario de Autoridades*, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias y el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas. Mi deseo es que esta versión se lea al menos con la misma fruición con que yo leí las cartas originales.

Celia Filipetto



- 1683: Límite exterior del Imperio Otomano.
- - - - - 1699: Territorio después del tratado de Carlowitz.
- 1718: Territorio después del tratado de Passarowitz.

Carta I[1]

A lady Mar,[2]

Rotterdam, 3 de agosto de 1716

Me alegra pensar, mi querida hermana, que algún placer te daré contándote que he cruzado la mar sana y salva, aunque hemos tenido la mala fortuna de encontrarnos con una tormenta. El capitán de nuestro barco nos persuadió de que zarpáramos con la mar en calma, y fingió que nada sería tan fácil como vencerla, pero al cabo de dos días de lenta navegación, el viento soplaba con tal fuerza que ninguno de los marineros era capaz de tenerse en pie y la noche del domingo fuimos zarandeados en toda regla. Jamás había visto a un hombre más asustado que el capitán. Yo, por mi parte, he sido muy afortunada pues no padecí los efectos del miedo ni del mareo, si bien confieso que era tal mi impaciencia por volver a poner pie en tierra firme que no pude esperar a que el barco entrara en Rotterdam, sino que viajé en la chalupa hasta Helvoetsluys, donde alquilamos los carruajes que nos llevarían a Briel. La pulcritud de esta pequeña ciudad me cautivó, pero a mi llegada a Rotterdam me esperaba una nueva escena placentera. Todas las calles están pavimentadas con adoquines anchos, ante las puertas de los artífices más miserables hay asientos de mármol de variados colores y, te aseguro, tan pulcramente mantenidos que ayer anduve de incógnito por casi toda la ciudad con mis zapatos, sin que se les pegara una sola mota de polvo, y, además, ves a las criadas holandesas fregar el suelo de la calle con más solicitud que la que ponen las de casa en arreglar nuestros aposentos. La ciudad parece tan llena de gente con cara de atareada, toda en movimiento, que cuesta imaginar que no sea por la celebración de alguna feria, aunque compruebo que todos los días es igual. No existe sin duda ciudad más ventajosamente situada para el comercio. Aquí hay siete amplios canales, por donde las naves mercantes llegan casi hasta la puerta de sus casas. Las tiendas y los almacenes son de una magnificencia y una pulcritud sorprendentes, llenos de una increíble cantidad de fina mercancía, y es tanto más barata que la que vemos en Inglaterra, que mi trabajo me cuesta convencerme de que sigo estando tan cerca de ella. No ves aquí ni suciedad ni mendigos. Esos repugnantes tullidos, que tanto abundan en Londres y son motivo de tanto escándalo, brillan aquí por su ausencia, tampoco encuentras zagales ociosos que te molesten con sus importunidades, ni mozas que se empeñen en ser malas y holgazanas. Los criados comunes y las tenderas son aquí más limpios que la mayoría de nuestras damas, y la gran variedad de vestidos pulcros —cada mujer se cubre la cabeza a su propio estilo— es un placer añadido que hace a esta ciudad digna de verse.[3]

Comprobarás, mi querida hermana, que aún no me he quejado, y si sigue gustándome viajar tanto como me gusta ahora, no me arrepentiré de mi proyecto. Contribuirá en gran medida a sentirme satisfecha, si me ofrece ocasiones de entretenerte. Mas no esperes que desde Holanda te llegue una oferta desinteresada. Ya me he habituado lo suficiente a las costumbres de Rotterdam que puedo decirte sin ambages, en una palabra, que espero a cambio todas las noticias de Londres. Como verás, ya he aprendido a hacer buenos tratos, y no es a cambio de nada que te envío todo mi afecto de hermana.

Carta II

A Jane Smith,[4]

La Haya, 5 de agosto de 1716

Me apresuro a referirle, mi querida señora, que después de todas las espantosas fatigas con las que me había usted amenazado, hasta la fecha estoy muy satisfecha con mi viaje. Tenemos cuidado de hacer todos los días etapas tan cortas que más bien imagino estar en una fiesta de placer y no en el camino, y a buen seguro nada puede ser más agradable que viajar por Holanda. Todo el país parece un inmenso jardín; los caminos están todos bien pavimentados, flanqueados de hileras de árboles, bordeados de amplios canales llenos de barcas, que pasan y vuelven a pasar. Cada veinte pasos se tiene ocasión de ver alguna villa, y cada cuatro horas una ciudad grande, tan sorprendentemente pulcra que tengo la certeza de que quedaría usted encantada con ellas. El lugar donde me encuentro ahora es, sin duda, uno de los pueblecitos más admirables del mundo. Hay aquí varias plazas admirablemente construidas y —algo que considero de especial belleza— cubiertas de árboles añosos. El Vourhout[5] es al mismo tiempo el Hyde Park y el Mall de las personas de rango, pues es allí donde van a tomar el aire tanto a pie como en carruajes. Hay tiendas donde venden barquillos, licores frescos etcétera. He ido a ver algunos de los más renombrados jardines, pero no voy a atormentarla con su descripción.

Me atrevería a jurar que pensará que mi carta ya es lo bastante larga, pero no debo concluirla sin antes rogarle me perdone por no haber cumplido aún con el encargo de comprarle el encaje que me pidió. Le doy mi palabra de que aún no he encontrado ninguno que no sea más caro que el que puede usted comprar en Londres. Si desea artículos indios, hay aquí gangas en abundancia, seguiré sus instrucciones con gran placer y al pie de la letra, entretanto, mi querida señora, etcétera.

Carta III

A Sara Chiswell,[6]

Lamento infinitamente, mi querida Sara, que su temor a desairar a sus parientes, y el miedo por su salud y seguridad me hayan impedido tener la alegría de disfrutar de su compañía, y a usted el placer de un ameno viaje. Recibo las novedades agradables y las gratas perspectivas con cierta mortificación pues me resulta imposible dejar de pensar que lamentablemente usted se pierde ese mismo placer que me consta habría sentido. Si se encontrara conmigo en esta ciudad estaría en disposición de esperar la visita de sus amigos de Nottingham. Nunca dos lugares fueron más parecidos; no hay más que llamar Trent al río Mosa y ya no hay manera de distinguir los panoramas; las casas, al igual que las de Nottingham, construidas una sobre la otra y mezclando en el mismo estilo con bosques y jardines. La torre a la que llaman de Julio César tiene la misma situación que el castillo de Nottingham, y mi trabajo me cuesta no figurarme que desde ella veo los campos del Trent, Adboulton, etcétera, lugares que nos son tan conocidos. Si bien es verdad que las fortificaciones se diferencian no en poca medida. Los versados en el arte de la guerra no hacen más que encomiarlas. Yo, por mi parte, que no sé nada del asunto, me conformo con decirle que es muy bonito el paseo por las murallas, donde hay una torre, merecidamente llamada “*Belvedere*”, donde la gente acude a tomar café, té, etcétera, y disfruta de una de las más exquisitas vistas. Los paseos públicos no son de una gran belleza pero ofrecen la sombra densa de los árboles. No debo olvidarme de mencionar el puente, que me pareció muy sorprendente. Es ancho como para albergar cientos de hombres a caballo y carruajes. Pagan el equivalente a dos peniques ingleses para acceder a él y luego lo cruzan hasta la otra orilla del río, con un movimiento tan reposado que apenas se advierte nada de cuanto ocurre.

Ayer estuve en la iglesia francesa y observé con mucha atención su forma de celebrar el oficio. En primer lugar, el párroco llevaba un sombrero de ala ancha, que le daba un aire muy semejante al de un personaje de *La feria de San Bartolomé*;^[7] para que no se le cayera hacía gestos extraordinarios y grotescos, y al predicar decía unas cosas muy semejantes a las que en esa comedia se dicen a los títeres. Sin embargo, la congregación daba muestras de recibirla con devoción profunda y alguien de su grey me informó que es una persona que goza entre ellos de especial fama.

Creo que a estas alturas estará tan cansada de la relación que de él ofrezco como yo lo estuve de su sermón, pero estoy segura de que su hermano^[8] disculpará esta digresión en favor de la Iglesia de Inglaterra. Ya sabe, hablar irrespetuosamente de los calvinistas es lo mismo que hablar honorablemente de la Iglesia.

Adiós, mi querida Sara. Recuérdeme siempre, tenga por seguro que yo jamás la olvido.

Carta IV

A lady - -, [9]

Colonia, 16 de agosto de 1716

Si mi lady - - tuviera alguna idea de las fatigas por las que he pasado estos dos últimos días, estoy segura de que reconocería como muestra de gran consideración el que ahora me haya sentado a escribirle.

Alquilamos caballos en Nimega, donde hasta ahora no contaban con la comodidad de la posta, y encontramos alojamiento de muy mediana calidad en Rheinberg, nuestra primera etapa, mas eso no fue nada con lo que padecí ayer. Teníamos la esperanza de llegar a Colonia. Ocurrió entonces que nuestros caballos se cansaron en Stommeln, a tres horas de la ciudad, donde me vi obligada a pasar la noche con la ropa que llevaba puesta, en una habitación no mucho mejor que una choza, pues a pesar de que disponía de mi propia cama, no tenía intención de desvestirme, pues el viento entraba por mil lugares distintos. Abandonamos tan nefasto alojamiento al rayar el alba y a eso de las seis de esta mañana, después de llegar aquí sanos y salvos, me metí inmediatamente en la cama y dormí tan bien durante tres horas que me encontré del todo recuperada y tuve espíritu suficiente para ir a ver cuanto de curioso hay en la ciudad, es decir, las iglesias, porque no hay nada más digno de verse, a pesar de que es una ciudad grande, aunque en su mayor parte de vieja construcción.

La iglesia de los jesuitas es la más pulcra; me la enseñó, con unos modos muy sumisos, un jesuita joven y apuesto que, al no saber quién era yo, se tomó tanta libertad en sus halagos y sus chanzas que me divirtió en grado sumo. Como nunca antes había visto nada de tal naturaleza, no pude admirar lo bastante la magnificencia de los altares, las ricas imágenes de los santos —todas de plata maciza— y las *enchasure* [10] de las reliquias, aunque en el fondo de mi corazón no podía dejar de murmurar ante la profusión de perlas, diamantes y rubíes usados para engalanar dientes podridos, sucios harapos, etcétera. Reconozco que tuve la perversidad suficiente como para codiciar el collar de perlas de Santa Úrsula [11], aunque quizás no fuera perversidad después de todo, pues una imagen dista mucho de ser el prójimo; aunque fui más lejos aún y llegué a desearla incluso a ella misma convertida en cubierta de tocador y a un San Cristóbal [12] enorme, que habría quedado muy bien como adorno de cisterna. Sumida estaba yo en estas pías reflexiones cuando tuve la inmensa satisfacción de ver apiladas para honrar a nuestra nación las calaveras de las once mil vírgenes. He visto aquí cientos de reliquias de no menor trascendencia, pero no imitaré el burdo estilo de los viajeros hasta el punto de darle la lista completa, pues estoy persuadida de que no siente curiosidad alguna por los títulos dados a los huesos de la mandíbula y a los trozos de madera comidos por la carcoma.

Adiós, me espera la cena en el curso de la cual beberé a su salud una admirable variedad de vino de Lorena, el cual, estoy segura, es el mismo que en Londres llaman Borgoña.

Carta V

A lady Bristol,[13]

Nuremberg, 22 de agosto de 1716

Después de cinco días de viajar con toda rapidez, en la primera ocasión que he tenido de sentarme a escribir lo hago a mi querida lady Bristol para decirle que no me he olvidado de complacer su pedido de enviarle noticias de mis viajes.

He cruzado ya buena parte de Alemania. He visto cuanto de extraordinario había que ver en Colonia, Frankfurt, Würzburg y este lugar, y resulta imposible dejar de notar la diferencia entre las ciudades libres y aquellas bajo el gobierno de príncipes absolutistas, como son todos los pequeños soberanos de Alemania. En las primeras, se observa un aire de abundancia y comercio. Las calles están bien hechas y llenas de gente, ataviadas con sencillez y pulcritud, las tiendas rebosa de mercancías y el pueblo llano es limpio y alegre. En las segundas, se observan galas raídas, un cierto número de personas sucias vestidas de oropel, calles horrendas y estrechas sin reparar, habitantes terriblemente delgados y más de la mitad de la plebe pide limosna. Harto difícil me resulta no asociar a las primeras a la figura de la bonita y limpia esposa de un ciudadano holandés y a las segundas, a la de una pobre cortesana de ciudad, pintarrajeada, ornamentada con un sombrero, zapatos deslustrados con lazos de plata, enaguas raídas y una mezcla miserable de vicio y pobreza.

En esta ciudad tienen leyes suntuarias,[14] que estipulan un rango para cada forma de vestir e impiden ese exceso que ha llevado a la ruina a tantas otras ciudades y tiene un efecto más agradable para la vista del extranjero que nuestras modas. Creo que después de que el arzobispo de Cambrai se declarase a favor de ellas,[15] no debo avergonzarme de reconocer que me gustaría que estas leyes estuviesen vigentes en otras partes del mundo. Cuando se considera imparcialmente los méritos de un traje suntuoso en la mayoría de los lugares, el respeto y las sonrisas de favor que suscita, por no hablar de la envidia y los suspiros que provoca —a menudo el principal atractivo para quien lo luce—, no se puede más que confesar que es preciso un entendimiento poco común para resistirse a la tentación de gustar a amigos y mortificar a rivales, y que es natural que los jóvenes cedan a la tontería y de esta guisa caigan en la falta de dinero que es fuente de mil y una vilezas. ¡Cuántos hombres se han lanzado al mundo con inclinaciones generosas que más tarde han resultado ser el instrumento de la desdicha de pueblos enteros, y guiados por el afán de gastar se han endeudado tanto que para salir de semejantes aprietos no han tenido más remedio que faltar a su honor, aprietos en los que jamás se habrían visto si el respeto que a muchos inspiran los hábitos se fijara por ley y no estuviese sometido al gusto por un determinado color o corte de género! Estas reflexiones inspiran otras demasiado melancólicas.

Me apresuraré a quitárselas de la cabeza relatándole la farsa de las reliquias con la que me he entretenido en todas las iglesias romanas. Los luteranos no están del todo exentos de estas locuras. En la principal iglesia de aquí he visto una enorme cruz tachonada de joyas y la punta de la lanza que, según me han dicho muy seriamente, es la misma que atravesó el costado de nuestro Salvador. Me divertí de modo particular en una pequeña iglesia católica y romana, aquí permitidas, donde los profesores de esa religión no son muy ricos y, por tanto, no pueden engalanar sus imágenes con tanto

lujo como sus vecinos pero, para que no quedase despojada de todo adorno, han vestido la imagen del altar de nuestro Salvador con una peluca larga, bien empolvada.

Me imagino a su señoría releiendo cuanto acabo de escribir y dudando de su veracidad; pero le doy mi palabra de que todavía no he hecho uso del privilegio de los viajeros y mi descripción ha sido escrita con la misma sinceridad de corazón con la que quedo de usted, señora mía, suya, etcétera.

Carta VI

A Anne Thistlethwayte,[16]

Ratisbona,[17] 30 de agosto de 1716

No tuve el placer de recibir la suya hasta el día antes de mi salida de Londres. Le agradezco infinitamente sus buenos deseos y es tan buena la opinión que de su eficacia tengo que estoy persuadida de que en parte es a ellos a los que debo la buena suerte de haber llegado hasta esta etapa de mi largo viaje sin ningún accidente. No considero como tal el hecho de haberme visto demorada unos cuantos días en esta ciudad por un resfriado, puesto que no sólo me ha dado ocasión de ver cuanto de curioso hay en ella, sino de trabar amistad con las damas que han venido a verme, con gran educación, en especial madame von Wrisbert, esposa del enviado de nuestro rey a Hannover.[18] Me ha llevado a todas las reuniones y he sido magníficamente agasajada en su casa, una de las más lujosas de aquí. Como sabrá, todos los nobles de este lugar son enviados de distintos estados. Hay aquí gran número de ellos y podrían pasar su tiempo gratamente si se mostrasen menos remilgados en lo que a las ceremonias atañe. En lugar de unirse con el propósito de hacer de esta ciudad el sitio más agradable posible, y de mejorar sus pequeñas sociedades, no encuentran mejor modo de divertirse que enzarzarse en perpetuas rencillas, las cuales se esmeran en eternizar dejándolas incluso en herencia a sus sucesores, de manera que un enviado a Ratisbona recibe normalmente una media docena de rencillas como requisito previo de su empleo.

Puede estar usted segura de que las damas no les van a la zaga y se esmeran en mantener y mejorar estos despechos que dividen a la ciudad casi en tantas facciones como familias hay en ella, y prefieren pasar por la humillación de verse sentadas y solas en sus noches de reunión antes que ceder un ápice en sus pretensiones. No llevo aquí más de una semana y casi todas ellas, con la esperanza de ganarme para su causa, ya me han referido la historia completa de sus agravios así como terribles quejas sobre la injusticia de sus vecinas. Si bien considero más prudente mantenerme neutral, aunque si me viera obligada a quedarme aquí no habría posibilidad de seguir siéndolo, pues es tal la magnitud de las rencillas que las separan que no se mostrarían educadas con quienes visitaran a sus adversarias. El fundamento de estas eternas disputas gira por completo en torno al puesto y el título de excelencia, al cual todas aspiran y, es muy difícil que le sea otorgado a nadie. Por mi parte, no he podido abstenerme de aconsejarles —por el bien público— que dieran el título de excelencia a todo el mundo, lo que incluiría el derecho a recibirlo de todos; mas la sola mención de una paz tan deshonrosa fue recibida con tanta indignación como la expresada por la señora Blackacre cuando se le sugiere que acepte una petición de arbitraje.[19] Comencé a pensar que, en una ciudad donde abundan tan pocos pasatiempos, era malintencionado de mi parte despojarlas de tan entretenida diversión. Sé que mi temperamento pacífico ya me ha procurado muy mala fama, y que públicamente se rumorea que mi actitud es una muestra de orgullo impertinente, pues hasta ahora he sido descaradamente educada con todo el mundo, como si pensara que nadie es aquí digno de mis disputas. Nada me gustaría más que complacerlas y cambiar de comportamiento si no fuera porque tengo intención de proseguir viaje dentro de pocos días.

He ido a visitar las iglesias y me han dado permiso para tocar las reliquias, algo a lo que jamás

habían accedido en lugares donde no era conocida. Gracias a este privilegio he tenido la oportunidad de observar algo que, sin duda habría podido observar en todas las demás iglesias, y es que las esmeraldas y los rubíes exhibidos en sus reliquias e imágenes son falsos en su mayoría, a pesar de que dicen que muchas de las cruces y vírgenes engarzadas con estas piedras preciosas han sido obsequio de emperadores y otros grandes príncipes, y no lo dudo, aunque antes que nada fueron joyas de gran valor, razón por la cual los buenos padres consideran conveniente destinarlas a otros usos y a la gente la satisfacen por igual unos trozos de vidrio. Entre estas reliquias me han mostrado una prodigiosa garra engarzada en oro, a la que llamaban la garra de un grifo, y me ha sido imposible no preguntarle al reverendo padre que me la mostró si el grifo era un santo. La pregunta estuvo a punto de arrancarlo de su circunspección, pero contestó que sólo la guardaban como curiosidad. Lo que me escandalizó en grado sumo fue una gran imagen de plata de la Santísima Trinidad, en la que el Padre está representado bajo la figura de un anciano decrepito con una barba larga hasta las rodillas y una triple corona en la cabeza; en brazos lleva al Hijo clavado en la cruz y el Espíritu Santo aparece en forma de paloma que se sostiene en el aire, sobre él.

Madame von Wrisbert ha entrado en este momento para llevarme a la reunión y me obliga a decirle, muy abruptamente, que quedo por siempre suya.

Carta VII

A lady Mar,

Viena, 8 de septiembre de 1716

Mi querida hermana, he llegado sana y salva a Viena,[20] y agradezco a Dios que todas nuestras fatigas no me hayan causado ningún problema de salud a mí ni —lo que es para mí aún máspreciado— a mi hijo. Desde Ratisbona bajamos por el Danubio, un viaje perfectamente agradable, en una de esas embarcaciones que, con toda propiedad, denominan casas de madera, donde cuentan con todas las comodidades de un palacio, estufas en los aposentos, cocinas, etcétera. Son propulsadas por doce remeros y se desplazan con una rapidez tan increíble que en el mismo día tienes el placer de disfrutar de una vasta variedad de paisajes, y en el espacio de pocas horas, tienes el placer de ver una ciudad populosa adornada de magníficos palacios y la más romántica de las soledades, que aparecen alejadas del comercio del hombre, pues las orillas del Danubio gozan de una adorable diversidad de bosques, piedras, montañas cubiertas de viñas, campos de trigo, grandes ciudades y ruinas de antiguos castillos. Vi las grandiosas ciudades de Passau y Linz, famosas por haberse en ellas refugiado la corte imperial durante el sitio de Viena.[21]

Esta ciudad, que tiene el honor de servir de residencia al Emperador,[22] no respondió en modo alguno a las ideas que de ella me había hecho, resultando ser mucho menos de lo que me esperaba encontrar. Las calles están muy cerca unas de otras y son tan estrechas que resulta imposible contemplar las bellas fachadas de los palacios, a pesar de que muchos de ellos son dignos de observación, pues son verdaderamente magníficos, todos contruidos en fina piedra blanca y excesivamente altos. La ciudad es demasiado pequeña para el número de personas que desean vivir en ella y, según parece, los constructores han proyectado poner remedio a esa desgracia amontonando una ciudad sobre la otra, en vista de que la mayoría de las casas tienen cinco y hasta seis pisos. Como podrás imaginar, al ser las calles tan angostas, incluso las habitaciones superiores resultan muy oscuras y, lo que representa a mi modo de ver un inconveniente más intolerable, no hay una sola casa que no albergue por lo menos cinco o seis familias. Las estancias de las damas más encumbradas e incluso de los ministros de estado están separadas por un simple tabique de las pertenecientes a sastres o zapateros y no conozco a nadie que tenga más de dos plantas en ninguna casa, una para su propio uso y otra para la servidumbre. Quienes poseen casas en propiedad, alquilan el resto de ellas a quien quiera tomarlas, por lo cual las grandes escalinatas —que son todas de piedra— son tan comunes y están tan sucias como las calles. No obstante, es verdad que cuando las has recorrido, nada hay que resulte más sorprendentemente admirable que estas estancias. Comúnmente son un conjunto de ocho o diez habitaciones amplias, todas ataraceadas, las puertas y ventanas ricamente talladas y doradas y el mobiliario es de aquellos que raras veces se ven en los palacios de príncipes soberanos de otros países: tapices de las más ricas telas de Bruselas, espejos prodigiosamente largos con marcos de plata, finas mesas japonesas, camas, sillas, doseles y cortinajes en los más ricos damascos o terciopelos de Génova, cubiertos casi por encajes o bordados de oro y, alegrando el conjunto, cuadros, jarrones inmensos de porcelana y, casi en todas las

habitaciones, se ven enormes arañas de cristal de roca.

He tenido ya el honor de ser invitada a cenar por varias de las personalidades de mayor rango, y debo hacerles justicia diciendo que el buen gusto y la magnificencia de sus mesas armonizan muy bien con el de su mobiliario. En más de una ocasión me han agasajado con cincuenta platos de carne, todos ellos servidos en bandejas de plata y deliciosamente aliñados; los postres en concordancia con los demás platos, los sirven en la más fina porcelana. Aunque la variedad y la riqueza de sus vinos es lo que más sorprende de todo. La costumbre imperante es dejar una lista de sus nombres sobre los platos de los invitados junto con las servilletas, y en varias ocasiones he llegado a contar hasta dieciocho variedades diferentes, todos exquisitos dentro de su especie.

Ayer estuve en casa del conde Schönborn;^[23] el jardín del vicedecano, donde me invitaron a cenar, y he de reconocer que jamás había visto sitio más perfectamente encantador que el Faubourg de Viena.^[24] Es muy amplio y casi en su totalidad compuesto por deliciosos palacios, y si el emperador encontrara oportuno permitir que se abrieran las puertas de la ciudad, y el Faubourg pasara a formar parte de él, entonces dispondría de una de las ciudades más grandes y mejor construidas de Europa. La villa del conde Schönborn es una de las más lujosas; el mobiliario exhibe profusión de brocados, de factura tan magnífica que nada hay que parezca más alegre y espléndido, por no hablar de una galería repleta de rarezas de coral, madreperla, etcétera, y por toda la casa hay profusión de dorados, tallas, finas pinturas, las más bellas y delicadas estatuas de alabastro y marfil, e inmensos limoneros y naranjos en tiestos dorados. Aún no he visitado la corte, pues me he visto obligada a quedarme por el vestido, sin el cual es imposible presentarse ante la emperatriz,^[25] me devora la impaciencia por contemplar una belleza que ha sido la admiración de tantas naciones diferentes. Cuando haya tenido ese honor, no dejaré de referirte mis verdaderos pensamientos, pues siempre me causa un especial placer comunicárselos a mi querida hermana.

Carta VIII

A Alexander Pope,[26]

Viena, 14 de septiembre de 1716

Es muy posible que se ría de mí por agradecerle solemnemente la atenta preocupación que manifiesta por mi persona. Es cierto que podría, si lo deseara, interpretar las finezas con que me obsequia como chanzas y muestras de ingenio, y muy posiblemente las estaría interpretando bien. Nunca en la vida me había sentido más inclinada a creerle de verdad y esa distancia que hace improbable seguir manteniendo su amistad ha contribuido a aumentar mi fe en ella, y descubro que, al igual que el resto de mi sexo, y sea cual fuere la actitud que yo adopte, tengo una fuerte inclinación a creer en los milagros. No vaya usted a pensar, sin embargo, que me ha infectado el aire de estos países papistas, aunque debo admitir que me he apartado de la disciplina de la Iglesia de Inglaterra para asistir el domingo pasado a la ópera, representada en el jardín de la Favorita, y tanto me ha complacido que aún no me he arrepentido de haberla visto. No hay nada más magnífico que pueda comparársele y creo a pie juntillas cuanto me dicen, que los decorados y los trajes le han costado al emperador 30.000 libras esterlinas. El escenario había sido construido sobre un amplísimo canal, y al principio del segundo acto se dividió en dos, dejando al descubierto el agua, sobre la que aparecieron de inmediato, desde distintas partes, dos flotas de pequeñas embarcaciones doradas que representaban una batalla naval. No es fácil imaginar la belleza de esta escena, en la que reparé especialmente, aunque todas las demás fueron magníficas en su especie. La ópera narra la historia del encantamiento de Alcina,[27] y da ocasión de exhibir una gran variedad de máquinas y cambios de escena, todos ellos realizados con sorprendente rapidez. El teatro es tan grande que resulta difícil ver a simple vista el final, los trajes son de una riqueza suprema y llegan hasta el número de 108. No hay casa capaz de albergar tan grandes decorados, mas el hecho de que las damas estén todas sentadas al aire libre, las expone a grandes inconvenientes, pues hay un solo dosel para la familia imperial, y la primera noche que se representó mientras caía un aguacero, la ópera hubo de suspenderse y la huida en desbandada de los allí presentes provocó tal confusión que a punto estuve de perecer aplastada.

Mas si las óperas de este país son así de deliciosas, las comedias son en igual grado cómicas. Poseen un solo teatro, donde tuve la curiosidad de ir a ver una comedia alemana, y me alegré mucho de que resultara ser la historia de Anfitrión,[28] un tema ya tratado por un poeta latino, otro francés y otro inglés, y sentía curiosidad por comprobar qué haría un autor austríaco. Comprendo la lengua lo suficiente como para entender gran parte de la obra; además, llevaba conmigo a una dama que tuvo la bondad de explicármela palabra por palabra. Aquí la costumbre es coger un palco donde caben cuatro, así puede una ir con compañía. El precio es de un ducado de oro. El teatro me pareció muy bajo y oscuro, pero lo confieso, la comedia recompensó ampliamente ese defecto. Jamás me había reído tanto en mi vida. Se inicia la obra con Júpiter, que se enamora al espiar por una mirilla en las nubes y termina con el nacimiento de Hércules. Pero lo más agradable fue el uso que el autor hace de las metamorfosis de Júpiter, pues en cuanto aparece bajo la apariencia de Anfitrión en lugar de verlo volar junto a Alcmena, pronunciando las frases arrobadas que el señor Dryden pone en su boca, lo

envía al sastre de Anfitrión y sirviéndose de engaños consigue sacarle una chaqueta de encajes, a su banquero una bolsa de dinero, a un judío una sortija de diamantes, y encarga una opípara cena en su nombre; la mejor parte de la comedia ocurre cuando el pobre Anfitrión es atormentado por todas estas personas con quienes está en deuda y Mercurio usa a Sosia del mismo modo. No he podido, sin embargo, perdonar fácilmente la libertad que el poeta se ha tomado al salpicar su obra con, no sólo expresiones indecentes, sino palabras de tan grueso calibre que dudo que ni siquiera nuestro populacho aceptara de un embaucador; y cuando los dos Sosias se bajaron los pantalones directamente delante de los palcos, llenos de gente de alcurnia que parecía muy satisfecha con la actuación, tuve entonces la certeza de que se trataba de una pieza célebre. Concluyo mi carta con este notable relato, digno de la seria consideración del señor Collier.[29] No le importunaré con los cumplidos que suelen hacerse en las despedidas, pues los considero tan impertinentes como las cortesías dispensadas al abandonar una estancia cuando la visita ha sido demasiado larga.

Carta IX

A lady Mar,

Viena, 14 de septiembre de 1716

Mi querida hermana, aunque recientemente te he importunado con una larga carta, mantendré la promesa de ofrecerte un relato pormenorizado de mi primera visita a la corte. Para asistir a esa ceremonia, me embutieron no sin cierta dificultad en un vestido y me engalanaron con una gorguera y demás implementos acompañantes; un vestido muy inconveniente, pero que sin duda permite lucir el cuello y la forma de una manera muy favorecedora. No puedo abstenerme aquí de ofrecerte una descripción de las modas de estas tierras, que son más monstruosas y contrarias al sentido común y a la razón de lo que tú puedas imaginar. En la cabeza se colocan ciertas construcciones de gasa, de una yarda de alto, formadas por tres o cuatro pisos, fortificadas con innumerables yardas de pesada cinta. El cimiento de esta estructura es una cosa que llaman *boullé*, que tiene exactamente la misma forma y tipo, pero cuatro veces tan grande como los cojines que nuestras prudentes lecheras usan para apoyar en ellos los cubos. Este artefacto lo cubren con su propio cabello, que mezclan con mucho pelo postizo, siendo signo de especial belleza tener la cabeza suficientemente grande como para que quepa en un tonel de tamaño moderado. Llevan el cabello prodigiosamente empolvado para ocultar la mezcla y adornado con tres o cuatro filas de broches —magníficamente largos, sobresalen dos o tres pulgadas del pelo— confeccionados con diamantes, perlas, y piedras rojas, verdes y amarillas; hace falta, sin duda, tanto arte y experiencia para llevar la carga enhiesta como para bailar el primero de mayo con la corona de laureles. Sus enaguas de ballenas superan a las nuestras en varias yardas de circunferencia y cubren varios acres de superficie. Podrás figurarte fácilmente cómo destaca este extraordinario vestido y cómo mejora la natural fealdad con la que el Todopoderoso ha tenido a bien dotarlas a todas en general. Hasta la bella emperatriz se ve obligada a seguir, en cierta medida, estas modas absurdas, que no abandonarían por nada del mundo.

Tal como dictan las normas de ceremonia, tuve una audiencia privada de media hora, después de la cual, se les permitió a las otras damas presentar sus respetos. Quedé totalmente cautivada por la emperatriz; sin embargo, no puedo decirte que sus facciones sean regulares. Sus ojos no son grandes, pero tienen una mirarla vivaz, llena de dulzura, su cutis es el más fino que yo haya visto nunca, su nariz y su frente están bien hechas, pero su boca es la que posee los mil encantos que llegan al alma. Cuando sonrío, lo hace con una belleza y una dulzura que obliga a la adoración. Tiene una cantidad increíble de fino cabello rubio; ¡y su persona! Debes hablar de ella poéticamente para hacerle verdadera justicia; cuanto han dicho los poetas de la fuerza de Juno, del aire de Venus, no es, ni por asomo, un pálido reflejo de la verdad. Las Gracias[30] se mueven con ella; la famosa estatua de los Médici[31] no se esculpió con proporciones más delicadas; nada puede añadirse a la belleza de su cuello y sus manos. Hasta el momento en que las vi, no creía que en la naturaleza existiese nada tan perfecto, y lamenté que mi rango no me permitiera besárselas; pero ya son besadas en suficiente medida, pues cuantos vienen a presentarle sus respetos, le rinden ese homenaje tanto al llegar como al retirarse. Cuando las damas hubieron entrado, se sentó a jugar al *quinze*. Como no podía jugar a un juego de baraja que jamás había visto, me ordenó que me sentara a su derecha, y tuvo la bondad de conversar mucho conmigo, con esa gracia tan natural que le es propia. Esperaba que de un momento a

otro llegasen los hombres a tributarle homenaje, pero esta sala es muy distinta de la de Inglaterra. Los hombres tienen prohibido entrar en ella, siendo el anciano gran maestro el único a quien le está permitido para advertir a la emperatriz de la llegada del emperador. Su majestad imperial me hizo el honor de hablar conmigo de una forma muy atenta, pero nunca le dirige la palabra a ninguna de las otras damas y todo transcurre con una seriedad y un aire de ceremonia muy formal. La emperatriz Amelia, viuda del difunto emperador José,[32] vino esta tarde a agasajar a la emperatriz reinante, acompañada de sus hijas, las dos archiduquesas, que son unas jóvenes princesas muy agradables. Sus majestades imperiales levantan y van a recibirla a la puerta de la estancia, después de lo cual, se sienta en una silla de brazos, junto a la emperatriz, igual que en la cena, durante la cual se permite a los hombres rendirle homenaje. Las archiduquesas se sientan en sillas con respaldos pero sin brazos. Las damas de honor de la emperatriz se ocupan de servir la mesa y de poner todos los platos; se trata de doce jóvenes damas de primer rango. No reciben sueldo sino sus aposentos en la corte, donde viven en una especie de reclusión, y no les está permitido ir a reuniones ni frecuentar lugares públicos de la ciudad, a menos que sea para asistir a la boda de una doncella hermana, a quien la emperatriz siempre obsequia su imagen enmarcada en diamantes. Las tres primeras reciben el nombre de damas de llaves, y llevan llaves de oro en el flanco; pero lo que me parece más agradable es la costumbre que las obliga mientras vivan después de haber dejado el servicio de la emperatriz, a hacerle todos los años algún regalo por el día de su fiesta. Su majestad no es atendida por ninguna mujer casada excepto la *grande maitresse*, generalmente una viuda de alcurnia, siempre muy anciana, que es al mismo tiempo azafata de la emperatriz y camarera mayor. Las doncellas no tienen en absoluto la importancia que pretenden en Inglaterra y no se las considera más que como simples camareras.

Al día siguiente tuve audiencia con la madre emperatriz,[33] princesa de gran virtud y bondad, pero con una devoción tan violenta que siempre está realizando extraordinarios actos de penitencia, sin haber hecho jamás nada para merecerlos. Tiene a su servicio el mismo número de damas de honor, a quien les permite vestir de colores, aunque ella jamás abandona el luto, y puedo asegurarte que no hay nada más deprimente que el luto que se guarda aquí, incluso por un hermano. No se ve nada de lino; en su lugar se usa profusión de crespón negro; el cuello, las orejas y los lados de la cara se cubren con una pieza tableada del mismo género y la cara que asoma en medio parece empicotada. Las viudas llevan por encima una pieza de crespón que cubre la frente y de esta solemne guisa asisten a todos los lugares públicos de diversión sin escrúpulo alguno.

Al día siguiente me recibió en audiencia la emperatriz Amelia, que ahora se encuentra en su palacio de retiro, a media milla de la ciudad. Allí tuve el placer de asistir a un entretenimiento completamente nuevo para mí, pero que es la distracción corriente de esta corte. La emperatriz misma estaba sentada en un pequeño trono, al final de un pasillo del jardín, y a cada lado de ella iban dos grupos de sus damas de honor, acompañadas de otras jóvenes damas de rango, al frente de las cuales iban las dos jóvenes archiduquesas, con el cabello engalanado, cargadas de joyas; empuñaban en la mano unas pistolas ligeras y, a una distancia adecuada había tres cuadros ovalados que eran los blancos a los cuales debían disparar. El primero representaba a un cupido escanciando Borgoña en un cáliz y llevaba el lema “Aquí es fácil ser valiente”; en el segundo se veía una fortuna sosteniendo una guirnalda en la mano, el lema era, “A aquella a quien la Fortuna sonría”. En el tercero figuraba una espada con una corona de laureles en la punta y el lema “Aquí no hay vergüenza para las vencidas”. Cerca de la emperatriz había un trofeo dorado, adornado de flores, formado por pequeñas volutas de las que colgaban ricos pañuelos turcos, esclavinas, cintas, lazos, etcétera, para los

premios menores. La emperatriz entregó el primero de ellos con sus propias manos; se trataba de una rica sortija con un rubí engarzado con diamantes, metida en el interior de una caja de rapé. Para la segunda había un pequeño cupido engarzado de brillantes y además había un juego de té de mesa de fina porcelana, recubierto de oro, baúles japoneses, abanicos y muchas piezas lujosas de la misma naturaleza. Todos los hombres de rango de Viena presenciaron el espectáculo, pero sólo las damas tenían permiso para disparar y la archiduquesa Amelia se llevó el primer premio. Fue para mí una inmensa satisfacción haber presenciado este entretenimiento y creo que no habría desentonado como concurso de tiro de la Eneida, si yo supiera escribir tan bien como Virgilio. Este es el pasatiempo favorito del emperador y no pasa una sola semana sin que se celebre una fiesta de esta especie, con lo cual las jóvenes damas adquieren destreza suficiente como para defender un fuerte, y se rieron mucho al ver mi temor a manejar un arma.

Mi querida hermana, deberás perdonarme esta abrupta conclusión. Creo que a estas alturas estarás temiendo que no fuera a concluir nunca.

Carta X

A lady Rich,

Viena, 20 de septiembre de 1716

Me complace inmensamente, si bien no me sorprende en absoluto, la larga y encantadora carta que tuvo la bondad de enviarme. Sé que es usted capaz de pensar en una amiga ausente incluso en plena corte, y que, a pesar de no tener perspectivas de ser correspondida, ama usted complacerme; y yo espero de usted que me quiera y piense en mí en mi ausencia.

Me compadezco de las mortificaciones por las que, según me refiere usted, ha pasado nuestra pequeña amiga, y le tengo mucha lástima, pues sé que no se deben más que a las bárbaras costumbres de nuestro país. Le doy mi palabra de que si estuviera ella aquí, no cometería más pecado quizás que el de ser demasiado joven para la moda, y no tiene más que pensar en cómo será de aquí a siete años para volver a sentirse una joven y floreciente belleza. Puedo asegurarle que ni las arrugas ni una leve inclinación de los hombros ni las canas mismas son impedimento para hacer nuevas conquistas. Sé que le costará imaginarse a un joven de veinticinco años comiéndose apasionadamente con los ojos a mi lady Suffolk o afanándose por llevar de la mano a la condesa de Oxford[34] a la salida de la ópera. Son escenas que contemplo a diario, y no percibo que nadie se sorprenda con ellas excepto yo misma. Hasta los treinta y cinco años las mujeres son tenidas por muchachas inexpertas y en el mundo no pueden hacer ruido alguno hasta alrededor de los cuarenta. No sé lo que opinará su señoría sobre este asunto, pero me consuela enormemente pensar que en este mundo haya semejante paraíso para las mujeres mayores, y me satisface ser en este momento insignificante si con ello puedo alimentar la esperanza de hacer oír mi voz cuando en otra parte no pueda siquiera aparecer.

No puedo dejar de lamentarme en esta ocasión de la lastimosa situación de tantas buenas damas inglesas, que llevan dedicadas desde hace mucho a la mojigatería y al rosoli y quienes, de haber sido bien guiadas por sus estrellas, ahora brillarían entre las de mayor belleza. Esa palabra desconcertante, la reputación, tiene aquí un significado muy distinto del que se le da en Londres, y conseguir un amante dista mucho de hacer que una la pierda, sino que por el contrario, con ello no se hace más que obtenerla, pues aquí se tiende a respetar más a las damas por la jerarquía de sus amantes que por la de sus maridos.

Pero lo que más le extrañará es saber que en estas tierras son del todo desconocidas las dos sectas en que se divide nuestra nación de mujeres. Aquí no existen ni coquetas ni gazmoñas. No hay mujer que se atreva a coquetear lo bastante como para animar a dos amantes al mismo tiempo, tampoco las hay tan gazmoñas como para fingir fidelidad a sus maridos, que son, por cierto, las personas con mejor talante del mundo y consideran a los galanes de sus esposas de un modo tan favorable como lo hacen los hombres con sus representantes, encargados de quitarles de las manos los asuntos espinosos de los negocios, aunque no por esto tienen menos tarea, pues ellos mismos son, en general, representantes en otros sitios. En una palabra, es costumbre establecida que toda dama tenga dos maridos, uno que le da el apellido y el otro que cumple con los deberes, y estos

compromisos son de todos tan bien conocidos que sería una verdadera afrenta y motivo de público resentimiento si alguien invitara a una mujer de rango a cenar sin invitar, al mismo tiempo, a los dos miembros de su séquito, el amante y el marido, entre los cuales siempre se sienta con gran pompa y circunspección. Los submatrimonios duran generalmente veinte años y la dama suele administrar los bienes del pobre amante, incluso hasta el punto de llevar a la ruina a su familia, aunque rara vez se inician con pasión, como ocurre con otras uniones.

Mas el hombre que tenga algún trato de esta naturaleza hace muy mal papel y las mujeres buscan amante en cuanto se han casado como si éste fuera parte de su equipaje, sin el cual no podría considerársela refinada; y el primer artículo del tratado consiste en fijar la pensión que habrá de quedarle a la dama, pues el galán podría resultar inconstante, y es esta cuestión de honor exigible la que yo tengo por el verdadero cimiento de tantos maravillosos ejemplos de constancia. Conozco a varias mujeres de alcurnia cuyas pensiones son tan conocidas como sus rentas anuales y no por eso se las estima menos. Al contrario, su discreción estaría en serio entredicho si se sospechara de ellas que son amantes a cambio de nada, y gran parte de la rivalidad se produce cuando tratan de ver quién consigue más, y no tener amorío alguno es aquí considerado una desgracia, pues le aseguro que una dama que es muy amiga mía me dijo ayer cuán en deuda estaba yo con ella por haber justificado mi conducta en una conversación de la que yo era el centro, pues se dijo públicamente de mí que carezco de sentido común por llevar más de dos semanas en la ciudad sin haber aún hecho nada por procurarme un amante. Mi amiga salió en mi defensa y adujo que mi estancia aquí era incierta y que creía que era esa la causa de mi aparente estupidez, es cuanto se le ocurrió decir para justificarme.

Una de las aventuras más agradables que he tenido en mi vida aconteció ayer noche y le dará una idea justa de qué manera delicada se tratan en este país las *belles passions*. Estaba yo en la reunión de la condesa de - - y el joven conde de - - me llevó a la planta inferior donde me preguntó cuánto tiempo tenía pensado quedarme. Respondí que mi estancia dependía del emperador y que no estaba en mi mano determinarlo. Bien, señora, dijo él, sea larga o corta su estancia en este lugar, creo que debería usted pasarla agradablemente; con tal fin debe usted dejar que su corazón inicie una aventura amorosa. Mi corazón, respondí yo seriamente, no muestra una fácil disposición en estos asuntos y no tengo intención de desprenderme de él. Por la naturaleza destemplada de su respuesta, dijo él con un suspiro, comprendo, mi querida señora, que no debo abrigar esperanza alguna; como comprenderá es para mí una gran mortificación haberme prendado de usted. Sin embargo, sigo a su devoto servicio y dado que yo no soy digno de su trato, hágame el honor de decirme quién de nosotros le cae mejor, que de inmediato pondré manos a la obra para arreglar el asunto a su entera satisfacción, podrá juzgar usted de qué manera debería haber recibido este cumplido en mi propio país, pero como ya conocía bastante las costumbres de éste, sabía que el caballero lo decía como un obligación, le agradecí su afán por servirme con una breve reverencia y le aseguré que no tenía ocasión de hacer uso de su ofrecimiento.

Como verá, mi querida, la galantería y la buena educación son tan distintas en los distintos climas como la moralidad y la religión. Quién tiene la idea más acertada de ambas, no lo sabremos hasta el día del juicio; debo admitir que poca impaciencia sentirá porque llegue ese gran día de *éclaircissement*, por lo que me despido de usted, etcétera.

Carta XI

A la señora T - -, [35]

Viena, 26 de septiembre de 1716

Nada me ha sorprendido más agradablemente que su amable carta. Debo hacérselo saber como muestra peculiar de mi estima, y puedo asegurarle que si la quisiera una pizca menos de lo que la quiero, lamentaría mucho tenerla por tan amena. La aversión mortal que me produce escribir hace que me estremezca de sólo pensar que debo mantener correspondencia con alguien más; creo haber sido ya desatenta con al menos una decena de mis conocidos de Londres al negarme a saber de ellos, aunque me consta que tenían la intención de enviarme cartas muy entretenidas. Mas he preferido perderme el placer de leer unas cuantas cosas ingeniosas que verme obligada a escribir infinidad de tonterías. Sin embargo, a pesar de estas reflexiones, estoy encantada con esta prueba de su amistad y le ruego continúe enviándome tan magníficas misivas, aunque temo que lo aburrido de ésta la haga arrepentirse de haberme escrito.

De Austria bien pocas cosas vivaces pueden escribirse y ya estoy contagiada de la flema del país. Hasta sus amores y sus rencillas se producen con sorprendente temple y nunca se animan con nada que no sean cuestiones de ceremonia. En eso, reconozco, muestran todas sus pasiones y hace poco, al cruzarse en plena noche dos carruajes que pasaban por una calle estrecha, no pudiendo las damas que en ellos iban ceñirse al ceremonial de quién debía retroceder, se quedaron ambas allí sentadas con igual galantería hasta las dos de la madrugada y estaban ambas tan decididas a perecer donde se encontraban antes que ceder en un punto de tamaña importancia, que la calle jamás se habría despejado hasta sus muertes, de no haber el emperador enviado a su guardia para que las sacaran; incluso entonces se negaron a moverse hasta que optaron por la solución expeditiva de sacarlas exactamente al mismo momento a ambas en sus sillas, después de lo cual se consiguió, no sin cierta dificultad, que los dos cocheros, no menos tenaces que sus amas en las cuestiones de rango, dirimieran la disputa. ¡Ay! Esta pasión prende con tanta fuerza en el pecho de las mujeres que hasta sus maridos nunca mueren sino que están dispuestos a romperles el corazón, porque con esa hora fatal llega el fin de sus rangos, dado que en Viena no hay lugar para las viudas.

Esta cuestión de honor no hace menos mella en los hombres, y no sólo desdeñan casarse, sino incluso hacer el amor a cualquier mujer que pertenezca a una familia menos ilustre que la propia, y el linaje es un aspecto de sus queridas que tienen más en cuenta que el cutis o las facciones. Felices aquellas que entre sus antepasados cuentan con condes del imperio, pues no necesitan de la belleza, el dinero ni la buena conducta para conseguir maridos y amantes. Sin embargo, es cierto que el dinero rara vez resulta una ventaja para el hombre con quien casan; las leyes austríacas obligan a que la porción de la mujer no exceda los dos mil florines —unas doscientas libras inglesas— y queda a su libre disposición cuanto supere esa cantidad. De este modo, abundan aquí las damas con más riquezas que sus maridos, quienes, no obstante, están obligados a pasarles una suma para gastos personales acorde con su rango, y yo atribuyo a esta considerable ramificación de las prerrogativas, la libertad que se toman en otras ocasiones.

Tengo la certeza de que usted, que conoce mi holgazanería y mi extrema indiferencia por este

asunto, se apiadará de mí por encontrarme enmarañada en todas estas ceremonias que me resultan sumamente onerosas, si bien soy la envidia de toda la ciudad pues, según sus propias costumbres, no estoy sujeta a ellas. Y así se vengan con los pobres enviados por el gran respeto mostrado a los embajadores y los usan con un desdén que yo, a pesar de mi indiferencia, me sentiría muy inquieta de tener que soportarlo. En los días de ceremonia, no les está permitido acceder a la corte y en los demás días deben contentarse con correr detrás de todo el mundo y ser los últimos a quienes se presta atención. Mas para ponerla al corriente de todas las ceremonias necesitaría escribir un libro entero y ya he dicho demasiado sobre asunto tan aburrido que, sin embargo, consume toda la atención de las gentes de estas tierras. Después de cuanto he expuesto no necesito decirle cuán agradablemente paso aquí el tiempo. Sabe tan bien como yo el gusto, etcétera.

Carta XII

A lady X- -,

Viena, 1 de octubre de 1716

Desea usted, señora mía, que le envíe noticias de las costumbres de aquí y, al mismo tiempo, una descripción de Viena. Estoy siempre dispuesta a complacer sus deseos, pero en esta ocasión quisiera que se contentara usted con ésta mi buena disposición y diera por cumplida su orden. Si tuviese que comprometerme a contarle todos los detalles en los que las costumbres de aquí difieren de las nuestras, debería llenar una mano entera de papel con los asuntos más aburridos que jamás se hayan leído ni impreso sin haber sido leídos.

Sus trajes se parecen a los ingleses o franceses sólo en que llevan enaguas. Tienen muchas modas propias, como por ejemplo que es indecente que una viuda vista de verde o de rosa, quedando el resto de los colores más alegres a su entera discreción. Las reuniones aquí son la única diversión habitual, pues las óperas se hacen siempre en la corte y comúnmente en ocasiones especiales. La señora Rabutin[36] organiza todas las noches una reunión en su casa y las demás damas, siempre que se les antoja exhibir la magnificencia de sus aposentos o quieren agasajar a alguna amiga invitándola con ocasión del santo, hacen saber entonces que en un determinado día se organiza la reunión en su casa en honor de tal o cual conde o condesa. Estos días reciben el nombre de días de gala, y todos los amigos o parientes de la dama cuyo santo se festeja están obligados a presentarse con sus mejores vestidos y todas sus joyas. La señora de la casa no se fija especialmente en nadie ni retribuye la visita de ninguno; y quien así lo decide, puede asistir sin la formalidad de una presentación. Sea invierno o verano, se ofrecen a la concurrencia helados de variadas formas; más tarde se distribuyen en diversos grupos para jugar al *ombre* o al *piquet* o bien conversar, estando todos los juegos de azar prohibidos. El otro día asistí a la gala para el conde Altham,[37] favorito del emperador; en mi vida había visto trajes finos de diseño tan poco elegante. Bordan incluso los géneros más ricos con tal de hacer que sus vestidos parezcan más caros, ése es todo el gusto que exhiben. En otras ocasiones, visten sólo una estola y llevan debajo lo que se les antoja.

Ahora pasaré a hablarle de Viena, estoy segura de que espera que le diga algo de los conventos; los hay de todo tipo y tamaño, pero el que más me agrada es el de San Lorenzo,[38] donde la tranquilidad y la pulcritud con la que viven parece mucho más edificante que las de esas otras órdenes más estrictas, donde la suciedad y la penitencia perpetuas contribuyen al descontento y la desdicha. Las monjas son todas de alcurnia. Calculo que deben ser unas cincuenta. Todas tienen una pequeña celda inmaculadamente limpia, con las paredes cubiertas de cuadros más o menos finos, según su rango. Todas comparten una larga galería de piedra blanca, compuesta con los cuadros de hermanas ejemplares; la capilla es extremadamente limpia y contiene ricos adornos. Mas no pude evitar reírme cuando me mostraron una cabeza de madera de nuestro Salvador, la cual, me aseguraron, habló durante el sitio de Viena; en prueba de ello, me pidieron que observara su boca, que permanece abierta desde entonces. Nada puede ser más apropiado que el hábito de estas monjas. Es de fino camelote blanco, las mangas vueltas hacia arriba recubiertas de fino calicó, y el tocado en

el mismo género, con un pequeño velo de crespón negro que cae hacia atrás. Hay allí unas monjas de menor rango que les sirven de camareras. Sólo reciben visitas de mujeres y juegan al *ombre* en sus aposentos con permiso de la abadesa, que se obtiene muy fácilmente. Jamás había conocido a anciana con más buen carácter; tiene cerca de ochenta años aunque muestra pocos signos de decadencia, pues se mantiene alegre y vivaz. Me acariciaba como si hubiese sido su hija y me obsequió con hermosas cosas hechas por ella y abundancia de dulces. La reja no es de las más rígidas; no resulta difícil pasar la cabeza a través de ella y no dudo de que un hombre más delgado que lo habitual podría meterse de cuerpo entero. El joven conde de Salm[39] se acercó a la reja mientras yo estaba allí y la abadesa le tendió la mano para que se la besara.

Me sorprendió encontrar aquí a la única joven hermosa que he visto en Viena y no sólo hermosa sino refinada, ingeniosa y agradable, pertenece a una gran familia, y fue la admiración de la ciudad. Me resultó imposible no manifestar mi sorpresa al ver una monja como ella. Me hizo mil y un cumplidos y me rogó que volviera a menudo. Para mí será un placer infinito verla a usted, dijo suspirando, pero evito con el mayor de los cuidados ver a ninguna de mis anteriores amistades, y cuando vienen a nuestro convento, me encierro en mi celda. Noté que se le llenaban los ojos de lágrimas, algo que me conmovió profundamente, y comencé a hablarle en ese tono de tierna piedad que me inspiraba; pero no quiso admitir delante de mí que no es del todo feliz. Desde entonces me he empeñado en descubrir la verdadera causa de su retiro, sin haber podido encontrar ninguna explicación más que saber que todos se sorprendieron de su decisión; me causa gran melancolía ver a una criatura tan joven y agradable enterrada viva y no me sorprende que las monjas hayan inspirado a menudo violentas pasiones; la pena que naturalmente sentimos por ellas, cuando parecen dignas de otro destino, alimenta fácilmente los más tiernos sentimientos; jamás en mi vida me he sentido menos caritativa con la religión católica y romana desde que veo el sufrimiento que causa a tantas pobres mujeres desdichadas! Y la ultrajante superstición del pueblo llano, que en mayor o menor número, día y noche, ofrece trozos de cirios a las imágenes de madera levantadas casi en todas las calles. Las procesiones que a menudo contemplo son de una pompa tan ofensiva y aparentemente contraria a todo sentido común como las pagodas de la China. Sólo Dios sabe si es el espíritu femenino de contradicción que llevo en mí, mas nunca antes, mi querida señora, nunca antes habíase visto tanto afán contrario al papismo en el corazón de... etcétera.

Carta XIII

Al señor - -,

Viena, 10 de octubre de 1716

No merezco todos los reproches que me hace. Si he tardado en contestar a su carta no es porque no sepa que debo agradecerle mucho el habérmela enviado, ni porque sea lo bastante tonta como para preferir cualquier diversión al placer de recibir las misivas de usted, sino porque después de la profesión de estima que con tanta amabilidad me ha hecho, no puedo hacer otra cosa que demorarme lo más posible, para demostrarle así cuánto se equivoca y, si es sincero cuando dice que espera entretenerse en grado sumo con mis cartas, debería sentirme avergonzada por la decepción que, estoy segura, tendrá al recibir noticias mías, no obstante, me he esforzado por encontrar algo digno de qué escribirle.

He visto cuanto hay que ver con una curiosidad muy diligente. Hay aquí algunas hermosas villas, particularmente la del difunto príncipe de Liechtenstein,[40] mas las estatuas son todas modernas y los cuadros no pertenecen a pintores de fama, si bien es verdad que el emperador posee algunos de gran valor. Fui ayer a ver ese repositorio que aquí llaman su “tesoro”, donde se ve que han puesto más diligencia en acumular gran cantidad de objetos que en elegirlos. Pasé más de cinco horas allí dentro, sin embargo, hubo muy pocas cosas que me obligaran a detenerme para contemplarlas dilatadamente. Mas su número es prodigioso tratándose, como se trata, de una galería muy larga, repleta a ambos lados, y de cinco amplias estancias. Hay una vasta cantidad de pinturas, entre las cuales muchas finas miniaturas, pero los cuadros más valiosos son unos pocos de Correggio, estando los de Ticiano[41] en la Favorita.

La vitrina de las joyas no me pareció tan rica como esperaba. Me mostraron un cáliz del tamaño de una taza de té hecho con una esmeralda, por el que tienen un respeto muy especial, pues sólo el Emperador tiene el privilegio de tocarlo. Hay una gran vitrina llena de objetos mecánicos, de los cuales sólo uno me pareció digno de observar. Había un cangrejo cuyos movimientos eran tan espontáneos que resultaba difícil diferenciarlo de los naturales. La vitrina siguiente contenía una colección completa de ágatas, algunas de ellas de exquisita belleza y tamaño poco común, así como varios jarrones de lapislázuli. Me sorprendió comprobar que la vitrina de medallas estaba muy mal provista; no reparé en ninguna de valor, además, las guardan todas en el más ridículo de los desórdenes. En cuanto a las antigüedades, muy pocas merecen ese nombre. A fe mía que son modernas, no pude evitar reírme ante la respuesta del sagaz anticuario que me las enseñaba, cuando dijo que eran bastante antiguas, porque según él tenía entendido llevaban allí cuarenta años. La vitrina siguiente me divirtió aún más, no siendo otra cosa que un paquete de muñecos de cera y juguetes de marfil, muy dignos de ser obsequiados a niños de cinco años. Dos de las salas estaban enteramente llenas de toda suerte de reliquias, engarzadas en joyas, entre las cuales se me rogó que observase un crucifijo que, según me aseguraron, había hablado sabiamente al emperador Leopoldo. No lo importunaré con el catálogo de los demás enseres, mas no debo olvidarme de mencionar un pequeño trozo de calamita; sostenía un ancla de acero tan pesada que no pude levantarla. Es lo que

me pareció más curioso de todo el tesoro. Hay unas cuantas cabezas de estatuas antiguas, pero varias de ellas afeadas por aditamentos modernos.

Preveo que quedará usted poco satisfecho con esta carta, y apenas me atrevo a pedirle que tenga usted la bondad de achacar su sosería a la aridez del tema y pase por alto la estupidez de su... etcétera.

Carta XIV

A lady Mar,

Praga, 17 de noviembre de 1716

Me cabe esperar que mi querida hermana no desee nuevas pruebas del afecto sincero que le profeso, pero estoy segura de que si las desearas, no podría darte otra más convincente que el ponerme a escribirte ahora, después de tres días o, con más propiedad, tres noches y tres días de incesante y rudo viaje. El reino de Bohemia es el más desierto de cuantos he visto en Alemania; las aldeas son tan pobres y las postas tan miserables que resulta difícil encontrar bendiciones tales como paja limpia y agua clara y mucho menos esperar mejor alojamiento. A pesar de que llevaba mi propia cama, no siempre encontré sitio donde colocarla, y preferí viajar toda la noche, por frío que hiciese, envuelta en mis pieles, que acercarme a las estufas comunes, llenas de una mezcla de todo tipo de malos olores.

Esta ciudad fue en otros tiempos sede real de los reyes bohemios y continúa siendo capital del reino. Conserva algunos restos de su antiguo esplendor, siendo una de las ciudades más grandes de Alemania, pero en su mayor parte de construcción antigua y poco habitada, lo cual hace que las casas sean muy baratas y la gente de rango que no puede soportar holgadamente el gasto de Viena, elige residir aquí, donde tienen reuniones, música y toda especie de diversiones, exceptuadas las de la corte, a precios muy moderados, pues aquí hay abundancia de todo, especialmente las aves de caza más deliciosas que jamás haya probado. He recibido ya la visita de algunas de las damas de más alcurnia, a cuyos parientes conocí en Viena. Visten siguiendo el uso de allí, igual que la gente de Exeter imita a la de Londres, si bien su imitación es más exagerada que el original y no resulta fácil describir las figuras extraordinarias que hacen. Entre tanto tocado y tantas enaguas, la persona se pierde de tal modo que tienen tanta necesidad de escribir a sus espaldas “aquí va una mujer” o información para el viajero, como la tuvo el pintor de señales de escribir “aquí va un oso”. [42]

No olvidaré volver a escribirte desde Dresde y Leipzig; seré entonces más solícita en saciar tu curiosidad que en satisfacer mi necesidad de reposo, quedo de ti, etcétera.

Carta XV

A lady Mar,

Leipzig,[43] 21 de noviembre de 1716

Creo yo, mi querida hermana, que me perdonarás fácilmente por no haberte escrito desde Dresde como te había prometido, cuando te cuente que no abandoné mi silla de posta desde Praga hasta ese lugar. Podrás imaginarte lo rendida que estaba después de veinticuatro horas de viajar con postas, sin reposo ni refrigerios —porque nunca consigo dormir en coche, por más fatigada que esté. Atravesamos a la luz de la luna los espantosos precipicios que separan Bohemia de Sajonia, al fondo de los cuales fluye el río Elba, pero no puedo decir que tuviera motivos para temer ahogarme en él, estando como estaba perfectamente convencida de que, en caso de que nos precipitásemos, era completamente imposible llegar con vida al fondo. En muchos lugares, el camino es tan angosto que apenas se veía una pulgada de separación entre las ruedas y el precipicio. Fui, no obstante, tan buena esposa que no desperté al señor Wortley, dormido profundamente a mi lado, para hacerlo partícipe de mis temores, siendo el peligro inevitable, hasta que, gracias a la luz brillante de la luna, me percaté de que nuestros postillones dormitaban en sus sillas mientras los caballos corrían a galope tendido, y me pareció muy conveniente solicitarles en voz bien alta que miraran por donde iban. Mis gritos despertaron al señor Wortley, quien se sorprendió más que yo de la situación en la cual nos encontrábamos, y me aseguró que él había cruzado los Alpes en cinco ocasiones por distintos puntos sin haber tenido jamás que recorrer un camino tan peligroso. Me han contado que es frecuente encontrar los cuerpos de los viajeros en el Elba; mas no fue ése nuestro destino, a Dios gracias, pues llegamos a salvo a Dresde, aunque tan cansados por el miedo y la fatiga, que no me fue posible reponerme para escribir. Después de dejar atrás esas espantosas rocas, Dresde me pareció un emplazamiento hermoso y agradable, situada en una magnífica y amplia llanura, a orillas del Elba. Me alegré mucho de quedarme un día a descansar.

Es la ciudad más limpia que he visto en Alemania; la mayoría de las casas son de reciente construcción, el palacio del Elector es muy bello y su repositorio está lleno de curiosidades de distinta especie, con una colección de medallas muy estimable. Sir Richard Vernon, enviado de nuestro Rey, vino a verme aquí, y también madame de Lorme, a quien conocí en Londres, cuando su marido fue allí ministro del rey de Polonia.[44] Me ofreció cuantas cosas estaban a su alcance para entretenerme y trajo consigo a otras damas, que luego me presentó. Las damas sajonas se parecen a las austríacas como las de la China a las de Londres. Visten refinadamente, siguiendo las costumbres de los franceses y los ingleses y, en general, tienen caras bonitas, pero son las *minaudières*[45] más resueltas del mundo entero. Considerarían un pecado mortal contra las buenas costumbres si hablaran o se movieran de forma natural. Todas ellas adoptan un ligero ceceo y unos andares con unos pasitos diminutos, flaquezas femeninas que deben perdonárseles en favor de su urbanidad y buena disposición hacia los extranjeros, de las que tengo sobradas razones para elogiar.

La condesa de Kassel[46] está prisionera en un melancólico castillo a varias leguas de aquí y, aun a riesgo de aumentar el tamaño de mi carta al de un paquete, no puedo dejar de contarte lo que de ella he oído decir, porque me parece muy extraordinario. Fue la amante del rey de Polonia —elector

de Sajonia— y ejercía sobre él un dominio tan absoluto que en esa corte ninguna dama tuvo nunca mucho poder. Cuentan una bella historia sobre la primera declaración de amor de su majestad, que le hizo durante una de sus visitas; se presentó portando en una mano una bolsa con cien mil coronas y en la otra una herradura, y partió ésta en dos delante de la dama para que ella sacara las consecuencias de tan notables pruebas de fuerza y dadivosidad. Ignoro cuál de estas dos cosas la cautivó, pero aceptó abandonar a su marido, entregarse a él por entero y después se divorció públicamente, de modo tal que, según permiten sus leyes a ambas partes, pudo volver a casarse. Sabe Dios si fue en esa ocasión o en alguna otra muestra de su amor, pero se dice que es seguro que el Rey tuvo la debilidad de celebrar con ella un contrato formal de matrimonio, el cual, aunque no significara nada en vida de la Reina, satisfizo tan plenamente a la condesa que no perdía ocasión de contárselo a todo el mundo, dándose aires de reina.

Los hombres lo soportan todo cuando están enamorados, pero cuando la larga posesión enfrió el exceso de ardor, su majestad comenzó a reflexionar sobre las graves consecuencias de dejar semejante documento en manos de su amante y deseó entonces que se lo devolvieran. Ella prefirió soportar los más violentos efectos de las iras del Rey a entregárselo; aunque es una de las damas más ricas y más codiciosas de su país, ha rechazado la oferta de una generosa pensión y la seguridad de la gran suma de dinero que ha amasado y ha seguido provocando al Rey hasta que éste se vio obligado a confinarla al castillo, donde padece los terrores de un encarcelamiento en toda regla, a pesar de lo cual, se mantiene inflexible tanto a las amenazas como a las promesas; no obstante, sus violentas pasiones le han provocado ataques que, se supone, no tardarán en poner fin a su vida. Me resulta imposible no sentir cierta compasión por una mujer que sufre a causa de una cuestión de honor, por equivocada que ésta sea, especialmente en un país donde las cuestiones de honor no son observadas con demasiado escrúpulo entre las damas.

Habría deseado que los asuntos del señor Wortley me hubiesen permitido una más larga estancia en Dresde. Quizás tenga debilidad por una ciudad donde se profesa la religión protestante, pero me pareció a mí que había allí un aire de cortesía muy distinto del que he apreciado en otros lugares. Leipzig, donde me encuentro en estos momentos, es una ciudad muy considerable por su comercio, y aprovecho esta oportunidad para comprar libreas para los pajes, artículos de oro para mí, etcétera, todas las cosas de este estilo cuestan en Viena por lo menos el doble, en parte por las excesivas cargas aduaneras y en parte por falta de genio y diligencia de la gente, que no hacen allí ninguna suerte de cosas, y las damas se ven obligadas a encargarse incluso los zapatos fuera de Sajonia. La feria de este lugar es una de las más considerables de Alemania, frecuentada por toda la gente de rango y no sólo por los mercaderes. Esta también es una ciudad fortificada, pero por prudencia evito siempre mencionar las fortificaciones, pues no sé cómo hablar de ellas. Mi ignorancia me pesa menos cuando reflexiono que, con toda seguridad, perdonarás con gusto mi omisión, pues si te hiciera una descripción exacta de todos los rebeldes[47] y bastiones que veo en mis viajes, me atrevería a jurar que me preguntarías, “¿qué es un rebelde?” y “¿qué es un bastión?”.

Adiós, mi querida hermana.

Carta XVI

A la condesa de - -, [48]

Brunswick, 23 de noviembre de 1716

Acabo de llegar a Brunswick, una ciudad muy vieja, mas tiene la ventaja de ser la capital de los dominios del duque de Wolfenbüttel [49], familia que, por no hablar de sus pasados honores, es ilustre al haber colocado a su rama más joven en el trono de Inglaterra y dado a Alemania dos emperatrices. [50] No he olvidado beber a tu salud la cerveza de aquí llamada *mum*, la cual creo tiene bien merecida su reputación de ser la mejor del mundo.

Esta es la tercera misiva que te escribo en mi viaje y te aseguro que si no me envías de inmediato una relación fidedigna y pormenorizada de todos los cambios y azares ocurridos entre nuestros conocidos de Londres, no te haré ninguna descripción de Hannover, donde espero encontrarme esta noche, pues sé bien que sientes más curiosidad por tener noticias de ese lugar que de ningún otro.

Carta XVII

A lady Bristol,

Hannover, 25 de noviembre de 1716

Recibí la misiva de su señoría el día anterior a mi partida de Viena, aunque por la fecha debería haberme llegado mucho antes, mas en la mayor parte de Alemania no hay nada peor regulado que el correo. Puedo asegurarle que en Praga, el paquete fue atado detrás de mi silla de posta y de esa guisa transportado hasta Dresde. De haber yo tenido curiosidad por conocerlos, los secretos de medio país estaban a mi merced. No era mi deseo posponer el momento de agradecer la suya, aunque el número de relaciones que aquí poseo y mi deber de asistir a la corte apenas me dejan tiempo disponible. Es para mí motivo de gran satisfacción decirle, sin adulación ni parcialidad, que nuestro joven príncipe[51] posee todas las cualidades que es dado poseer a su edad, tiene un aire de vivacidad y entendimiento, y hay en su comportamiento algo tan atractivo y natural, que no precisa de la ventaja de su rango para parecer encantador. Ayer noche tuve el honor de mantener una larga conversación con él antes de que entrase el Rey. Su gobernador se retiró expresamente —tal como me confirmó más tarde— para que yo pudiera hacerme una idea de su genio, escuchándolo hablar sin restricciones, y me sorprendieron la vivacidad y la amabilidad que rezumaba cuanto decía, todo ello en una persona perfectamente agradable que ha heredado el bonito cabello rubio de la princesa.

Esta ciudad no es ni grande ni bella, pero el palacio es lo bastante espacioso como para albergar una corte más grande que la de Saint James y el Rey ha tenido la bondad de asignarnos un alojamiento en una parte de él, sin el cual habríamos estado muy mal hospedados, pues es tan grande la multitud de ingleses presentes en la ciudad[52] que puede una llamarse afortunada si consigue una mísera habitación en una pobre taberna. Hoy he cenado con el embajador portugués,[53] quien se siente feliz de contar con dos horribles salones en una posada.

He recorrido ya toda Alemania y me resulta imposible dejar de observar una notable diferencia entre la forma de viajar aquí y la de Inglaterra. No se aprecian aquí las hermosas casas solariegas de los aristócratas, tan comunes entre nosotros, ni nada parecido a la residencia de campo de un caballero, no obstante posean situaciones perfectamente aceptables. Todo el pueblo está dividido en dominios absolutos, donde todas las riquezas y la magnificencia están en la corte, o en comunidades de mercaderes, como Nuremberg y Frankfurt, donde viven siempre en la ciudad por la conveniencia del comercio.

La compañía real de comediantes franceses actúa todas las noches. Van muy bien ataviados y algunos de ellos no son malos actores.

Su majestad cena y almuerza constantemente en público. La corte es muy numerosa y la afabilidad y bondad del Rey la convierten en uno de los lugares más agradables del mundo y es un placer, mi querida señora, etcétera.

Carta XVIII

A lady Rich,

Hannover, 1 de diciembre de 1716

Me siento muy complacida, mi querida lady Rich, de que haya sido para usted un placer inmenso, como me dice, el haberse enterado de mi regreso a Inglaterra, aunque puedo asegurarle que, como ocurre con otros placeres, carece de fundamento real. Espero que me conozca usted lo bastante como para aceptar mi palabra en lugar de los rumores sobre mi persona. Si bien es cierto que, en cuanto a la distancia que nos separa, estoy mucho más cerca de Londres que hace unas semanas, en cuanto a la idea de regresar, en mi vida había estado más lejos de ella. Reconozco, sin embargo, que nada me daría más alegría que ceder a la grata esperanza de verla a usted y a las pocas personas que comparten mi estima, pero mientras el señor Wortley siga decidido a continuar con su plan, yo estoy decidida a seguirlo. Estoy refiriéndome a mis propios asuntos, es decir, estoy escribiendo de forma muy aburrida, como hace la mayoría de la gente cuando escribe sobre sí misma. Me apresuraré a cambiar tan desagradable tema pasando a darle detalles sobre cuestiones de belleza. Todas las mujeres de esta tierra —literalmente todas— tiene mejillas sonrojadas, pechos y frentes de nívea blancura, cejas de azabache y labios escarlata, a lo cual añaden generalmente, cabellos negros como el carbón. Tanta perfección jamás las abandona, hasta la hora de su muerte y, a la luz de las velas, ofrece un efecto muy delicado; mas desearía que su belleza tuviera una mayor variedad. Se parecen tanto unas a otras como la corte de la señora Salmón de Gran Bretaña[54] y corren igual peligro de derretirse si se aproximan demasiado al fuego, cosa que ellas, por su parte, evitan con sumo cuidado, si bien hace ahora un frío tan tremendo que, a mi juicio, sufren mucho por ese acto de renuncia. La nieve ya está muy alta y la gente comienza a deslizarse en sus *traineaux*. Se trata de la diversión favorita de Alemania. Son pequeñas máquinas fijadas sobre un trineo con capacidad para una dama y un caballero y tiradas por un caballo. El caballero tiene el honor de conducir y permiten viajar con prodigiosa rapidez. La dama, el caballo y el *traineau* van todos engalanados lo mejor posible, y cuando se ven muchos juntos, es un bello espectáculo. En Viena, donde todas las muestras de magnificencia se llevan al extremo, hay *traineaux* que cuestan entre quinientas y seiscientas libras inglesas. El duque de Wolfenbüttel se encuentra ahora en la corte; como ya sabrá, está emparentado con nuestro Rey, y es tío de la emperatriz reinante quien, según creo, es la reina más hermosa de la tierra. Está encinta, lo cual, después de la pérdida del archiduque[55] es todo un consuelo para la corte imperial. Me despedí de ella el día antes de partir de Viena y comenzó a hablarme con tanto dolor y ternura de la muerte de ese joven príncipe que me costó gran esfuerzo contener las lágrimas. Sabe usted muy bien que no me aficiono a las personas por sus títulos, pero he de reconocer que adoro a ese príncipe encantador, si se me permite utilizar una expresión tan familiar, de no ser así, no me habría conmovido tanto por el trágico final de un hijo único, nacido después de ser tan deseado, víctima de la falta de buen criterio, por haberlo destetado a principios del invierno.

Adiós, mi querida lady Rich. Siga escribiéndome y tenga usted por seguro que su bondad no caerá en saco roto pues, etcétera.

Carta XIX

A lady Mar,

Blankenburg, 17 de diciembre de 1716

Recibí la tuya, mi querida hermana, el mismo día que partía de Hannover. Como podrás imaginar tenía entonces demasiada prisa, por lo que no estaba en disposición de contestarte, pero ya ves que aprovecho la primera oportunidad que tengo de concederme ese placer. Llegué aquí el día quince, de noche, muy tarde, después de un viaje terrible, por los peores caminos y con el más calamitoso de los tiempos que un pobre viajero pueda padecer. He pasado por esta pequeña fatiga simplemente para complacer a la emperatriz reinante y llevar un mensaje de su majestad imperial a su madre, la duquesa de Blankenburg,[56] princesa de una gracia y un linaje exquisitos, a la que aún puede calificarse de bella mujer. Entré en la ciudad a unas horas tan intempestivas, que no me pareció adecuado molestar al duque y a la duquesa con noticias de mi llegada y me alojé en una posada miserable; pero en cuanto hube mandado a sus majestades mis saludos, me enviaron de inmediato su carruaje tirado de seis caballos, no obstante lo cual tuvieron que realizar un verdadero esfuerzo para subir la empinada colina en lo alto de la cual se halla el castillo. La duquesa es sumamente atenta conmigo, y su pequeña corte no está del todo falta de diversiones. Todas las noches, el duque se dedica a jugar a un juego de baraja llamado *basset*, y la duquesa me dice que está tan encantada con mi compañía que tendría ahora grandes dificultades para dedicarme a escribir si en este momento no estuviera ella en la iglesia, adonde no puedo acompañarla por no entender lo bastante la lengua como para ir a rezar.

No me perdonarías nunca si no te contara algo de Hannover. No puedo decirte que la ciudad sea grande ni magnífica. El teatro de la ópera, construido por el último elector, es mucho más bello que el de Viena.[57] Lamenté mucho que el mal tiempo me impidiera ver Hernhausen[58] en todo su esplendor, mas a pesar de la nieve, los jardines me parecieron magníficos. Me sorprendió especialmente el gran número de naranjos, mucho más grandes que los que he visto en Inglaterra, aunque el clima es aquí mucho más frío. No obstante, esa noche tuve aún más motivos para maravillarme con la mesa del Rey. Un caballero de este país le envió dos inmensas cestas llenas de naranjas y limones maduros de distinta clase, gran parte de ellas desconocidas para mí; y algo que me pareció más valioso que el resto, dos ananás[59] maduras, una fruta que para mi gusto, es infinitamente deliciosa. Como sabrás, son naturales de Brasil, y no podía imaginar que estuviesen allí como no fuera por arte de la magia. Cuando pregunté me enteré de que han perfeccionado tanto sus estufas que prolongan el verano a su antojo, dándole a cada planta el grado de calor que recibiría del sol en su tierra natal. El efecto es casi el mismo; me sorprende que en Inglaterra no pongamos en práctica un invento tan útil. Esta reflexión me lleva, como es lógico, a considerar nuestra obstinación por pasarnos seis meses al año estremeciéndonos de frío en lugar de utilizar estufas, que son, sin duda, una de las comodidades más grandes de la vida y que, lejos de estropear el estilo de una estancia, le otorgan una magnificencia mucho mayor cuando están pintadas y doradas, como ocurre en Viena y Dresde, donde suelen tener forma de jarrones de porcelana, estatuas o finas vitrinas, tan naturalmente representadas que no hay manera de diferenciarlas. Si alguna vez regreso, haré caso omiso del uso, y puedes estar segura, mi querida hermana, de que verás una en la sala de, etcétera.

Escribiré a menudo, puesto que así lo deseas, pero debo rogarte que en las tuyas me des más detalles. Me imaginas a cuarenta millas de distancia y olvidas que después de tan larga ausencia no consigo entender las insinuaciones.

Carta XX

A lady - -, [60]

Viena, 1 de enero de 1717

Acabo de recibir aquí, en Viena, la misiva de su señoría en la que me felicita por mi regreso a Inglaterra, que me fue despachada desde Hannover. Mi querida señora, no todas las cosas que se afirman con confianza son absolutamente ciertas, y no tiene usted motivo alguno para quejarse de mí por hacer un misterio de mi proyectado regreso cuando dice que todos están al tanto de él. La autorizo para que en mi nombre le diga a todo el mundo que no están tan bien informado de mis asuntos como yo misma y que estoy segura de que en este momento me encuentro en Viena, donde ha empezado el carnaval, y se practica constantemente todo tipo de diversiones, salvo la de las máscaras, que se prohíbe siempre durante las guerras contra los turcos. Los bailes se celebran en lugares públicos, donde los hombres pagan un ducado de oro en la entrada y las damas nada. Me han contado que estas casas en ocasiones consiguen mil ducados en una noche. Están ricamente amuebladas y la música es buena si no fuera por la detestable costumbre de mezclar en ella cuernos de caza, que casi ensordecen a los presentes. Mas ese ruido resulta tan agradable en estas tierras que no hay agasajo donde no los utilicen. El baile siempre concluye con contradanzas inglesas para treinta o cuarenta parejas, pero tan mal bailadas que poco placer se encuentra en ellas. Apenas conocen una media docena, y las han bailado una y otra vez durante cincuenta años. De buen grado les habría enseñado otras nuevas, pero creo que habría tenido que emplear varios meses para hacer que las comprendieran.

Ayer noche se representó en la corte una comedia italiana. Las escenas fueron muy hermosas, pero la comedia en sí una farsa tan intolerable, sin ingenio ni humor, que me maravillé de que la corte estuviera sentada y prestara atención cuatro horas seguidas. No se permite a las mujeres actuar en escena, y los hombres vestidos como ellas eran tan torpes que contribuyeron en gran medida a aumentar lo ridículo del espectáculo. Lo que completó la diversión fue el frío excesivo, tan grande que pensé que moriría allí mismo. En estas tierras estamos ahora en lo más crudo del invierno; el Danubio está completamente congelado y no se soportaría el tiempo de no ser por las estufas y las pieles, no obstante, el aire es tan claro que casi todo el mundo disfruta de buena salud y los resfriados no son tan frecuentes como en Inglaterra, por lo que me he persuadido de que no hay aire más puro ni más saludable que el de Viena. La abundancia y exquisitez de las provisiones es mayor aquí que en ninguna otra parte donde he estado, y no resulta muy caro preparar una espléndida mesa. Es un verdadero placer pasearse por los mercados y ver la abundancia de aquello que nosotras consideramos rarezas, como aves y venados traídos a diario desde Hungría y Bohemia. No quieren otra cosa que mariscos y tienen tanta afición por las ostras que se las hacen mandar desde Venecia y se las comen vorazmente, hiedan o no hiedan.

Así pues, mi señora, obedezco sus órdenes y cumplo en enviarle una relación de cuanto ocurre en Viena, si bien sé que no se sentirá satisfecha con ella. Me reprende por mi pereza y por no contarle mil cosas agradables y sorprendentes que, según dice, está segura de que he visto y oído. Le doy mi palabra, mi señora, de que es mi respeto a la verdad y no la holgazanería lo que hace que no la

entretenga con tantos prodigios como cuentan otros viajeros para divertir a sus lectores. No me costaría nada recoger maravillas en todas las ciudades por las cuales paso o referirle una larga serie de milagros papistas, pero no puedo imaginar que haya nada nuevo en informarle que, en todas partes del mundo, los sacerdotes pueden mentir y el populacho creerles. En cuanto a las noticias, que tanta curiosidad le causan, ¿cómo puede resultarle entretenido, si no conoce a la gente, saber que el príncipe de — ha abandonado a la condesa de —, o que el príncipe mengano tiene amoríos con la condesa zutana? ¿Acaso desea que escriba novelas como la condesa de D'Aulnoy?[61] ¿No es mejor decirle la pura verdad, que quedo... etcétera...?

Carta XXI

A lady Mar,

Viena, 16 de enero de 1717

Me dispongo ahora, mi querida hermana, a despedirme de ti durante un largo tiempo y de Viena para siempre, pues mañana emprendo viaje por Hungría, a pesar del frío excesivo y las fuertes nevadas, suficientes para apagar corajes mayores que el mío, pero mi principio de obediencia pasiva me ayuda a sobrellevarlo todo. He asistido ya a las audiencias de despedida de la emperatriz. Su majestad imperial se mostró satisfecho de estar presente cuando visité a la emperatriz reinante y después de una conversación muy amable, ambas majestades imperiales me invitaron a volver a Viena en mi viaje de regreso, pero no es mi intención volver a soportar tan inmensa fatiga.

Entregué a la Emperatriz una carta de la duquesa de Blankenburg. Sólo estuve unos días en esa corte, a pesar de que su alteza insistió mucho para que me quedara y cuando la dejé, me hizo prometerle que le escribiría. Desde allí te escribí una larga carta, que espero hayas recibido, aunque no lo mencionas; mas creo que he olvidado contarte una curiosidad de todas las cortes alemanas que me fue imposible no observar. Todos los príncipes tienen enanos favoritos. El emperador y la emperatriz tienen dos de estos pequeños monstruos, feos como demonios, especialmente las hembras, no obstante lo cual, van cargados de diamantes y siempre a la vera de su majestad en todos los lugares públicos. El duque de Wolfenbüttel tiene uno y a la duquesa de Blankenburg no le faltan los suyos, que son en verdad los más proporcionados de cuantos he visto. Me han dicho que el rey de Dinamarca[62] ha favorecido tanto esta costumbre que su enano es su principal ministro. No veo fundamento alguno a su afición por estos ejemplos de deformidad, pero la opinión que todos los monarcas absolutos tienen de que ellos no pueden rebajarse a conversar con el resto de la humanidad los obliga, al verse tan solos, a buscar sus compañías entre la escoria de la naturaleza humana, siendo estas criaturas las únicas de su corte con el privilegio de dirigirles libremente la palabra.

En estos momentos, un dolor de garganta me ha confinado en mi alcoba, y es para mí una alegría el poder tener la excusa de no ver a las personas que quiero lo suficiente como para sentirme muy mortificada ante la idea de no volver a verlas nunca más. Si bien es cierto que los austríacos no son las personas más amables ni las más agradables del mundo, Viena está habitada por todas las naciones y había conseguido reunir una pequeña sociedad formada por quienes respondían perfectamente a mis gustos. Aunque no era muy nutrida, en ninguna otra parte he podido reunir tal número de personas razonables y agradables. Habitualmente estábamos juntos y tú sabes bien que siempre he sido de la opinión que una conversación escogida, en la que participen unos pocos de tu estima, es la mayor felicidad de esta vida. Hay aquí algunos españoles de ambos sexos, dueños todos de una vivacidad y una generosidad de sentimientos como las que antiguamente se atribuían a su nación, y si pudiera creer que todo el reino es como ellos, no me quedaría ahora más que desear acabar mis días en esas tierras.

Las damas de mi círculo son muy bondadosas conmigo, y desde que he decidido emprender este viaje, en cuanto me ven no hacen más que echarse a llorar; lo cierto es que no me siento muy tranquila cuando pienso en los sufrimientos que me aguardan. Cuantas personas veo me asustan con

alguna nueva dificultad. El príncipe Eugenio[63] ha tenido la amabilidad de decirme cuanto estaba a su alcance para convencerme de que esperase hasta que el Danubio se haya descongelado, y poder así tener la comodidad de viajar por el río, y me ha asegurado que las casas en Hungría no cuentan con protección contra las inclemencias del tiempo y que me veré obligada a viajar tres o cuatro días entre Buda y Esseg sin encontrar casa alguna, a través de planicies desiertas cubiertas de nieve, donde el frío es tan intenso que muchos han perecido. He de reconocer que estos terrores me han causado gran impresión, porque creo que me expone las cosas como verdaderamente son, y nadie puede estar mejor informado que él.

Ahora que he nombrado a ese gran hombre, estoy segura de que esperas que te cuente algo sobre él, puesto que tengo la ventaja de verlo a menudo, pero me siento con tan poca disposición de ánimo de hablar de él en Viena como de hablar de Hércules en la corte de Ónfale,[64] si lo hubiese conocido allí. No sé qué consuelo halla otra gente en analizar las debilidades de los grandes hombres porque así los ponen más cerca de su propio nivel, pero para mí es siempre una humillación comprobar que no hay perfección en la humanidad. El joven príncipe de Portugal[65] es la admiración de toda la corte. Es apuesto y amable y exhibe una gran vivacidad. Todos los oficiales hablan maravillas de su gallardía en la última campaña. Se aloja en la corte con todos los honores propios de su rango.

Adiós, querida hermana; ésta es la última misiva que recibirás de mí desde Viena. Si sobrevivo al viaje, volverás a tener noticias mías. Puedo afirmar, sin temor a faltar a la verdad y usando las palabras de Moneses, que hace tiempo he aprendido a considerar que no soy nada,[66] mas cuando pienso en la fatiga que mi pequeño deberá soportar, los ojos se me llenan de cariño y mi corazón rebosa de tiernas pasiones.

P.D. Le he escrito a mi lady -[67] una carta que creo que no le gustará, después de una fría reflexión, creo que habría hecho mejor en olvidarla, pero estaba tan sumamente malhumorada por todas sus preguntas y su ridícula imaginación que, sin duda, he visto abundancia de maravillas que me cuido mucho de contarle por pura malicia. Está enfadada porque me niego a mentir como hacen otros viajeros. En verdad creo que espera de mí que le hable de los antropófagos, y de hombres a quienes la cabeza les crece por debajo de los hombros. Te ruego, no obstante, que le digas algo para calmarla.

Carta XXII

A Alexander Pope,

Viena, 16 de enero de 1717

No dispongo de tiempo para responder a su carta, pues me encuentro sumida en el ajetreo de los preparativos de mi viaje, mas considero que debo despedirme de mis amigos con la misma solemnidad que si me dispusiera al menos a abrir una brecha en una fortificación, si he de hacer caso a la información de las gentes de esta tierra, que me anuncian toda clase de calamidades; en verdad, el tiempo es ahora tan malo que muy pocos se atreven a viajar. Me amenazan a la vez con perecer congelada, sepultada en la nieve y apresada por los tártaros, quienes causan estragos en la zona de Hungría que me dispongo a cruzar. No obstante, contaremos con una escolta[68] considerable, de manera que es posible que tenga ocasión de divertirme con una nueva escena cuando me vea en medio de una batalla. Cómo acabarán mis aventuras es algo que dejo en manos de la Providencia; si tienen un fin cómico, sabrá usted de ellas.

Le ruego tenga la bondad de decirle al señor - -[69] que he recibido su carta. Despídame usted de él; si vivo, le contestaré. Reitero idénticos saludos para mi lady Rich.

Carta XXIII

A lady Mar,

Petrovaradin,[70] 30 de enero de 1717

Finalmente, mi querida hermana, he llegado a Petrovaradin sin percance alguno, junto a mi familia que también goza de buena salud, después de haber sufrido bien poco de los rigores de la estación —contra la cual íbamos bien equipados de pieles— y, habiendo tenido la precaución de buscarlo de antemano, en todas partes hemos encontrado alojamiento tolerable, por lo que no puedo evitar reírme al recordar las terribles ideas que me dieron acerca de este viaje, todas ellas debidas a la ternura de mis amigos de Viena y a su deseo de tenerme a su lado este invierno. Quizás no sea desagradable ofrecerte un breve relato de mi viaje, siendo que discurrió por un país del todo desconocido para ti, y muy poco frecuentado incluso por los mismos húngaros, que suelen escoger la comodidad de bajar por el Danubio. Hemos contado con la bendición de vernos favorecidos por un tiempo mejor que el que comúnmente hace en esta época del año, no obstante, la nieve era tan profunda que nos vimos obligados a montar nuestros carruajes sobre trineos, que se mueven con tanta rapidez y facilidad que es, con mucho, la forma más agradable de viajar con postas.

Llegamos a Raab a los dos días de salir de Viena, el diecisiete del corriente, donde el señor Wortley habiendo dado aviso al gobernador de nuestra llegada, consiguió que se pusiera a nuestra disposición la mejor casa de la ciudad, que la plaza fuera guarnecida, se apostara un guardia ante nuestra puerta y todos los demás honores; el gobernador y el resto de los oficiales se pusieron de inmediato a las órdenes del señor Wortley para saber si se le ofrecía algo. El obispo de Timisoara[71] tuvo la gran cortesía de venir a visitarnos e insistió de todo corazón para que cenáramos con él al día siguiente y, al no verse complacido pues habíamos resuelto proseguir viaje, nos envió varias cestas de frutos invernales y una gran variedad de vinos húngaros así como una joven cierva recién muerta. Se trata de un prelado de gran poder en este país, pertenece a la antigua familia de los Nádasky[72] que ha tenido considerable ascendiente durante muchos siglos en este reino. Es un anciano muy amable, agradable y alegre, que luce el hábito húngaro con una venerable barba blanca, larga hasta la cintura.

Raab es una ciudad fuerte, bien guarnecida y fortificada; durante mucho tiempo fue ciudad fronteriza entre los imperios turco y alemán. Recibe su nombre del río Raab, sobre el que está situada, justo en el punto en que confluye con el Danubio, en una amplia campiña abierta. Fue tomada por primera vez por los turcos al mando de Sinán Bajá en el reino del sultán Amurat III, el año 1594. [73] Como se creía que el gobernador había cometido traición, el emperador lo mandó decapitar. Los condes de Schwarzenberg y Palffy[74] volvieron a tomarla por sorpresa en 1598 y desde entonces ha permanecido en manos de los alemanes, aunque los turcos intentaron una vez más apoderarse de ella sirviéndose de una estratagema, el año 1642.[75] La catedral es grande y bien construida, lo único digno de mención que he visto en la ciudad.

Saliendo de Komarno, en la otra orilla del río, partimos el dieciocho con destino a Nosmuhl, un pueblecito en el cual nos las arreglamos, no obstante, para encontrar alojamiento tolerable. Siguiéron dos días de viaje entre este lugar y Buda, por las llanuras más hermosas del mundo, tan lisas que

parecen pavimentadas y muy fértiles pero en su mayor parte desiertas y sin cultivar, arrasadas por la larga guerra entre los turcos y el Emperador y la guerra civil más cruel provocada por la bárbara persecución de la religión protestante por parte del emperador Leopoldo.[76] Ese príncipe, que tenía fama de poseer una extraordinaria piedad y era de natural compasivo, ha dejado atrás esas cualidades pues habiendo puesto su conciencia en manos de un jesuita, resultó ser más cruel y traicionero con sus pobres súbditos húngaros que lo que nunca fue el turco con los cristianos, faltando sin escrúpulos al juramento de su coronación y a su fe, solemnemente declarado en muchos tratados públicos. Nada hay más melancólico que atravesar Hungría, y contemplar los ejemplos de la anterior prosperidad de ese reino que aún se conservan y ver sitio tan noble de la tierra casi deshabitado.

En esas mismas circunstancias se encuentra ahora Buda, donde llegamos el veintidós, bien temprano, y que en otros tiempos fue la sede real de los reyes húngaros, cuyo palacio tenía fama de ser uno de los edificios más bellos de la época, ahora completamente destruido, y desde el último sitio sólo han reparado de la ciudad las fortificaciones y el castillo, que es ahora residencia del gobernador, el general Ragule, un oficial de gran mérito. Vino a vernos inmediatamente, y nos condujo en su carruaje hasta su casa, donde fui recibida por su esposa con toda la cordialidad posible, quien me trató magníficamente.[77] Esta ciudad se encuentra sobre una pequeña colina, en el lado sur del Danubio, siendo el castillo mucho más grande que la ciudad, desde donde la vista es muy noble. Fuera de las murallas se yergue un vasto número de casitas, o más bien de chozas, que recibe el nombre de ciudad de los rascianos, pues está habitada por ese pueblo.[78] El gobernador me aseguró que esa ciudad facilitaría 12.000 hombres para la lucha. Estas ciudades son muy extrañas, sus casas están en filas, miles de ellas todas tan juntas que a una cierta distancia parecen tiendas antiguas con techo de paja. Hasta la última constan de una casucha arriba y otra debajo del nivel del suelo; son sus aposentos de verano e invierno.

Buda fue tomada por primera vez por Sulayman el Magnífico en 1526,[79] y al año siguiente recuperada por Fernando I, rey de Bohemia. Sulayman la recuperó en 1529, gracias a la traición de la plaza, y la entregó voluntariamente al rey Juan de Hungría; después de la muerte de éste y siendo su hijo un niño, Fernando le puso sitio y la Reina madre se vio obligada a solicitar la ayuda de Sulayman, quien levantó el sitio pero dejó una guarnición turca en la ciudad y le ordenó a la Reina que sacara de allí su corte, a lo que finalmente tuvo que acceder en 1541. Posteriormente resistió los sitios del marqués de Brandenburg, en 1542; del conde de Schwarzenberg, en 1598; del general Russworm, en 1602, y del duque de Lorena, comandante de las fuerzas del emperador, en 1684, a quien se rindió en 1686, después de encarnizada defensa; Abdul Bajá, el gobernador, perdió la vida estando en la brecha, donde luchó con la bravura digna de un romano.[80] La pérdida de esta ciudad fue tan importante y tan lamentada por los turcos, que causó el destronamiento de su emperador Mehmet IV,[81] al año siguiente.

No continuamos el viaje hasta el veintitrés, pasamos entonces por Adam y Fodovar, ambas ciudades considerables cuando estuvieron en manos de los turcos. Ahora se encuentran bastante arruinadas; sólo los restos de algunas torres turcas ofrecen una sombra de lo que fueron. Esta parte del país está plagada de bosques y es tan poco frecuentada que vimos un número increíble de aves de caza, que aquí viven hasta llegar a la edad dorada, duermen en paz sin que las perturbe el ruido de las armas.

El veinticinco llegamos a Mohács,[82] y nos enseñaron el campo de los alrededores donde Luis,

el joven rey de Hungría, perdió su ejército y la vida, al ahogarse en una acequia huyendo de Balí Bey, general de Sulaymán el Magnífico. Esta batalla abrió la primera vía para que los turcos se adentraran en el corazón de Hungría. No te nombro las pequeñas aldeas, de las que nada excepcional puedo decir, pero te aseguro que he encontrado siempre una estufa caliente y mucha abundancia, sobre todo de jabalí, venado y todo tipo de *gibier*.^[83] Las pocas gentes que habitan en Hungría viven con bastante desahogo. No tienen dinero, pero los bosques y las llanuras les ofrecen abundancia de víveres. Les dieron órdenes de ofrecernos cuanto fuera necesario, incluso los caballos que nos placía exigir, gratuitamente, pero el señor Wortley no quiso oprimir a los pobres campesinos haciendo uso de esa orden, y siempre les pagó cuanto valía todo aquello que tomamos de ellos. Tan sorprendidos se mostraron ante esta inesperada generosidad, a la que no están demasiado acostumbrados, que al partir nos entregaron, a manera de regalo, una docena de gordos faisanes o algo por el estilo. Visten de una forma muy primitiva, con pieles de oveja sin más aderezos que haberla secado al sol y llevan gorra y botas del mismo material. Como podrás imaginar, estas prendas les duran varios inviernos, por lo que no tienen mucha ocasión de gastar el dinero.

El veintiséis cruzamos el Danubio helado con todo el equipaje y nuestros carruajes. En la otra orilla nos recibió el general Veterani,^[84] quien tuvo la cortesía de invitarnos a pasar la noche en un pequeño castillo de su propiedad, a pocas millas de distancia; nos aseguró que llegar a Esseg sería un duro día de viaje, y así pudimos comprobar, pues los bosques eran apenas transitables y muy peligrosos, debido a la gran cantidad de lobos que en ellos moraban. No obstante, llegamos, aunque tarde, pero sanos y salvos a Esseg, donde permanecemos un día para despachar un mensajero con cartas al bajá de Belgrado; aproveché la ocasión para ver la ciudad, que no es muy grande, pero de bella construcción y bien fortificada. Fue ésta una ciudad de gran comercio, muy rica y populosa cuando estaba en manos de los turcos. Está sobre el Drava, afluente del Danubio. El puente, construido en roble, era tenido por el más extraordinario del mundo, tenía 8000 pasos de largo, pero fue quemado y la ciudad arrasada por el conde Leslie en 1685, nuevamente reparada y fortificada por los turcos quienes, sin embargo, la abandonaron en 1687; el general Dünnewalt^[85] tomó posesión de ella en nombre del Emperador, en cuyas manos ha estado desde entonces y es considerada como uno de los baluartes de Hungría. El veintiocho fuimos a Vukovar, una gran ciudad rasciana,^[86] construida en el estilo que te he descrito. Allí nos recibió el coronel - -, que no quiso atender razones y se empeñó en alojarnos en sus dependencias, donde conocí a su esposa, una dama húngara muy agradable, y a su sobrina y su hija, dos guapas muchachitas, apiñadas en tres o cuatro casas rascianas todas en una y todo lo pulcras y cómodas que pueden ser esas casas. Las damas húngaras son mucho más agraciadas que las de Austria. Todas las bellezas de Viena provienen de ese país; en general son todas muy rubias y con buen porte. Considero que sus vestidos son muy favorecedores. Esta dama lucía un traje de terciopelo escarlata, forrado y ribeteado de pieles de marta, ceñido a su medida, con la falda larga hasta los pies. Las mangas van pegadas al brazo y las ballenas, abrochadas con doble fila de botoncitos de oro, perlas o diamantes. En la cabeza llevan un gorro bordado con una larga borla dorada que cuelga hacia un lado, forrado de marta o de otra piel fina. Nos ofrecieron una magnífica cena y su conversación me pareció muy cordial y agradable. Nos acompañaron parte del camino.

El veintinueve llegamos aquí, donde nos recibió el comandante al mando de los oficiales de la plaza fuerte. Nos alojamos en la mejor estancia de la casa del gobernador y, por orden del emperador, nos atienden de manera espléndida. Esperamos aquí hasta que se arreglen todos los detalles de nuestro recibimiento en las fronteras turcas. El mensajero que el señor Wortley envió

desde Esseg regresó esta mañana con la respuesta del bajá en una bolsa de satén rojo, que el intérprete de aquí nos ha traducido. En ella le promete que será recibido con todos los honores y le desea que le indique dónde quiere reunirse con la escolta turca. Ha vuelto a despachar al mensajero, habiendo elegido Betsko, un pueblo a medio camino entre Petrovaradin y Belgrado. Seguiremos aquí hasta recibir una respuesta.

De este modo, querida hermana, te he ofrecido una relación muy detallada, aunque temo la consideres demasiado tediosa, de esta parte de mis viajes. No ha sido la afectación de hacer gala de mis lecturas lo que me ha impulsado a contarte algunos retazos de la historia de las ciudades por las cuales he pasado. Siempre he evitado cosas de ese estilo cuando te hablaba de lugares cuya historia consideraba que conocías tan bien como yo misma, mas siendo Hungría una parte del mundo que te es desconocida, pensé que leerías con cierto agrado una relación sobre ese país, que me he preocupado de obtener de las mejores fuentes.[87] Sin embargo, si no te gustara, dejo en tus manos la decisión de soportar su lectura. Mi querida hermana, etcétera.

Me prometen que esta carta será cuidadosamente enviada a Viena.

Carta XXIV

A Alexander Pope,

Belgrado, 12 de febrero de 1717

Era en verdad mi intención escribirle una larga carta desde Petrovaradin, donde esperaba permanecer tres o cuatro días, pero era tanta la prisa del bajá de esta ciudad por vernos que despachó de vuelta al mensajero que el señor Wortley le había mandado para enterarse de a qué hora enviaría la escolta a recogernos, sin darle tiempo siquiera a que se quitara las botas. Mis cartas no fueron consideradas lo bastante importantes como para detener nuestro viaje y partimos de Petrovaradin al día siguiente, atendidos por los principales oficiales de la plaza fuerte y una considerable escolta formada por alemanes y rascianos. El Emperador cuenta con varios regimientos de este pueblo, aunque a decir verdad, son más saqueadores que soldados, pues al no recibir paga se ven obligados a procurarse sus propias armas y cabalgaduras. Tienen más aspecto de gitanos vagabundos o robustos mendigos que de tropas regulares. Me es imposible dejar de referirme a esta raza de criaturas tan numerosas en toda Hungría. Cuentan con un patriarca propio en el Gran Cairo y en realidad pertenecen a la iglesia griega,[88] pero la extrema ignorancia de este pueblo permite a sus sacerdotes imponerles muchas ideas nuevas. Al dejarse crecer la barba y el pelo libremente, estas gentes tienen todas aspecto de brahmines de la India. Son herederos generales de todo el dinero del laicado a cambio de lo cual les entregan pasaportes formales para el cielo firmados y sellados y las esposas e hijos sólo heredan la hacienda y el ganado. En casi todo lo demás siguen los ritos griegos.

Esta pequeña digresión ha interrumpido mi relato que retomo ahora refiriéndole que cruzamos los campos de Carlovitz[89], donde el príncipe Eugenio consiguió su última gran victoria sobre los turcos. Las señales de aquel glorioso y sangriento día siguen presentes, pues el campo está sembrado de calaveras y esqueletos de hombres, caballos y camellos insepultos. Me fue imposible dejar de contemplar con horror tal cantidad de cuerpos humanos destrozados y reflexionar sobre la injusticia de la guerra, que convierte al asesinato no sólo en necesario sino en meritorio. No hay nada que me parezca prueba más patente de la irracionalidad del género humano, por más alegaciones que pretendamos discurrir, que la ira con la cual se disputan un pequeño trozo de tierra cuando quedan inhabitadas tan vastas zonas de tierra fértil. Es cierto que la costumbre ha hecho que sea inevitable pero, ¿existe acaso mayor demostración de la falta de razón que el hecho de que una costumbre firmemente establecida sea tan claramente contraria al interés del hombre en general? Me siento muy inclinada a creer al señor Hobbes cuando afirma que el estado natural es un estado de guerra,[90] de ahí que concluya que la naturaleza humana no es racional, si la palabra razón designa el sentido común, tal como creo que hace. Poseo infinidad de argumentos que sostienen esta reflexión pero no deseo importunarlos con ellos, sino retomar, en un estilo simple, la historia de mis viajes.

En Betsko, un pueblo a mitad de camino entre Belgrado y Petrovaradin, fue a recibirnos un agá de los jenizaros,[91] con un grupo de turcos que superaba a los alemanes en cien hombres, a pesar de que el bajá se había comprometido a enviar exactamente el mismo número. Podrá juzgar usted por este detalle cuántos eran sus temores. Estoy realmente persuadida de que no pensaban que la

diferencia de cien hombres iba a igualarlos a los alemanes. Sin embargo, no me sentí tranquila hasta que partieron, pues temía que, a pesar de la palabra empeñada, surgiese una pelea.

Llegamos tarde a Belgrado, las nieves profundas dificultaron mucho el ascenso hasta ella. Ciudad de aspecto fuerte, fortificada en su lado este por el Danubio y en el sur por el río Sava, antiguamente fue la barrera de Hungría. Fue tomada por primera vez por Sulayman el Magnífico y desde entonces, por las fuerzas del Emperador, conducidas por el elector de Bavaria, que sólo la conservó dos años, volviendo a ser reconquistada por el Gran Visir,[92] ahora está fortificada con el mayor de los cuidados y la mejor de las habilidades de que son capaces los turcos, y fortalecida por una guarnición de sus más valientes jenízaros, al mando de un bajá *serasker*, es decir, un general. Esta última expresión no es del todo exacta, pues, a decir verdad, los jenízaros, que gozan aquí de autoridad absoluta, son quienes mandan al *serasker*, situación que no dista mucho de parecerse a una rebelión, por lo que usted mismo podrá juzgar cuando le haya contado la siguiente historia que, al mismo tiempo, le dará una idea de la admirable inteligencia del gobernador de Petrovaradin, situada a tan pocas horas de distancia.

El mismo nos contó en Petrovaradin que la guarnición y los habitantes de Belgrado estaban tan hartos de la guerra que dos meses antes, en el curso de un amotinamiento, habían matado a su bajá porque se había dejado sobornar con cinco bolsas —quinientas libras esterlinas— para permitir a los tártaros que arrasaran las fronteras alemanas. Grande fue nuestra satisfacción al enterarnos de disposición tan favorable de la gente, pero cuando llegamos aquí descubrimos que el gobernador había sido mal informado y que la verdadera historia es tal como voy a referírsela ahora. El finado bajá cayó en desgracia entre sus soldados por la única razón de haber restringido sus incursiones en territorio alemán. Se les metió en la cabeza que tamaña debilidad por su parte indicaba que estaba confabulado con el enemigo, y así informaron al Gran Señor[93] de Adrianópolis; viendo que por esa vía no llegaba la reparación con la rapidez deseada, se reunieron de forma tumultuosa y arrastraron a su bajá ante el cadí y el muftí,[94] y se amotinaron exigiendo justicia; uno le preguntaba por qué protegía a los infieles. Otro, por qué los esquilma. Y adivinando fácilmente sus fines, replicó con calma que le hacían demasiadas preguntas y que sólo disponía de una vida para contestar a todas. De inmediato se abalanzaron sobre él con sus cimitarras, sin esperar la sentencia de sus representantes de la ley y en pocos instantes lo cortaron en pedazos. El bajá actual no se ha atrevido a castigar el asesinato; al contrario, fingió aplaudir a los actores y considerarlos como valientes que supieron hacer justicia por su propia mano. Acepta todas las pretensiones de repartir dinero entre la guarnición y deja a los soldados que realicen pequeñas incursiones hasta Hungría, donde queman las casas de los pobres rascianos. Como podrá imaginar, no puedo estar muy tranquila en una ciudad que en realidad se encuentra bajo el gobierno de la soldadesca insolente. Esperábamos que nos dejaran marchar de inmediato, después de pasar aquí la noche, pero el bajá nos retiene hasta que no le lleguen órdenes de Andrinópolis,[95] lo cual quizás tarde un mes.

Entretanto, nos alojamos en una de las mejores casas, propiedad de un hombre importante entre ellos, donde hay una sala llena de jenízaros que nos vigilan. Mi única diversión son las conversaciones con nuestro anfitrión, Ahmet Bey, un título similar al de conde en Alemania. Su padre fue un gran bajá y ha recibido la más cortés de las educaciones orientales, ha aprendido a la perfección las lenguas árabe y persa, y es un extraordinario escriba, a quien ellos llaman efendi.[96] Lograr este título permite acceder a los ascensos más importantes, pero él ha tenido la sensatez de preferir una vida fácil, tranquila y segura a los peligrosos honores de la Puerta.[97] Cena con nosotros todas las noches y bebe vino en abundancia. No puede usted imaginar cuánto le deleita la

libertad de conversar conmigo. Me ha explicado varios poemas de la poesía árabe que, según he observado, no difieren en número de los nuestros, generalmente son versos alternados y de una gran musicalidad. Sus expresiones de amor son apasionadas y llenas de vida. Estoy tan encantada con ellas que en verdad creo que, si me quedara aquí unos meses, debería aprender el árabe. Posee una buena biblioteca con toda suerte de libros y, como él me cuenta, transcurre gran parte de su vida allí. Paso por gran erudita con él al contarle algunos de los cuentos persas,[98] que yo encuentro genuinos. Al principio creyó que yo entendía el persa. Mantengo con él frecuentes controversias por las diferencias de nuestras costumbres, en especial, el confinamiento de las mujeres. El me asegura que no tiene nada de particular; la única diferencia, dice él, es que tenemos la ventaja de que nadie se entera cuando nuestras esposas nos engañan. Es ingenioso y más amable que muchos hombres cristianos de alcurnia. Me distraigo mucho en su compañía. Ha tenido la curiosa idea de hacer que uno de nuestros sirvientes le preparara un alfabeto con nuestras letras y ya sabe escribir en caracteres latinos. Mas estas diversiones no impiden que desee de todo corazón marcharme de este lugar, a pesar de que el tiempo es más frío de lo que jamás creí que lo fuera en ninguna parte excepto en Groenlandia. Tenemos una enorme estufa que mantenemos constantemente encendida y, a pesar de todo, las ventanas de la estancia se congelan por dentro.

Sabe Dios cuándo tendré ocasión de despacharle esta carta, pero la he escrito para descargar mi conciencia y así no podrá usted reprocharme que una de las tuyas vale por diez de las mías.

Carta XXV

A Francés Hewet,[99]

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

Me atrevo a afirmar, mi querida señora Hewet, que me tendrá por el ser vivo más estúpido al haber yo descuidado tan agradable correspondencia, pero hasta este momento no ha estado en mi mano poder continuarla. Estos últimos ocho meses no he hecho más que ir corriendo sin tregua de un sitio a otro, y he estado ocupadísima ya sea viajando con postas o asistiendo a mis compromisos ineludibles en la corte. Le consta a usted bien el poco tiempo libre que deja cualquiera de esas dos ocupaciones. Me gusta viajar en grado sumo, y no tengo motivos para quejarme de haberlo hecho poco, después de atravesar todos los dominios turcos de Europa, por no hablar de mis viajes por Hungría, Bohemia y del recorrido completo de Alemania. Pero son nimiedades comparados con el último. No obstante, gracias a Dios, no puedo quejarme de haber sufrido de fatiga, ni yo en carne propia ni mi familia. Mi hijo nunca había gozado de mejor salud en su vida. Este país es, sin duda, uno de los más magníficos del mundo. Hasta ahora, cuanto veo me resulta tan nuevo que todos los días son como distintas escenas de una ópera nueva. No la cansaré con descripciones de lugares o costumbres por los cuales quizás no siente curiosidad alguna; solamente deseo que tuviera usted la bondad de enviarme noticias suyas con toda la frecuencia que le sea posible —que no puede ser más que muy de vez en cuando— contándome qué ocurre en su lado del globo. Antes de que le llegue ésta deberá usted considerar que a mí me parecerán nuevas aquellas cosas que para usted han ocurrido seis meses atrás. Dispondrá usted de un campo amplio sobre el cual escribir, si su caridad le permite extenderse tanto, pues cuanto me diga será totalmente desinteresado y libre de ostentación —no siéndome posible aquí alardear de sus cartas— y muy beneficioso para su preciosa alma, por lo que ruego al cielo que la haga considerar mi petición y acceder a ella.

Carta XXVI

A su Alteza Real la Princesa de Gales,[100]

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

Excma. Señora, he realizado hasta ahora un viaje jamás emprendido por ningún cristiano desde tiempos de los emperadores griegos, y no lamentaré las fatigas padecidas en su transcurso si con ello tendré oportunidad de distraer a su Alteza Real describiéndole lugares completamente desconocidos entre nosotros, pues los embajadores del Emperador y los pocos ingleses que han llegado tan lejos siempre lo han hecho navegando por el Danubio hasta Nicópolis. Mas ese río estaba congelado y el señor Wortley pone tanto celo en servir a su majestad que no quiso posponer el viaje y esperar a la conveniencia de ese medio. Cruzamos los desiertos de Serbia, casi en su totalidad cubiertos de bosques, si bien es un país naturalmente fértil y sus habitantes, industriosos. Mas la opresión de los campesinos es tan grande que se ven obligados a abandonar sus casas y descuidar el cultivo de las tierras por culpa de las incursiones de los jenízaros, a cuya caprichosa merced se encuentran. Teníamos una guardia de 500 de ellos y todos los días estaba yo al borde de las lágrimas cuando veía los desmanes que cometían en las pobres aldeas por las cuales pasábamos.

Al cabo de siete días de viajar por densos bosques llegamos a Nish, en otros tiempos capital de Serbia, situada en un hermoso llano sobre el río Nissava, con un buen clima y una tierra tan fértil que resulta difícilmente creíble la gran abundancia de dones. Me aseguraron sin asomo de duda que la cantidad de vino de la última cosecha fue tan prodigiosa que se vieron obligados a cavar agujeros en la tierra para ponerlo, pues en la ciudad no contaban con recipientes suficientes para contenerlo. La felicidad de tanta abundancia es apenas percibida por los pueblos oprimidos. Encontré aquí nuevos destinatarios de mi compasión. Los desdichados que nos habían facilitado veinte carretas para transportar el equipaje desde Belgrado hasta aquí a cambio de un arrendamiento, fueron enviados todos de vuelta sin recibir la paga, algunos de sus caballos quedaron cojos, otros murieron, y no recibieron recompensa alguna por ellos. Los pobrecillos se acercaron a la casa por la parte de atrás; lloraban y se mesaban las barbas y los cabellos de un modo lastimero, y de los insolentes soldados no recibieron más que porrazos. No puedo describirle a su Alteza Real el modo en que semejante escena me conmovió. De todo corazón les habría pagado de mi propio bolsillo, pero hubiera sido lo mismo que entregar el dinero al mismo agá pues éste los habría despojado de él sin remordimiento alguno.

Partimos de ese lugar y al cabo de cuatro días de viaje atravesando montañas, llegamos a Sofía, situada en una amplia y hermosa llanura sobre el río Iskar, rodeada a lo lejos de montañas. Difícilmente puede llegar a verse paisaje más agradable. La ciudad misma es muy grande y populosa. Existen aquí unos baños termales muy famosos por sus virtudes medicinales. Desde aquí, después de cuatro días de viaje, llegamos a Filópolis,[101] después de cruzar las sierras entre las montañas de Haemus y Rodofe, siempre cubiertas de nieve. Esta ciudad está emplazada sobre terreno elevado, cerca del río Hebrus, y casi en su mayoría habitada por griegos. Aún se conservan aquí iglesias cristianas. Tienen un obispo y algunos de los griegos más acaudalados viven aquí, pero se ven obligados a ocultar su riqueza con mucho cuidado y a aparentar pobreza, que incluye parte de sus

inconvenientes, pues toda su seguridad depende de que no la exhiban. Los campos desde aquí a Adrianópolis son los más bellos del mundo. Las viñas crecen silvestres en todas las colinas y la primavera perpetua de la cual gozan les da un aspecto lozano y floreciente. Este clima, por agradable que parezca, jamás puede preferirse al de Inglaterra, con todas sus nieves y heladas, donde contamos con la bendición de un gobierno moderado bajo un rey para quien su propia felicidad consiste en la libertad de su pueblo y que prefiere ser considerado como su padre y no como su amo.

Es éste un asunto que me haría extender mucho y soy consciente de que ya he abusado bastante de la paciencia de su Alteza Real, pero mi carta está en sus manos y podrá hacerla tan corta como le plazca lanzándola al fuego cuando se canse de leerla.

Señora mía, me despido y quedo de usted, etcétera.

Carta XXVII

A lady - -, [102]

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

He entrado ahora en un mundo nuevo, donde cuanto veo me parece un cambio de escena, y le escribo, Excma. señora, con cierta presencia de ánimo, esperando al menos que encuentre en mis cartas el encanto de la novedad y que no me reproche más que no le cuento nada extraordinario. No la importunaré con el relato de nuestro tedioso viaje, pero no debo omitir lo que de admirable vi en Sofía, una de las ciudades más bellas del imperio turco, famosa por sus baños termales, destinados a la vez a la diversión y a la salud. Me detuve allí un día con el fin de visitarlos. Deseando hacerlo de incógnito, alquilé un coche turco. Estos carruajes no son como los nuestros, aunque más convenientes para el país, puesto que siendo tanto el calor, los cristales resultarían molestos. Están contruidos en gran medida al estilo de los carruajes holandeses, con celosías de madera dorada, el interior también está pintado con cestas y ramilletes de flores, mezclados comúnmente con breves lemas poéticos. Están tapizados por entero de tela roja, forrados de seda y con frecuencia ricamente bordados y engalanados de flecos. Esta cobertura oculta por completo a las personas que en ellos viajan, pero puede apartarse a gusto para permitir a las damas espiar a través de las celosías. En ellos caben cómodamente cuatro personas, sentadas sobre cojines, pero no elevados.

En uno de estos carros cubiertos llegué a los baños alrededor de las diez. Ya estaba lleno de mujeres. Están contruidos en piedra, en forma de cúpula, sin ventanas más que en el tejado, lo cual permite la entrada de la luz. Había cinco de estas cúpulas juntas, la más exterior, menor que las restantes, servía sólo de vestíbulo, donde había una portera apostada junto a la puerta. Las damas de alcurnia suelen darle a esta mujer el valor de una corona o diez chelines y yo no olvidé observar esa costumbre. La estancia siguiente es muy amplia, con el suelo de mármol, y todo alrededor se alzaban dos superpuestos sofás de mármol. En esta estancia había cuatro fuentes de agua fría que caía primero en pilas de mármol y luego fluía por el suelo, siguiendo el curso de pequeños canales contruidos para tal fin, hasta llegar a la estancia siguiente, algo menor que la anterior, con los mismos sofás de mármol, pero tan caliente por los vapores de azufre de los baños adyacentes, que resultaba imposible permanecer en ella con la ropa puesta. Las otras dos cúpulas pertenecían a los baños calientes, uno de los cuales disponía de grifos de agua fría con los cuales se podía atenuar el grado de calor, a placer de las bañistas.

Yo iba con mi vestido de viaje, un traje de equitación que, sin duda, les pareció a todas extraordinario. Con todo, ninguna de ellas mostró la menor sorpresa ni una curiosidad impertinente, sino que me recibieron con tocia la cortesía y la educación posibles. No conozco ninguna corte europea cuyas damas se hubieran comportado tan amablemente con una extranjera. Calculo yo que en total habría unas doscientas mujeres, mas no vi yo una sola sonrisa desdeñosa, ni oí un solo murmullo satírico, de esos que nunca faltan en nuestras reuniones cuando aparece alguien que no viste siguiendo los usos al pie de la letra. No cesaban de repetirme una y otra vez: “*Güzelle, pek güzelle*”, que no significa otra cosa que “encantadora, muy encantadora”. Los primeros sofás estaban cubiertos de cojines y ricas alfombras, sobre los que se sentaban las damas, y detrás, en los segundos, se

colocaban sus esclavas, aunque sin distinción de rango en sus vestidos, todas iban como vinieron al mundo, es decir, en inglés llano, completamente desnudas, sin ocultar bellezas ni defectos. Sin embargo, entre ellas no advertí la menor sonrisa desvergonzada ni el menor gesto de inmodestia. Caminaban y se movían con la misma gracia majestuosa que describe Milton al referirse a la madre de todas nosotras.[103] Había entre ellas algunas tan bien proporcionadas como cualquiera de las diosas dibujadas por el lápiz de Guido[104] o Ticiano, en su mayoría tenían la piel brillante y blanca, cubierta solamente por su hermoso cabello peinado en muchas trenzas que les colgaban sobre los hombros, embellecidas con perlas o cintas; eran una representación perfecta de las figuras de las Gracias.

Me convencí allí de la verdad de una reflexión que hice en muchas ocasiones, que si fuera la costumbre ir desnudas, la cara apenas se observaría. Me percaté de que las damas con las pieles más finas y las formas más delicadas eran las principales destinatarias de mi admiración, aunque sus rostros fueran a veces menos bellos que los de sus compañeras. A decir verdad, fui lo bastante perversa como para desear secretamente que el señor Gervase[105] hubiese sido invisible y estado allí. Imagino que su arte habría mejorado mucho al ver tantas hermosas mujeres desnudas, en distintas posturas, algunas conversando, algunas trabajando, otras bebiendo café o sorbetes, y muchas reclinadas negligentemente sobre los cojines mientras sus esclavas —generalmente bonitas muchachas de diecisiete o dieciocho años— se entretenían en trenzarles el pelo en las formas más bonitas. En una palabra, es el salón de café de las mujeres, donde se cuentan todas las novedades de la ciudad, se inventan escándalos, etcétera. En general, disfrutaban de esta diversión una vez por semana y permanecen allí cuatro o cinco horas, sin coger frío saliendo de inmediato del baño caliente para pasar a la sala fría, algo que me sorprendió sobremanera. La dama que parecía de más alcurnia de todas ellas me suplicó que me sentara a su lado y de buen grado me habría desnudado ella misma para el baño. Me excusé con cierta dificultad, pero tanto empeño pusieron en disuadirme que finalmente me vi obligada a desabrocharme la camisa y a mostrarles las ballenas, algo que las satisfizo mucho, pues me percaté de que creyeron que me encontraba encerrada de tal modo en aquella máquina que no estaba en mi poder abrirla, y atribuyeron la idea de tal artilugio a mi marido. Quedé cautivada por su educación y su belleza y de buen grado habría pasado más tiempo en compañía de ellas, pero habiendo el señor Wortley decidido proseguir viaje a la mañana siguiente bien temprano, hube de apresurarme para ver las ruinas de la iglesia de Justiniano,[106] que no me ofreció una vista tan agradable como la que acababa de abandonar, pues no son más que un montón de piedras.

Adiós, señora, tengo la certeza de haberla entretenido con la descripción de paisajes que jamás ha visto usted en su vida, y de los cuales ningún libro de viajes podría informarla, pues si un hombre fuese encontrado en uno de estos lugares le supondría ser condenado a muerte.

Carta XXVIII

Al abad Conti,[107]

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

Como verá, he sido muy estricta en mantener la promesa que me obligó a hacerle, pero no sé si su curiosidad quedará satisfecha con las noticias que le daré, aunque puedo asegurarle que mi deseo de complacerlo en cuanto esté en mi mano me ha hecho muy diligente en mis observaciones e indagaciones. Es indudable que solamente tenemos relatos imperfectos de las costumbres y la religión de estos pueblos, pues esta parte del mundo rara vez es visitada más que por mercaderes, quienes sólo se ocupan de sus asuntos, o por viajeros cuyas estancias son tan cortas que son incapaces de informar con exactitud de nada de cuanto puedan averiguar. Los turcos son demasiado orgullosos como para hablar llanamente con los mercaderes, etcétera, quienes sólo pueden recoger información confusa, generalmente falsa, y que están en tan grado de ofrecer una explicación de sus costumbres como lo estaría un refugiado francés que se alojara en una buhardilla de la calle Greek, [108] de describir la corte de Inglaterra. El viaje que hicimos por tierras desde Belgrado hasta aquí no le habría sido posible a nadie más que a un personaje público. Los bosques desiertos de Serbia son refugio habitual de ladrones que atacan en grupos de cincuenta, por lo que nos vimos obligados a servirnos de todos nuestros guardias para conseguir protección, y las aldeas son tan pobres que sólo mediante la fuerza conseguimos arrancarles las provisiones necesarias. En efecto, los jenizaros no se apiadaron de su pobreza y mataron todas las aves y ovejas que encontraron sin preguntar a quién pertenecían, mientras sus desdichados propietarios no se atrevían siquiera a reclamar por temor a ser apaleados. ¡Corderos recién nacidos, ocas y pavas cluecas todos masacrados sin distinción! Imaginé oír las quejas de Melibo suplicando por su rebaño.[109] Cuando viajan los bajás es aún peor. Esos opresores no se contentan con comerse cuanto de comestible pertenece a los campesinos; cuando se han hartado ellos y los miembros de su numeroso séquito tienen el descaro de quitarles lo que llaman dinero dental, una contribución por el uso de sus dientes, ganado por haberles hecho el honor de devorar su carne. Se trata de un hecho conocido que nada tiene de inventado, por extravagante que parezca; todo se debe a la corrupción natural del gobierno militar, pues su religión no permite semejante barbaridad como no lo permite la nuestra.

Tuve la oportunidad de alojarme tres semanas en Belgrado, en casa de un conocido efendi, es decir, un hombre cultivado. Este grupo de hombres puede recibir ascensos tanto en el campo del derecho como de la iglesia, pues esas dos ciencias forman una sola, de ahí que para designar al abogado y al sacerdote se utilice la misma palabra. Son los únicos hombres realmente importantes del imperio; todos los empleos de provecho y los ingresos de la iglesia están en sus manos. El Gran Señor, si bien es heredero general de su pueblo, jamás se atreve a tocar sus tierras o su patrimonio, que pasan ininterrumpidamente de padres a hijos. No obstante, pierden ese privilegio al aceptar un puesto en la corte o el título de bajá, aunque entre ellos son pocos quienes cometen semejante tontería. Podrá hacerse fácilmente una idea del poder de estos hombres, que poseen todos los conocimientos y casi toda la riqueza del imperio. Son ellos los verdaderos autores, aunque los soldados son los actores de las revoluciones. Depusieron al difunto sultán Mustafá;[110] y su poder es tan conocido que al emperador le conviene halagarlos.

Es ésta una larga digresión. Iba a contarle que gracias a la conversación privada que mantengo a diario con el efendi Ahmet Bey, he podido conocer su religión y su moral de modo más detallado que cualquier otro cristiano. Le expliqué la diferencia entre la religión de Inglaterra y la de Roma, y se alegró de saber que había cristianos que no adoraban imágenes ni a la Virgen María. Le pareció evidente lo ridículo de la transubstanciación. Al comparar nuestros credos, estoy convencida de que si nuestro amigo, el doctor Clarke,[111] pudiera predicar aquí libremente, le resultaría fácil persuadir a la mayoría de que se convirtieran al cristianismo, cuyas ideas difieren muy poco de las de ellos. El señor Whiston[112] sería aquí un buen apóstol. No dudo de que su fervor se encenderá mucho si le comunica mi relato, pero adviértale que debe contar con el don de lenguas antes de que pueda servir de algo.

El mahometismo (*sic*) se divide en tantas sectas como el cristianismo y la primera institución está igualmente abandonada y obscurecida por las interpretaciones. No puedo dejar de reflexionar sobre la inclinación natural del hombre a crear misterios y novedades. Los *Zeidi*, *Kudî*, *Jabarî*,[113] etcétera, me recuerdan a los católicos, luteranos, calvinistas, etcétera, todas ellos enfrentados con el mismo celo. Pero la opinión que prevalece, si se indaga en el secreto de los efendis, es el simple deísmo, pero esto se oculta al pueblo, que se entretiene con mil ideas distintas, según los diversos intereses de sus predicadores. Entre ellos pocos son —Ahmet Bey negó que hubiera alguno— tan absurdos como para proclamar que no creen en ningún dios. Y sir Paul Rycaut[114] se equivoca, como es su costumbre, en tachar a la secta *muserrin* —es decir, el secreto que está con nosotros— de ateos, pues son deístas cuya impiedad consiste en burlarse de su profeta. Ahmet Bey no reconoció ser de esta opinión, pero no vaciló en desobedecer parte de las leyes de Mahoma al beber vino con la misma libertad que nosotros. Cuando le pregunté cómo era posible que se permitiese semejante libertad, me contestó que todas las criaturas de Dios son buenas y han sido creadas para que el hombre las use, pero que, sin embargo, la prohibición del vino era una máxima sabia destinada al pueblo llano, pues entre ellos es fuente de toda clase de desórdenes, si bien el profeta nunca pensó en obligar a mantener la prohibición a aquellos que sabían cómo usarlo con moderación. No obstante, había que evitar el escándalo y él jamás lo bebía en público. Esta es la forma de pensar generalizada entre ellos, y muy pocos se abstienen de beber vino si se lo pueden permitir.

Me aseguró que si yo entendía el árabe, me complacería la lectura del Alcorán, que dista mucho de contener las tonterías que le atribuimos y que es la más pura moralidad expresada en el mejor de los lenguajes. Desde entonces he oído a cristianos imparciales referirse a él de la misma manera, y no dudo que todas nuestras traducciones fueron hechas a partir de copias obtenidas de los sacerdotes griegos quienes, en el colmo de la maldad, no pudieron por menos de falsearlo. No ha existido grupo de hombres más ignorantes ni más corruptos. Sin embargo, difieren tan poco de la Iglesia Romana que confieso que nada me produce mayor aversión ante la crueldad de su clero que las bárbaras persecuciones de las que han sido capaces en las ocasiones en que fueron sus amos por el simple hecho de no reconocer al Papa. Su disenso en ese único aspecto les ha hecho merecedores de acusaciones tales como herejes, cismáticos y, lo que es peor, el mismo tratamiento.

En Filípolis encontré una secta de cristianos que se hacen llamar paulinos.[115] Muestran una antigua iglesia donde, según dicen, predicó San Pablo, y él es su santo preferido, del mismo modo que San Pedro lo es de Roma; tampoco olvidan darle la misma preferencia sobre el resto de los apóstoles.

Mas de todas las religiones que he visto, los arnauteses me parecen los más especiales. Son

nativos de Arnawutluk,[116] la antigua Macedonia, conservan todavía el valor y la resistencia, aunque han perdido el nombre de macedonios, constituyen la mejor milicia del imperio turco y los únicos capaces de frenar a los jenízaros. Son soldados de infantería; en cada una de las ciudades de importancia por las que pasamos nos asignaron una guardia formada por ellos. Ellos mismos corren con los gastos de su uniforme y sus armas; en general se trata de jóvenes sanos vestidos con limpias ropas rústicas, de color blanco, llevan armas de una longitud prodigiosa, que llevan colgadas del hombro, como si no notaran en absoluto su peso, el jefe canta una especie de rústica melodía, no del todo desagradable, y el resto le hace de coro. Estas gentes, que viven entre cristianos y mahometanos y que no son maestros en el arte de la controversia, declaran que son absolutamente incapaces de juzgar cuál religión es la mejor, pero para estar seguros de no rechazar del todo la verdad tienen la prudencia de seguir ambas y van a la mezquita los viernes y a la iglesia los domingos, diciendo en su descargo que de esta manera, el día del juicio se aseguran la protección del verdadero profeta; pero quién es el verdadero, no son capaces de decirlo en este mundo. Creo que no hay otra raza humana que sea tan modesta en su opinión sobre su propia capacidad. Son estas las observaciones que he hecho acerca de las diversas religiones que he visto. No le pido perdón por la libertad que me he tomado al hablar de los católicos. Sé que condena usted por igual el charlatanismo de todas las iglesias del mismo modo que venera las verdades sagradas, en las que ambos estamos de acuerdo.

Me atrevería a decir que espera usted algún comentario sobre las antigüedades de este país, mas quedan muy pocos restos de la antigua Grecia. Pasamos cerca de un trozo de arco comúnmente llamado puerta trajana,[117] pues se supone que lo mandó construir para cerrar el paso de las montañas entre Sofía y Filópolis, pero yo más bien creo que son los restos de algún arco triunfal—aunque no pude ver ninguna inscripción—, pues si ese paso había sido cerrado, existen muchos otros por donde los ejércitos habrían podido pasar. No obstante lo que cuenta la historia sobre Balduino, conde de Flandes, derrocado en estos estrechos[118] después de haber conquistado Constantinopla, no creo que a los alemanes pudieran detenerlos. Si bien es cierto que, después de gran esfuerzo, se ha conseguido que el camino sea lo bastante espacioso como para que el ejército turco pueda marchar por él. No hay una sola zanja ni un solo charco entre este lugar y Belgrado sobre los que no se haya construido un fuerte puente de tablas; pero los precipicios no son tan terribles como me los habían descrito. Al pie de estas montañas encontramos la aldea de Iviskoy, totalmente habitada por cristianos, como son la mayoría de campesinos de Bulgaria. Sus casas no son más que chozas, construidas en barro cocido al sol; las abandonaron y huyeron a las montañas meses antes de que pasara por aquí el ejército turco, que de haberlos encontrado en ellas, los habría sumido en la ruina al alejar a sus rebaños. Esta precaución les asegura una suerte de abundancia, pues amplias zonas de terreno yacen sin cultivar y tienen la libertad de sembrar cuanto desean y son en general, criadores muy avezados. Bebí aquí varios tipos de vino delicioso. Las mujeres se engalanan con gran variedad de cuentas de cristal de colores y no son feas, aunque tienen la piel enrojecida. Le he contado ya cuanto merece la pena ser referido sobre mi viaje, quizás más. Cuando esté en Constantinopla procuraré enterarme de algunas curiosidades, entonces volverá a tener noticias de... etcétera.

Carta XXIX

A lady Bristol,

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

Dado que me es imposible olvidar sus órdenes, por mínimas que éstas sean, mi primera ocupación en esta ciudad ha sido preguntar por las cosas que me encargó buscar sin poder encontrar lo que a usted le agradaría. La diferencia en el vestir entre este lugar y Londres es tan grande que el mismo género no resultaría apropiado para caftanes y capas. Sin embargo, no abandonaré mi búsqueda sino que la reanudaré en Constantinopla, si bien tengo motivos para creer que allí no habrá nada más fino que lo que pueda encontrarse aquí siendo, como es ahora, residencia de la corte.

La hija mayor del Gran Señor contrajo matrimonio días antes de mi llegada y, en esa ocasión, las damas turcas exhibieron toda su magnificencia. La novia fue conducida a la casa de su futuro marido envuelta en gran esplendor. Es la viuda del difunto Visir, fallecido en Petrovaradin,[119] aunque más bien habría que llamarlo contrato y no matrimonio, pues nunca ha vivido con él. Sin embargo, gran parte de la riqueza de él ha pasado ahora a manos de la viuda. El tenía permiso para visitarla en el serrallo y, como era uno de los hombres más apuestos del Imperio, había conseguido que se encariñase mucho con él. Cuando vio a su segundo esposo, que tiene por lo menos cincuenta años, le resultó imposible no echarse a llorar. Es un hombre de mérito y el favorito declarado del Sultán —a quien llaman *musahib*—[120] pero eso no basta para hacerlo agradable a los ojos de una niña de trece años.

El gobierno está aquí completamente en manos del ejército y del Gran Señor quien, a pesar de todo su poder absoluto, es tan esclavo como cualquiera de sus súbditos y se echa a temblar cuando un jenízaro lo mira ceñudo. Existe aquí una mayor apariencia de sometimiento que entre nosotros. Nadie puede dirigirse a un ministro de estado sin hincarse ante él de rodillas; si llegaran a lanzar una reflexión sobre su conducta en un salón de café —tienen espías en todas partes—, el salón sería arrasado y puede que incluso fuesen torturados cuantos en él estuvieran. Nada de turbas vitoreantes, panfletos sin sentido ni disputas de taberna sobre política.

Una consecuencia funesta de la libertad derivada;

Un mal efecto, mas por causa noble.[121]

¡Nada de poner motes inofensivos como hacemos nosotros! Mas cuando aquí un ministro desagrada al pueblo, en tres horas lo arrancan incluso de los brazos de su amo. Le cortan las manos, la cabeza y los pies y, con todo el respeto del mundo, los arrojan a las puertas de palacio, mientras el Sultán —a quien todos profesan una adoración sin límites— espera sentado y tembloroso en sus aposentos y no se atreve siquiera a defender ni a vengar a su favorito. He aquí la bendita condición del más absoluto de los monarcas que existe sobre la faz de la tierra, que no reconoce más ley que su voluntad.

Me es imposible no desear, con la lealtad de mi corazón, que el parlamento enviara aquí un barco cargado de sus hombres ciegameamente obedientes,[122] para que vieran un gobierno arbitrario en todo su esplendor, donde resulta difícil juzgar si el príncipe, el pueblo o los ministros son más desdichados. Podría hacer infinidad de reflexiones sobre este tema, pero sé, mi señora, que su buen sentido la ha dotado con otras mejores de las que yo soy capaz.

Ayer fui con la embajadora francesa[123] a ver al Gran Señor de camino a la mezquita. Iba precedido de una nutrida guardia de jenizaros, ataviados con inmensas plumas blancas en la cabeza, así como de los *sipahis* y los *bostcis* —guardias que van a pie y a caballo— y de los jardineros reales, un cuerpo de hombres bastante importante, vestidos con distintos uniformes de vivos colores, de manera que desde lejos, parecían como un macizo de tulipanes.[124] Tras ellos iba el agá de los jenizaros con una túnica de terciopelo púrpura forrada de tejido plateado, su caballo era conducido por dos esclavos ricamente ataviados. A su lado iba el *Kizlar Agasi*[125] —mi señora sabe ya que es el principal guardián de las damas del serrallo— con unas vestiduras de un tono amarillo fuerte —que le sentaban muy bien siendo él de tez morena— forradas de martas cibelinas y, por último, su majestad, de verde, con adornos en piel de zorro moscovita negro, que se supone vale mil libras esterlinas, montado en un bello corcel con arreos compuestos de joyas. Seis caballos más ricamente enjaezados eran conducidos tras él y dos de sus principales cortesanos portaban sobre un báculo, el uno su cafetera de oro y el otro su cafetera de plata. Un tercero llevaba sobre la cabeza un escabel de plata para que su Majestad se sentara en él. Sería hartamente tedioso referirle a mi señora los distintos vestidos y turbantes por los que se distinguen según el rango, baste con decirle que eran más de mil y todos ellos riquísimos y sumamente alegres, tanto que más hermosa procesión no puede verse. El Sultán nos pareció un apuesto hombre de unos cuarenta años, con un aire muy agraciado pero un tanto severo en el semblante y los ojos grandes y negros. Por casualidad se detuvo debajo de la ventana donde estábamos, y supongo que cuando le dijeron quiénes éramos, nos miró con gran atención, lo cual nos dio mucho tiempo para observarlo, y la embajadora francesa convino conmigo en que tiene buena planta.

Veo a esa dama a menudo; es joven y su conversación me sería de gran alivio si lograra convencerla de que viviera sin todas esas formas y ceremonias que hacen la vida formal y tediosa. Pero está tan encantada con sus guardias, sus veinticuatro lacayos, sus caballeros ujieres, etcétera que preferiría morir a visitarme sin ellos, por no contar un carruaje repleto de doncellas llamadas damas de honor. Lo que me irrita es que mientras se empeña en visitarme acompañada de esta molesta comitiva, me veo obligada a hacer lo mismo. Sin embargo, nuestros intereses mutuos nos dan ocasión de pasar muchos momentos en compañía. El otro día recorrí con ella toda la ciudad en un carruaje abierto y dorado, con nuestro cortejo de ayudantes, precedidas por nuestros guardias, que muy bien podrían haber pedido a la gente que vieran algo que jamás habían visto ni volverían a ver: a dos jóvenes embajadoras cristianas que no habían estado antes en este país juntas, y creo que nunca volverán a estar. Como podrá imaginar mi señora, reunimos multitud de espectadores, todos ellos callados como tumbas. Si cualquiera de ellos se hubiese tomado las libertades que se toma nuestro populacho al ver algo tan extraño, nuestros jenizaros no habrían dudado un instante en abatirse sobre ellos con sus cimitarras sin correr por ello peligro de colocarse por encima de la ley. Sin embargo, esta gente posee algunas buenas cualidades; cuando sirven lo hacen con gran celo y fidelidad y se imponen como deber luchar por sus amos en todas las ocasiones, de lo cual tuve un ejemplo muy agradable en una aldea, a este lado de Filípolis, en donde fuimos recibidos por nuestra guardia doméstica. Había pedido pichones para la cena y al oírme uno de mis jenizaros se dirigió de

inmediato al cadí —el oficial civil jefe del pueblo— y le ordenó que trajese unas cuantas docenas. El pobre hombre le contestó que ya había mandado a buscarlos pero que no los había conseguido. Mi jenízaro, en el colmo de su celo por satisfacer mis deseos lo hizo inmediatamente prisionero y lo encerró en su habitación; le dijo que merecía la muerte por haber tenido la insolencia de excusarse por no obedecer mis órdenes, pero que por respeto a mí no lo castigaría a menos que yo se lo ordenara, y acto seguido se presentó ante mí y muy seriamente me preguntó qué había que hacer con el cadí, añadiendo a modo de cumplido que si era mi deseo, me traería su cabeza. He aquí un ejemplo del ilimitado poder de estos hombres, que han jurado hermandad y venganza de todas las afrentas recibidas por sus congéneres, ya sea en El Cairo, Alepo o cualquier parte del mundo y esta alianza inviolable los hace tan poderosos que hasta el más grande de los hombres de la corte jamás les habla si no es en tono halagador, y en Asia, los hombres ricos se ven obligados a tener a un jenízaro a su servicio para proteger sus bienes. Ya he dicho bastante y me atrevería a jurar, mi querida señora, que a estas alturas habrá llegado ya a la conclusión de que una carta tan tediosa no puede recibirse más que cada seis meses. Esa idea es la que me ha garantizado el poder entretenerla tan largamente, por lo que le ruego, mi querida señora, disculpe... etcétera.

Carta XXX

A lady Mar,

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

Mi querida hermana, ojalá Dios me concediera que tú me dejaras gozar del placer de enterarme de cuanto ocurre en tu lado del globo con la misma asiduidad con que yo me ocupo de ofrecerte el prolijo y divertido relato de cuanto veo y me parece que sería de tu interés. Te contentas con repetirme una y otra vez que la ciudad es muy aburrida. Tal vez lo sea para ti, cuando los días transcurren sin ofrecerte nada nuevo, pero para mí, que llevo al menos dos meses de retraso en las noticias, cuanto a ti te parece muy viejo a mí me resultará aquí fresco y nuevo. Te ruego que me hagas el favor de darme más detalles. Intentaré despertar tu gratitud ofreciéndote un relato pormenorizado y fehaciente de las novedades de este lugar, ninguna de las cuales te sorprendería más que verme en persona, pues estoy ahora ataviada con un hábito turco, si bien creo que convendrías conmigo en que es admirablemente favorecedor. Tengo intención de enviarte mi retrato. Entretanto, acepta ésta, mi descripción.

La primera prenda de mi atuendo es un par de calzones muy amplios, que me llegan a los zapatos y ocultan las piernas con más modestia aún que tus enaguas. Están confeccionados con una fina tela de damasco de color rosa, cubierta de flores plateadas de brocado; los zapatos son de cabritilla blanca, bordados de oro. Por encima va una bata de delicada gasa de seda blanca, ribeteada de bordados. Esta bata tiene amplias mangas que cuelgan a la altura del brazo y va cerrada en el cuello con un botón de diamante; pero la forma y el color del pecho se distinguen claramente a través de ella. El *antheri* [=entari] es un chaleco ceñido, de damasco blanco y dorado, con mangas largas caídas, ribeteadas con anchos flecos de oro que abrochan con botones de diamante o perlas. El caftán, del mismo género que los calzones, es un hábito entallado, largo hasta los pies, con mangas largas, muy estrechas. Sobre lo anterior va un cinturón de unos cuatro dedos de ancho que, cuantos pueden permitírselo, adornan por completo de diamantes u otras gemas preciosas; quienes no pueden incurrir en semejante gasto lo llevan de satén con bordados exquisitos, que antes ajustan con un broche de diamantes. La *cüppe* [=kürdi = kürk] es una prenda suelta que se quitan o se ponen según el tiempo que haga, siendo de rico brocado —la mía es verde y dorada— forrado de armiño o de marta cibelina. Las mangas caen apenas debajo de los hombros. El tocado se compone de una gorra llamada *kalpak* [talpok = terpus] que en invierno es de fino terciopelo bordado de perlas o diamantes y en verano de un género ligero y brillante de color plata. Lleva una borla dorada y se fija a un lado de la cabeza, un tanto inclinado, con una diadema de diamantes —de las cuales he visto varias— o un pañuelo ricamente bordado. Al otro lado de la cabeza, el pelo queda plano y las damas de aquí tienen la libertad de poner en práctica su imaginación, por lo cual algunas se acicalan con flores, otras con un penacho de plumas de garza, en una palabra, con lo que se les antoje; pero el uso más generalizado es lucir un ramillete de joyas imitando flores naturales, es decir, los capullos se hacen con perlas, las rosas con rubíes de distintas tonalidades, los jazmines con diamantes, los junquillos con topacios, etcétera, tan bien engarzadas y esmaltadas que resulta difícil imaginar nada más bello. El cabello, siempre muy abundante, cuelga por detrás cuan largo es, peinado en trenzas con perlas o cintas entrelazadas.

En mi vida había visto jamás unas cabelleras tan finas. A una dama he llegado a contarle ciento diez trenzas, todas naturales. Si bien debo reconocer que la belleza abunda aquí mucho más que entre nosotras. Es sorprendente ver una joven mujer que no sea hermosa. Tienen las pieles más bonitas del mundo y, por lo general, sus ojos son grandes y negros. Puedo asegurarte sin temor a faltar a la verdad que, aunque considero a la corte de Inglaterra la más espléndida de la cristiandad, ésta no puede jactarse de poseer tantas bellezas como las que aquí están bajo nuestra protección. Suelen dar forma a las cejas y tanto las griegas como las turcas tienen la costumbre de ponerse alrededor de los ojos, por el lado interior, una tintura negra que, de lejos, o a la luz de las velas, contribuye a hacerlos aún más negros. Imagino que muchas de nuestras damas estarían encantadas de conocer este secreto, pero de día resulta demasiado visible. Se tiñen las uñas de color rosa; he de reconocer que no consigo acostumbrarme a este uso como para encontrarle alguna belleza.

En cuanto a su moralidad o buena conducta puedo decir, como Arlequín, que es tal como entre vosotros,[126] y las damas turcas no cometen un solo pecado menos por el hecho de no ser cristianas. Ahora que me he familiarizado un poco con sus costumbres no puedo dejar de admirar no sé si la discreción ejemplar o la estupidez suprema de todos los escritores que a ellas se han referido. Es fácil comprobar que gozan de una mayor libertad que nosotras; ninguna mujer, del linaje que sea, tiene permiso para salir a la calle si no lleva dos muselinas, una que le cubre toda la cara dejando al descubierto los ojos y otra que tapa por completo la cabeza y el tocado y cuelga a mitad de la espalda, y además, ocultan por completo sus formas con una cosa que llaman *ferigi* [= *ferace*] sin la cual ninguna mujer, de la clase que sea, se atreve a salir. Esta última prenda tiene mangas rectas que llegan hasta la punta de los dedos y las envuelve por completo, de un modo muy similar a las capas de montar. En invierno es de paño y en verano de género liso o seda. Podrás adivinar de qué manera tan efectiva las disfraza este atuendo, pues no hay manera de distinguir a la gran dama de su esclava e incluso al marido más celoso le resulta imposible reconocer a su esposa cuando la ve de esta guisa, y los hombres no se atreven a tocar ni a seguir a una mujer por la calle.

Esta perpetua mascarada les da plena libertad para seguir sus inclinaciones sin temor a ser descubiertas. El método más habitual de intriga es citar al amante para que se encuentre con la dama en una tienda judía, que tienen tanta fama de convenientes como nuestras tiendas indias, por lo cual, incluso quienes no hacen uso de ellas no tienen escrúpulo alguno en ir allí a comprar gangas y topar con mercancía de gran valor, que suelen encontrarse principalmente entre esa clase de gente. Las grandes señoras rara vez permiten a sus galanes conocer quiénes son, y resulta tan difícil averiguarlo que rara vez adivinan el nombre de la señora con la que en ocasiones se han escrito durante más de medio año. Como podrás imaginar fácilmente, el número de esposas fieles se reduce mucho en un país donde nada tienen que temer de la indiscreción de sus amantes, pues vemos a tantas con el valor de exponerse a ella en este mundo y a todo el castigo con que las amenazan en el otro, algo que jamás predicán a las doncellas turcas. Tampoco deben temer demasiado el resentimiento de sus maridos, pues las damas ricas son dueñas y señoras de su dinero, y se quedan con él cuando se divorcian más una cantidad que el marido está obligado a darles. En general, considero a las mujeres turcas como las únicas personas libres del imperio. El mismo Diván[127] les rinde homenaje y el Gran Señor en persona, cuando se ejecuta a un bajá, no se atreve a violar los privilegios del *harem* —o casa de las mujeres— que queda sin registrar a disposición de la viuda. Son reinas de sus esclavas, a las que el marido tiene prohibido mirar siquiera, salvo que se trate de alguna que otra anciana escogida por su dama. Es cierto que sus leyes les permiten tener cuatro esposas, pero no hay un solo hombre de rango que haya hecho uso de esta libertad, ni ninguna mujer de rango que lo haya permitido. Cuando un

marido se muestra inconstante, como a veces suele suceder, mantiene a su amante en una casa aparte y la visita con toda la discreción posible, tal como ocurre en tu caso. De todos los grandes hombres de aquí sólo conozco al *tefterdar* —el tesorero— que cuenta con un número de esclavas para su propio uso —es decir, en su lado de la casa, pues una vez que se asigna una esclava para servir a una dama, debe quedar a entera disposición de ésta—, y tiene fama de libertino, o lo que nosotras llamaríamos crápula, y su esposa se niega a verlo, aunque sigue viviendo en casa de él.

Como puedes ver, mi querida hermana, los modales del género humano no difieren tanto como nuestros escritores de viajes quieren hacernos creer. Tal vez sería más entretenido que añadiera unas cuantas costumbres sorprendentes de mi propia invención, pero nada me parece más agradable que la verdad, y creo que para ti no hay nada más aceptable. Concluyo ésta reiterándote, mi querida hermana, la expresión de... etcétera.

Carta XXXI

A Alexander Pope,

Adrianópolis, 1 de abril de 1717

Me atrevería a decir que en esta carta espera usted al menos algo muy nuevo, después de haber pasado por un viaje que ningún cristiano ha emprendido en cien años. El accidente más notable que me sucedió fue cuando estuve a punto de caer en el Hebrus,[128] y si tuviera en alto concepto las glorias de las cuales goza el propio nombre después de la muerte, sin duda, sentiría el haber perdido la romántica conclusión de nadar en el mismo río donde la cabeza musical de Orfeo repitió hace ahora tantos siglos aquellos versos:[129]

Caput a cervice revulsum,
Gurgite cum medio, portans Oagrius Hebrus
Volveret, Euridicen, vox ipsa, et frígida lingua,
Ah! Miseram Euridicen! anima fugiente vocabat,
Euridicen toto referebant ilumine ripae[130]

Quién sabe, quizás alguien de su brillante ingenio lo habría considerado un tema con muchos giros poéticos y le habría contado al mundo, en una elegía heroica que:

Siendo nuestras almas iguales, también iguales fueron nuestros destinos.[131]

Pierdo las esperanzas de llegar a oír a alguien dedicarme palabras tan hermosas como las que merecería tan extraordinaria muerte.

En este mismo instante escribo en una casa situada en las riberas del Hebrus, que fluye bajo la ventana de mis aposentos. Mi jardín está lleno de altos cipreses en cuyas ramas varias parejas de tórtolas se musitan cosas suaves de la mañana a la noche. ¡Con cuánta naturalidad me vienen a la mente las ramas y los votos![132] ¿No debería usted confesar, como elogio hacia mi persona, que habría que estar dotado de una discreción fuera de lo común para resistirse a las perversas sugerencias de la poesía en un lugar donde, por una vez, la verdad proporciona todas las ideas de la égloga? El verano ya está avanzado en esta parte del mundo y en Adrianópolis, a varias millas a la redonda, la tierra toda está dispuesta en huertos y las orillas de los ríos cultivadas con filas de árboles frutales, debajo de los cuales todos los turcos de buena crianza se divierten al caer el sol, no paseando, que no es uno de sus placeres, sino que un grupo de ellos escoge un lugar lozano y umbrío donde tienden una alfombra en la cual se sientan a beber su café, generalmente atendidos por algún esclavo de fina voz, o que toca algún instrumento. Cada veinte pasos se ve uno de estos grupos escuchando el rumor de las aguas, y este gusto es tan universal que los mismos jardineros no son ajenos a él. Los he visto a menudo a ellos y a sus hijos sentados en las riberas del río, tocando un

instrumento rural, que responde perfectamente a la descripción de la antigua fistula, compuesto de lengüetas desiguales que producen un sonido de una suavidad simple pero agradable. El señor Addison[133] podría hacer aquí el experimento del que habla en sus viajes, pues no hay instrumento músico entre las estatuas griegas o romanas que no se encuentre en las manos de las gentes de estas tierras. Los muchachos jóvenes suelen divertirse mientras cantan o tocan, haciendo guirnaldas para sus corderos preferidos, a los que siempre he visto pintados y engalanados con flores, yaciendo a sus pies. Rara vez leen romances, mas son éstas las antiguas diversiones de aquí, tan naturales para ellos como competir con garrotes o jugar a la pelota lo es para nuestros mozos británicos; la suavidad y calidez del clima impide los ejercicios violentos, de los que nunca han oído hablar y, naturalmente, inspira la holgazanería y la aversión al trabajo que se permite la gran mayoría. Estos jardineros son la única raza feliz entre los campesinos de Turquía. Suministran fruta y hierbas a toda la ciudad y parecen llevar una vida fácil. En su mayoría son griegos y poseen pequeñas casas en medio de sus huertos, donde sus esposas e hijas disfrutan de libertades prohibidas en la ciudad, me refiero a que van sin velo. Estas mozas son muy limpias y bonitas, y se pasan las horas ante sus telares, bajo la sombra de los árboles.

Ya no considero a Teócrito[134] como escritor romántico; no ha hecho más que dar una imagen simple de la vida de los pastores de este país quienes, antes de que la opresión los redujera, querían, supongo yo, estar todos empleados como los mejores de ellos lo están ahora. No dudo que de haber nacido británico, sus *Idylliums* habrían estado plagados de descripciones de la trilla y la fabricación de mantequilla, ambas desconocidas aquí, pues el trigo se trilla usando bueyes y de la mantequilla —hablo de ella con pena— jamás han oído hablar.

Leí aquí su Homero[135] con infinito placer y encuentro varios pasajes explicados cuya belleza antes no comprendía del todo, muchas de las costumbres y de los trajes entonces en boga se conservan aún y no me extraña hallar aquí más restos de una época tan lejana que los que se encuentran en otros países, pues los turcos no se toman la molestia de introducir sus propias costumbres, tal como han hecho en general otras naciones que se imaginan más adelantadas. Resultaría demasiado tedioso para usted que le señalase todos los pasajes relacionados con las costumbres actuales, pero puedo asegurarle que las princesas y sus damas pasan su tiempo ante los telares bordando velos y túnicas, rodeadas de sus doncellas, siempre muy numerosas, del mismo modo en que encontramos descritas a Andrómaca[136] y Helena. La descripción del cinturón de Menelao[137] responde exactamente a los que ahora lucen los grandes hombres, atacados con anchos broches de oro y bordados ricamente. El niveo velo con que Helena cubre su rostro sigue aquí en uso y, siempre que veo media decena de ancianos bajás —como me ocurre a menudo— con sus reverendas barbas sentados y disfrutando del sol, me acuerdo del buen rey Príamo y de sus consejeros.[138] Su forma de bailar es, sin duda, la misma que se describe para Diana cuando danzó a orillas del Eurotas.[139] La gran dama sigue dirigiendo la danza y es seguida por un tropel de muchachas que imitan sus pasos; y si ella canta, le hacen de coro. Las melodías son sumamente alegres y vivaces, aunque tienen toques maravillosamente suaves. Los pasos son variados, obedecen al placer de aquella que conduce la danza, siempre siguiendo el ritmo, y son infinitamente más agradables que cualquiera de nuestras danzas, al menos en mi opinión. A veces formo parte del cortejo pero no soy lo bastante habilidosa como para ponerme al frente. Son éstas danzas griegas, siendo las turcas muy diferentes.

Debí haber mencionado en primer lugar que las costumbres orientales arrojan mucha luz sobre muchos pasajes de las escrituras que a nosotros nos resultan extraños, pues sus frases recuerdan lo

que comúnmente llamaríamos el lenguaje de las escrituras. El turco vulgar difiere mucho del que se habla en la corte o entre las personalidades de alto rango, que siempre mezclan tanto árabe y persa en sus conversaciones que, con toda propiedad podría hablarse de otra lengua distinta. Y resulta tan ridículo utilizar las expresiones comúnmente empleadas al hablar con un gran hombre o una dama, como lo sería hablar en la lengua llana de Yorkshire o Somersetshire en los salones. Además de esta distinción tienen lo que llaman el “sublime”, es decir, un estilo propio para la poesía, que responde al estilo de las escrituras. Creo que le agradecería ver un ejemplo genuino de lo que le expongo, y me siento muy dichosa de disponer de uno que satisfaga su curiosidad; le envío una copia fiel de los versos que Ibrahim Bajá, el favorito reinante, ha escrito para la joven princesa, su prometida, a quien no le está permitido visitar más que en presencia de testigos, aunque ella haya ido a residir a casa de él. Se trata de un hombre ingenioso y erudito, y esté o no capacitado para escribir buenos versos, puede usted tener la certeza de que, en semejante ocasión, no querría la ayuda del mejor de los poetas del imperio. Por tanto, los versos pueden ser considerados como ejemplo de lo mejor de su poesía, y no dudo de que convendrá usted conmigo en que guardan una maravillosa semejanza con el Cantar de los Cantares de Salomón,[140] compuesto también en honor de una novia real.

Versos turcos dirigidos a la Sultana, hija mayor del Sultán Ahmet III[141]

Estrofa I

El ruiseñor vaga ahora entre las vides;
Buscar rosas es su pasión.
Hacia allí fui para admirar la belleza de las vides;
la dulzura de tus encantos ha cautivado mi alma.
Tus ojos son negros y preciosos,
pero agrestes y desdeñosos como los de una cierva.

Estrofa II

La ansiada posesión se demora día tras día;
El cruel sultán Ahmet me prohíbe contemplar esas mejillas,
más rojas que las rosas.
No me atrevo a robar uno de tus besos;
la dulzura de tus encantos ha cautivado mi alma.
Tus ojos son negros y preciosos,
pero agrestes y desdeñosos como los de una cierva.

Estrofa III

El desdichado Bajá Ibrahim suspira en estos versos;
un dardo de tus ojos ha traspasado mi corazón.
¡Ay! ¿cuándo llegará la hora de la posesión?
¿Cuánto más se prolongará la espera?
La dulzura de tus encantos ha cautivado mi alma.
¡Ay, Sultana! ¡Ojos de cierva, ángel entre ángeles!
Yo deseo y mi deseo permanece insatisfecho.
¿Te deleitas acaso atormentado mi corazón?

Estrofa IV

Mis lamentos se elevan al cielo,
Mis ojos dormir no pueden,
Vuelve hacia mí tu rostro, Sultana, deja que contemple tu belleza.
Adiós, a la tumba desciendo.
Una llamada tuya y regreso.
Mi corazón quema como el azufre; suspira, y será una llama.
¡Corona de mi vida! Clara luz de mis ojos, mi Sultana, mi princesa.
Restregó mi cara contra la tierra: ahogado estoy en candentes lágrimas, ¡desvarío!
¿Acaso no tienes compasión? ¿No te volverás para mirarme?

Puse todo mi esmero en conseguir estos versos en una traducción literal, y si conociera usted a mis intérpretes, me ahorraría el trabajo de asegurarle que no han recibido ningún toque poético de sus manos. En mi opinión, teniendo en cuenta las faltas inevitables de una traducción en prosa a una lengua tan distinta, hay en ellos mucha belleza. Aunque el sonido en inglés del epíteto ojos de cierva no resulte muy agradable, me complace inmensamente y es, creo yo, una imagen muy vivida del fuego y la indiferencia de los ojos de su amada. Monsieur Boileau[142] ha observado con razón que nunca debemos juzgar la elevación de una expresión en un autor antiguo por el sonido que nos transmite, pues aquellas que a ellos quizás resultaban infinitamente delicadas, a nosotros nos parecen toscas y ordinarias. Conoce usted a Homero tan bien que no habrá podido menos de observar esto mismo, y debe usted tener la misma indulgencia hacia toda la poesía oriental. Las repeticiones al final de las dos primeras estrofas están puestas a manera de coro y son muy acordes con la forma antigua de escribir. La música de los versos cambia aparentemente en la tercera estrofa, donde la carga se ve alterada, y creo que él se muestra ingeniosamente más apasionado hacia el final, pues es natural que las personas se entusiasmen con su propio discurso, sobre todo cuando hablan de un asunto que las preocupa profundamente; el efecto es mucho más conmovedor que nuestra costumbre moderna de concluir un canto apasionado con un giro que nada tiene que ver con él. El primer verso es una

descripción de la estación del año; los campos están ahora llenos de ruiseñores, cuyo amor por las rosas es una de las fábulas árabes,[143] tan conocidas aquí como cualquier pasaje de Ovidio entre nosotros, y es lo mismo que si un poema inglés comenzara diciendo: “Canta ahora Filomela”. ¿Qué ocurriría si lo convirtiese todo al estilo de la poesía inglesa para comprobar el efecto?

Estrofa I

Renueva ahora Filomela su tierno son,
entrégase toda la noche al placentero dolor;
en pos de su canto me interné en el bosque,
Y vi allí un rostro más hermoso que la primavera.
Tus grandes ojos de cierva, donde mil glorias juegan,
Brillantes, llenos de vida, pero tan salvajes como ellas.

Estrofa II

En vano me prometen tan codiciado premio,
¡Ay! ¡qué cruel el Sultán que así mi dicha demora!
Cual daga traspasan tus encantos mi apasionado corazón,
No me atrevo a robarte un beso para aliviar mi ardor,
Esos ojos de, etcétera

Estrofa III

Estos versos son de tu desdichado la queja,
su torturante dolor nace de tus bellezas.
¿Cuándo llegará la hora de la tan ansiada dicha?
¿Será larga la espera? ¿Podré esperar y seguir vivo?
¡Ay! ¡Resplandeciente Sultana! ¡Doncella divina!
¿No ves, ingrata, que el dolor me consume?

Estrofa IV

El cielo se apiada y escucha mis ayes,
Huyo de la luz y el sueño abandona mis ojos;
Vuélvete, Sultana, o tu amante muere.

Me abandono en la tierra y suspiro el último adiós,
Un llamado tuyo, mi diosa, y vuelvo a la vida.
¡Mi reina! ¡Mi ángel! Deseo de mi corazón,
Desvarío, en mi pecho arde un fuego divino,
Apiádate de la pasión que tus encantos inspiran.[144]

En el segundo verso me he tomado la libertad de seguir lo que supongo es el verdadero sentido del autor, si bien no está expresado literalmente. Al decir que hacia allí fue para admirar la belleza de las vides y que la dulzura de sus encantos ha cautivado su alma, interpreto que se trata de una ficción poética que refleja el primer momento en que la vio en un jardín, donde él estaba admirando la belleza de la primavera; mas me fue imposible no mantener la comparación de sus ojos con los de una cierva, aunque lo novedoso de la imagen pueda darle un sonido burlesco en nuestra lengua. No consigo determinar cuán lograda es, en su conjunto, mi traducción, ni creo que nuestra lengua inglesa sea la adecuada para expresar pasiones tan violentas, rara vez sentidas entre nosotros; también nos faltan esas palabras compuestas, tan frecuentes y fuertes, en la lengua turca.

Como verá, estoy muy adelantada en mis conocimientos de oriente, y a decir verdad, estudio con mucha dedicación. Deseo que mis estudios me den ocasión de satisfacer su curiosidad, la mayor de las ventajas que de ellos puedo yo esperar... etcétera.

Carta XXXII

A Sara Chiswell,

Adrianópolis, 1 de abril de 1718

En mi opinión, mi querida Sara, debería reprenderla por no contestar a la carta que en agosto le envié desde Nimega hasta el mes de diciembre, en lugar de disculparme por no volver a escribirle hasta hoy. Estoy segura de que tengo de mi parte una buena excusa para mi silencio, habiendo soportado viajes por tierra muy agotadores, si bien no considero su conclusión tan mal como parece usted imaginar. Estoy muy cómoda aquí y no en la soledad que usted se figura. El número bastantemente copioso de griegos, franceses, ingleses e italianos que se encuentran bajo nuestra protección, hace que me rindan homenaje de la mañana a la noche, y le aseguro que muchas de ellas son damas muy finas, pues no hay posibilidad de que bajo este gobierno los cristianos tengan una vida fácil a menos que se pongan bajo la protección de un embajador y, cuanto más ricos son, mayor es el peligro.

A decir verdad, las horribles historias que ha oído sobre la pestilencia tienen muy poco fundamento. He de reconocer que mi trabajo me cuesta aceptar el sonido de una palabra que siempre me ha inspirado ideas tremendísimas, aunque estoy convencida de que hay en ella poco más que en una fiebre, en prueba de lo cual hemos pasado por dos o tres ciudades donde la enfermedad había hecho estragos. En una de las casas contiguas a la que ocupábamos murieron dos personas de ese mal. Afortunadamente para mí, me engañaron tan bien que no me enteré del asunto y me hicieron creer que nuestro segundo cocinero, que enfermó allí, sólo tenía un fuerte resfriado. No obstante, dejamos a nuestro médico para que se ocupara de él; los dos llegaron ayer aquí, con buena salud, y ahora me confiaron el secreto de que ha padecido la peste. Son muchos quienes escapan a ella y el aire nunca se infecta. Estoy convencida de que sería tan fácil erradicarla de aquí como lo fue en Italia y Francia, mas son tan pocos los inconvenientes que causa que no se muestran muy solícitos en ello, y se contentan con padecer esta indisposición, en lugar de nuestra variedad, a la que son completamente ajenos.

Y hablando de indisposiciones voy a contarle algo que estoy segura la hará desear encontrarse aquí. La viruela, tan fatal y generalizada entre nosotros, es aquí por completo inocua gracias a la invención del injerto, que es el término con que lo nombran. Hay un grupo de ancianas que se ocupan de hacer la operación. Cada otoño, en el mes de septiembre, cuando disminuyen los grandes calores, la gente trata de enterarse si alguien de su familia tiene la intención de enfermar de viruela. Forman grupos con ese fin y cuando por fin están organizados —en general, de quince a dieciséis personas—, viene la anciana con una cáscara de nuez llena de pus de la mejor viruela y entonces pregunta a la gente qué venas desean que les abra. De inmediato, abre aquella que le es ofrecida con una aguja enorme —no produce más dolor que un simple rasguño— e introduce en la vena tanto veneno como cabe en la punta de su aguja y después vencia la pequeña herida con una cáscara hueca y, de esta manera, abre cuatro o cinco venas. Los griegos tienen la superstición de abrir una en plena frente, en cada brazo y en el pecho para marcar la señal de la cruz, lo cual tiene un efecto malísimo, pues estas heridas dejan pequeñas cicatrices, cosa que no hacen quienes no son supersticiosos, quienes eligen

hacérselas en las piernas o en aquellas partes de los brazos que permanecen ocultas. Los niños o los pacientes jóvenes juegan juntos el resto del día y gozan de perfecta salud hasta el octavo. Entonces comienza la fiebre que los obliga a permanecer en cama dos días, muy pocas veces hasta tres. Muy rara vez les salen más de veinte o treinta en la cara, que nunca dejan marcas, y al cabo de ocho días están tan bien como antes de caer enfermos. Allí donde recibieron la herida aparecen unas pústulas durante la indisposición que, no me cabe duda, le sirven de alivio. Todos los años son miles quienes se someten a esta operación y el embajador francés dice con simpatía que aquí se toman la viruela como una diversión, igual que en otros países se toman las aguas. No hay ejemplo de nadie que haya muerto por ello, y puede creerme que estoy convencida de la seguridad del experimento, tanto que pienso probarlo con mi hijito. Soy lo bastante patriota como para tomarme la molestia de llevar esta útil invención a Inglaterra y tratar de imponerla y no dejaría de escribirles a algunos de nuestros médicos recomendándoles el método si supiera que alguno de ellos será lo bastante virtuoso como para destruir una porción tan considerable de sus ingresos por el bien de la humanidad. Esa indisposición les resulta, sin embargo, demasiado beneficiosa como para no exponer al hombre fuerte que se empeñara en ponerle fin al resentimiento de todos ellos. Quizás, si vivo para regresar, tenga el valor de batallar con ellos. Aproveche esta ocasión para admirar el heroísmo del corazón de su amiga, etcétera.

Carta XXXIII

A Anna Thislethwayte,

Adrianópolis, 1 de abril de 1718

Puedo decirle a mi apreciada señora Thistlethwayte que he llegado sana y salva al final de mi largo viaje. No la importunaré con la descripción de las muchas fatigas por las cuales he pasado. Preferirá saber algo de lo que aquí veo y, una carta desde Turquía que no contenga nada extraordinario sería una decepción tan grande como la que recibirán mis visitas en Londres si regreso sin llevar conmigo alguna que mostrarles. ¿De qué podría hablarle? En su vida ha visto usted camellos, tal vez su descripción le parezca nueva. Puedo asegurarle que la primer vez que los vi, así me lo parecieron y, si bien he visto cientos de cuadros de estos animales, ninguno se le parecía lo bastante como para formarme una idea de ellos. Me dispongo a hacer una observación osada, puede incluso que falsa, porque nadie antes que yo la hizo nunca, pero considero que pertenecen a la especie de los venados; sus patas, cuerpos y cuellos tienen la misma forma y el color es casi el mismo. Es cierto que son mucho más grandes, siendo más altos que un caballo, y tan veloces que, después de la derrota de Petrovaradin, superaron con mucho a los caballos más veloces y llevaron las primeras noticias de la pérdida de la batalla a Belgrado. Nunca están del todo domados; los camelleros procuran atarlos unos a otros con gruesas cuerdas, hasta cincuenta juntos, conducidos por un asno en el que va el camellero. En una caravana he llegándose a ver hasta trescientos. Llevan un tercio más de peso que los caballos, pero la joroba que tienen en el lomo convierte en arte el cargarlos. A mí me parecen unas criaturas feísimas, sus cabezas están mal formadas y son desproporcionadas en comparación con el cuerpo. Llevan todo tipo de carga y la bestia destinada al arado es el búfalo, un animal con el que tampoco está usted familiarizada.

Son más grandes y más torpes que los bueyes. Tienen cuernos cortos y negros cerca de la cabeza, y les crecen vueltos hacia arriba. Dicen que se ven muy hermosos cuando están pulidos. Son todos negros, con el pelo muy corto y tienen unos ojos blancos pequeñísimos que les dan aspecto de diablos. A modo de ornamento, los campesinos les tiñen de rojo las colas y el pelo de la frente. En estas tierras, los caballos no sirven para realizar tareas laboriosas ni son aptos para ello. Son hermosos y están llenos de bríos, pero en general, se trata de animales de talla pequeña y no son lo bastante fuertes como las razas de países más fríos; sin embargo, a pesar de su vivacidad son muy dóciles, rápidos y de pisada firme. Poseo uno blanco, pequeñito, del que no me separaría por todo el oro del mundo. Cuando lo monto, brinca con tanto entusiasmo que se diría que me sobra valentía para cabalgar en él. No obstante, puedo asegurarle que en mi vida había montado corcel más obediente. Mi silla de mujer es la primera que se ha visto en esta parte del mundo y todos la miran con el mismo asombro que despertaron las carabelas de Colón en América. Hay aquí algunos pájaros por los que manifiestan una especie de reverencia religiosa y, por ese motivo, se multiplican vigorosamente, las tórtolas, por su inocencia y las cigüeñas porque se supone que todos los inviernos peregrinan a la Meca. A decir verdad son las súbditas más felices del gobierno turco, y tan seguras están de sus privilegios que caminan por las calles sin temor y suelen construir sus nidos en las partes bajas de las casas. Quienes reciben tal distinción gozan de felicidad. El pueblo llano de Turquía está convencido de que ese año no serán atacados ni por los incendios ni por la pestilencia. Tengo la

dicha de contar con uno de sus nidos sagrados debajo de la ventana de mis aposentos.

Ahora que hablo de mis aposentos, recuerdo que la descripción de las casas de aquí le será tan nueva como la de cualquier pájaro o bestia. Me figuro que habrá leído en la mayor parte de los relatos sobre Turquía que sus casas se encuentran entre los edificios de peor construcción del mundo. Estoy en disposición de hablar del asunto con conocimiento de causa, pues he visitado muchas y puedo asegurarle que nada hay más alejado de la verdad. Nos alojamos ahora en un palacio de propiedad del Gran Señor. Creo que la forma de construir aquí es muy agradable y adecuada para el país. Es cierto, no se muestran nada solícitos en embellecer los exteriores de sus casas, generalmente contruidos en madera, algo que, a mi modo de ver, es causa de muchos inconvenientes, pero no debe achacarse al mal gusto de las gentes, sino a la opresión del gobierno. Al morir el propietario, todas las casas pasan a disposición del Gran Señor, por lo tanto, nadie se preocupa por incurrir en grandes gastos ya que no tienen la certeza de que beneficiarán con ello a sus familias. Todo su propósito es construir casas espaciosas, que duren mientras vivan, y se muestran muy indiferentes si éstas se derrumban al año siguiente. Todas las casas, grandes y pequeñas, se dividen en dos partes definidas, unidas únicamente por un estrecho corredor. La primera casa tiene un amplio patio al frente y galerías abiertas todo alrededor, algo que me parece muy agradable. Esta galería conduce a todos los aposentos, mayormente amplios, con dos filas de ventanas, la primera de ellas de vidrio coloreado. Rara vez construyen a una altura superior a las dos plantas, cada una de las cuales tiene las galerías citadas. Las escalinatas son anchas y no superan los treinta escalones. Esta es la casa que pertenece al señor, y la adyacente se llama *harem*, es decir, la casa de las damas —pues serrallo es el nombre que recibe el del Gran Señor. También está rodeada de una galería que va al jardín y a la que dan todas las ventanas, y consta del mismo número de aposentos que la otra, pero más alegres y espléndidos, tanto por la pintura como por los muebles. La segunda fila de ventanas es muy baja, con celosías, como las de los conventos.

Las habitaciones, elevadas unos dos pies en uno de sus extremos, están cubiertas de alfombras persas —la mía está elevada en ambos extremos—. Se trata del sofá, cubierto por una alfombra más rica y todo alrededor hay una especie de diván de un pie de altura, tapizado de rica seda, según la fantasía o la opulencia del propietario. El mío es de tela roja con flecos dorados. Todo alrededor, de pie contra la pared, hay dos filas de cojines, la primera formada con los más grandes y la siguiente con otros más pequeños, donde los turcos exhiben toda su magnificencia. En general son de brocados o llevan bordados de hilo de oro sobre satén. Nacía puede parecer más alegre y espléndido. Estos asientos son tan adecuados y cómodos que creo que jamás, mientras viva, volveré a soportar las sillas. Las estancias son bajas, lo cual no considero sea inconveniente, el techo es siempre de madera taraceada o pintada y dorada. No utilizan colgaduras, las estancias están todas recubiertas de paneles de cedro realzados con clavos de plata o flores pintadas, abiertos en muchos lugares con puertas plegables para servir de armarios, más apropiados, creo yo, que los nuestros. Entre las ventanas hay pequeños arcos donde se colocan frascos de perfume o cestas de flores. Pero lo que más me agrada es la costumbre de disponer en la parte baja de la estancia fuentes de mármol, con varios chorros de agua que le dan al mismo tiempo un agradable frescor y una grata musicalidad al caer de una pila a otra. Algunas de estas fuentes son espléndidas. Todas las casas tienen un baño [turco], que en general consta de dos o tres habitaciones pequeñas, con vidrio emplomado en el techo, el suelo es de mármol y en él hay pilas, llaves de paso para el agua y todo tipo de comodidades para los baños calientes o fríos.

Quizás le sorprenda recibir esta descripción tan distinta de otras con las cuales la han entretenido

los escritores corrientes de viajes, a quienes les encanta hablar de lo que no saben. Sólo por motivos muy especiales o en alguna ocasión extraordinaria tienen los cristianos la posibilidad de ser admitidos en la casa de un hombre de alcurnia, y sus harenes son siempre terreno prohibido. De modo que sólo pueden hablar de la parte externa, que no ofrece un aspecto grandioso, y los aposentos de las mujeres siempre se construyen en la parte trasera, alejada de la vista, y no dan más que a los jardines, que están encerrados por muros muy altos. En ellos no encontramos nuestros parterres, sino que hay plantados árboles altos que dan una sombra agradable y, a mi modo de ver, una vista grata. En el centro del jardín se alza el quiosco, es decir, una habitación amplia, normalmente embellecida con una fina fuente en medio. Está situado a nueve o diez escalones de altura y cerrado con celosías doradas alrededor de las cuales se entrelazan vides, jazmines y madreselvas formando una especie de muro verde. Plantan árboles frondosos alrededor de este lugar, que es la escena del mayor de sus placeres, y donde las damas pasan la mayoría de su tiempo, dedicadas a la música o al bordado. En los jardines públicos hay quioscos públicos a los cuales acude la gente que en sus casas no está tan acomodada, y allí beben café, sorbetes, etcétera. Tampoco desconocen una forma más duradera de construir. Sus mezquitas son todas de piedra franca, y los *janes*[145] o posadas públicas, magníficas en grado sumo, muchas de ellas ocupan una amplia plaza en cuyo derredor construyen tiendas bajo arcos de piedra, donde se alojan gratis los artífices pobres. Siempre hay una mezquita cerca de ellos, y el cuerpo del *jân* es un vestíbulo en extremo noble, capaz de albergar trescientas o cuatrocientas personas; el patio es muy espacioso y los claustros, distribuidos alrededor, le dan un aire similar al de nuestras universidades. He de reconocer que pienso que estas fundaciones son una muestra más razonable de caridad que la de los conventos. Creo que por esta vez le he contado suficiente. Si no le agrada mi selección de asuntos, dígame sobre qué le gustaría que le escribiese. Mi querida señora Thistlethwayte, no hay nadie más deseosa de entretenerla que... etcétera.

Carta XXXIV

A lady Mar,

Adrianópolis, 18 de abril de 1718

Mi querida hermana, te escribí a ti y a todos mis otros corresponsales ingleses, y mis cartas partieron con el último barco, pero sólo el cielo sabe cuándo tendré otra oportunidad de hacerte llegar noticias mías; no obstante, no puedo abstenerme de escribir aunque quizás mi carta permanezca en mis manos dos meses más. A decir verdad, mi cabeza se llenó ayer de tantos festejos que, para mi propio bien, me es absolutamente indispensable darle rienda suelta. Sin más preámbulos, iniciaré mi historia.

Me invitaron a cenar en casa de la esposa del Gran Visir,[146] y fue con gran placer que me preparé para una ceremonia jamás ofrecida a ninguna cristiana. Pensé que iba yo a satisfacer muy poco la curiosidad de esta señora, pues no me cabía duda de que la invitación se debía a su curiosidad, si iba ataviada con un traje que ella hubiese visto ya, por tanto, me vestí siguiendo la costumbre de la corte de Viena, mucho más suntuosa que la nuestra. Sin embargo, decidí ir de incógnito para evitar cualquier disputa sobre el ceremonial, y fui en un carruaje turco, asistida únicamente por mi doncella, que me llevó la cola, y la dama griega que me hacía de intérprete. Fui recibida en la puerta del patio por su eunuco negro, quien me ayudó a descender del carruaje con un gran respeto, y me condujo a través de varias estancias, donde las esclavas de la señora, ricamente ataviadas, formaban fila a ambos lados. En el lugar más recóndito, encontré a la dama sentada en su sofá, con un chaleco de marta cibelina. Se acercó para recibirme y, con gran educación, me presentó a media decena de sus amigas. Parecía una muy buena mujer, de unos cincuenta años. Me sorprendió observar tan poca opulencia en su casa, siendo todos los muebles muy moderados y, a excepción de los trajes y el número de esclavas, nada en su persona tenía aspecto de caro. Me adivinó el pensamiento y me dijo que ya no tenía edad para malgastar su tiempo ni su dinero en superfluidades, que todos sus gastos iban destinados a obras de bien y toda su actividad giraba en torno a rezarle a Dios. No había afectación en sus palabras; tanto ella como su esposo están totalmente dedicados a la devoción. Él jamás mira a ninguna otra mujer y, lo que es más extraordinario, no acepta sobornos, a pesar del ejemplo de todos sus predecesores. Tan escrupuloso es en este punto, que no quiso aceptar el regalo del señor Wortley hasta que le hubo asegurado una y otra vez que era un requisito preestablecido de su cargo y algo que acostumbran hacer todos los embajadores al presentarse.

Ella me entretuvo con todo tipo de cortesías hasta que trajeron la cena, que sirvieron, un plato a la vez hasta completar un gran número de ellos, todos preparados a su estilo, que no me pareció tan malo como habrás oído describir. Me considero buena juez de sus comidas después de vivir tres semanas en casa de un efendi[147] de Belgrado, quien nos ofrecía unas opíparas cenas, preparadas por sus propios cocineros, las cuales, en la primera semana me complacieron en grado sumo pero, debo reconocer que luego empecé a cansarme de ellas y a desear que nuestro propio cocinero pudiese añadir uno o dos platos guisados a nuestro estilo. Aunque atribuyo esto a la costumbre. Me inclino a creer que un indio que tampoco las hubiese probado jamás, preferiría su propia cocina a la nuestra. Sus salsas son muy sazonadas, tocios los asados muy hechos. Utilizan gran cantidad de ricas

especias. La sopa se sirve como último plato y tienen una variedad de ragús por lo menos tan grande como la nuestra. Lamenté mucho no poder comer tanto como la dama deseaba hacerme probar, y debo decir que puso mucho cuidado en servirme de todo. El convite concluyó con café y perfumes, que es gran muestra de respeto; dos esclavas se arrodillaron y me rociaron el pelo, las ropas y el pañuelo. Concluida esta ceremonia, ordenó a sus esclavas que tocaran y bailaran, cosa que hicieron con sus guitarras en la mano y la dama se excusó por su falta de habilidad, diciendo que no se cuidaba de que mejoraran en ese arte. Retribuí sus agradecimientos y, poco después, me retiré.

Fui conducida de vuelta del mismo modo en que había entrado y me habría marchado directamente a mi casa de no ser porque la señora griega que me acompañaba me pidió encarecidamente que visitase a la esposa del *Kâhya*, diciéndome que él era el segundo funcionario del imperio y que debía ser considerado como el primero, pues el Gran Visir sólo tenía el título, mientras que este otro ejercía la autoridad. Había encontrado tan poca diversión en ese *harem* que no tenía intenciones de meterme en otro. Mas su importunidad me convenció y me alegro mucho de haberla complacido. Allí las cosas tenían un aire muy distinto al que tenían en la morada del Gran Visir, incluso la misma casa hablaba de la diferencia entre una vieja devota y una joven belleza. Era muy limpia y magnífica. Fui recibida en la puerta por dos eunucos negros que me condujeron por una larga galería entre dos filas de hermosas muchachas, con el cabello finamente trenzado que les llegaba casi hasta los pies, todas vestidas con damascos delicados y ligeros, adornados con brocados de plata. Lamento que la decencia no me permitiera detenerme para observarlas más de cerca. Mas ese pensamiento quedó olvidado cuando entré en una estancia amplia, o mejor dicho, un pabellón redondo en su mayoría construido con marcos dorados, y los árboles plantados cerca de ellos daban una sombra agradable que impedía que el sol molestase, los jazmines y las madreselvas enroscados a sus troncos despedían un suave perfume, aumentado por el dulce jugueteo del agua de una fuente de mármol blanco, situada en la parte baja de la estancia, que caía en tres o cuatro pilas con un grato sonido. En el techo había todo tipo de flores pintadas, salían de cestas doradas que parecían derramarse hacia el suelo.

En un sofá elevado tres escalones y cubierto con finas alfombras persas, estaba sentada la esposa del *Kâhya*, reclinada sobre cojines de satén blanco, bordados; a sus pies estaban dos jóvenes muchachas, la mayor de ellas de unos doce años, hermosas como ángeles, con trajes de gran riqueza y cubiertas casi por completo de joyas. Aunque estando junto a la hermosa Fátima —así se llama—, apenas se las veía, de tanto que eclipsaba su belleza cuanto he visto y que ha sido considerado hermoso ya sea en Inglaterra como en Alemania; debo reconocer que jamás había contemplado nada de una hermosura tan gloriosa, tampoco logro recordar ninguna cara de cuantas la rodeaban en la cual pudiera reparar. Se puso en pie para recibirme, me saludó siguiendo su costumbre, es decir, llevando la mano al corazón con una dulzura llena de una majestuosidad que en ninguna corte se ha enseñado jamás. Ordenó que me trajesen cojines y se ocupó de colocarme en el rincón, que es el lugar de honor. Confieso que, aunque la dama griega me había expresado ya una opinión muy favorable de su belleza, quedé tan admirada que durante unos momentos no pude hablarle de tan ocupada que estaba en mirarla. ¡Qué sorprendente armonía en las facciones! ¡Qué encantador resultado del conjunto! ¡Qué cuerpo más proporcionado! ¡Qué cutis de flor, jamás mancillado por el arte! ¡Qué inefable el encanto de su sonrisa! ¡Y sus ojos! Grandes y oscuros, con toda la ternura y suavidad del azul. Cada vez que volvía la cara, descubría un nuevo encanto. Superada mi primera sorpresa, me dediqué, examinando detenidamente su semblante, a encontrar alguna imperfección, sin que diera frutos mi búsqueda, más que el dejarme plenamente convencida del error de esa vulgar idea, el que un rostro

perfectamente regular no fuese agradable, pues la naturaleza hizo por ella con más éxito lo que se dice que intentó Apeles,[148] formar una cara perfecta reuniendo una colección de las facciones más perfectas. A todo ello debe añadirse un comportamiento tan lleno de gracia y dulzura, y una facilidad tal de movimientos, con un aire tan majestuoso, si bien libre de rigidez o afectación, que estoy persuadida de que, si se la pudiera transportar al trono más cortés de Europa, todos la considerarían nacida y criada para ser reina, a pesar de haberse educado en un país al que nosotros llamamos bárbaro. En pocas palabras, la más célebre de nuestras bellezas se desvanecería a su lado.

Vestía un caftán de brocado de oro, con flores de plata, adaptado a su figura, que permitía realzar la belleza de su pecho, apenas velado por la fina gasa de su enagua. Los calzones eran de color rosa pálido, el chaleco verde y plateado, las zapatillas blancas, finamente bordadas, los hermosos brazos adornados con brazaletes de diamantes y el ancho cinturón todo engarzado de diamantes; en la cabeza llevaba un delicado pañuelo turco en tonos rosados y plata, la larga cabellera asomaba por debajo recogida en varias trenzas, y a un lado de la cabeza llevaba varios broches de joyas. Temo que me acuses de extravagante por esta descripción. Creo haber leído en alguna parte que las mujeres siempre son presa del arrobamiento cuando hablan de belleza, pero no logro imaginar por qué no debería ocurrir así. Más bien considero una virtud el ser capaces de admiración sin asomo de deseo o envidia. Los escritores más serios han hablado con gran calidez de ciertos cuadros y estatuas famosos. Las obras del Eterno superan, sin duda, nuestras pobres imitaciones, y considero que son más merecedoras de nuestras alabanzas. Por mi parte, no me avergüenza reconocer que obtuve más placer contemplando a la bella Fátima que la más fina pieza de escultura que hubiesen podido mostrarme. Me contó que las dos niñas sentadas a sus pies eran sus hijas, si bien ella parecía demasiado joven para ser su madre.

Sus bonitas doncellas, que en número de veinte formaban fila debajo del sofá, me trajeron a la mente los cuadros de las antiguas ninfas. Creo que la naturaleza jamás ha ofrecido una escena de tanta belleza. Les hizo una señal para que tocaran y bailaran. Cuatro de ellas comenzaron de inmediato a interpretar suaves aires en sus instrumentos, mezcla de laúd y guitarra, que acompañaban con sus voces, mientras las otras bailaban por turnos. La danza era muy distinta de cuanto había visto antes. Nada podía ser más ingenioso y más adecuado para sugerir ciertas ideas; las melodías eran tan suaves, los movimientos tan lánguidos, acompañados de pausas y caídas de ojos, medio se caían y luego se recuperaban con tanta gracia que tengo la certeza de que el más frío y rígido de los mojigatos de la tierra no podría haberlas mirado sin pensar en algo de lo cual no puede hablarse. Imagino que habrás leído que los turcos tienen una música que ofende los oídos, pero esta opinión proviene de aquellos que sólo han escuchado la que se toca en las calles, juicio tan razonable como el que pudiera emitir un forastero si se formara una idea de la música inglesa a través de la gaita de Flandes o de los rascadores. Puedo asegurarte de que la música es sumamente conmovedora; es cierto que mis preferencias se inclinan por la italiana, pero quizás sea parcial. Conozco a una dama griega que canta mejor que la señora Robinson[149] y es muy experta en ambas, pero da preferencia a la turca. Sin duda poseen voces naturales muy finas; éstas eran muy agradables.

Cuando terminó la danza, cuatro bellas esclavas entraron en la estancia portando incensarios de plata y perfumaron el aire con ámbar, madera de áloe y otros perfumes. Después se arrodillaron y me sirvieron café en finísima porcelana, con *soucups*[150] de plata dorada. La hermosa Fátima me entretuvo todo el tiempo, de la forma más agradable y amable, llamándome a menudo *uzelle sultanam* [= *güzel sultanam*], es decir, hermosa Sultana, y deseando mi amistad con la mejor gracia del mundo, lamentándose de que no pudiera dirigirse a mí en mi propia lengua.

Cuando me retiré, dos doncellas trajeron una delicada cesta de plata con pañuelos bordados. Me rogó que le hiciera el favor de lucir uno suntuosísimo y le dio los otros a mi acompañante e intérprete. Al retirarme repetimos el mismo ceremonial anterior y, por un momento, no pude más que imaginar que había pasado unas horas en el paraíso de Mahoma, tan encantada había quedado de cuanto había presenciado. No sé cómo te parecerá a ti el relato de mi experiencia. Ojalá te transmita parte del placer que sentí, pues es mi deseo que mi querida hermana comparta todas las diversiones de... etcétera.

Carta XXXV

Al abad Conti,

Adrianópolis, 17 de mayo de 1718

Me dispongo a abandonar Adrianópolis y no lo haría sin antes ofrecerle una relación de cuanto de curioso hay en ella, y que me he esmerado mucho en ver. No voy a importunarle con sabias disertaciones sobre si esta es o no la misma ciudad antiguamente llamada Orestesit u Oreste, cosa que sabe usted mejor que yo. Recibe su nombre del emperador Adriano,[151] primera sede europea del imperio turco, y residencia favorita de muchos sultanes. Mehmet IV padre y Mustafá,[152] hermano del emperador reinante, amaban tanto esta ciudad que abandonaron por completo Constantinopla; el humor de estos emperadores exasperaba en grado sumo a los jenízaros al punto de constituir motivo importante de las rebeliones que los depusieron. Sin embargo, parece que a este hombre le encanta mantener aquí su corte. Soy incapaz de encontrarle un motivo a su parcialidad. Cierto es que su situación es buena y el paisaje que la rodea, muy hermoso, pero el aire es malísimo y el serrallo mismo no está libre de sus efectos negativos. Se dice que la ciudad mide ocho millas a la redonda; me figuro que cuentan también los jardines. En ella hay algunas casas buenas, me refiero a que son amplias, pues la arquitectura de sus palacios jamás ofrece grandes ostentaciones. Ahora está llena de gente, pero en su mayor parte se trata de quienes siguen a la corte o al campamento y, una vez hayan sido trasladados, me dicen que no es una ciudad populosa. El río Maritsa —antiguamente denominado Hebrus— sobre la que está situada se seca todos los veranos, lo cual contribuye enormemente a hacerla malsana. Ahora es un arroyo agradabilísimo. Sobre él han construido dos nobles puentes. Tuve la curiosidad de ir a ver la Lonja con mi traje turco, que es disfraz suficiente, sin embargo, debo reconocer que no me sentí muy cómoda cuando la vi atestada de jenízaros; no obstante, no se atreven a mostrarse irrespetuosos con una mujer y me cedieron el paso con tanto respeto como si hubiese ido vestida con mi atuendo habitual. Mide media milla de largo, el tejado es en forma de arco y la mantienen muy limpia. Alberga 365 tiendas surtidas con todo tipo de ricas mercancías, expuestas para la venta de la misma manera que hacen en la New Exchange de Londres, pero el suelo lo mantienen aquí mucho más limpio y las tiendas son todas tan pulcras que parecen recién pintadas. Personas ociosas de todo tipo se pasean aquí para su diversión o se entretienen bebiendo café o sorbetes, ofrecidos a gritos como las naranjas y los dulces en nuestros teatros.

He observado que la mayoría de los tenderos son judíos. Es un pueblo que en este país goza de increíble poder. Tienen muchos privilegios en comparación con los turcos naturales y han formado aquí una comunidad considerable; son juzgados según sus propias leyes y han tomado las riendas de todo el comercio del imperio, en parte por la firme unión que existe entre ellos y en parte porque se imponen al carácter ocioso y a la falta de laboriosidad de los turcos. Todos los bajás tienen su judío que es su *homme d'affaires*. [153] Conoce todos sus secretos y lleva todos sus negocios. No hay trato, negociación de soborno o disposición de mercancía que no pase por sus manos. Son los médicos, los ayuda de cámara y los intérpretes de todos los grandes señores. Podrá usted juzgar lo ventajoso que esto le resulta a un pueblo que jamás deja de usar ventaja alguna, por pequeñísima que ésta sea. Han encontrado el secreto de hacerse tan necesarios que tienen asegurada la protección de la corte, sea

cual sea el ministro que ocupe el poder. Incluso los mercaderes ingleses, franceses e italianos, sensatos en sus oficios, se ven, sin embargo, obligados a confiar sus asuntos a su negociación, no hay parte del comercio que no se haga sin su intervención, e incluso el de menor rango entre ellos es demasiado importante como para ser desairado, pues su comunidad toda se hace cargo de sus intereses con el mismo vigor que se ocuparía de los del más considerable de sus miembros. Muchos de ellos son inmensamente ricos, pero se cuidan de hacer ostentaciones en público, aunque viven en casas de una magnificencia y un lujo extremos. Tan extenso asunto me ha apartado de mi descripción de la lonja fundada por Alí Bajá, cuyo nombre lleva.[154] Cerca de ella está la calle Shershi — *Çarsi*—, de una milla de largo, llena de tiendas y de todo tipo de fina mercancía pero carísima, pues nada está hecho aquí. En lo alto está cubierta de tablas para resguardarla de la lluvia, de modo tal que los mercaderes puedan reunirse convenientemente en todo tipo de climas. Muy cerca se encuentra la *Bisisten* [= *bedesten*], otra lonja construida sobre pilares, donde se vende toda suerte de arreos para los caballos; sus oros, sus ricos bordados y sus joyas brillan por doquier y ofrecen un agradable espectáculo.

Desde este lugar fui con mi carruaje turco hasta el campamento, que dentro de unos días se trasladará a las fronteras. El Sultán ya se ha retirado a sus tiendas así como toda su corte. Su aspecto es en verdad espléndido. Las de los grandes señores se asemejan más a palacios que a tiendas, ocupan gran porción de terreno y están divididas en infinidad de estancias. Son todas verdes y los bajás de tres colas exhiben esas insignias de su poder en un lugar bien visible de sus tiendas, ornamentadas en lo alto con bolas doradas, más o menos de conformidad con sus distintos rangos. [155] Las damas van en sus carruajes a visitar este campamento con el mismo entusiasmo que las nuestras iban a ver el de Hyde Park,[156] pero es fácil observar que los soldados no inician la campaña con excesiva alegría. La guerra es motivo de queja generalizada entre el pueblo pero resulta particularmente dura para los mercaderes.

Ahora el Gran Señor ha resuelto dirigir su ejército en persona, cada compañía está obligada en esta ocasión a ofrecerle el mejor obsequio que puedan. Me tomé la molestia de levantarme a las seis de la mañana para presenciar la ceremonia que, sin embargo, no comenzó hasta las ocho. El Gran Señor se asomó a la ventana del serrallo para contemplar el desfile, que pasó por todas las calles principales. Al frente, montado en un camello ricamente engalanado, iba un efendi leyendo el Corán, finamente encuadernado, posado sobre un cojín. A su alrededor marchaba un grupo de niños vestidos de blanco, que cantaban versos del Corán, seguidos de un hombre ataviado con ramas verdes que representaba a un limpio campesino sembrando semillas. A continuación venían varios cosechadores con guirnaldas de mazorcas, tal como se representa a Ceres, con guadañas en la mano, en actitud de segar; luego vi una pequeña máquina tirada por bueyes, en la que transportaban un molino de viento y niños moliendo trigo, seguida de otra máquina tirada por búfalos, donde había un horno y dos niños más, uno ocupado en amasar el pan y el otro en sacarlo del horno. Los niños lanzaban tortitas a la multitud por ambos lados de la máquina e tras ellos continuaba un séquito de panaderos de a pie, formados de dos en dos, con sus mejores galas, portando en las cabezas tortas, hogazas, pastas y tartas de todo tipo; a continuación llegaron dos bufones o pantomimos con las caras y las ropas manchadas de harina, que divertían al populacho con sus tradicionales gestos. De igual forma seguían todas las compañías representando los oficios del imperio, los más nobles como los joyeros, merceros, etcétera, majestuosamente montados y muchos de los carros alegóricos representaban sus oficios con gran magnificencia, entre ellos, los peleteros hicieron una de las mejores figuras; llevaban una gran máquina adornada con las pieles de armiños, zorros, etcétera, tan bien disecadas

que los animales parecían vivos, seguidos de músicos y bailarines. Creo que en total habría por lo menos 20.000 hombres, todos dispuestos a seguir a su alteza si así lo ordenaba.

Cerraban la cola los voluntarios que venían a rogarle el honor de morir a su servicio. Esta parte del espectáculo me resultó tan bárbara que me aparté de la ventana en cuanto hizo su aparición. Iban todos con el torso desnudo, con los brazos atravesados de flechas, otros las llevaban en la cabeza, la sangre les goteaba por la cara y algunos se abrían los brazos con afilados cuchillos y al brotar la sangre manchaban a cuantos tenían a su alrededor, y a esto consideran una expresión de su afán de gloria. Me han contado que hay quienes recurren a este método para manifestar su amor y cuando están cerca de la ventana donde se asoma su amada, todas las mujeres de la ciudad asisten al espectáculo cubiertas con el velo, se clavan otra flecha en su honor, entonces la dama da alguna señal de aprobación y aliento a esta galantería. El desfile entero duró cerca de ocho horas, para gran pesar mío, que estaba cansadísima, a pesar de encontrarme en la casa de la viuda del capitán bajá [= *kapudan paça*] —almirante—, que me ofreció café, dulces, sorbete, etcétera con la mejor de las educaciones.

Dos días más tarde fui a ver la mezquita del Sultán Selim I,[157] edificio dignísimo de la curiosidad del viajero. Fui vestida con mi hábito turco y recibida sin escrúpulo, aunque creo que adivinaron quién era por la obsequiosidad del guardián de la puerta en mostrarme todos sus rincones. Está situada muy ventajosamente en medio de la ciudad, en el lugar más alto, y ofrece un noble espectáculo. El primer patio dispone de cuatro puertas y el más interior, de tres. Ambos están rodeados de claustros con columnas jónicas de mármol, finamente pulidas y de muy vivos colores; todo el suelo es de mármol blanco, el tejado de los claustros está dividido en varias cúpulas de vidrio emplomado, con bolas doradas en lo alto, en el centro de cada uno hay cuatro finas fuentes de mármol blanco, ante la puerta principal de la mezquita se encuentra un pórtico con columnas de mármol verde.

Dispone de cinco puertas, el cuerpo de la mezquita está formado por una cúpula prodigiosa. Entiendo tan poco de arquitectura que no me atrevo a pretender hablar de las proporciones; a mí me pareció muy regular. Estoy segura de que ésta es altísima, y la consideré el edificio más noble que he visto en mi vida. Tenía dos filas de galerías de mármol asentadas sobre columnas con balaustradas de mármol, el suelo de mármol estaba cubierto de alfombras persas y, en mi opinión, hace mucho por su belleza el que no esté dividido en bancos y sobrecargada de formas y asientos como nuestras iglesias, ni que las columnas —en su mayoría de mármol rojo y blanco— estén desfiguradas por pequeñas imágenes y cuadros de oropel que le dan a las iglesias católicas romanas aspecto de tiendas de juguetes. Las paredes me parecieron incrustadas con florecillas de vivísimos colores, y no lograba imaginar qué piedras se habían utilizado, mas al acercarme, vi que se trataba de una capa de porcelana[158] que le da un hermoso efecto. Del centro colgaba una inmensa araña plateada, además de la cual, creo que habría por lo menos 2.000 más de menor tamaño. Imagino que encendidas todas deben ofrecer un glorioso espectáculo, mas ocurre siempre de noche, cuando a las mujeres no les está permitido entrar. Debajo de la gran araña hay un inmenso púlpito de madera dorada y tallada y junto a éste una fuente para las abluciones que, como bien sabrá, forman parte esencial de su rito. En un rincón hay una pequeña galería cerrada con celosías doradas para el Gran Señor; en el extremo superior se ve un amplio nicho muy parecido a un altar, elevado dos escalones, cubierto de brocado dorado, ante el cual se alzan dos candelabros de plata, altos como un hombre, y en los cuales arden velas de cera blanca gruesas como la cintura de un hombre. El exterior de la mezquita está adornado de cuatro torres altísimas, doradas en lo alto, desde donde los *imames*[159] llaman al pueblo a la

oración. Sentí curiosidad por subir a una de ellas, ideada con tanto ingenio que sorprende a cuantos tienen ocasión de verla. Dispone de una sola puerta y conduce a tres escaleras diferentes que van a las tres plantas diferentes de la torre, de manera tal que a ella pueden subir en círculo tres sacerdotes sin cruzarse nunca, artilugio muy admirado. Detrás de la mezquita hay una lonja llena de tiendas donde los artífices pobres se alojan gratuitamente. Allí vi a varios derviches[160] rezando sus oraciones. Visten una prenda simple de lana que deja los brazos al desnudo y van tocados con un gorro de lana como un sombrero estrecho y alto sin ala. Fui a visitar algunas otras mezquitas construidas mucho después en el mismo modo, pero en cuanto a magnificencia no tienen punto de comparación con la que acabo de describirle, que supera infinitamente a cualquier iglesia de Alemania o Inglaterra. No hablaré de otros países que no he visitado. El serrallo no parece un palacio de excesiva esplendidez, pero los jardines son muy amplios, con abundante agua y llenos de árboles; es cuanto sé de ellos, pues nunca los he visitado.

Nada le digo en cuanto a la entrada del señor Wortley y su audiencia. Esas cosas son siempre iguales y han sido descritas con tanta frecuencia que no lo molestaré con la repetición. El joven príncipe, de unos once años, se sienta junto a su padre cuando éste ofrece audiencias. Es un niño apuesto, pero es probable que no suceda de inmediato al Sultán, pues aún quedan dos hermanos del sultán Mustafá —su hermano mayor—, el mayor de los cuales tiene unos veinte años, y es en él en quien el pueblo ha depositado sus esperanzas.[161] Este reinado ha sido sangriento y avaricioso. Tiendo a creer que están muy impacientes por ver su fin. Quedo de usted... etcétera.

Volveré a escribirle desde Constantinopla.

Carta XXXVI

Al abad Conti,

Constantinopla, 29 de mayo de 1717

He tenido la ventaja de gozar de muy buen tiempo todo el viaje y estando ahora el verano en el esplendor de su belleza, he disfrutado del placer de magníficas vistas, los prados están llenos de toda suerte de flores de jardín y hierbas fragantes, y mi berlina[162] perfumaba el aire al pisarlas. El Gran Señor nos suministró treinta carros cubiertos para nuestro equipaje y cinco coches del país para mis mujeres. Encontramos el camino lleno de los formidables *sipahis*[163] con sus pertrechos saliendo de Asia para ir a la guerra. Aquí viajan siempre con tiendas, pero yo decidí dormir en casas todo el trayecto. No deseo importunarlo con los nombres de las aldeas por las cuales pasamos y en las que no hay nada de extraordinario, pero en Gorlu nos alojaron en un *conac* [= *konak*] o pequeño serrallo, construido para uso del Gran Visir cuando viaja por este camino. Sentí curiosidad por ver todos los aposentos destinados a las damas de su corte. Se encontraban en el centro de una espesa arboleda refrescada por fuentes, pero me sorprendió comprobar que las paredes estaban casi cubiertas de dísticos en lengua turca escritos a lápiz. Le pedí a mi intérprete que me los explicara y encontré varios muy logrados, aunque estoy de acuerdo con él en que perdían gran parte de su belleza en la traducción. Uno de ellos dice literalmente así en inglés:

Llegamos a este mundo, nos hospedamos y partimos;

Quienes en tu corazón se hospedan nunca morimos.[164]

El resto del viaje transcurrió a través de prados de gran belleza junto al mar de Mármara, el antiguo Propóntide. La noche siguiente dormimos en Silivri, antiguamente una noble ciudad. Es ahora un buen puerto de mar, de construcción bastante cuidada, con un puente de treinta y dos arcos. Hay aquí una famosa y antigua iglesia griega. Le había dado uno de mis coches a una dama griega que deseaba la comodidad de viajar conmigo. Tuvo la idea de ir a rezar y gustosamente aproveché la oportunidad para acompañarla. Me pareció un lugar de mala construcción, dispuesto con la misma suerte de ornamentos que las iglesias católicas romanas, pero menos ricos. Me mostraron el cuerpo de un santo, donde dejé una pieza de moneda y un cuadro de la Virgen María pintado por la mano de San Lucas, muy poco puede decirse en favor de su pintura, sin embargo, la virgen más fina de Italia no es por ello más famosa por sus milagros. Los griegos tienen un gusto de lo más monstruoso en sus cuadros que, para mayor finura, siempre pintan sobre fondo dorado. Podrá imaginar el buen efecto de esta técnica, pero no tienen idea ni de las sombras ni de las proporciones. Hay aquí un obispo que celebró el rito con sus vestiduras púrpura, y me envió de regalo una vela casi tan grande como yo, que recibí en mi posada.

A la noche siguiente dormimos en un pueblo llamado Bujuk Cekmege [*Büyük Çekmece*] o Gran Puente y a la noche siguiente en Kujuk Cekmege [= *Küçük Çekmece*], Pequeño Puente, en una posada

agradabilísima, anteriormente monasterio de derviches, delante del cual había un gran patio rodeado de claustros de mármol con una buena fuente en el centro. La vista desde este lugar y los jardines que lo rodean son de los más agradables que he visto; demuestra que los monjes de todas las religiones saben cómo elegir sus retiros. Pertenece ahora a un *hogia* [= *Hodja*] o maestro de escuela, que enseña a los niños de aquí, y al pedirle que me mostrara sus aposentos, me sorprendió verlo señalar un alto ciprés del jardín, en cuya copa había sitio para una cama para él y, un poco más abajo, otro para su esposa y sus dos hijos, que dormían allí todas las noches. Tanto me divirtió esta fantasía que decidí examinar su nido más de cerca pero después de subir cincuenta escalones, descubrí que me quedaban otros cincuenta, después de los cuales debía seguir trepando de rama en rama, no sin cierto peligro para mi cuello. Me pareció más conveniente volver a bajar.

A la tarde siguiente llegamos a Constantinopla, pero poco puedo contarle por ahora, pues he dedicado todo mi tiempo a recibir visitas, que al menos son un buen entretenimiento para la vista, siendo las mujeres jóvenes muy hermosas y su belleza resulta muy realzada por el buen gusto de sus trajes. Nuestro palacio está en Pera, que no es más que un suburbio de Constantinopla, del mismo modo que Westminster lo es de Londres. Todos los embajadores se alojan muy cerca los unos de los otros. Desde una parte de nuestra casa se ven el puerto, la ciudad, el serrallo y las distantes colinas de Asia, en su conjunto se trata, quizás, de la vista más hermosa del mundo. Cierta autor francés dice que Constantinopla es el doble de grande que París.[165] El señor Wortley se muestra renuente a reconocer que es más grande que Londres, aunque debo confesar que a mí así me lo parece, pero no creo que sea tan populosa. Los campos santos que la rodean son, sin duda, mucho más grandes que la ciudad entera. Es sorprendente la cantidad de tierras que se pierden de este modo en Turquía. En ocasiones he visto cementerios de varias millas, pertenecientes a aldeas desdeñables que en otros tiempos fueron grandes ciudades y que no conservan otro signo de su antigua grandeza. Jamás quitan una piedra que sirva de monumento. Algunas son bastante costosas pues son de un mármol muy fino. Erigen una columna con un turbante tallado en lo alto en memoria de un hombre y según las distintas formas de los turbantes denotan el rango o la profesión, de éste modo exhiben los blasones del difunto; además, la columna lleva comúnmente una inscripción grande en letras doradas. Las damas cuentan con una simple columna despojada de ornamento, salvo el caso de aquellas que mueren sin estar casadas, a quienes está permitido lucir una rosa en lo alto. Los sepulcros de ciertas familias están protegidos por una barandilla y a su alrededor hay árboles plantados. Los de los sultanes y de ciertos grandes hombres tienen farolillos perpetuamente encendidos.

Cuando me referí a su religión, olvidé mencionar dos peculiaridades, una de las cuales la conocía ya por mis lecturas, pero me parecía tan extraña que no lograba darle crédito. Sin embargo, es verdad que cuando un hombre se ha divorciado de su esposa de forma solemnísimamente puede volver a tomarla con la única condición de que otro hombre pase una noche con ella; hay ejemplos de quienes se han sometido a esta ley con tal de poder recuperar a sus amadas. El otro punto de su doctrina es muy extraordinario; se considera réproba a la mujer que muere sin estar casada. Para confirmar esta creencia arguyen que el fin de la creación de la mujer es crecer y multiplicarse, y sólo se emplea adecuadamente en los trabajos de su profesión cuando trae hijos al mundo o se ocupa de ellos, que son todas las virtudes que Dios espera de ella; en efecto, su forma de vida, que las excluye de todo comercio público, no les permite hacer nada más. Nuestra creencia vulgar de que no reconocen que la mujer tenga alma es errada. Es cierto que sostienen que sus almas no son tan elevadas y que, por tanto, no pueden esperar ser admitidas en el paraíso destinado a los hombres, que deben ser entretenidos por bellezas celestiales, pero existe un lugar de felicidad destinado a las almas de orden

inferior donde todas las mujeres buenas son acogidas en el gozo eterno. Muchas de ellas son sumamente supersticiosas y no permanecen viudas ni diez días por temor a morir en el estado réprobo de criaturas inútiles.[166] Pero aquellas que gustan de su libertad y no son esclavas de la religión se contentan con casarse cuando temen estar al borde de la muerte. Se trata de un tipo de teología muy distinto de aquella que establece que nada es más aceptable a los ojos de Dios que los votos de castidad perpetua. Dejaré que sea usted quien decida cuál de estas divinidades es la más racional.

He efectuado ciertos progresos en una colección de medallas griegas. Hay aquí unos supuestos anticuarios dispuestos a servir a quienquiera que las desee, pero no se imagina usted cómo me miran a la cara cuando pregunto por ellas, como si a ninguna persona le estuviese permitido ir en pos de medallas hasta no haberse convertido ella misma en una antigüedad. He conseguido algunas muy valiosas de los reyes macedonios, particularmente una de Perseo,[167] posee tanto brío que imagino ver en su cara todas sus malas cualidades. Tengo una cabeza de pórfido magníficamente tallada de la verdadera escultura griega, pero a mi regreso los entendidos deberán determinar a quién representa, pues no se debe suponer que estos anticuarios, que son todos griegos, sepan nada. Su negocio sólo consiste en vender. Sus correspondientes de Alepo, El Gran Cairo, Arabia y Palestina les envían cuanto encuentran, con frecuencia, grandes montones que sólo sirven para derretirlos y hacer peroles. Consiguen el mejor precio por cualquiera de estas mercancías sin saber distinguir las que son de valor de las que no lo son. Quienes quieren hacerse pasar por entendidos suelen ver la imagen de algún santo en las medallas de las ciudades griegas. Uno de ellos, al mostrarme la figura de Palas[168] en el reverso con una victoria en la mano, me aseguró que se trataba de la Virgen sujetando un crucifijo. El mismo hombre me ofreció la cabeza de un Sócrates montada sobre sardónice,[169] y para aumentar su valor le daba el título de San Agustín.[170] He encargado una momia, que espero llegue a salvo a mis manos a pesar de la desgracia acontecida a una muy espléndida destinada al rey de Suecia.[171] Pagó mucho por ella y a los turcos se les metió en la cabeza que seguramente el rey dependía de ella para algún proyecto considerable. Se imaginaban que era el cuerpo de quién sabe qué Dios y que el destino de su imperio dependía místicamente de su conservación. En esta ocasión se recordaron ciertas antiguas profecías, y la momia fue a parar a las Siete Torres,[172] donde ha permanecido confinada desde entonces. No me atrevo a interesarme por un asunto tan considerable como su liberación, mas espero que la mía pase sin ser examinada. Por ahora nada más puedo contarle de esta famosa ciudad. Cuando haya visto algo más a mi alrededor, volverá a tener noticias mías. Entretanto quedo de usted... etcétera.

Carta XXXVII

A Alexander Pope,

Ciudad de Belgrado,[173] 17 de junio de 1717

Espero que antes que ésta haya recibido usted mis otras dos o tres misivas. La suya me llegó ayer, aunque fechada el tres de febrero, en la que me supone muerta y enterrada. Ya le he hecho saber que sigo con vida, mas a decir verdad, considero mis actuales circunstancias exactamente las mismas que las de los espíritus que abandonaron este mundo. Los calores de Constantinopla me han traído a este lugar, que responde perfectamente a la descripción de los campos Elíseos.[174] Estoy en medio de un bosque, principalmente de árboles frutales, regado por vasto número de fuentes, famosas por la excelencia de sus aguas, y dividido en muchos senderos sombreados de hierba corta, que a mí me parece artificial pero que, me aseguran, es obra de la misma naturaleza; a lo lejos se ve el Mar Negro, de donde soplan las brisas frescas de las cuales disfrutamos perpetuamente y que nos permiten mostrarnos insensibles al calor del verano. El pueblo está habitado en su totalidad por los cristianos más ricos; todas las noches se reúnen en la fuente situada a cuarenta pasos de mi casa y allí cantan y bailan, los trajes y la belleza de las mujeres responden exactamente a la idea que de las ninfas antiguas nos dan poetas y pintores en sus representaciones. Pero lo que más me persuade con más eficacia de mi muerte es la situación de mi propia mente, la profunda ignorancia en la que estoy sumida en cuanto a lo que ocurre entre los vivos, que me llega sólo por azar, y la gran calma con que lo recibo. Sin embargo, aún siento anhelo por mis amigos y conocidos que quedan en el mundo, según la autoridad de ese admirable autor:

Las almas difuntas son maravillosas
para amigos y parientes que quedan atrás,
es algo que nadie puede negar.[175]

de cuya solemne verdad soy un ejemplo muerto. Creo que Virgilio es de la misma opinión, que las almas humanas conservan vestigios de las pasiones humanas.

Curae non ipsa in morte relinquunt[176]

y es muy necesario hacer un perfecto Elíseo donde debería haber un río Leteo,[177] que no tengo la felicidad de encontrar. A decir verdad a veces me canso de tanto baile, tanto canto y tanto sol, y los cambiaría por el humo y las impertinencias en las que usted se afana, si bien me esfuerzo por persuadirme de que yo vivo en una variedad más agradable que usted, y que cazar perdices los lunes, leer inglés los martes, estudiar turco los miércoles —en el cual soy ya bastante experta—, dedicarme a los autores clásicos los jueves, escribir los viernes, coser los sábados y recibir visitas y escuchar

música los domingos, es una manera mejor de disponer de la semana que pasarse los lunes en el Salón,[178] los martes en casa de lady Mohun,[179] los miércoles en la ópera, los jueves en el teatro, los viernes en casa de la señora Chetwynd,[180] etcétera; perpetuo círculo en el que se escuchan las mismas parlerías y se ven una y otra vez las mismas locuras, que aquí no me afectan más que lo que afectarían a los muertos. Puedo ahora escuchar cosas desagradables con pena y sin indignación. La influencia de la gran distancia que nos separa enfría todas las noticias que me llegan. Con buen criterio, no me pueden conmover ni la pena ni la alegría cuando considero que tal vez la causa de cualquiera de ellas ha dejado de existir antes de que la carta llegase a mis manos; mas como dije antes, esta indolencia no se extiende a mis pocas amistades. Sigo siendo cálidamente consciente de la suya y de la del señor Congreve y deseo vivir en su recuerdo, aunque esté muerta para el resto del mundo.

Carta XXXVIII

A lady - -, [181]

Ciudad de Belgrado, 17 de junio de 1717

Ruego de todo corazón a su señoría que me perdone, pero me fue imposible no reír a carcajadas al leer su carta y los encargos con los que me honra. Quiere que le compre una esclava griega dueña de mil buenas cualidades. Las griegas son súbditas y no esclavas. Quienes sí pueden adquirirse de ese modo o bien han sido tomadas en la guerra o robadas por los tártaros de Rusia, Circasia o Georgia, y son tan miserables, torpes y pobres infelices que entre ellas no habría ninguna digna de ser su doncella. Es cierto que unas cuantas miles fueron tomadas en la Morea, pero en su mayoría han sido redimidas gracias a las caritativas contribuciones de los cristianos o rescatadas por sus propios parientes en Venecia. Las finas esclavas que sirven a las grandes damas o satisfacen los placeres de los grandes hombres son compradas a la edad de ocho o nueve años y educadas con sumo cuidado en el aprendizaje del canto, la danza, el bordado, etcétera. Comúnmente son circasianas y su amo nunca las vende salvo como castigo por alguna falta gravísima. Si alguna vez se cansan de ellas, o bien las regalan a un amigo o les conceden la libertad. Aquellas que son expuestas para su venta en los mercados siempre son o culpables de algún delito o completamente inútiles, por lo que no sirven de nada. Me temo que dude usted de la veracidad de este relato, pues he de reconocer que es muy diferente de las ideas que tenemos en Inglaterra, aunque no por ello es menos veraz.

De principio a fin su carta toda está plagada de errores. Compruebo que ha sacado sus ideas de Turquía de ese digno autor llamado Dumont, que ha escrito con tanta falta de conocimientos como con exceso de confianza. [182] Es para mí un placer especial leer los viajes al Levante, generalmente tan alejados de la verdad y tan llenos de absurdos, que me divierten enormemente. Nunca dejan de «lar al lector un informe sobre las mujeres, a las cuales es muy probable que nunca hayan visto, y que hablen sabiamente del genio de los hombres, en cuya compañía jamás se les permite estar y, a menudo describen mezquitas a las cuales no se han atrevido a asomarse siquiera. Los turcos son muy orgullosos y no conversarán con un extranjero a menos que estén persuadidos de que se trata de alguien de importancia en su propio país. Hablo de los hombres distinguidos, porque de los más corrientes, ya puede usted imaginarse las ideas que su conversación pueden dar del genio generalizado de un pueblo.

En cuanto al bálsamo de la Meca, [183] le enviaré un poco, pero no se consigue tan fácilmente como usted se figura y en conciencia no puedo aconsejarle que lo utilice. No sé cómo ha llegado a gozar de fama tan universal. Todas las damas de Londres y Viena que conozco me han rogado que les enviara frascos. Recibí como regalo una pequeña cantidad —puedo asegurarle que es muy valiosa— de la mejor clase, y con gran alegría me lo apliqué en la cara, esperando un efecto maravilloso en mi provecho. A la mañana siguiente, el cambio fue realmente maravilloso; la cara se me había hinchado hasta adquirir unas proporciones extraordinarias y estaba tan enrojecida como la de lady—. En este estado lamentable ha permanecido tres días, durante los cuales, puede tener usted la certeza de que he estado enfermísima. Llegué a creer que jamás cambiaría y para contribuir aún más a mi mortificación, el señor Wortley no cesaba de reprocharme mi indiscreción. Sin embargo, desde

entonces, mi cara ha vuelto a su estado de siempre. Más aún, las damas de aquí me dicen que ha mejorado mucho gracias a la operación, algo que, he de confesarle, no percibo en mi espejo. En verdad, si tuviera una que formarse una opinión de este bálsamo por sus caras, pensaría que es muy bueno. Todas ellas lo utilizan y lucen los colores más bonitos del mundo. Por mi parte, no tengo la menor intención de volver a soportar semejante dolor. Que mi cutis siga su curso natural y se deteriore a su debido tiempo. Poca estima tengo por medicinas de esta naturaleza; haga usted lo que le plazca, señora mía, mas antes de usarlo recuerde que la cara le quedará en un estado que no le agradará lucir en el salón de su casa durante varios días.

Si una tuviera que creer a las mujeres de este país, hay un modo más seguro de hacerse querer que el volverse hermosa, aunque como usted bien sabe ése es nuestro método. Mas ellas fingen conocer secretos que, mediante encantamientos, les otorga plenos poderes sobre quien complacen. Pero yo, que no soy muy propensa a creer en maravillas, no encuentro fe alguna en ello. Ayer noche debatí este aspecto con una dama que habla con mucha sensatez sobre muchos otros asuntos, pero fue tal su enfado conmigo que no se percató de que me había persuadido de la verdad de cuarenta historias de esta especie que me había referido, y al final mencionó varios matrimonios ridículos para los que no cabía ninguna otra razón. Le aseguré que en Inglaterra, donde ignorábamos por completo la magia, donde el clima no es la mitad de cálido ni las mujeres la mitad de hermosas, tampoco carecíamos de matrimonios ridículos y que no considerábamos como algo sobrenatural el hecho de que un hombre hiciera el tonto por una mujer. Pero mis argumentos no lograron convencerla en contra de lo que ella llamaba la certeza de su conocimiento, aunque añadió que tenía escrúpulos de hacer uso de encantamientos, pero que podía echar mano de ellos cuando le pluguiese y, mirándome a la cara, dijo con aire de entendida, que ningún encantamiento tendría efecto alguno sobre mí, y que había personas que escapaban a sus poderes, pero muy pocas. Podrá imaginar usted cómo me reí ante semejante discurso, aunque todas las mujeres de aquí son de la misma opinión. No pretenden tener comercio con el diablo, pero sostienen que existen ciertas composiciones que inspiran amor. Si una pudiera enviar un barco entero de ellas, me figuro que sería una forma rapidísima de levantar un imperio. ¿Qué no darían ciertas damas que conocemos por tal mercancía?

Adiós, mi querida lady - -. No puedo terminar mi carta con un tema que inspire a la imaginación escenas más deliciosas. Dejo que se figure usted cómo me agasjarían sin piedad a mi regreso si mis viajes me proporcionasen dato tan útil. Quedo de usted, mi querida señora, etcétera.

Carta XXXIX

A Anne Thistlethwayte,

Pera, Constantinopla, 4 de enero de 1718

Le estoy infinitamente agradecida, mi querida señora Thistlethwayte, por su entretenida carta. Es la única de mis corresponsales que ha tenido el tino de considerar que me complacería ser informada de las novedades acontecidas entre ustedes. Todos los demás me dicen, casi con las mismas palabras, que suponen que ya lo sé todo. No logro imaginarme por qué motivos se complacen en suponerlo así, salvo que estén convencidos de que la especie de la paloma de Mahoma[184] aún subsiste en este país y que me llega el conocimiento de las cosas por vías sobrenaturales. Es mi deseo retribuir su bondad con algún relato divertido de estas tierras, pero no sé cuál de las escenas de aquí podrían satisfacer su curiosidad o si siente usted curiosidad alguna por cosas tan lejanas. A decir verdad, en este momento escribo con no demasiada inclinación al recuerdo de cuanto es divertido, pues mi cabeza está por completo llena con los preparativos que exige el aumento de mi familia, cosa que espero de un momento a otro.[185] Le resultará fácil adivinar lo incómodo de mi situación, sin embargo, me siento en cierto modo reconfortada por la gloria que de ello derivaré, y al reflexionar sobre el desdén que, de lo contrario, caería sobre mí.

No entenderá usted mi discurso, pero en este país es más despreciable estar casada sin tener hijos que entre nosotros tenerlos sin estar casada. Tienen la idea de que cuando una mujer deja de traer hijos al mundo, es porque está demasiado vieja para esas cosas, por más que su rostro diga lo contrario, y esta opinión hace que las damas de aquí se muestren muy dispuestas a dar pruebas de su juventud —algo tan necesario para ser considerada una belleza como lo es demostrar que se pertenece a lo más alto de la nobleza para ser nombrado Caballero de Malta[186]— que no se contentan con utilizar los medios naturales, sino que recurren a toda suerte de curanderos para evitar el escándalo de no poder seguir concibiendo hijos y, a menudo, terminan siendo víctimas de sus propios remedios. Sin ninguna exageración, todas las mujeres que conozco llevan casadas diez años y tienen doce o trece hijos, y las viejas se jactan de haber traído al mundo entre veinticinco o treinta, y son respetadas en función del número que han producido. Cuando están encintas tienen la costumbre de decir que esperan que Dios sea tan misericordioso con ellas como para enviarles dos de golpe, y algunas veces, cuando les he preguntado cómo esperaban alimentar un rebaño tan numeroso como el que desean, me han contestado que la peste seguramente mataría a la mitad, cosa que en realidad ocurre casi siempre sin mucha preocupación por parte de los padres, a quienes satisface la vanidad de haber concebido con tanta abundancia. La embajadora francesa[187] se ve obligada a seguir esta moda igual que yo. No lleva aquí más de un año, ha dado a luz una vez y vuelve a estar ocupada. Lo más maravilloso es la exención que parecen disfrutar de la maldición vinculada al sexo. El día del alumbramiento reciben todo tipo de visitas y al cabo de dos semanas las retribuyen, ataviadas con sus joyas y ropas nuevas. Desearía ver en este detalle la influencia del clima, pero me temo que yo seguiré siendo una inglesa en ese particular, del mismo modo que sigo siéndolo en mi terror por el fuego y la peste, dos cosas muy poco temidas aquí, pues la mayoría de las familias han visto quemarse sus casas una o dos veces, incendios provocados por el modo extraordinario que tienen de calentarse, cosa que no hacen con chimeneas ni estufas sino con una máquina denominada *tandir*,

[=*tandûr*] de dos pies de altura, en forma de mesa cubierta con una fina alfombra o bordado. Está hecha de simple madera y en ella colocan una pequeña cantidad de brasas calientes y se sientan a su alrededor con las piernas debajo de la alfombra. Ante esta mesa trabajan, leen y, con frecuencia, dormitan y, si por casualidad sueñan, le dan un puntapié al *tandiry* las brasas suelen arder e incendiar la casa. Hace dos semanas, quinientas casas se quemaron de esta guisa, y desde entonces he visto a algunos de sus propietarios y no parecen en absoluto conmovidos por una desgracia tan común. Ponen sus bienes en una pequeña barca y, con gran filosofía, se dedican a contemplar cómo se queman sus casas, siendo que sus personas rara vez corren peligro, pues no tienen escaleras que bajar.

Como ya la he entretenido con cosas que me disgustan, justo es que le cuente algo que me complace. El clima es en extremo delicioso. Este cuatro de enero estoy aquí sentada, con las ventanas abiertas, disfrutando del cálido brillo del sol, mientras usted se está congelando junto a un triste fuego de carbón, y mis aposentos están adornados con claveles, rosas y junquillos frescos de mi jardín. También me tienen cautivada muchos puntos del derecho turco que, para vergüenza nuestra debo decir, está mejor diseñado y mejor ejecutado que el nuestro, en particular, el castigo de los mentirosos convictos —sabe Dios que en nuestro país son criminales triunfadores—. Les queman la frente con un hierro candente cuando se prueba que han sido autores de una falsedad notoria. ¿Cuántas blancas frentes veríamos nosotros desfiguradas? ¿Cuántos finos caballeros se verían obligados a llevar las pelucas encasquetadas hasta las cejas si esta ley se pusiera en práctica entre nosotros? Debería seguir contándole muchas otras cosas de la justicia, pero debo mandar a llamar a mi comadrona.

Carta XL

Al abad Conti,[188]

febrero de 1718

Estoy encantada, Señor, con su amable carta. Verá, por la longitud de esta carta, el propósito de responder con exactitud a todas sus preguntas, al menos en la medida que mi francés me lo permita. Como se trata de una lengua que no conozco a fondo, temo en gran medida verme obligada a terminar pronto por falta de frases. Recuerde, pues, que escribo en una lengua que me es extranjera y tenga la bondad de creer que todas las impertinencias y pesadeces que saldrán de mi pluma proceden tan solo de mi incapacidad para poder expresar lo que pienso, de ninguna manera de la estupidez o de una natural ligereza.

Así establecidas y estipuladas estas condiciones, le diré en primer lugar que Usted tiene una idea justa del Corán, del cual los sacerdotes Griegos —la canalla más grande del universo— convierten en unos cuentos ridículos que han inventado a placer para desacreditar la ley de Mahoma, para condenarle, digo, sin ningún examen; pues no tan solo no quieren que el pueblo lo lea, temiendo que una vez empezado a descubrir sus defectos, no se detuviera allí solo, sino que aún podría hacer uso de su discernimiento aplicándolo a sus propias ficciones y a sus leyendas. En efecto, nada hay más parecido que las fábulas de los Griegos y las de los Mahometanos (*sic*). Estos últimos tienen una multitud de santos, en las tumbas de los cuales según ellos se realizan milagros a diario; y los relatos de estos bienaventurados musulmanes no están menos rellenas de extravagancias que las narraciones espirituales de los Papas Griegos (*sic*).

En cuanto a su segunda petición, le diré que es un cosa ciertamente falsa, aunque comúnmente creída entre nosotros que Mahoma excluye a las mujeres de toda participación en la vida futura y bienaventurada. El era un hombre demasiado galante y amaba demasiado el bello sexo para tratarlo de manera tan bárbara. Todo al contrario, promete un muy bello paraíso a las mujeres turcas. Si nos atenemos a la verdad, dice que será un paraíso separado del de sus esposos: pero yo creo que la mayoría no se sentirá menos contentas por ello; el disgusto causado por esta separación no les hará este paraíso menos agradable. Por lo demás, las virtudes que Mahoma exige a las mujeres para concederles el gozo de la felicidad futura, son no sólo la de no vivir de una manera que las haga inútiles sobre la tierra, mas de ocuparse tanto como les sea posible en hacer pequeños musulmanes. Las vírgenes que mueren vírgenes y las viudas que no se vuelven a casar, muriendo en pecado mortal, son excluidas del paraíso. Como las mujeres, dice, no están hechas para los asuntos de estado ni para soportar las fatigas de la guerra, Dios no les da la ocupación de gobernar ni de reformar el mundo; pero les encarga —empleo que no es menos honroso— multiplicar la raza humana: y aquellas que, por malicia o por pereza, no se ocupan de traer o cuidar niños, no cumplen con el deber de su vocación y son rebeldes a las mandamientos de Dios. He aquí unas máximas terriblemente contrarias a sus conventos. ¿Qué sería entonces de vuestras santas Catalina, Teresa, Clara y de toda la banda de sus piadosas “vírgenes y viudas”? Puesto que, si las juzgáramos conforme a este orden de virtudes, serían criaturas infames que han pasado toda su vida en un espantoso libertinaje.

No sé qué pensará Usted de una doctrina tan extraordinaria desde nuestra perspectiva pero puede

asegurarle, Señor mío, que los turcos no son en absoluto tan ignorantes en materia de política, de filosofía e incluso de galantería como nosotros creemos. Es cierto que la disciplina militar, tal y como se practica actualmente en la cristiandad, no tiene parangón alguno. Una larga paz los ha sumergido en una pereza universal. Contentos con su situación y acostumbrados a un lujo ilimitado, se han convertido en enemigos acérrimos de todo tipo de fatigas. Pero, como recompensa, entre ellos florecen las ciencias. Los “efendis” —esta palabra significa “letrados”— son muy dignos de este nombre. Ellos no tienen más fe en la inspiración de Mahoma que por la infalibilidad del Papa (*sic*). Hacen entre ellos y entre aquellos que tienen confianza, abierta profesión de deísmo; y tan solo hablan de su Ley como una institución política que los personajes sabios deben observar actualmente aunque fuera introducida al principio por políticos y entusiastas.

Me parece —si me acuerdo bien— que os he escrito ya que en Belgrado nos alojamos en casa de un gran Efendi, muy rico, hombre de ingenio, culto y de un humor muy agradable. Estuvimos cerca de un mes en su mansión, comía siempre con nosotros y bebía vino sin escrúpulos. En vista de mis chanzas sobre este asunto, sonriendo me respondió que todas las criaturas del mundo han sido hechas para el placer del hombre y que Dios no habría dejado crecer la viña si hubiera pecado en gustar su jugo, sin embargo la Ley que prohíbe su uso al vulgo era muy sabia puesto que este tipo de gente no tiene suficiente voluntad para servirse de él con moderación. Este Efendi no ignoraba los diferentes partidos que reinan entre nosotros, parecía incluso tener algún conocimiento de nuestras disputas religiosas y de nuestros escritores. Me sorprendió oírle preguntar, entre otras cosas, “¿cómo estaba el Señor Toland?”[189]

Mi escrito, ya demasiado largo, va a terminar. Para no sobrepasar sus límites, es preciso que pase de las religiones a los Tulipanes, sobre los que me pide usted noticias. Su mezcla tiene efectos sorprendentes. Pero lo que considero más sorprendente es la experiencia concerniente a los animales y que aquí se hace todos los días. Los barrios de Pera, Jofana y de Galata contienen muestras de extranjeros de todos los países del universo. Se han casado entre ellos tanto que esto se han formado las razas más raras del mundo. No hay una sola familia de nativos que pueda jactarse de no estar mezclada. Con mucha frecuencia se ve la persona cuyo padre ha nacido griego, la madre italiana, el abuelo francés, la abuela armenia y los antepasados ingleses rusos, asiáticos, etc.

Esta mezcla hace nacer criaturas más extraordinarias de lo que usted podría imaginar. Así no he podido dudar de que hay especies de hombres completamente diferentes puesto que los blancos, los negros velludos y de larga cabellera, los chinos y los tártaros de pequeños ojos, los brasileños sin barba y —para no nombrar más— los terrenovenses de piel amarilla y aceitunada, poseen en un mismo género diferencias tan específicas que los lebreles, mastines, los podencos, los *bulldogs* o la raza de mi pequeña “Diana”, si me está permitido servirme de esta comparación. Ahora bien, como las diferentes mezclas de estos últimos animales producen mestizos, del mismo modo los hombres también cuentan con los suyos, divididos en especies infinitas. Nosotros tenemos aquí pruebas de ello todos los días, como ya he dicho antes. Algunas veces se observa en el mismo animal la falsedad griega, la desconfianza italiana, la arrogancia española, la cháchara de los franceses; súbitamente, le viene un arrebatado de seriedad inglesa que se inclina hacia el embobamiento que algunos de los nuestros han heredado de la estupidez de nuestros ancestros sajones.

Pero la familia que más me seduce es la que proviene de la extraña conjunción de un macho holandés con una hembra griega. Como se trata de naturalezas extremadamente opuestas, es un placer notar en los hijos como los diferentes átomos se hacen una guerra perpetua incluso en la forma

externa. Tienen los grandes ojos negros típicos del país junto con la carne sebosa y blanca como el pescado, de Holanda y un aire vivaz surcado de estupidez. Muestran al mismo tiempo ese amor por el derroche, tan universal entre los griegos, y una inclinación hacia la frugalidad holandesa. Para dar un ejemplo, las muchachas se arruinan por engalanarse la cabeza de joyas pero no tienen zapatillas y sus pies se encuentran normalmente en un estado deplorable. Práctica del todo opuesta a la de nuestras inglesas las cuales para lucir la limpieza de su calzado y no para mostrar otra cosa, están tan apasionadamente encaprichadas de sus enaguas. Tendría aún otras muchas particularidades que referirle pero llego al término de mi escrito y de mi francés.

Carta XLI

A lady Mar,

Pera, Constantinopla, 10 de marzo de 1718

Mi querida hermana, no te he escrito en todos estos meses y ha sido para mí un gran sacrificio, pero no sabía adónde dirigir mis misivas ni en qué parte del mundo estabas.[190] No he recibido noticias tuyas desde tu breve nota del pasado abril, en la que me dices que estás a punto de marchar de Inglaterra y prometes enviarme las señas del lugar donde estarás; en vano las he esperado hasta ahora y me entero por la Gaceta que has regresado, por lo que me aventuro a enviarte ésta a tu casa de Londres. Preferiría que se perdieran diez de mis misivas a que pensaras que no te escribo y creo que sería mala fortuna que no recibieras nueve de esas diez. No obstante, estoy decidida a guardar copias en prueba de mi inclinación a darte, en la medida de mis posibilidades, divertida cuenta de mis viajes mientras tú quedas exenta de todas sus fatigas e inconvenientes.

En primer lugar deseo que disfrutes de tu sobrina, pues hace cinco semanas di a luz a una niña. No menciono esto como una de mis aventuras divertidas, si bien he de reconocer que aquí no es ni la mitad de mortificante que en Inglaterra, habiendo tanta diferencia como la que existe entre un leve resfriado de cabeza, algo que ocurre aquí a veces, y las toses de los tísicos tan comunes en Londres. Nadie se está un mes en casa por haber alumbrado, no le tengo demasiado apego a ninguna de nuestras costumbres como para conservarlas cuando no son necesarias. Retribuí las visitas recibidas al final de la tercera semana y, hace aproximadamente cuatro días, atravesé el mar que separa este lugar de Constantinopla para hacer otra, donde tuve la buena fortuna de recoger muchas curiosidades.

Fui a visitar a la sultana Hafise,[191] favorita del último emperador Mustafá[192] quien, como ya sabes —aunque no lo sepas— fue depuesto por su hermano, el Sultán reinante y, según se cree, murió envenenado pocas semanas más tarde. Inmediatamente después de la muerte de su marido, esta dama fue honrada con la orden perentoria de abandonar el serrallo y elegirse un marido entre los grandes hombres de la Puerta. Supongo que te la imaginarás rebosante de alegría ante esta propuesta. Todo lo contrario. Estas mujeres, que son llamadas y se consideran a sí mismas reinas, ven esta libertad como la peor desgracia y afrenta que puedan acaecerles. Se echó a los pies del Sultán y le suplicó que la apuñalase antes que someter a la viuda de su hermano a tamaño desprecio. Presa de las agonías de la pena, le expuso que gozaba del privilegio de esa desgracia al haber aportado cinco príncipes a la familia otomana, pero habiendo todos los niños muerto y siendo el caso que sólo sobrevivía una niña, la excusa no fue aceptada y la mujer se vio obligada a elegir. Eligió a Bekir Efendi, entonces Secretario de Estado[193] de más de ochenta años, para convencer al mundo de que tenía la firme intención de mantener la promesa que había hecho de no volver a soportar que un segundo marido se aproximara a su tálamo, y siendo que debía honrar a algún súbdito al extremo de ser llamada su esposa, lo elegía a él como muestra de su gratitud, pues había sido él quien la había presentado a su difunto señor cuando era una niña de diez años. Pero nunca ha permitido que su marido la visite ni una sola vez, a pesar de que lleva ya quince años en su casa, donde transcurre su tiempo dedicada a su duelo ininterrumpido con una constancia poco conocida en la cristiandad, sobre todo en una viuda de veintiún años, pues ahora cuenta apenas treinta y seis. No posee guardia

formada por eunucos negros, su marido está obligado a respetarla como a una reina y no puede preguntar siquiera qué se hace en los aposentos de su esposa, donde me condujeron hasta una gran sala, con un sofá dispuesto todo a lo largo, engalanado con columnas blancas de mármol como una *ruelle*, [194] tapizado de terciopelo con figuras azul pálido sobre fondo plateado, con cojines en el mismo tejido, donde me rogaron que descansara hasta que apareciese la Sultana, quien había ingeniado esta forma de recepción para evitar levantarse a mi entrada, aunque me hizo una inclinación de cabeza cuando me aproximé a ella. Me alegré mucho de ver a una dama que había sido distinguida por el favor de un emperador, a quien todos los días se le presentaban bellezas de todas partes del mundo. Mas no me pareció siquiera la mitad de hermosa que la dulce Fátima a quien conocí en Adrianópolis, si bien conservaba un fino rostro más deteriorado por efectos de la pena que del tiempo.

Su traje era algo tan sorprendentemente rico que no puedo evitar describírtelo. Vestía un chaleco llamado *dolaman* [= *dolama*], que difiere del caftán pues lleva mangas más largas y se dobla por el extremo. Era de tela púrpura, ceñido a la figura y profusamente bordado a ambos lados, hasta los pies y alrededor de las mangas, de perlas con las mejores aguas, del mismo tamaño que comúnmente tienen los botones. No debes figurarte que quiero decir tan grandes como las de mi Señor, sino del tamaño de un guisante; y estos botones se abrochan con grandes presillas de diamantes de igual forma que las presillas de oro tan comunes en los gabanes de cumpleaños. [195] Esta prenda iba ajustada a la cintura con dos grandes borlas de perlas más pequeñas y bordada alrededor de los brazos con diamantes grandes; su enagua abrochaba en el pecho con un gran diamante en forma de rombo, su cinturón, tan ancho como la más ancha de las bandas inglesas, iba enteramente cubierto de diamantes. Alrededor del cuello lucía tres cadenas que le llegaban a las rodillas, una de grandes perlas al final de la cual colgaba una esmeralda de bonito color, tan grande como un huevo de pavo, otra formada por doscientas esmeraldas colocadas muy juntas, del verde más penetrante, todas perfectamente a juego y hasta la última del tamaño de una pieza de media corona y tan gruesa como las de tres coronas, y otra cadena de esmeraldas perfectamente redondas. Mas sus pendientes eclipsaban al resto de sus joyas. Eran dos diamantes en forma de peras idénticas, grandes como una avellana de tamaño considerable. Alrededor del *talpak* llevaba cuatro sartas de perlas, las más blancas y perfectas del mundo, suficientes como para hacer al menos cuatro collares, cada una de ellas larga como las de la duquesa de Marlborough, [196] y de igual tamaño, abrochadas con dos rosas formadas por un rubí grande como gema central y cada una de ellas rodeada de veinte lágrimas de brillantes transparentes. Además, su tocado iba cubierto de broches de esmeralda y diamantes. Lucía grandes brazaletes de brillantes y tenía cinco anillos en los dedos, todos diamantes únicos, exceptuando el del señor Pitt [197] que es el más grande que he visto en mi vida. Dejo a los joyeros la tarea de determinar el valor de estos objetos, pero según el precio normal de las joyas en nuestra parte del mundo, todo el vestido costaría más de 100.000 libras esterlinas. Estoy segurísima de que ninguna reina europea posee siquiera la mitad de esta cantidad y las joyas de la emperatriz, si bien de mucha calidad, se verían miserables al lado de las de esta dama.

Me ofreció una cena de cincuenta platos de carne que, según su costumbre, colocaron sobre la mesa de uno en uno, lo cual resultó tediosísimo, pero la magnificencia de su mesa se correspondía muy bien con la de su vestido. Los cuchillos eran de oro, las empuñaduras tenían incrustaciones de brillantes, pero la pieza de lujo que más turbó mi vista fue el mantel y las servilletas, que eran de preciosa gasa de muselina, con flores naturales finísimamente bordadas en sedas y oro. Con el mayor de mis pesares utilicé aquellas servilletas tan costosas, tan finamente hiladas como los pañuelos más

finos que jamás salieran de este país. Puedes tener la certeza de que quedaron completamente arruinadas antes de que terminase la cena. El sorbete, que es el licor que beben en las comidas, se servía en cuencos de porcelana, pero las tapas y las bandejas eran de oro macizo. Concluida la cena trajeron un lavamanos de oro y toallas del mismo estilo que las servilletas, con las que muy a regañadientes me limpié las manos, y luego sirvieron café en tazas de porcelana con *soucoups* de oro.

La Sultana parecía de muy buen humor y me hablaba con extremada educación. No dejé pasar la oportunidad de aprender cuanto pude del serrallo, absolutamente desconocido entre nosotros. Me aseguró que la historia del pañuelo lanzado por Sultán es del todo fabulosa y que en esa ocasión la costumbre no lo obliga a otra cosa que a enviar al Kuslir Agá a manifestarle a la dama el honor que desea hacerle.[198] De inmediato es felicitada por las demás y conducida al baño, donde la perfuman y la visten de la manera más espléndida y favorecedora. Antes de presentarse, el Emperador envía un obsequio real y luego entra en la alcoba de la dama. Tampoco es cierto que ella entre en el lecho por el pie. Dijo que la primera que él elige siempre se convierte luego en la de más rango y no la madre del primogénito, como otros escritores quieren hacernos creer. En ocasiones, el Sultán se divierte en compañía de todas sus damas, que se colocan en círculo, a su alrededor, y confesó que todas están dispuestas a morir de celos y envidia hacia aquella que tiene la felicidad de verse distinguida por cualquier muestra de preferencia. Mas esto no me pareció ni mejor ni peor que cuanto ocurre en los círculos de la mayoría de las cortes donde se observa la mirada del monarca y se espera cada una de sus sonrisas con impaciencia y éstas son envidiadas por aquellos que no las obtienen.

No lograba mencionar al Sultán sin que los ojos se le anegaran en lágrimas, sin embargo, parecía muy a gusto con el discurso. Mi felicidad pasada, dijo, me parece un sueño, mas no puedo olvidar que fui amada por el más grande y más encantador de los hombres. Fui elegida entre todas las demás para acompañarlo en todas sus campañas. No lo habría sobrevivido de no estar apasionadamente apegada a la princesa, mi hija, sin embargo, toda la ternura que siento por ella estuvo a punto de no bastarme para seguir viviendo cuando lo perdí. Estuve un año entero sin ver la luz. El tiempo ha atemperado mi desesperación, aun así, ahora me paso algunos días de la semana derramando devotas lágrimas en recuerdo de mi Sultán. No había afectación en estas palabras. Era fácil ver que estaba sumida en una profunda melancolía, aunque su buen humor hizo que se mostrara dispuesta a divertirme.

Me pidió que me paseara por su jardín, y una de sus esclavas le trajo inmediatamente una pelliza de rico brocado forrada de martas cibelinas. La esperé en el jardín, que no tenía nada de notable más que las fuentes, y desde allí me mostró todas sus estancias. En su alcoba estaba expuesto su tocador, formado por dos espejos, los marcos recubiertos de perlas y su *talpak* nocturno engalanado con broches de gemas, y junto a él había tres chalecos de finas martas, cada uno de ellos valía al menos 1.000 táleros, 200 libras de la moneda inglesa. No dudo que estas exquisitas prendas fueron puestas a la vista adrede, si bien parecían lanzadas despreocupadamente sobre el sofá. Cuando me despedí de ella, me obsequió con perfumes como hicieron en casa del Gran Visir y me regaló un pañuelo con bordados finísimos. Había treinta esclavas, además de diez pequeñas, la mayor de las cuales no tendría más de siete años de edad. Son las niñas más hermosas que he visto, iban todas ricamente ataviadas, y observé que la Sultana se complacía inmensamente de la presencia de aquellas chiquillas encantadoras, lo cual representa un gasto enorme, porque no se pueden comprar niñas hermosas de esa edad por menos de 100 libras esterlinas. Llevaban pequeñas guirnaldas de flores y

el cabello trenzado, que era todo su tocado, perosus trajes eran de géneros dorados. Las niñas le servían café de rodillas, le llevaban el agua cuando se lavaba, etcétera. Gran parte del trabajo de las esclavas mayores consiste en ocuparse de estas niñas, de enseñarles a bordar y de servir las con tanto cuidado como si fuesen de la familia.

Me figuro que imaginarás que te he entretenido hasta aquí con un relato que por lo menos ha recibido muchos aderezos de mi parte. ¡Se parece demasiado, dirás, a *Las mil y una noches*! [199] tantas servilletas bordadas y una gema grande como un huevo de pavo! Olvidas, mi querida hermana, que esos mismos cuentos fueron escritos por un autor de este país y, exceptuando los encantamientos, son una representación real de las costumbres de aquí. Las viajeras nos encontramos en serios aprietos. Si no decimos nada más que lo que se ha dicho ya, somos aburridas y no hemos observado nada. Si decimos cosas nuevas, se burlan de nosotras y nos acusan de fabulosas y románticas, no teniendo en cuenta la diferencia de rangos, que permiten diferencia de compañía y más curiosidad, ni los cambios de las costumbres que en todo país ocurren cada veinte años. Mas la gente juzga a los viajeros exactamente con el mismo candor, buena naturaleza e imparcialidad con que juzgan en todas ocasiones a sus vecinos. Por mi parte, si vivo para regresar a vuestro lado, conozco tan bien la moral de todos mis queridos amigos y conocidos que estoy determinada a no contarles ni una sola palabra para evitar la imputación, a la que su caridad, sin duda, los impulsaría, de que cuento demasiado. Mas confío en que me conozcas lo suficiente como para tener por cierto cuanto aquí afirmo seriamente, si bien tienes mi permiso para sorprenderte ante un relato tan nuevo para ti. Qué dirías si te contara que estuve en un *harem* cuya estancia de invierno estaba revestida con paneles de madera con incrustaciones de madreperla, marfil de diferentes colores y madera de olivo, exactamente como las cajitas provenientes de este país que has visto; y en los aposentos diseñados para el verano, las paredes están cubiertas de porcelana, los techos dorados y los suelos tapizados de suntuosísimas alfombras persas. Sin embargo, nada hay más cierto, así es el palacio de mi encantadora amiga, la hermosa Fátima, a quien conocí en Adrianópolis. Ayer fui a visitarla y, si es posible, me pareció más bella que antes. Me recibió en la puerta de su alcoba y dándome la mano con la mejor gracia del mundo: “Las damas cristianas”, dijo con una sonrisa que la hacía tan hermosa como un ángel, “tienen fama de inconstantes y, por buenos que fueran los augurios que me expresó en Adrianópolis, no esperaba volver a verla; aunque estoy ahora convencida de que es de veras mía la felicidad de agraciarme, y si supiera cómo hablo de usted entre nuestras damas, se convencería de que hará justicia considerándome su amiga.” Me colocó en la esquina del sofá y pasé la tarde conversando con ella con todo el placer del mundo.

La sultana Hafise es, naturalmente, tal como se esperaría que fuese una dama turca; deseosa de complacer, pero no sabe cómo hacerlo, es fácil ver por sus modales que ha vivido apartada del mundo. Pero Fátima posee toda la amabilidad y la buena educación de una corte, con un aire que inspira a la vez respeto y ternura; y ahora que entiendo su lengua, considero su ingenio tan cautivante como su belleza. Siente mucha curiosidad por las costumbres de otros países y no tiene esa parcialidad por las suyas propias, tan común de las mentes estrechas. Una griega que iba conmigo y que no la había visto nunca —tampoco le habrían permitido entrar de no ser porque formaba parte de mi séquito— mostró esa sorpresa ante su belleza y sus modales que resulta inevitable a primera vista, y me dijo en italiano: “No se trata de una dama turca, será, sin duda, cristiana.” Fátima advirtió que hablaba de ella y preguntó que había dicho. No quise decírselo, pues pensé que el cumplido le habría hecho tanta gracia como que le dijiesen a una de las bellezas de nuestra corte que tenía aspecto de turca. Pero la dama griega así lo hizo y Fátima sonrió y dijo: “No es la primera vez que lo oigo.

Mi madre era polaca y la tomaron en el sitio de Kaminiec,[200] y mi padre solía importunarme diciendo que creía que su esposa cristiana había encontrado un galán cristiano, porque yo no tenía aspecto de muchacha turca.” Le aseguré que si todas las damas turcas fuesen como ella, para descanso de la humanidad sería del todo necesario apartarlas de la vista del público y pasé a referirle el revuelo que un rostro como el suyo provocaría en Londres o París. “No puedo creerla”, repuso ella agradablemente, “si la belleza fuese tan valorada en su país como dice, no le habrían permitido a usted marcharse”.

Mi querida hermana, quizás te eches a reír ante mi vanidad al repetir este cumplido, pero lo hago sólo porque lo considero muy bien expresado y es una muestra del espíritu de la conversación de esta mujer. Su casa estaba espléndidamente amueblada, con todo tipo de lujos, sus aposentos de invierno están engalanados con terciopelo, cubiertos de figuras sobre fondos dorados, y los de verano, con finos acolchados indios bordados en oro. Las casas de las grandes damas turcas son limpias, se ve en ellas la misma pulcritud que en las de Holanda. Ésta se encontraba en una parte alta de la ciudad y desde las ventanas de sus aposentos de verano veíamos el mar y las islas y las montañas de Asia. Mi carta se ha hecho tan descabelladamente larga que estoy avergonzada. Es éste muy mal síntoma. Mejor será que no degenera al punto de convertirme en una cuentista en toda regla. Nuestro refrán de que el saber no ocupa lugar puede resultar cierto para una misma, pero saber demasiado a veces hace que resultemos molestos a los demás.

Carta XLII

A lady - -, [201]

Pera, Constantinopla, 16 de marzo de 1718

Es para mí un inmenso placer, mi querida señora, que haya encontrado por fin un encargo que hacerme y que yo pueda responder sin decepcionar sus expectativas, si bien he de decirle que no es tan fácil como quizás se figura y, de no haber sido mi curiosidad más diligente que la de cualquier otra extranjera, hasta ahora le habría contestado con una excusa, como me vi obligada a hacer cuando me rogó que le comprase una esclava griega. Le he conseguido, tal como era su deseo, una carta turca de amor, la cual he puesto en un cofrecito y he ordenado al Capitán del *Smyrniote* que se la entregue junto con esta carta. [202] Su traducción literal es tal como sigue. La primera pieza que sacará de la bolsa es una pequeña perla, que en turco recibe el nombre de *ingi* y debería entenderse de este modo:

Ingi Sensin uzellerin gingi

Perla La más hermosa entre las jóvenes.

Caremfil Caremfilsen cararen yok

conge gulsun timarin yok

benseny chok tan severim

senin benden haberin yok

Clavo de olor Eres esbelta como este clavo;

Eres un pimpollo de rosa;

Hace mucho que te amo

sin que tú lo sepas.

Pul Derdime derman bul

Junquillo Apiádate de mi pasión.

Kihat Biilerum sahat sahat

Papel A todas horas pierdo el sentido.

Ermüt ver bize bir umut

Pera Dame alguna esperanza.

Sabun Derdinden oldum sabun

Jabón Estoy enfermo de amor.

Chemur Ben oliyim size umur

Carbón ¡Que muera y todos mis años sean tuyos!

Gul Ben aglarum sen gul

Rosa ¡Que estés satisfecha y todas tus penas sean mías!

Hazir Oliim sana yazir

Paja Déjame ser tu esclavo.

Jo ha Ustune bulunmaz paha

Tela No hay modo de ponerte precio.

Tartsin Sen ghel ben checkeim senin hargin

Canela Pero mi fortuna tuya es.

Gira Esking-ilen oldum ghira

Cerilla Ardo, ardo, mi llama me consume.

Sirma Uzunu benden ayirma

Hilo de oro No me ocultes tu cara.

Satch Bazmazun tatch

Cabello Corona de mi cabeza.

Uzum Benim iki Giizum

Uvas Mis ojos.

Tel Uluyorum tez ghel

Alambre de oro Me muero —ven pronto.

Y a manera de postdata:

Biber Bize bir dogru haber

Pimienta Envíame una respuesta.[203]

Como verá, esta carta está en verso, y puedo asegurarle que hay tanta fantasía en su elección como en las expresiones más estudiadas con que adornamos las nuestras y, según creo, existe un millón de versos destinados a este uso. No hay color, ni flor, ni hierba, ni fruto, ni piedra, ni pluma que no tenga su propio verso; y ya puede una reñir, reprochar o enviar cartas de pasión, amistad o buena educación, e incluso con noticias, sin tener que mancharse los dedos de tinta.

Imagino que se estará maravillando ante mis profundos conocimientos mas, ¡ay!, señora mía, a punto estoy de ser víctima de la desgracia tan común de los ambiciosos: mientras están ocupados en conquistas lejanas e insignificantes en el extranjero, se gesta en casa una rebelión. Corro grave peligro de olvidar el inglés. Descubro que no me resulta tan fácil escribirlo como hace un año. Me veo obligada a buscar las expresiones, debo excluir todos los demás idiomas e intentar aprender mi lengua materna. El entendimiento humano es tan limitado como el poder o la fuerza humanas. La memoria puede retener apenas un cierto número de imágenes, y a una criatura humana le es tan imposible dominar perfectamente diez lenguas distintas como mantener perfectamente sujetos diez reinos distintos, o luchar contra diez hombres a la vez. Me temo que acabaré sin saber ninguna como es debido. Vivo en un lugar que representa muy bien la Torre de Babel; en Pera hablan turco, griego, hebreo, armenio, árabe, persa, ruso, eslavo, valaco, alemán, holandés, francés, inglés, italiano, húngaro; y, lo que es peor, en mi propia familia se hablan diez de estas lenguas. Mis mozos de cuadras son árabes, mis lacayos franceses, ingleses y alemanes, mi aya armenia, mis doncellas rusas, media docena de otros sirvientes son griegos, mi azafata italiana, mis jenízaros turcos, y vivo escuchando perpetuamente esta mezcla de sonidos, que produce un efecto muy extraordinario en la gente nacida aquí. Aprenden todas estas lenguas a la vez, sin llegar a saber ninguna de ellas lo bastante como para leer y escribir. Pocos son los hombres, mujeres o niños de aquí que no dominen el mismo circunloquio en cinco o seis de ellos. Yo misma conozco a varios niños de tres o cuatro años que hablan italiano, francés, griego, turco y ruso, este último lo aprenden de sus ayas, que en general vienen de ese país. Esto le parecerá increíble y es, a mi modo de ver, una de las cosas más curiosas de este país, algo que quita gran parte de su mérito a nuestras damas que pasan por ser genios tan extraordinarios por el sólo hecho de poseer un conocimiento superficial de francés e italiano. Comoquiera que prefiero el inglés a todas las demás lenguas me siento en extremo mortificada al comprobar la decadencia diaria de este idioma en mi cabeza, donde puedo asegurarle, con gran dolor de mi corazón, que se ha reducido a un número tan pequeño de palabras que no consigo recordar ninguna frase tolerable con la cual concluir mi carta, y me veo obligada a decirle a su señoría, sin más rodeos, que quedo de usted, su humilde servidora.

Carta XLIII

A Wortley,[204]

Constantinopla, 23 de marzo de 1718

He recibido hoy noticias de que el *Greyhound* ha llegado sano y salvo a Esmirna. Ha conducido al ministro a este lugar y mi dinero a manos de mi tío.[205] El Capitán ha escrito que en Cádiz se cruzó con el buque de guerra *Preston*, que llevaba órdenes para Berbería y que no pasaría por esta parte del mundo antes de julio. La señora holandesa[206] es una mujer realmente loca. Le envié un joyero para que le ofreciese dinero por sus perlas y no quiso aceptarlo, y está en su perfecto derecho, porque valen mucho más, mas resulta extraño que reciba una buena oferta y se queje de ella. Pero engaña al Embajador. Su propia vanidad hizo que se descubriera su secreto, que yo mantuve fielmente, y supongo que ahora, él está muy enfadado con ella porque se gasta el dinero en ornamentos. Hizo creer a su marido que lo había hecho para complacerme, y se mostró contenta de deshacerse de ellas, pero al mismo tiempo no quiere perderlas.

Al niño le hicieron el injerto el martes pasado, y ahora está cantando y jugando y se muestra muy impaciente porque le den la cena.[207] Ruego a Dios que en la próxima pueda ofrecer de él noticias tan buenas como éstas. Supongo que sabrá de la retribución que el Rey ha hecho en esta ocasión a la Compañía.[208] Creo que podrá insistir con más justicia en sus pagas extraordinarias que hasta ahora jamás le han sido negadas ni a sir R. Sutton ni a ningún otro embajador.[209]

No puedo someter a la niña al injerto; su aya no ha tenido la viruela.

Carta XLIV

A Wortley,

Constantinopla, 1 de abril de 1718

Su hijo se encuentra todo lo bien que cabía esperar y confío en que esté fuera de todo peligro. El barco que ha traído mis piezas de a ocho ha llegado bien a puerto. Va dirigido al señor Lethieullier, [210] por lo tanto, lo consideré la persona más adecuada a quien acudir para que se ocupase de mi dinero que viene a bordo, lo mandé llamar, le rogué que me lo guardase en su almacén y me ha dado una nota como recibo. Me dice que están ahora más bajos que nunca, estando este lugar lleno de ellos y que él mismo tiene 16.000 inmovilizadas en sus manos, mas sé que cuanto dice no ha de tomarse al pie de la letra. Sin embargo, al haber recibido al mismo tiempo carta de sir John Williams[211] ofreciendo pagarme mis 1600 libras en Inglaterra, no sé si no sería mejor aceptar su oferta, y agradecería que me diera su consejo, pues entiende usted mejor de negocios que yo. No ha contestado a mi pregunta sobre si puede transportar mercancías desde allí sin pagar derechos de aduana. En ese caso, podría cambiar los táleros a cuatro chelines. Le ruego me escriba lo antes posible particularmente sobre este asunto pues sir John Williams desea una pronta respuesta a su oferta.

P.D. Ruego me envíe mis cartas.

Carta XLV

A Wortley,

Constantinopla, 9 de abril de 1718

Tengo la nota del señor Barker[212] por los 2.000 táleros. No le he mencionado a nadie de su intención de marchar antes y no en el buque de guerra, pero ha sido escrito a varias personas de Adrianópolis. Al preguntárseme he contestado, como siempre hago en todo lo referido a sus asuntos, que no sé nada. Percibo por la carta de mi padre que siente deseos de estar bien con nosotros, y tengo muy clara la opinión, si mi opinión puede ser de algún peso para usted, que debería escribirle una carta cortés. El nacimiento de su hija es una ocasión adecuada, y podrá datar la carta como si la hubiera escrito cuando yo acababa de alumbrar. Lo conozco perfectamente bien y estoy segura que un detalle tan nimio le haría gran impresión. No es preciso que tema usted que manifieste yo una gran alegría por nuestro regreso. Espero le resulte menos sorprendente a usted que a mí, que he sufrido en mi propia salud el desasosiego que me ha causado, si bien aquí procuro ocultarlo cuanto puedo. Su hijo está muy bien; me es imposible no decírselo, a pesar de que no pregunte usted por él.

Le ruego me envíe mis otras cartas.

Me he enterado de que el Embajador francés está en Adrianópolis para comprar la Tierra Santa, y que se ofrecen mil bolsas por ella, que han de pasar por sus manos. Creo que no deja escapar ninguna oportunidad.

Mandé llamar al señor Lethieullier hace dos días para hablarle de mis piezas de a ocho; me hizo abundantes cumplidos y ofertas de servicio, diciendo que si le deja usted el dinero en consignación y tiene paciencia de esperarlo, se ocuparía de enviárselo a casa a cuatro chelines o cuatro chelines y seis peniques por tálero. Le dije que le escribiría a usted para informarle. Me figuro que le dará usted las gracias, pero sería muy adecuado pensar más de una vez antes de aceptar. Me pide que me prepare para nuestro viaje sin decirme de qué manera. Si se refiere a asuntos de dinero, le ruego sea más prolijo en sus órdenes.

Me han ofrecido una vajilla dorada al peso. No es de plata fina pero luce igual. Si considera que querrá algo de esta casta, puede resultar una ganga.

Carta XLVI

A lady Bristol,

Constantinopla, 10 de abril de 1718

Finalmente, este 10 de abril de 1718, he tenido noticias, por primera vez de mi querida lady Bristol. Sin embargo, estoy persuadida de que tuvo usted la bondad de escribir antes, pero yo he tenido la mala fortuna de perder sus cartas. Desde mi última misiva he estado tranquilamente en Constantinopla, ciudad de la cual, en conciencia, debería darle a su señoría una idea correcta, pues sé que por los escritos de los viajeros no puede tener usted más que una idea parcial y errada. Es cierto que hay personas que llevan viviendo en Pera muchos años sin haberla visto jamás y, sin embargo, presumen de describirla.

Pera, Tofana y Galata, completamente habitadas por cristianos de origen franco, que juntas ofrecen el aspecto de una bonita ciudad, están separadas de ella por el mar, que no es la mitad de ancho que el Támesis en su parte más ancha, pero los hombres cristianos aborrecen correr los riesgos que a veces encuentran entre los *levents* [marineros] —peores monstruos que nuestros hombres de mar— y las mujeres deben cubrirse la cara para ir allí, algo por lo que sienten verdadera aversión. Es cierto que en Pera llevan velos, mas sirven solamente para permitir que su belleza se exhiba con mayor ventaja, algo que no está permitido en Constantinopla. Esas razones impiden que casi todas las criaturas las vean, y la embajadora francesa regresará a Francia, según creo, sin haber puesto allí los pies. Se sorprenderá, señora mía, cuando sepa que yo he estado allí en varias ocasiones. El *yasmak* [= *asmak*], o velo turco, no sólo se ha convertido para mí en algo natural sino agradable, y si no fuera así, me contentaría con soportar parte de su inconveniente para satisfacer una pasión tan poderosa en mí como es la curiosidad; en realidad, el placer de ir en una gabarra hasta Chelsea no es comparable al de cruzar aquí a remo el canal, donde a lo largo de veinte millas por el Bósforo se nos ofrece la más hermosa variedad de paisajes. El lado asiático está cubierto de árboles frutales, aldeas y de las vistas más deliciosas de la naturaleza. Del lado europeo está Constantinopla, situada sobre siete colinas. Las distintas alturas la hacen parecer tan grande como es —aunque sea una de las ciudades más grandes del mundo—, presentando una agradable mezcla de jardines, pinos y cipreses, palacios, mezquitas y edificios públicos, que se alzan unos encima de otros con una belleza y una apariencia tal de simetría como no ha visto su señoría en ninguna estancia engalanada por la más habilidosa mano, donde los jarrones se exhibieran unos sobre otros, entremezclados con cajas, tacitas y candelabros. Es una comparación muy extraña, pero me da una imagen exacta de la cosa.

He procurado ver del serrallo cuanto hay que ver. Se encuentra sobre una punta de tierra que se adentra en el mar; un palacio de prodigiosa extensión, pero muy irregular; los jardines ocupan una gran porción de terreno y están llenos de cipreses, que es cuanto sé de ellos; los edificios son todos de piedra blanca, emplomados en lo alto, con torrecillas y chapiteles dorados, todos de magnífico aspecto, y en verdad creo que no existe palacio de rey cristiano la mitad de grande que éste. Hay en él seis patios grandes, construidos alrededor, con árboles, y galerías de piedra; uno de ellos es para la guardia, otro para las esclavas, otro para la dotación de la cocina, otro para los establos, el quinto para el diván, el sexto para la estancia destinada a las audiencias. Del lado de las damas hay al

menos otros tantos, con patios destinados a sus eunucos y sirvientes, sus cocinas, etcétera.

La otra estructura admiraba es la de Santa Sofía, que es muy difícil de visitar. Me vi obligada a dirigirme tres veces al *Kaymakam* —gobernador de la ciudad— y éste reunió a los principales efendis o representantes de la ley y preguntó al muftí[213] si era legal permitirlo. Dedicaron varios días a esta importante discusión, mas como insistiera yo en mi petición, me fue concedido el permiso. No se me puede informar por qué cuando se trata de esta mezquita los turcos son más delicados que con cualquiera de las otras, donde al cristiano que le plazca puede entrar sin escrúpulos. Imagino que se figuran que habiendo sido consagrada, con la pretensión de la curiosidad, las personas podrían profanarla con sus plegarias, en especial a aquellos santos visibles aún en mosaicos que no han sido desfigurados más que por los estragos causados por el paso del tiempo, pues es absolutamente falso lo que universalmente se afirma, que los turcos desfiguraron todas las imágenes que encontraron en la ciudad. Se dice que la cúpula de Santa Sofía mide 113 pies de diámetro; está construida sobre arcos, sostenidos por gruesas columnas de mármol, el suelo y la escalinata son también de mármol. Dos filas de galerías se alzan sobre columnas de mármol multicolor, y todo el techo está trabajado con mosaicos, parte del cual se deteriora muy deprisa y cae. Me mostraron un puñado de este techo. La composición se asemeja a esa suerte de vidrio o a la pasta con la cual falsifican joyas. Exhiben aquí la tumba del emperador Constantino, por quien sienten gran veneración. Es ésta una descripción pobre y aburrida de tan célebre edificio, pero entiendo tan poco de arquitectura que temo decir tonterías si me esforzara en hablar de él con más detalle.[214]

Quizás esté equivocada, pero algunas mezquitas turcas me gustan más. La del Sultán Sulaymán es un cuadrado perfecto con cuatro hermosas torres en los ángulos, en medio lleva una noble cúpula sostenida por magníficas columnas de mármol, en los extremos hay dos menores sostenidas de la misma manera, el suelo y la galería de alrededor de la mezquita son de mármol.[215] Bajo la gran cúpula se halla una fuente adornada con unas columnas de colores tan finas que me cuesta trabajo pensar que son de mármol natural. En un lado está el púlpito de mármol blanco y en el otro la pequeña galería para el Gran Señor. Una espléndida escalera conduce hasta ella y está cubierta de celosías doradas. En el extremo superior hay una suerte de altar donde se inscribe el nombre de Dios, y ante él, hay dos candelabros de la altura de un hombre, con cirios gruesos como tres antorchas. El suelo está cubierto de finas alfombras y la mezquita, iluminada con gran número de lámparas. El patio que conduce a ella es muy espacioso, con galerías de mármol y tres fuentes cubiertas con veintiocho cúpulas emplomadas en dos lados, y en su centro, hay una fina fuente de tres pilas. La descripción sirve para todas las mezquitas de Constantinopla; el modelo es exactamente el mismo y sólo difieren en tamaño y riqueza de materiales. La de la Validé es la más grande de todas, construida por completo en mármol; se trata de la más prodigiosa y, creo yo, la más hermosa estructura que jamás haya visto, hecha en honor de nuestro sexo, pues fue fundada por la madre de Mehmet IV.[216] Entre amigas, la iglesia de San Pablo haría un papel lamentable a su lado, al igual que cualquiera de nuestras plazas comparadas con la de Atmaydan, o Plaza de los Caballos, siendo *at* la palabra turca para caballo.

Durante el reinado de los emperadores griegos aquí estaba el hipódromo. En su centro hay una columna de bronce formada por tres serpientes enroscadas con las bocas abiertas. Es imposible saber por qué se erigió tan extraño pilar; los griegos no hacen más que referir fabulosas leyendas cuando se les pregunta por su significado, y no hay señal de que llevara inscripción alguna. En el extremo superior lleva un obelisco de pórfito, traído quizás de Egipto, los jeroglíficos están todos intactos; en mi opinión se trata de antiguos retruécanos. Está colocado sobre cuatro pequeñas

columnas de bronce sobre un pedestal cuadrado de piedra franca lleno de figuras en bajorrelieve por ambas caras, una de ellas representa una batalla, la otra una asamblea. Las otras llevan inscripciones en griego y latín. Copié la última de ellas en mi cuaderno, literalmente dice:

Difficilis quondam Dominis parere serenis

Iussus et extinctis palmam portare Tyrannis

Omnia Theodosio cedunt, sobolique perreni.[217]

Su señor interpretará estos versos. No se figure que son una carta de amor dirigida a él. Todas las figuras conservan las cabezas y me es imposible dejar de reflexionar una vez más sobre la insolencia de los autores que dicen lo contrario, pero me atrevería a jurar que la mayoría de ellos jamás las han visto, sino que tomaron el relato de los griegos, que se resisten con increíble fortaleza a la convicción que sus ojos les muestran toda vez que han inventado mentiras para deshonrar a sus enemigos. Si se les pregunta, para ellos nada digno de verse hay en Constantinopla más que Santa Sofía, a pesar de que existen varias mezquitas más grandes. La del sultán Ahmet tiene la particularidad de que sus puertas son de cobre.[218] En todas estas mezquitas hay pequeñas capillas donde se encuentran las tumbas de los fundadores y sus familias y ante ellas se ven inmensos cirios encendidos.

Las lonjas se hallan todas en edificios nobles, llenos de hermosos callejones, en su mayoría sostenidos por columnas y mantenidos maravillosamente limpios. Cada oficio cuenta con su callejón propio, la mercancía está dispuesta en el mismo orden que en la New Exchange de Londres.[219] En el Bedesten, o barrio de los joyeros, se exhiben tantas riquezas, una cantidad tan copiosa de diamantes y toda suerte de piedras preciosas que deslumbran la vista. El de las bordadoras también es muy brillante, aquí la gente se pasea tanto por diversión como por negocios. Los mercados son en su mayor parte hermosas plazas, admirablemente bien provistos, quizás mejor que en ninguna otra parte del mundo. Sé que espera que diga algo especial sobre el de esclavos, y que se figurará que soy medio turca cuando compruebe que no hablo de ellos con el mismo horror que otros cristianos han demostrado antes que yo, pero no puedo dejar de aplaudir la humanidad de los turcos hacia esas criaturas. Nunca son mal utilizados y su esclavitud no es, en mi opinión, peor que la servidumbre en todo el mundo. Es cierto que no reciben estipendio alguno, pero todos los años les dan ropa por un valor superior al de los salarios de cualquier criado corriente de los nuestros. Objetará usted que los hombres compran mujeres con intenciones malvadas. En mi opinión, son compradas y vendidas tan públicamente y con propósitos más infames en todas nuestras grandes ciudades cristianas. Debo agregar a la descripción de Constantinopla que la Columna Histórica ya no existe, la echaron abajo dos años antes de mi llegada.[220] No he visto otras señales de la antigüedad, salvo los acueductos, tan grandes, que tiendo a creer que son aún más antiguos que el Imperio griego, aunque los turcos le han añadido algunas piedras con inscripciones turcas para darle a su nación el honor de tan magna obra, pero el engaño se descubre fácilmente.

Los demás edificios públicos son los *janes* y los monasterios, las primeras muy amplias y numerosas, los segundos escasos en número y no del todo magníficos. Tuve la curiosidad de visitar uno de ellos y de observar las oraciones de los derviches, tan antojadizas como cualquiera de las de

Roma. Estos hombres tienen permiso para casarse, pero están obligados a llevar un extraño hábito, formado por una sola pieza de basta tela blanca que los envuelve, dejando al desnudo brazos y piernas. Su orden tiene pocas reglas más, salvo la de realizar sus fantásticos ritos todos los martes y viernes, que son como digo a continuación. Se reúnen en un amplio salón, donde están todos de pie, con los ojos clavados en el suelo y los brazos en cruz, mientras el *imam* o predicador lee parte del Alcorán desde un púlpito colocado en el centro; y cuando ha terminado, ocho o diez de ellos forman un melancólico grupo con sus flautas, que no son instrumentos inarmónicos. Luego vuelve a leer y hace una breve exposición sobre lo que ha leído y, a continuación, cantan y tocan hasta que su superior —el único de ellos vestido de verde— se levanta e inicia una suerte de danza solemne. Todos se disponen a su alrededor formando una figura regular y mientras algunos tocan, los demás se atan el hábito, que es muy ancho, bien apretado alrededor de la cintura y comienzan a girar con asombrosa rapidez y, sin embargo, con gran consideración hacia la música, moviéndose más despacio o más deprisa, siguiendo el ritmo de la melodía. La danza prosigue una hora sin que ninguno de ellos dé señales de mostrar el menor mareo, algo de lo que no hay que maravillarse cuando se considera que todos están acostumbrados a bailar de esta guisa desde la infancia, la mayoría de ellos se dedican a esta forma de vida desde el nacimiento, y son hijos de derviches. Entre ellos daban vuelta pequeños derviches de seis o siete años, que no parecían más trastornados por el ejercicio que los demás. Al finalizar la ceremonia gritan, “no hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta” (*sic*), después de lo cual, besan la mano del superior y se retiran. Todo esto se realiza en medio de la más solemne seriedad.

Nada hay más austero que los modales de esta gente. Jamás levantan la vista y parecen dedicados a la contemplación, y a pesar de que al describirlo pueda parecer ridículo, hay algo conmovedor en el aire de sumisión y mortificación que adoptan.

Esta carta es de una extensión horrenda pero podrá usted quemarla cuando haya leído suficiente.

El señor Wortley no ha llegado aún, pero en su nombre, puedo asegurarle a su señoría el respeto que le profesa. Me declaro humilde servidora de mi lord Bristol y del señor Hervey.[221]

Carta XLVII

A la Señora - -, [222]

Es tal la alegría de volver a tener noticias tuyas, Mi querida Señora, que ya no puedo quejarme de haberla perdido, y el placer que me da esta carta que acabo de recibir hoy me hace olvidar por completo las inquietudes de los diez meses pasados.

La ociosidad es la madre de los vicios —como usted sabe— y no teniendo nada mejor que hacer, he hecho una hija. Sé que va a decirme que he hecho muy mal, pero si usted hubiera estado en mi lugar creo —que Dios me perdone— que usted habría hecho dos o tres. En este país para ser acogida entre las bellezas es tan necesario hacer visibles pruebas de juventud, como las pruebas de nobleza para ser acogido entre los Caballeros de Malta. Estaba muy molesta ante tal necesidad, pero al comprobar que me miraban con una franca expresión de desprecio finalmente me he puesto a la moda pariendo como las otras. Por esta razón entre una infinidad de otras, quisiera de todo corazón adelantar mi retorno pues estoy absolutamente obligada a alumbrar todos los años mientras permanezca aquí. La embajadora de Francia ha hecho realidad la alegría de su corazón: acaba de dar a luz y vuelve a estar encinta. Las damas del país sólo tienen en estima a las mujeres según la cantidad de sus producciones; tengo mucho trabajo para persuadirles de que pasar tres meses sin estar encinta es una excusa legítima dado que mi marido se encuentra a cien leguas de mí.

Hago plegarias todos los días para volver a ver mi Rey, mi patria y mis amigos. He sido muy diligente para verlo todo, hablo aceptablemente la lengua y he tenido la ventaja de hacer amistad con las Damas Turcas y de resultarles agradable. Puedo jactarme de ser la primera extranjera que ha tenido ese placer. He visitado una sultana viuda del difunto Emperador y por ese medio he sido informada de todo el tejemaneje del Serrallo; me ha asegurado que la historia del pañuelo tan creída entre nosotros no tiene una sola palabra de cierta.

He conseguido una misiva de amor turca que le traeré y que es verdaderamente tan curiosa, que no deja de maravillarme la estupidez de los viajeros por no haber traído todavía una a Europa. Mi querida Señora, Dios le dé —como dice la frase turca— el placer que la contente y a mí el de volver a verla.

Carta XLVIII

A la condesa de - - ,[223]

Pera, Constantinopla, mayo de 1718

Su señoría puede tener la certeza de que he recibido la suya con gran placer. Me alegra saber que nuestros amigos gozan de buena salud, en especial el señor Congreve quien, según he oído decir, estuvo enfermo de gota. Me dispongo ahora a marchar de Constantinopla, y quizás me acuse usted de hipocresía cuando le diga que lo hago con gran pesar, mas me he acostumbrado a sus aires y he aprendido la lengua. Estoy cómoda aquí, y aunque me gusta viajar, tiemblo de sólo pensar en los inconvenientes que me deparará tan largo viaje con una familia numerosa y una pequeña todavía de pecho. No obstante, en esta ocasión me propongo hacer lo que he hecho hasta ahora en todos los giros extraños que ha tomado mi vida, usarlos, si puedo, a mi favor. Para ello, me paseo todo el día por Constantinopla, envuelta en mi *ferace* y mi *yasmak*, [224] y me divierto viendo cuanto en ella hay de curioso. Sé que esperará que esta declaración vaya seguida de un relato de lo que he visto, pero no estoy de humor para copiar aquello sobre lo que tanto se ha escrito. ¿Con qué propósito debería decirle que Constantinopla fue la antigua Bizancio, que es ahora la conquista de una raza de pueblos supuestamente escitas, que hay en ella cinco o seis mil mezquitas, que Santa Sofía fue fundada por Justiniano, etcétera? Le aseguro que no es por falta de conocimientos que me abstengo de escribir todas estas cosas brillantes. Podría también, con pocos afanes, recurrir a Knolles y a sir Paul Rycout para darle una lista de emperadores turcos, pero no le diré lo que puede usted encontrar en todos los autores que han escrito acerca de este país. [225]

Me siento más inclinada, por efecto de un genuino espíritu femenino de contradicción, a hablarle de la falsedad de gran parte de lo que encuentre usted en los autores, como por ejemplo, el admirable señor Hill, [226] quien tan seriamente manifiesta que en Santa Sofía vio una columna que transpiraba un material muy balsámico para cabezas trastornadas. No existe la menor tradición de nada parecido, y supongo que le sería revelado en una visión durante su maravillosa estancia en las catacumbas egipcias, pues estoy segura de que aquí jamás oyó hablar de un milagro de esa casta. También resulta agradable observar con qué ternura él y toda la hermandad de escritores de viajes lamentan el miserable encierro de las damas turcas que son, quizás, más libres que ninguna otra dama del universo, y las únicas mujeres del mundo que llevan una vida de ininterrumpido placer, libre de cuidados, y dedican todo su tiempo a hacer visitas, a bañarse o a la agradable diversión de gastar dinero e inventar nuevas modas. Por loco sería tenido el marido que exigiese cualquier clase de economía a su esposa, cuyos gastos no tienen más limitación que las impuestas por su propia fantasía. El trabajo de él es ganar dinero y el de ella gastarlo, y tan noble prerrogativa se extiende a la más miserable de este sexo. He aquí un hombre cargado con pañuelos bordados para vender, persona tan miserable como puede usted suponer a tan mísero comerciante, sin embargo, le aseguro que su esposa desprecia llevar nada que sea inferior a las telas de oro, posee sus pieles de armiño y un muy bonito juego de joyas para la cabeza. Viajan al extranjero cuando y adonde les place. Es cierto que no tienen más lugares públicos que los baños, y allí sólo pueden ser vistas por las de su propio sexo. Sin embargo, se trata de una diversión que les procura gran placer.

Hace tres días estuve en el más espléndido de la ciudad y tuve ocasión de ver el recibimiento de una novia turca y todas las ceremonias empleadas en esa ocasión, lo cual me hizo recordar el epitalamio de Helena escrito por Teócrito,[227] y tengo para mí que las mismas costumbres se han perpetuado desde entonces. Todas las amigas, parientes y conocidas de las dos familias recientemente aliadas se encuentran en los baños. Otras asisten empujadas por la curiosidad y creo que ese día había al menos 200 mujeres. Las que estaban o habían estado casadas se distribuían alrededor de la estancia, en los sofás de mármol, pero a las vírgenes se las despojaba rápidamente de sus ropas y aparecían sin más ornamento o abrigo que su propio cabello largo trenzado con perlas o cintas. En la puerta, dos de ellas recibieron a la novia, que llegaba con su madre y otra pariente importante. Era una hermosa doncella de unos diecisiete años, ricamente vestida y cubierta de brillantes joyas, a quien las demás se apresuraron en dejar tal como había venido al mundo. Otras dos llenaron vasijas de plata dorada con perfume y comenzaron el desfile, seguidas de las restantes, formadas en parejas hasta el número de treinta. Las que iban al frente cantaron un epitalamio al que las demás contestaban a coro, y las dos últimas conducían a la hermosa novia, que iba con los ojos clavados al suelo, afectando una modestia encantadora. En este orden marcharon por las tres amplias estancias de los baños. No es fácil referirle la belleza de esta vista, la mayoría de ellas eran bien proporcionadas y de piel blanca, todas ellas perfectamente suaves y limpias por el uso frecuente del baño. Después del recorrido, la novia fue llevada otra vez en presencia de todas las matronas distribuidas en las estancias, quienes la saludaron con un cumplido y un regalo, algunos eran joyas, otros piezas de género, pañuelos o pequeñas galanterías de esa suerte, que ella les agradecía besándoles la mano.

Fue para mí una verdadera satisfacción haber visto esta ceremonia y puede creerme que las damas turcas tienen por lo menos tanto ingenio y tan buena crianza, mejor dicho, libertad, como nuestras damas. Es cierto que las costumbres que les dan tantas oportunidades de gratificar sus inclinaciones malignas —si tienen alguna— también las ponen plenamente en manos de sus maridos para que éstos se venguen de ellas si son descubiertas, y no dudo que algunas veces sufren de manera muy severa por sus indiscreciones. Hace dos meses, al rayar el alba, no muy lejos de mi casa, encontraron el cuerpo sangrante y desnudo de una joven mujer, envuelto apenas en una basta sábana, con dos heridas de cuchillo, una en el costado y otra en el pecho. Todavía no se había enfriado del todo y su belleza era tan sorprendente, que pocos fueron los hombres en toda Pera que no se acercaron a verla, mas ninguno de ellos sabía quién era, pues el rostro de las mujeres es desconocido. Se cree que durante la noche la trajeron ya muerta del lado de Constantinopla para dejarla allí. Pocas indagaciones se hicieron sobre el asesino, y el cadáver fue enterrado en privado y sin ruido. El asesinato nunca es perseguido por los funcionarios del rey como ocurre entre nosotros. Corresponde a los parientes cercanos vengar a la persona muerta y si prefieren arreglar la cuestión con dinero, como hacen generalmente, no se dice nada más. Se diría que este defecto de su gobierno debería hacer muy frecuentes tales tragedias, sin embargo, son extremadamente raras, lo cual basta para probar que la gente de aquí no es cruel por naturaleza, tampoco creo que en muchos otros aspectos sean merecedores del carácter tan bárbaro que les atribuimos.

He entablado amistad con una mujer cristiana de buena crianza, dama muy agradable y sensata, que eligió vivir con un marido turco. Su historia es tan extraordinaria que me es imposible no referírsela. Se trata de una señora española, que vivía en Nápoles con su familia cuando ese Reino formaba parte de los dominios españoles.[228] Viajando desde esas tierras en una faluca, acompañada de su hermano, fueron atacados por el Almirante turco, abordados y apresados; ¿cómo

continuar contándole recatadamente el resto de su aventura? Le aconteció el mismo accidente sufrido por la hermosa Lucrecia[229] tantos años antes que ella, pero era demasiado buena cristiana para quitarse la vida como hizo la pagana de Roma. El almirante quedó tan subyugado por la belleza y el largo sufrimiento de la bella cautiva que, como primer cumplido hacia ella, liberó inmediatamente a sus sirvientes y a su hermano, quien regresó inmediatamente a España y, al cabo de unos meses, envió la suma de 4.000 libras esterlinas para rescatar a su hermana. El turco aceptó el dinero, se lo entregó a ella y le dijo que era libre, pero la dama sopesó discretamente el tratamiento distinto que, con toda probabilidad, recibiría en su país natal. Seguramente, la cosa más amable que harían con ella sus parientes católicos sería confinarla a un convento el resto de sus días. Su amante infiel era muy bien parecido, muy tierno, le tenía afecto y se desvivía por poner a sus pies toda la magnificencia de Turquía. La dama le contestó muy resuelta que para ella su libertad no valía tanto como su honor y que de la única manera que podía él restituírselo era desposándola. Le pidió que aceptara el rescate como dote y que le diera la satisfacción de saber que ningún hombre podía jactarse de haber tenido sus favores sin ser su marido. Extasiado ante esta oferta, el almirante mandó devolver el dinero a los parientes de ella diciendo que era inmensa su dicha por poder tener tan preciada posesión. La desposó y jamás tomó otra esposa y —como ella misma dice— ella nunca tuvo motivos para arrepentirse de la decisión tomada. Años más tarde, al morir el marido, ella se convirtió en una de las viudas más acaudaladas de Constantinopla, mas las mujeres solas no tienen aquí fama de honorables, consideración que la obligó a casarse con el actual capitán bajá —es decir, almirante—, sucesor de su marido.[230] Temo que piense usted que mi amiga se enamoró de su estuprador, pero estoy dispuesta a aceptar su palabra de que actuó únicamente impulsada por principios honorables, si bien creo que pudo verse razonablemente conmovida por la generosidad de él, rasgo bastante frecuente entre los turcos de alcurnia.

Es signo de generosidad decir la verdad, y raro es el turco que sostenga una solemne falsedad. No hablo de los de baja calaña, pues como la ignorancia abunda, entre ellos es poca la virtud que existe, y los falsos testigos son mucho más baratos que en la cristiandad, pues esos miserables no son castigados —ni siquiera cuando son descubiertos públicamente— con el rigor debido. Hablaré ahora a sus leyes, no sé si le he mencionado alguna vez una costumbre peculiar de este país. Me refiero a la adopción, muy común entre los turcos y todavía más entre griegos y armenios. Como no está en su poder dejar sus bienes a un amigo o pariente lejano para evitar que vaya a parar al caudal del Gran Señor, cuando no les es posible tener hijos propios, escogen entre los más pobres a alguna criatura hermosa de cualquiera de los dos sexos, llevan a la criatura y a sus padres en presencia del cadí, y declaran ante él que lo reciben como su heredero. En ese mismo acto los padres renuncian a toda reclamación futura, se redacta una escritura de la que se da fe y una criatura adoptada de esta guisa no puede ser desheredada. No obstante, he visto algunos pordioseros que se han negado a separarse de sus hijos de esta manera para entregárselos a los griegos más ricos, ¡qué poderoso es el amor instintivo de los padres! Sin embargo, los padres adoptivos son generalmente muy tiernos con estos hijos de sus almas, como los llaman. Debo reconocer que esta costumbre me agrada mucho más que la nuestra tan absurda de perpetuar nuestro apellido. Considero que es mucho más razonable hacer feliz y rico a un niño a quien yo eduque a mi manera, o críe sobre mi regazo, como lo expresa la frase turca, y que ha aprendido a mirarme con respeto filial, que entregar una heredad a una criatura sin más mérito ni parentesco que la una a mí que el de unas pocas letras. Sin embargo, se trata de un absurdo practicado con bastante frecuencia.

Ahora que he mencionado a los armenios, quizás sea agradable contarle algo de esa nación, con

la cual, estoy segura, no está usted en absoluto familiarizada. No la importunaré describiéndole la situación geográfica de su país, cosa que puede usted ver en el mapa, ni con el relato de su antigua grandeza, cosa que podrá leer en la historia romana. Están ahora sometidos a los turcos y, siendo muy industriosos para el comercio, y como aumentan y se multiplican, se hallan dispersos en gran número por todos los dominios turcos. Fueron, como dicen ellos, convertidos a la religión cristiana por San Gregorio,[231] y quizás sean los cristianos más devotos del mundo. Los principales preceptos de sus sacerdotes los obligan a cumplir estrictamente con la Cuaresma, que dura al menos siete meses al año, y de la que no son dispensados ni siquiera en la más extrema de las necesidades. No tienen excusa alguna si llegan a probar algo más que hierbas o raíces, sin aceite y un mendrugo de pan. Es ésta su dieta de Cuaresma. El señor Wortley tiene un intérprete de esta nación, y el pobre hombre llegó a estar tan débil por la severidad de sus ayunos que se temía por su vicia, aun así, ni las órdenes de su amo ni las súplicas del médico —quien declaró que nada más podría salvarle la vida— fueron lo bastante poderosas como para hacerle cambiar de idea y tomar dos o tres cucharadas de caldo. Exceptuando este aspecto, que más bien puede llamarse costumbre que artículo de fe, veo que su religión difiere bien poco de la nuestra. Si bien es cierto que parecen inclinarse demasiado por la doctrina del señor Whiston,[232] no considero yo que la iglesia griega esté muy alejada de ella, pues la verdad es que insistir en que el Espíritu Santo sólo procede del Padre no lleva más que a una subordinación lisa y llana del Hijo. Pero los armenios no conocen la transustanciación, a pesar de la versión que sir Paul Rycout ofrece de ellos[233] —tiendo a creer que esa versión fue pensada para halago de nuestra corte en 1679— y sienten verdadero horror por quienes de entre ellos se pasan a la religión de Roma.

Lo más extraordinario de sus costumbres es su matrimonio, una ceremonia que, en mi opinión, no tiene igual en todo el mundo. Siempre se prometen muy jóvenes, mas los novios no se ven nunca hasta tres días después de celebrada la boda. La novia es conducida a la iglesia ataviada con un sombrero grande, cubierta de pies a cabeza por un velo de seda roja. El sacerdote le pregunta al novio si estaría dispuesto a casarse con esa mujer aunque fuese sorda y ciega. Estas son literalmente las palabras que usan, y una vez que contesta que sí, la novia y todos los parientes y amigos por ambas partes van cantando y bailando hasta la casa del novio donde la recién casada es depositada sobre un cojín, en un extremo del sofá, pero nunca le levantan el velo, ni siquiera su marido, hasta que lleven tres días casados. Estas costumbres tienen algo tan extraño y monstruoso que me negaba a creerlas hasta que yo misma pregunté a varios armenios; todos ellos me aseguraron que son ciertas, especialmente un joven muchacho que lloraba al contármelo, pues su madre lo había prometido a una muchacha con la que debía desposarse de esta manera, a pesar de que me hizo saber que prefería morir a someterse a esa esclavitud pues imagina a su novia con todas las deformidades posibles de la naturaleza.

La imagino a usted persignándose al conocer esta terrible relación. Mi carta no puede concluir con una historia más sorprendente, sin embargo, le aseguro que es tan cierta como que quedo de usted, mi querida hermana, etcétera...

Carta XLIX

Al abad Conti,

Pera, Constantinopla, 19 de mayo de 1718

Es una inmensa alegría para mí tener noticias tuyas y mi vanidad —esa favorita flaqueza humana—[234] se ve halagada en no escasa medida por las preguntas poco comunes que me hace, si bien soy del todo incapaz de contestarlas y, si en verdad fuera tan buen matemático como lo fue el mismo Euclides, hace falta una estancia de siglos para realizar justas observaciones sobre el aire y los vapores.

No llevo aquí todavía un año y estoy a punto de marcharme; mi destino es vagar. Se sorprenderá usted, ciertamente a nadie sorprende tanto como a mí. Quizás me acuse de estupidez y pereza, o de ambas cosas, por marcharme de aquí sin ofrecerle algún relato sobre la corte turca. Sólo puedo decirle que si me hace usted la cortesía de leer a sir Paul Rycaut, encontrará un relato completo y cierto sobre los visires, los *Beylerbeyes*,[235] el gobierno civil y espiritual, los funcionarios del serrallo, etcétera, cosas de las cuales es muy fácil procurarse listas y de las cuales, por tanto, se puede confiar, aunque en el caso de otras historias, sabe Dios —y no digo más— que todo el mundo es libre de escribir sus propias observaciones. Los modales de la gente pueden cambiar o algunos de ellos escapar a la observación de los viajeros, pero no puede decirse lo mismo del gobierno, por ese motivo, como nada nuevo puedo referirle, me limitaré a no hablar de ello. Igual silencio corresponderá al arsenal y a las Siete Torres, en cuanto a las mezquitas, le he descrito ya con todo detalle una de las más nobles; pero no puedo dejar de hacerle notar un error de Gemelli[236] —si bien a él le honro en mayor grado que a los demás escritores de viajes—. Dice que no quedan restos de Calcedonia. Se trata sin duda de un error. Estuve allí ayer y crucé el canal en mi galera, siendo muy estrecha la mar que separa esa ciudad de Constantinopla. Sigue siendo una gran ciudad y en ella hay varias mezquitas. Los cristianos siguen llamándola Calcedonia, mientras que los turcos le dan un nombre que he olvidado, y que no es más que una deformación de la misma palabra.[237] Supongo que se trata de un error de su guía, que su corta estancia le impidió corregir, pues tengo un gran aprecio por su veracidad en otros asuntos.

Nada puede haber más grato que el canal y los turcos están tan familiarizados con sus bellezas que todas sus sedes de esparcimiento están construidas en sus orillas, desde donde disfrutan, al mismo tiempo, de las vistas más hermosas de Europa y Asia. Entre ambas suman unos cientos de magníficos palacios. Siendo aquí la grandeza humana más inestable que en ninguna otra parte, es frecuente que los herederos de un gran bajá de tres colas no sea lo bastante rico como para mantener la casa que construyó; de este modo, al cabo de pocos años todos acaban en ruinas. Fui ayer a visitar el palacio del desaparecido Gran Visir, muerto en Petrovaradin. Fue construido para recibir a su novia real, hija del actual Sultán, pero no vivió para verla. Siento muchas ganas de describírselo, pero pongo freno a esa inclinación, sabiendo muy bien que no puedo darle, ni siquiera con la mejor de mis descripciones, una idea como debería darle. Está situado en uno de los parajes más deliciosos del canal, le hace de fondo un hermoso bosque situado en la ladera de una colina. Su extensión es prodigiosa; el guardián me aseguró que cuenta con 800 estancias. No puedo responder por la

veracidad del dato, pues no las he contado, pero lo cierto es que el número es muy grande y que su conjunto está engalanado con profusión de mármoles, dorados y pinturas de flores y frutas de lo más exquisitas. Todas las ventanas de guillotina llevan vidrio cristalino del más fino, traído de Inglaterra, y la magnificencia más costosa que pueda usted suponer en un palacio fundado por un hombre vano, joven y opulento, con la riqueza de un vasto imperio a su disposición. Pero la parte que más me maravilló fueron las estancias destinadas a los baños. Hay dos, contruidos exactamente del mismo modo, que se corresponden; las bañeras, fuentes y suelos son todos de mármol blanco, los techos dorados, y las paredes cubiertas de porcelana; lindando con ellos hay dos estancias, cuya parte superior está dividida en un sofá; hay en las cuatro esquinas unos receptáculos en forma de concha, hechos en mármol blanco, por los cuales baja el agua desde lo alto hasta la parte baja de la estancia, donde cae en una pila grande, rodeada de tubos que proyectan el agua casi hasta el techo. Las paredes están hechas en forma de celosías y a ellas se aferran por el lado de afuera vides y madreselvas que forman una suerte de tapiz verde y proyectan una agradable oscuridad en estas deliciosas recámaras. Debería continuar y hablarle de algunas de las otras estancias, todas dignas de curiosidad, pero es más difícil describir un palacio turco que cualquier otro, pues su construcción es del todo irregular. No hay nada que pueda llamarse adecuadamente frente o alas y, aunque tal confusión es, creo yo, agradable a la vista, en una carta resultaría ininteligible. Sólo agregaré que la recámara destinada al Sultán cuando visita a su hija, está revestida con paneles de madreperla fijados con esmeraldas a modo de clavos; hay otras con taraceados de madera de olivo y madreperla, así como recubiertas de cerámica. Las galerías, numerosas y muy amplias, están adornadas con jarrones de flores y platos de porcelana de todo tipo de frita, tan bien hechos en yeso y coloreados con tanta alegría que ofrecen un efecto encantador.[238] El jardín es adecuado a la casa; en él, pérgolas, fuentes y senderos se combinan en agradable confusión. No falta ornamento alguno, salvo las estatuas.

Como verá usted, señor, estas gentes no son tan poco refinadas como nosotros las describimos. Cierto es que su magnificencia tiene un gusto distinto del nuestro, quizás mejor. Tiendo a opinar que poseen una idea acertada de la vida; ellos la dedican a la música, los jardines, el vino y las comidas delicadas, mientras que nosotros nos devanamos los sesos con conspiraciones políticas o estudiando alguna ciencia que jamás conseguiremos alcanzar o, si lo hacemos, no podremos persuadir a otros que le otorguen el mismo valor que nosotros le damos. Es verdad que aquello que sentimos y vemos nos lo hemos ganado apropiadamente —si esto es posible—, pero el bien de la fama, la locura de la adulación, casi nunca se compran y, cuando se obtienen, ¡qué pobre la recompensa por la pérdida de tiempo y riquezas! Morimos o nos hacemos viejos y decrepitos antes de que alcancemos a cosechar los frutos de nuestros afanes. Considerando que los hombres son animales débiles y de corta vida, ¿existe acaso un estudio más beneficioso que el estudio del placer presente? No me atrevo a continuar; quizás haya dicho demasiado, pero dependo del verdadero conocimiento que tiene usted de mi corazón. No espero de usted las insípidas pullas que recibiría de otros en respuesta a esta carta. Usted sabe cómo separar la idea del placer de la del vicio, y éstas sólo están mezcladas en la cabeza de los necios, aunque le permito que se ría de mí por la sensual declaración que voy a hacerle: preferiría ser un rico efendi con toda su ignorancia y no sir Isaac Newton con toda su sabiduría. Quedo de usted, señor, etcétera.

Carta L

Al abad Conti,

Túnez, 31 de julio de 1718

Salí de Constantinopla el seis del mes pasado y es éste el primer puerto desde donde puedo enviar una carta, aunque a menudo he deseado contar con la oportunidad de poder transmitir parte del placer que he encontrado en este viaje por la zona más agradable del mundo, donde cada escena me inspira una idea poética.

Embargado por un cálido éxtasis poético contemplo
Las Islas Inmortales y el conocido Mar,
Donde tantas veces la Musa ha tañido su arpa
que a las cimas de todas las montañas ha cantado.[239]

Le ruego me disculpe por este arrebató, continuaré, si puedo, el resto de mi relación en sencilla prosa. Al segundo día de nuestra partida pasamos por Gallípoli, hermosa ciudad situada en la Bahía de Quersoneso, muy respetada por los turcos por ser la primera ciudad que tomaron en Europa. A las cinco de la mañana siguiente anclamos en el Helesponto entre los Castillos de Sestos y Abidos, ahora llamado los Dardanelos. Hay ahora dos pequeños castillos antiguos, pero sin ninguna fortaleza, dominados por detrás por un terreno elevado en el cual, debo confesar, jamás habría reparado de no haberlo mencionado nuestro Capitán y sus oficiales, pues mi imaginación estaba por completo ocupada con la trágica historia que usted tan bien conoce:

El amante nadador y la novia nocturna,
Así amó Hero y así murió Leandro.[240]

¡Versos otra vez! Sin duda me ha trastornado el aire poético por el que he pasado. El de Abidos es indudablemente muy amoroso, pues esa blanda pasión traicionó al castillo e hizo que cayera en manos de los turcos durante el reinado de Orchanes, que lo sitió.[241] La hija del gobernador, al imaginar que había visto en sueños a su futuro esposo, aunque no se sabe si había dormido mal pensando en el pastel de bodas ni si había observado la festividad de Santa Inés[242] más tarde imaginó ver a su amado en la figura de uno de sus sitiadores y, deseosa de obedecer su destino, le lanzó una nota por encima del muro ofreciéndole su persona y la entrega del castillo. Él mostró la nota a su general quien consintió en poner a prueba la sinceridad de las intenciones de la muchacha, ordenó la retirada del ejército y al joven muchacho que regresase a medianoche con un cuerpo selecto de hombres. Ella lo dejó entrar a la hora señalada; el joven destruyó la plaza fuerte, hizo

prisionero al padre de la muchacha y se casó con ella. Esta ciudad está en Asia, su primera fundación se debe a los milesios. Sestos se encuentra en Europa y en otros tiempos fue la ciudad más importante del Quersoneso. Desde que he visto el estrecho no encuentro nada de improbable en la aventura de Leandro ni de maravilloso en exceso en el puente de barcas de Jerjes.[243] Es tan angosto, que no me sorprende que un joven amante intentara atravesarlo a nado ni que un rey ambicioso intentara cruzar por él a todo su ejército. No es menos cierto, sin embargo, que en él se producen muchas tormentas y no me sorprende que el amante pereciera ni que el puente se rompiera. De ahí pudimos ver el Monte Ida,

Donde Juno acarició cierta vez a su amado Júpiter

Y el amo del mundo quedó subyugado por el amor.[244]

A pocas leguas de navegación de allí vi la punta de tierra donde enterraron a la pobre y anciana Hécuba[245] y a una legua de ese lugar está el cabo de los Jenízaros, el famoso promontorio de Sigeo, donde anclamos y mi curiosidad me dio fuerzas para subir hasta su cima y contemplar el lugar donde Aquiles fue enterrado y donde Alejandro corrió desnudo en su honor alrededor de su tumba, [246] lo cual, sin duda, sirvió de gran consuelo a su espíritu. Vi allí las ruinas de una ciudad muy grande y encontré una piedra sobre la cual el señor Wortley distinguió claramente las palabras de Sigaeon Polin.[247] Mandamos que la subieran a bordo del barco, pero nos mostró otras mucho más curiosas un sacerdote griego, aunque se trataba de un hombre ignorante incapaz de ofrecer un relato tolerable de nada. A ambos lados de la puerta de su pequeña iglesia hay sendas grandes piedras de unos diez pies de largo, cinco de ancho y tres de grosor. La de la derecha es de fino mármol blanco, bellamente tallada en bajorrelieve. Representa a una mujer que parece encarnar a alguna divinidad sentada en una silla con un escabel, ante ella se ve a otra mujer que llora y le ofrece un niño al cual lleva en brazos, seguida por una procesión de mujeres llevando a sus hijos de la misma forma. Sin duda formaba parte de una antigua tumba, pero no me atrevo a pretender dar una explicación verdadera. En la piedra de la izquierda hay una hermosa inscripción que, estoy segura de haber copiado exactamente, pero el griego es demasiado antiguo para que el señor Wortley pueda interpretarlo. He aquí la copia exacta. [En el manuscrito siguen once líneas dobles escritas en griego, copiadas aparentemente por otra persona.] Lamento mucho no tener el original conmigo, que podría haberse comprado por poco dinero a los pobres habitantes, pero nuestro capitán nos aseguró que sin las máquinas adecuadas, era imposible llevarla hasta el mar y aun contando con ellas y pudiendo transportarlas hasta allí, su barco no habría sido lo bastante grande como para albergarla.

Las ruinas de esta gran ciudad están ahora habitadas por pobres campesinos griegos que visten el hábito tradicional quiota, las mujeres llevan enaguas cortas atacadas con tirantes a los hombros y mangas amplias y ahuecadas de lino blanco, con zapatos y medias limpios, y en la cabeza lucen una amplia pieza de muselina que cae en grandes pliegues sobre los hombros. Uno de mis compatriotas, el señor Sandys, cuyo libro no me cabe duda habrá leído usted como el mejor de su casta,[248] al hablar de estas ruinas las supone pertenecientes a la fundación de una ciudad iniciada por Constantino antes de construir Bizancio, mas no veo ninguna buena razón para tal supuesto y tiendo a creerlas mucho más antiguas. Desde este promontorio vimos claramente el río Simois bajar del monte Ida y fluir por un ancho valle. Es ahora un río considerable llamado Simores y recibe en el

valle al Escamandro, que parecía un pequeño arroyo medio cubierto de barro, pero que posiblemente en invierno es más caudaloso. Entre los dioses recibía el nombre de Janto, tal como nos cuenta Homero,[249] y luego llevó el divino nombre de Escamandro, hasta que la aventura que monsieur de la Fontaine nos ha referido tan agradablemente abolió esa ceremonia pagana.[250] Cuando el arroyo se junta con el Simois fluyen juntos hasta el mar.

Cuanto queda ahora de Troya es el terreno sobre el cual se erigió, pues estoy firmemente convencida de que los restos de antigüedades que pueden encontrarse a su alrededor son mucho más modernos y creo que Estrabón sostiene lo mismo.[251] Sin embargo, hay un cierto placer en ver el valle donde yo imaginé el famoso duelo entre Menelao y París,[252] y donde estuvo emplazada la ciudad más grande del mundo, sin duda, el emplazamiento más noble que pueda encontrarse para el centro de un gran imperio, muy preferible al de Constantinopla, siendo allí el puerto conveniente para los barcos de todas partes del mundo y el de Constantinopla inaccesible durante casi seis meses al año, cuando sopla el viento del norte. Al norte del promontorio de Sigeo vimos el de Roeteum, famoso por encontrarse allí el sepulcro de Áyax. Mientras avistaba estos célebres campos y ríos, admiraba la geografía exacta de Homero, a quien tenía en la mano. Casi cada uno de los epítetos que aplica a una montaña o un llano es el adecuado, y pasé varias horas en cavilaciones tan agradables como las que Don Quijote tuvo en la cueva de Montesinos.[253] Esa noche zarpamos hacia la orilla donde vulgarmente se dice que estaba Troya y me tomé la molestia de levantarme a las dos de la madrugada para ver con serenidad las ruinas que comúnmente se enseña a los extranjeros y que los turcos llaman *eski-Stamboul*, es decir, la antigua Constantinopla.[254] Por ese motivo, así como por otros, conjeturo que son los restos de esa ciudad fundada por Constantino.[255] Alquilé un asno —único transporte posible en estas tierras— para poder adentrarme unas millas en el campo y recorrer las antiguas murallas, que son de vasta extensión. En lo alto de una colina hallamos los restos de un castillo y otro en un valle, varias columnas rotas y dos pedestales de los que tomé las siguientes inscripciones latinas. [Siguen dos inscripciones de nueve y doce líneas.] No me cabe duda de que los restos de un templo cerca de este lugar son las ruinas de uno dedicado a Augusto,[256] no sé por qué el señor Sandys lo denomina templo cristiano, pues los romanos ciertamente construyeron por los alrededores. Hay aquí muchas tumbas de fino mármol y enormes piezas de granito, que se ven a diario mermadas por las prodigiosas bolas que los turcos sacan de ellas para sus cañones.

Pasamos esa noche en la isla de Tenedos, en otros tiempos bajo los auspicios de Apolo, pues la entregó como parte de sus bienes cuando cortejaba a Dafne.[257] No tiene más de diez millas, pero en aquellos tiempos era muy rica y bien poblada, y sigue siendo famosa por sus excelentes vinos. Nada digo de Tenes, héroe epónimo de la isla, pero al nombrar Mitelene, por donde pasamos después, no puedo evitar mencionar a Lesbos, donde Safo cantó y Pítaco reinó, famosa por el nacimiento de Alceo, Teofrasto y Arión, esos maestros de la poesía, la filosofía y la música.[258] Fue ésta una de las últimas islas que quedaron bajo dominio cristiano después de la conquista de Constantinopla por los turcos.[259] ¿Es preciso acaso que le hable de los Cantacuceno,[260] príncipes con quienes está usted tan familiarizado como yo misma? Con pena por mi parte zarpamos de esta isla poniendo rumbo al mar Egeo, ahora archipiélago, dejando Quios —la antigua Chios— a la izquierda, que es la isla más rica y poblada de todas, fructífera en algodón, trigo y seda, sembrada de huertos de naranjos y limoneros, donde se encuentra la montaña llamada Arusia, célebre aún por el néctar del que habla Virgilio.[261] Se encuentra aquí la mejor manufactura de sedas de toda Turquía. La ciudad está bien construida, las mujeres son famosas por su belleza y llevan la cara al descubierto, como en la cristiandad. Hay aquí muchas familias ricas, aunque confinan su

magnificencia al interior de sus casas para evitarse la envidia de los turcos, que tienen aquí un bajá. Sin embargo, disfrutaban de razonable libertad y ceden al genio de su país,

Y pasan el tiempo comiendo, cantando y bailando,
frescos como sus huertos y felices como su clima.[262]

Las cadenas les pesan poco si bien no hace mucho que les fueron impuestas, pues no estuvieron bajo los turcos hasta 1566; mas quizás sea tan fácil obedecer al Gran Señor como al estado de Génova, a quienes fueron vendidos por el emperador griego. Me dejo llevar por estos toques históricos, muy impertinentes cuando le escribo a usted.

Cruzando el estrecho entre la isla de Andros y la Acaya —ahora Libadia— vimos el promontorio de Sunión —ahora llamado cabo Colonna—, donde siguen en pie las imponentes columnas de un templo de Minerva. Esta venerable vista me hizo pensar con doble pena en el hermoso templo de Teseo que, tengo la plena certeza, seguía casi intacto en Atenas hasta la última campaña en Morea, cuando los turcos lo llenaron de pólvora y accidentalmente voló por los aires.[263] Puede creerme cuando le digo que tenía muchas ganas de descender hasta el célebre Peloponeso, aunque no fuera más que para ver los ríos Asopo, Peneo, Inaco y el Eurotas, los campos de Arcadia y otros escenarios de la antigua mitología. Mas en lugar de semidioses y héroes me informaron de modo creíble que ahora está invadida de ladrones y que podía correr un gran riesgo de caer en sus manos si emprendía semejante viaje por un país desierto, por el cual, sin embargo, siento tanto respeto que me cuesta gran esfuerzo evitar importunarlo con toda su historia desde la fundación de Micenas y Corinto[264] hasta su última campaña en esas tierras. Pero pongo freno a esa inclinación, como hice con la de descender, y rodeamos tranquilamente el cabo Angelo, antes llamado Malea, donde no vi restos del famoso templo de Apolo. Esa noche avistamos Candía. Es muy montañosa; distinguimos claramente el monte Ida. La autoridad de Virgilio proclamó entonces que había aquí 100 ciudades.

Centam urbes habitant magnas[265] la principal de ellas, Knossos, escenario de monstruosas pasiones.[266] Se dice que Metellus fue quien conquistó por primera vez el lugar natal de Júpiter.[267] Cayó más tarde en manos de ——. Sigo directamente con el sitio de Candía[268] y estoy tan enfadada conmigo misma que pasaré por alto todas las demás islas con esta reflexión general, que es imposible imaginar nada más agradable que este viaje hace dos o tres mil años, cuando, después de beber té con Safo podía haber ido esa misma tarde a visitar el templo de Homero en Quios,[269] y haber pasado este viaje dibujando planos de los magníficos templos, delineando las milagrosas estatuas y conversando con los más corteses y alegres de la humanidad. ¡Ay, el arte se ha extinguido aquí! Solamente quedan las maravillas de la naturaleza; fue con enorme placer que observé la del monte Etna, el brillo de cuya llama se distingue de noche a muchas leguas desde el mar, y llena la cabeza de mil conjeturas. Sin embargo, respeto demasiado la filosofía como para imaginar que pudiera dar forma a la de Empédocles, y Luciano nunca me hará creer semejante chisme de un hombre de quien Lucrecio dice: *vix humana videatur stirpe creatus*,[270]

Pasamos por Trinacria[271] sin escuchar a las sirenas que describe Homero, y no habiendo sido arrojados contra Escila ni Caribdis, llegamos a salvo a Malta,[272] antes llamada Melita por la abundancia de miel. Se trata de una roca entera cubierta de muy poca tierra. El gran maestro vive

aquí como príncipe soberano,[273] pero su fuerza en el mar está ahora muy mermada. Las fortificaciones son consideradas como las mejores del mundo, todas talladas en la roca maciza con infinito gasto y trabajo. Nos alejó de esta isla una violenta tormenta y, al cabo de ocho días, tuvimos la alegría de poder embarcar rumbo a Porto Farina, en la costa de África, hacia donde se dirige ahora nuestro barco.

Fuimos recibidos allí por el cónsul inglés que reside en Túnez.[274] Acepté de inmediato la oferta de hospedarnos en su casa unos días, pues es muy curioso ver esta parte del mundo, especialmente las ruinas de Cartago. Partí en su carruaje a las nueve de la noche; la luna estaba llena y vi el paisaje del campo casi tan bien como a la luz del día pues siendo el calor del sol tan intolerable, resulta imposible viajar a cualquier otra hora. El terreno es en su mayor parte arenoso, pero por todas partes se ven árboles cargados de dátiles, olivas e higos, que crecen sin cultivar, sin embargo, dan los frutos más deliciosos de este mundo. Sus viñedos y melonares están delimitados por setos de esa planta que llamamos higos de la India,[275] que forman una valla admirable, pues no hay bestia salvaje capaz de pasarla. Crecen a gran altura, muy espesos y las espinas son tan largas y afiladas como agujas. Da un fruto muy comido por los campesinos, que no tiene mal sabor. Siendo ahora la época del ramadán —o cuaresma— de los turcos y como aquí todos profesan al menos la religión mahometana, ayunan hasta la puesta del sol y se pasan luego la noche dándose un festín. En muchos sitios vimos debajo de los árboles grupos de campesinos comiendo, cantando y bailando al son de su música salvaje. No son del todo negros, sino mulatos, y las criaturas más espantosas que puedan existir con forma humana. Van casi desnudos, sólo se envuelven con una pieza de sarga gruesa, pero las mujeres se adornan los brazos hasta los hombros y el cuello y la cara con flores, estrellas y diversos tipos de figuras grabadas con pólvora, lo cual aumenta considerablemente su deformidad natural, mas entre ellos lo consideran como un gran ornamento, y creo que padecen mucho dolor cuando se los hacen. A unas seis millas de Túnez vimos los restos de ese noble acueducto, de cuarenta millas de largo, que llevaba el agua a Cartago pasando por varias montañas altas. Todavía se conservan enteros muchos de sus arcos. Pasamos dos horas viéndolo con gran atención y el señor Wortley me aseguró que el de Roma es muy inferior a éste. Las piedras son de prodigioso tamaño, sin embargo, están todas talladas y perfectamente encajadas, y para unir las se ha utilizado muy poco cemento. No obstante, es probable que sigan en pie otros 1.000 años si no se emplea alguna artimaña para derribarlas.

Al rayar el alba llegamos a Túnez, ciudad construida en hermosa piedra blanca, pero despojada casi del todo de jardines, los cuales, según dicen, fueron destruidos y sus magníficos huertos cortados cuando los turcos la tomaron por primera vez. Como desde entonces no se volvieron a plantar, la arena seca hace de ella un paisaje desagradable a la vista y, al contribuir la falta de sombra al calor natural del clima, se vuelve tan excesivo que me cuesta mucho soportarlo. Es cierto que por las tardes se disfruta aquí de la frescura de la brisa marina, sin la cual sería imposible vivir, pero no hay agua fresca más que la que se guarda en los aljibes cuando llueve en el mes de septiembre. Las mujeres de la ciudad se cubren de los pies a la cabeza con un velo negro de crespón y, como se han mezclado con una raza de renegados, se dice que muchas de ellas son rubias y hermosas. Esta ciudad fue sitiada en 1270 por Luis, rey de Francia,[276] que falleció tras sus muros, de unas fiebres pestilentes. Al morir él, Felipe, su hijo, y nuestro príncipe Eduardo, hijo de Enrique III, levantaron el sitio en condiciones honorables.[277] Permaneció bajo sus reyes africanos naturales hasta que fue entregada a Barbarroja, almirante de Sulaymán el Magnífico. El emperador Carlos V expulsó a Barbarroja, pero fue recuperada por los turcos bajo el mando de Sinán Bajá, en

el reinado de Selim II.[278] Desde entonces hasta ahora ha sido tributaria del Gran Señor, gobernada por un *bey* que lleva el título de súbdito de los turcos, pero que ha renunciado al sometimiento, pues su autoridad es absoluta y rara vez paga tributo alguno. La gran ciudad de Bagdad se encuentra en esta época en la misma circunstancia y el Gran Señor hace la vista gorda ante la pérdida de estos dominios por temor a perder incluso sus títulos.

Ayer por la mañana bien temprano —después de una noche de descanso— fui a ver las ruinas de Cartago. No obstante, medio me abrasé bajo el sol pero fue para mí motivo de gran alegría que me llevasen hasta las estancias subterráneas que llamaban los establos de los elefantes, pero que no puedo creer que fuesen diseñadas para tal uso. En muchas de ellas encontré trozos rotos de columnas de fino mármol y algunos incluso de pórfido. Me cuesta pensar que nadie se tomara el excesivo trabajo de llevarlos hasta allí y no puedo imaginar que tan finos pilares fuesen diseñados para ornamento de un establo. Tiendo a creer que se trataba de estancias estivales debajo de sus palacios, que el calor del clima hacían necesarias. Los campesinos las utilizan ahora como graneros. Mientras estaba allí sentada, desde la ciudad de tiendas situada no muy lejos, salieron muchas mujeres a verme y nos entretuvimos mutuamente mirándonos. La postura adoptada al sentarse, el color de su piel, su cabello largo y lacio, que caía a ambos lados de sus semblantes, sus facciones y la forma de sus piernas varían tan poco de las de sus compatriotas, los babuinos, que resulta difícil imaginarlas de una raza distinta, y me fue imposible no pensar que entre ellos hubo algunas antiguas alianzas. Cuando me sentí un poco más refrescada por el descanso, la leche y unos frutos exquisitos que me trajeron, subí la pequeña colina sobre la que en otros tiempos estuvo la casta de Birsa, desde donde tuve una vista clara de la situación de la famosa ciudad de Cartago, que se erigía en un istmo con el mar bañándola por ambos lados. Ahora es un terreno pantanoso en un lado donde hay lagunas de sal. Strabo dice que Cartago medía cuarenta millas todo alrededor.[279] No quedan ya restos de ella más que los que acabo de describir y su historia es demasiado conocida como para desear que se la resuma.

Comprobaré que creo que aprecia usted más la obediencia que las alabanzas. He respondido a su carta ofreciéndole los relatos que deseaba y me he reservado los agradecimientos para el final. Tengo intención de marcharme de este lugar mañana y continuar viaje por Italia y Francia. En uno de esos lugares espero tener ocasión de decirle en persona que soy su humilde servidora.

Carta LI

A lady Mar,

Génova, 28 de agosto de 1718

Te ruego me perdones, mi querida hermana, por no haberte escrito desde Túnez —la única ocasión que he tenido desde que abandoné Constantinopla—, mas el calor era tan excesivo y la luz tan mala para la vista que medio ciega quedé después de escribir una carta para el abad Conti por lo que no me atreví a continuar escribiendo muchas otras que tenía en mente, además, tampoco habría podido entretenerte demasiado bien desde ese país bárbaro. Estoy ahora rodeada de objetos de placer y tan encantada con las bellezas de Italia que me parecería una ingratitud no ofrecer unas cuantas alabanzas a cambio de la diversión de la que aquí he gozado. Estoy en casa de la señora Davenant[280] en Saint Pierre l'Arene[281] y sería muy injusto no concederle su parte de las alabanzas a las cuales me refiero, pues el buen humor y la buena compañía de esta dama han contribuido no en poca medida a hacer que este lugar me resulte agradable. Génova está situada en una bahía muy hermosa y, como está erigida sobre una elevada colina, entremezclada con jardines y embellecida con la más excelente de las arquitecturas, desde el mar ofrece una bonita vista, a pesar de que a mis ojos perdió gran parte de su belleza después de haberme acostumbrado a la de Constantinopla. Los genoveses fueron en otros tiempos amos de varias islas del archipiélago y de toda esa parte de Constantinopla que ahora recibe el nombre de Galata. Su traición a la causa cristiana al haber facilitado la toma de Constantinopla por los turcos,[282] merecen cuanto desde entonces les ha ocurrido, perder todas sus conquistas en esas tierras, que pasaron a manos de los infieles. Distan ahora de ser ricos y son detestados por los franceses desde que su *Dux* fue obligado por el difunto Rey a ir a París en persona para disculparse por una nimiedad como el hecho de que los blasones de Francia, situados sobre la casa del enviado, apareciesen una mañana cubiertos de estiércol, supongo yo que por obra de alguno del bando español, que sigue siendo aquí mayoría, aunque no se atrevieron a declararlo abiertamente.[283]

Las damas adoptan los trajes franceses y son más refinadas que aquellas a quienes imitan. No dudo que la costumbre del *cicisbeismo*[284] ha mejorado en grado sumo su garbo. No sé si habrás oído hablar de esos animales. A fe mía que nada más que mis propios ojos habrían podido convencerme de que existe en la tierra algo semejante. La moda se inició aquí y se ha difundido ahora por toda Italia, según sus dictados, los maridos no son criaturas tan terribles como nosotras los presentamos. Entre ellos no hay ni uno solo tan bestia como para tratar de encontrarle defectos a una costumbre tan arraigada y tan políticamente fundada, pues me aseguran aquí que fue un recurso aplicado por primera vez por el senado para poner fin a esos odios de familia que terminaron haciendo pedazos su estado y para encontrarle empleo a esos jóvenes que se veían obligados a cortarse el cuello *pour passer le temps*; tanto es el éxito obtenido que desde la institución del *cicisbeismo* entre ellos no ha hecho más que imperar la paz y el buen humor. Se trata de caballeros dedicados al servicio de una determinada dama —me refiero a una casada, pues las vírgenes son del todo invisibles, estando como están, confinadas en los conventos—. Están obligados a servir las en todos los lugares públicos, los teatros, la ópera y las reuniones —que aquí se llaman conversaciones—, donde esperan detrás de la silla de la dama, se ocupan de su abanico y sus guantes si la dama

juega, tienen el privilegio de los murmullos, etcétera. Cuando la dama sale, la sirven como lacayos, trotando muy compuestos junto a la silla de ésta. Su deber consiste en presentarla cuando aparece en público sin olvidarse de decir su nombre. En una palabra, deben dedicar todo su tiempo y su dinero al servicio de la dama que los recompensa según sus deseos —pues oportunidades no les hacen falta—, pero el marido no debe tener la insolencia de suponer que se trata de otra cosa que una amistad pura y platónica. Es verdad que hacen todo lo posible por darle a sus esposas un *cicisbeismo* de su elección, pero cuando la dama no comparte el mismo gusto que su marido —como suele ocurrir a menudo— se las ingenia para conseguir uno que responda a su capricho. En otros tiempos, una bella acostumbraba a tener ocho o diez de estos humildes admiradores, pero esos días de abundancia y humildad han quedado atrás; los hombres se vuelven más escasos y descarados y las damas se ven obligadas a contentarse con uno a la vez. Como verás, gloriosa es la libertad de una república, o mejor dicho, de una aristocracia, pues la gente común es aquí tan esclava errante como los franceses, pero los viejos nobles respetan muy poco al Dogo, que no lleva más de dos años en el cargo, y en ese tiempo, su esposa no adquiere rango alguno por encima de otras nobles damas. Es cierto que la familia de Andrea Doria[285] —ese gran hombre que les devolvió la libertad de la cual disfrutaban— goza de ciertos privilegios; cuando el senado consideró necesario poner fin al lujo en el vestir, prohibiendo el uso de joyas y brocados, les dejaron la libertad de hacer los gastos que les pluguieran. Con gran placer contemplo la estatua de ese héroe que está en el patio perteneciente a la Casa del duque Doria.

Esto me trae a la mente sus palacios, que jamás podré describir con la justicia que merecen. ¿Bastará con que diga que en su mayoría fueron diseñados por Paladio?[286] La calle llamada Strada Nova es quizás la de construcción más hermosa del mundo. Debo mencionar especialmente el amplísimo palacio de los Durazzo, los de dos Balbi, unidos por una magnífica columnata, el de los Imperiali en este pueblo de Saint Pierre l'Arene y otro de los Doria. Se aprecia aquí la perfección en la arquitectura y una importantísima profusión de rico mobiliario, dispuesto todo ello con el más elegante de los gustos y la magnificencia más opulenta, pero nada hay que me cautive más que la colección de cuadros de Rafael, Paulo Veronese, Tiziano, Caracci, Miguel Ángel, Guido y Correggio, [287] a estos dos los menciono en último lugar pues son mis preferidos. Reconozco que no encuentro placer alguno en los objetos de horror, y en mi opinión cuanta mayor es la naturalidad con que se representa un crucifijo más desagradable resulta. Mis amados pintores que acabo de nombrar muestran la naturaleza y la muestran bajo la luz más encantadora. Me resultó particularmente grata una Lucrecia que vi en la casa de los Balbi. La expresiva belleza de esa cara y ese pecho contiene toda la pasión de la piedad y la admiración que nacían en el alma gracias al más fino de los poemas sobre ese asunto. Una Cleopatra del mismo pintor es digna de mención; y habría dicho más de ella de no haber Lucrecia llenado mis ojos.[288] Hay aquí algunos bustos antiguos de inestimable valor. La iglesia de San Lorenzo es toda de mármol blanco y negro; se guarda allí el famoso plato con una única esmeralda, al que está prohibido tocar desde que, según se dice, se descubrió una conspiración para tirarlo al suelo y romperlo, ejemplo de malicia infantil atribuida al rey de Sicilia, quien quería vengarse porque se negaron a vendérselo. La iglesia de la Annunciata está finamente revestida de mármol, las columnas son de mármol rojo y blanco, la de San Ambrosio está muy adornada por los jesuitas; pero he de confesar que después de haber visto Santa Sofía todas esas iglesias me parecen miserables y me cuesta trabajo hacerles el honor de escribir sus nombres; mas espero que reconozcas que he empleado bien mi tiempo viendo tanto, pues no hace muchos días que hemos salido de la cuarentena a la que nadie proveniente de Levante escapa. La nuestra, sin embargo, nos resultó corta y

muy agradable pues la pasamos en compañía de la señora Davenant, en el pueblo de Saint Pierre l'Arene, situado a una milla de Génova, en una casa construida por Paladio, tan bien diseñada y de tan nobles proporciones que era un placer caminar en ella. Recibimos aquí visitas mas siempre en compañía de un noble genovés cuya misión era comprobar que no tocásemos a nadie. Seguiré aquí unos cuantos días más aunque sería mi deseo quedarme toda la vida, mas la mía, me temo, no está destinada a tanta tranquilidad.

Carta LII

A lady Mar,

Turín, 12 de septiembre de 1718

He venido desde Génova por hermosos caminos para pasar dos días en este lugar. De la ciudad he visto ya todo aquello que se muestra a los extranjeros, y en verdad no es digno de una descripción especial, tampoco respeto bastante el santo sudario como para extenderme hablando de él.[289] La iglesia es bella como lo es el palacio del Rey, pero no dediqué mucha atención a estos edificios. La ciudad misma está bastante construida, situada en una bonita llanura a orillas del Po. Apoca distancia de ella vimos los palacios de La Venerie y La Valentín, ambos refugios muy agradables.[290] Nos alojamos en la Piazza Royale, que es una de las plazas más nobles que he visto, rodeada de un hermoso pórtico de piedra blanca. Recibimos inmediatamente la visita del Caballero —, al cual conociste en Inglaterra, quien con toda cortesía rogó presentarnos en la corte, que ahora se encuentra en Rivoli, a una legua de Turín. Fui allí ayer y tuve el honor de ser recibida por la Reina,[291] a quien fui presentada por su primera dama de honor. Encontré a su majestad en una estancia magnífica, en compañía de un séquito de hermosas damas todas ataviadas con trajes, entre ellas resultó fácil distinguir a la bella princesa de Carignan.[292] La Reina me entretuvo con dulzura y afabilidad infinitas y parecía poseedora de un gran sentido común. No olvidó recordarme su sangre inglesa, y añadió que siempre se sintió especialmente inclinada a amar a los ingleses. Retribuí su cortesía usando el título de majestad toda vez que me dirigía a ella, algo que quizá no tenga el consuelo de oír muchos meses más.[293] El Rey posee gran vivacidad en la mirada y el joven príncipe de Piamonte es un muchacho muy bien parecido,[294] mas la gran devoción de la que en estos momentos ha caído presa esta corte no permite ninguno de los entretenimientos propios de su época. Las procesiones y misas son aquí las únicas magnificencias en boga y la galantería es algo tan criminal que el pobre conde de - -, conocido nuestro de Londres, ha quedado seriamente desacreditado por unas pequeñas insinuaciones que pretendió hacerle a una dama de honor. Mañana tengo intención de emprender el cruce de los temidos Alpes, de los que tanto se habla. Si consigo llegar viva al pie de esas montañas volverás a tener noticias mías.

Carta LIII

A Anne Thistlethwayte,

Lyon, 25 de septiembre de 1718

A mi llegada a esta ciudad recibí sus atentas cartas y las de muchos otros amigos que, enviadas a Constantinopla, me fueron devueltas desde Marsella, pues nuestro mercader de allí estaba al corriente de nuestro regreso.

Me sorprende saber que mi hermana Mar ha abandonado Inglaterra. Supongo que lo que le escribí desde Turín se perderá, y ahora no sé adónde escribirle, pues no tengo noticias de sus asuntos de su puño y letra. Por mi parte, estoy confinada en mis aposentos, habiendo guardado cama hasta ayer desde el día 17 en que llegué a esta ciudad, abatida por una fiebre tan terrible que durante unos días tuve la convicción de que mis viajes acabarían aquí, y no me extrañaría en absoluto que las fatigas por las cuales he pasado hayan tenido semejante efecto. El primer día de viaje desde Turín a Novalesa recorrimos tierras muy hermosas, sembradas y enriquecidas por el arte y la naturaleza. Al día siguiente emprendimos el ascenso del monte Cenis, transportados en pequeños asientos de mimbre trenzado fijados en palos llevados a hombros de los portadores, habiendo sido nuestros carruajes desmontados en piezas y colocados a lomos de las mulas. La prodigiosa vista de las montañas cubiertas de nieves eternas, con las nubes flotando a lo lejos, a nuestros pies, y las inmensas cascadas que descendían de las piedras en medio de confuso rugido me habrían resultado solemnemente entretenidas de no haber padecido tanto el frío extremo que allí reina; mas la lluvia brumosa que cae perpetuamente penetraba incluso las pieles más gruesas en las que me envolvía, por tanto, cuando llegué al pie de la montaña, dos horas después de la puesta del sol, estaba medio muerta de frío. Este monte tiene en su cima un llano espacioso y un bello lago, pero el descenso es tan empinado y resbaladizo que sorprende ver a estos portadores bajar con paso tan firme como hacen, sin embargo, no tenía tanto miedo de romperme el cuello como de enfermar, y los hechos demostraron que mis temores no estaban desencaminados. Las otras montañas son todas transitables en carruaje y muy fructíferas en viñas y tierras de pastoreo; se cría aquí una raza de las más finas cabras del mundo. Aiguebellet es la última aldea y poco después entramos en Point Beauvoisin, la ciudad fronteriza de Francia, cuyo puente divide este reino de los dominios de Saboya. A última hora de esa misma noche llegamos a esta ciudad, donde no tuve nada más que hacer que ocuparme de mi salud. Creo que estoy ya fuera de todo peligro y decidida a que el dolor de garganta que todavía conservo no me mantenga recluida mucho tiempo. Estoy impaciente por ver las antigüedades de esta famosa ciudad y más impaciente por continuar mi viaje a París desde donde espero escribirle una carta más divertida que lo que me es posible hacer ahora, con la mente debilitada por la enfermedad y la cabeza confusa por la melancolía, desde una posada lamentable y una alcoba atestada de mortificantes objetos tales como ampollas y frascos de los boticarios.

Carta LIV

A Alexander Pope,

Lyon, 28 de septiembre de 1718

Recibí la suya aquí y debería agradecerle el placer que manifiesta usted sentir ante mi regreso, pero representa para mí un enorme esfuerzo no enfadarme con usted por regocijarse ante lo que a mí tanto me disgusta. Considerará usted que es un extraño cumplido por mi parte. Le aseguro que no se debe a que sea insensible a la alegría de ver a mis amigos, pero cuando considero que al mismo tiempo deberé ver y oír a mil desagradables impertinentes, que deberé recibir y retribuir visitas, hacer reverencias y asistir a tés donde medio me matarán a preguntas y que, por otra parte, soy una criatura incapaz de servir a nadie sino con insignificantes buenos deseos y que mi presencia no es un bien necesario para ningún miembro de mi país natal, creo que gustosamente me habría quedado donde la paz y la calma contribuyen a la felicidad de mi vida indolente. No cabe duda alguna de que me embargará la melancolía si continúo escribiendo una sola línea más sobre este asunto. Prefiero llenar cuanto me queda de esta hoja con las inscripciones de las placas de bronce colocadas a ambos lados de la casa donde me encuentro.

[Siguen treinta y nueve líneas de inscripciones en latín.]

No puedo tomarme con la segunda placa el mismo trabajo que me tomé con la primera. Como podrá usted imaginar será del mismo estilo y puntuada de la misma manera. He aquí lo que dice.

[Siguen cuarenta líneas de inscripciones en latín.]

Me mostraron también fuera de la puerta de San Justo[295] los restos de un acueducto romano, y detrás del monasterio de Santa María están las ruinas del palacio imperial donde nació el emperador Claudio y vivió Severo.[296] La gran catedral de San Juan es un buen edificio gótico y su reloj es muy admirado por los alemanes. En uno de los lugares más destacados de la ciudad han levantado la estatua del difunto Rey, pisoteando a la humanidad.[297] No puedo evitar decir unas palabras sobre las estatuas francesas —pues no tengo intención de volver a decir nada más de ellas— con sus pelucas largas y doradas. Si era la intención de su Rey expresar, en una sola imagen, ignorancia, mal gusto y vanidad, sus escultores no podrían haber hecho otra figura que representara la extraña mezcla de viejo pretendiente con intenciones de convertirse en héroe, dotado de una abundante cabellera de pelo rizado y una cachiporra dorada en la mano. Los franceses han sido tan voluminosos en la historia de esta ciudad que no me hace falta decir nada de ella. Las casas están tolerablemente bien construidas y la Belle Cour[298] bien plantada, desde donde se ve la célebre unión del Saona y el Ródano.

Ubi Rhodanus ingens amne praerapido fluit,
Ararque dubitans quo suos fluctus agat.[299]

He tenido tiempo de ver todo con gran tranquilidad, pues he permanecido confinada durante varios días en esta ciudad por una inflamación de la garganta, restos de una fiebre ocasionada por el frío que padecí en las humedades de los Alpes. Los galenos de aquí, encantados de tener un nuevo cliente, me amenazan con todo tipo de desórdenes si me atrevo a abandonarlos hasta que esta inflamación no haya desaparecido del todo, pero yo, que conozco la obstinación de mi mal, creo que es tan posible proseguir con él hasta París como lo es pasearme por las calles de Lyon, y estoy determinada a continuar viaje mañana, a pesar de galenos, boticarios e inflamaciones de garganta. Cuando vea a lady Rich, dígame que he recibido su carta y que le contestaré desde París, pues creo que le agradará más tener noticias de ese lugar.

Carta LV

A lady Rich,

París, 10 de octubre de 1718

No puedo darle a mi querida lady Rich mejor prueba del placer que me causa escribirle que elegir hacerlo desde esta sede de diversas distracciones, donde me encuentro *acablée*[300] de visitas, todas ellas tan llenas de vivacidad y halagos que debo emplearme a fondo para escuchar si debo retribuir las o no. La embajadora francesa en Constantinopla tiene aquí una familia considerable y numerosa, todos han venido a verme y no se cansan de pedirme noticias. El aire de París ha ejercido ya un buen efecto en mí, nunca he gozado de mejor salud, a pesar de que estuve muy enferma durante todo el trayecto de Lyon hasta aquí. Podrá usted juzgar cuán agradable me resultó este viaje, que no necesitó de ese detalle para hacer que me disgustase. Creo que nada hay tan terrible como los ejemplos de la miseria, salvo que una tenía el atributo divino de ser capaz de enmendarla, y en todas las aldeas de Francia no se ve otra cosa. Mientras cambiaban los caballos de postas, el pueblo entero salía a mendigar, sus caras eran tan miserables, hambrientas y flacas, tan andrajosas sus ropas que no necesitaban más elocuencia para persuadirla a una de lo desdichado de su condición.

Es ésta toda la magnificencia de Francia hasta que se llega a Fontainebleau. Sólo allí se empieza a pensar que se trata de un reino rico, cuando se ven las 1.500 estancias del palacio de caza del Rey. Los aposentos de la familia real son muy amplios y hay en ellos profusión de dorados, pero no vi nada en la arquitectura ni en la pintura digno de mención. La larga galería, construida por Enrique IV, [301] tiene en sus paredes vistas de todas las casas del Rey, dibujadas según el gusto de aquella época, pero que ahora parecen muy míseras. El parque, bien irrigado, está dotado de hermosas arboledas, los árboles están bien plantados y son muy frondosos, y en los estanques de peces tienen carpas mansas, algunas de las cuales, según se dice, cuentan ochenta años. El difunto Rey[302] pasaba en esta sede varios meses al año, y todas las piedras que hay en él desperdigadas, por las pías frases en ellas inscritas, demuestran la devoción en boga en su corte que, según creo, murió con él; al menos no aprecio ningún signo externo de ella en París, donde el pensamiento de toda la gente parece concentrarse en la diversión del momento. Se celebra ahora la feria de San Lorenzo. Puede estar usted segura de que hasta allí he sido llevada y que me ha parecido mucho mejor dispuesta que la de Bartolomé. Las tiendas están todas colocadas en filas tan bien iluminadas que formaban un agradable espectáculo. Sin embargo, no quedé en absoluto satisfecha con la *grosseirté*[*grossièreté*] de su arlequín, ni con su música de la ópera, que me resultó abominable y crispante después de estar habituada a la de Italia. Su teatro es una barraca comparado con el Haymarket,[303] y el teatro no es tan pulcro como el de Lincoln's Inn Fields; aunque hay que reconocer en su favor que sus actores dramáticos son mucho mejores que los nuestros. A la señora Oldfield[304] no le otorgaría mejor puesto que el de confidente de La Desmares. He visto la tragedia de *Bajazet* tan bien representada, [305] que creo que de nuestros mejores actores sólo puede decirse que hablan, en cambio éstos sienten y, sin duda, resulta infinitamente más conmovedor ver a un hombre que parece infeliz que oírlo decir que lo es, con una cara alegre y una sonrisa estúpida en el semblante. A propósito de semblantes, debo decirle algo acerca de las damas francesas. ¡Sus bellezas me han parecido tan —me resulta imposible no utilizar la palabra tosca— nauseabundas y sus trajes tan fantásticamente

absurdos! Resultan monstruosamente poco naturales en sus pinturas, llevan el cabello cortado corto y rizado enmarcándoles las caras, y tan cargado de polvos que parece lana blanca, y en las mejillas, hasta la barbilla, puesto sin compasión, lucen un rojo brillante que resplandece de forma tan flamígera, que no guardan parecido alguno con los rostros humanos, y tiendo a pensar que para ataviarse tomaron la idea de una oveja recién marcada.[306] Recuerdo con placer a mis queridas y bellas compatriotas, y si estuviera escribiéndole a cualquier otra persona, diría que estas grotescas pintamonas hacen que tenga en mayor estima los encantos naturales del cabello castaño rojizo de lady Rich y los vivos colores de su inmaculado cutis.

He visto aquí al abad Conti[307] y me ha pedido que le enviara sus saludos.

Carta LVI

A Anne Thistlethwayte,

París, 16 de octubre de 1718

Como verá, cumplo con mi palabra de escribirle desde París, donde me sorprendió muchísimo encontrar a mi hermana Mar; no es preciso que le diga cuánto me he alegrado. No habiendo recibido mis últimas cartas, no esperaba verme aquí como tampoco yo esperaba verla a ella, y la pluma del señor de Scudery[308] haría brillar este encuentro, pero no imitaré su estilo hasta el punto de referirle cuántas veces nos abrazamos ni cómo me preguntaba por qué extraña suerte había regresado yo de Constantinopla. Le contesté preguntándole a mi vez qué aventura la traía a París.[309] Para abreviar la historia, concluidas las preguntas, respuestas, exclamaciones y halagos, convinimos en pasear juntas y hemos visitado Versalles, Trianón, Marli y Saint Cloûd. Conseguimos una orden para que hiciesen funcionar las fuentes para nuestra diversión y hasta allí nos siguieron todos los ingleses de París. Reconozco que Versalles me pareció más vasto que hermoso, y después de haber visto las exactas proporciones de los edificios italianos, su irregularidad me resultó espantosa. El gabinete del Rey donde se guardan las antigüedades y medallas está ricamente amueblado, entre su colección nada me satisfizo más que la Apoteosis de Germanicus[310] sobre una gran ágata, que es una de las piezas más delicadas de su especie que recuerde haber yo visto. Examiné algunas estatuas antiguas de gran valor, pero la nauseabunda adulación y el mal gusto del lápiz de Le Brun[311] son tan repulsivos como en la galería. No pretenderé describirle el gran salón, la amplísima variedad de fuentes, el teatro, la arboleda de las fábulas de Esopo,[312] etcétera, de todo lo cual puede leer con amplísimos detalles en algunos de los autores franceses a quienes les han pagado por hacer esas descripciones. Trianón y su pequeñez me agradaron más que Versalles, Marli más que los dos anteriores, y Saint Cloûd más que todos ellos, teniendo la ventaja de que el Sena fluye al final de los jardines. La gran cascada, etcétera, podrá encontrarla usted en los mencionados libros si siente alguna curiosidad por saber el número exacto de estatuas y a cuántos pies se erigen por encima del agua. Vimos los cuadros del Rey en la preciosa casa del duque D'Antin,[313] quien se cuida de conservarlos hasta que su majestad sea mayor de edad. No hay muchos, pero pertenecen a los mejores pintores. Contemplé con inmenso placer el arcángel de Rafael, en donde los sentimientos de los seres superiores están tan bien expresados como en Milton.[314] No me perdonará si no digo nada de las Tuberías, mucho más preciosas que nuestro *Mali*, y el *Cour*[315] mucho más agradable que nuestro Hyde Park, sus altos árboles dan sombra en la época más calurosa. En el Louvre tuve la oportunidad de ver al Rey, acompañado del Duque Regente. Es alto y bien formado, pero no tiene aire de llevar la corona tantos años como su abuelo.[316] Y ahora hablaré de la corte, debo decir que en Francia no vi nada que me deleitara tanto como encontrarme con un inglés —al menos un británico— que se mantiene indiferente a París. Me refiero al señor Law,[317] que trata a sus duques y pares extremadamente de *haut en bas*,[318] y es tratado por ellos con la mayor sumisión y respeto. ¡Pobres diablos! Esta reflexión acerca de su abyecta esclavitud me recuerda la Place des Victoires,[319] pero no le haré perder el tiempo ni perderé el mío con tales descripciones, que son demasiado numerosas. En general, creo que París tiene las mismas ventajas que Londres en cuanto a la limpieza del pavimento de sus calles y su iluminación habitual por las noches, la proporción de las calles, las casas todas

construidas en piedra, en su mayoría pertenecientes a gentes de calidad, embellecidas por jardines; pero nosotros podemos, sin duda, jactarnos de poseer una ciudad casi el doble de grande y, una vez dicho esto, no sé de nada más en lo cual podamos superarla. No seguiré aquí mucho tiempo más. Si tiene usted algo que pedirme durante mi breve estancia, escríbame pronto y será para mí un placer obedecerla.

Carta LVII

Al abad Conti,

Dover, 31 de octubre de 1718

Estoy dispuesta a tomarle la palabra de que lo complaceré verdaderamente haciéndole saber lo antes posible que he atravesado el mar sana y salva. Esta mañana he llegado a Dover después de pasar la noche entera en el paquebote, zarandeada de una manera tan violenta que el capitán, teniendo en cuenta la debilidad de su embarcación, consideró prudente eliminar el correo e informarnos del peligro. Recurrimos a un pequeño barco de pescadores, que a duras penas pudo alcanzarnos, mientras toda la gente a bordo clamaba al cielo, y resulta difícil imaginar escena de mayor horror que la que yo viví en ocasión semejante; sin embargo, ¿debo admitir que, aunque no estaba nada dispuesta a morir ahogada, no pude evitar sentirme entretenida por la doble aflicción de una pasajera? Se trataba de una dama inglesa a quien había conocido en Calais, que me rogó que la dejase viajar conmigo en mi camarote. Se había comprado un precioso sombrero de encaje e intentaba ingeniárselas para ocultarlo de la vista de los funcionarios de aduana. Cuando el viento comenzó a soplar con fuerza y nuestra pequeña embarcación crujía, se entregaba de todo corazón a sus plegarias y no pensaba más que en su alma. Cuando parecía amainar, retornaba al cuidado mundano de su sombrero y conversaba conmigo. «Mi querida señora, ¿cuidará usted de mi sombrero? Si llegara a perderlo... ¡ay, Señor! ¡Todos nosotros estaremos perdidos! Señor, ten piedad de mi alma. Le ruego, señora, cuídese de este sombrero.» Este paso fácil de su alma a su sombrero, y los dolores alternos que ambos le daban, hacía difícil precisar a cuál de los dos valoraba más. Sin embargo, la escena no era excesivamente divertida y me alegré de verme libre de ella y de embarcar en la chalupa, aun a riesgo de partirme el cuello. Me traje sana y salva hasta aquí y no puedo hacer otra cosa que contemplar mi tierra natal con cierta parcialidad. Sin duda, esa parcialidad nos fue concedida por la naturaleza para impedir que vagásemos, y es efecto de una ambiciosa sed de conocimiento que no estamos formados para disfrutar. Todo lo que conseguimos con ella es un deseo inútil de mezclar los diferentes placeres y comodidades propios de distintas partes del mundo, que no podemos encontrar en ninguna de ellas. Después de leer cuanto se encuentra en las lenguas que domino, y de haberme estropeado la vista estudiando hasta medianoche, envidio la serenidad de la lechera rubicunda que, no perturbada por la duda, los domingos escucha el sermón con humildad, sin que en su cabeza se hayan confundido los sentimientos del deber natural con las vanas preguntas de los estudiosos, que serán más eruditos pero que, a pesar de todo, siguen siendo igual de ignorantes. Después de haber conocido parte de Asia y África y de haber recorrido Europa, creo que es más feliz el honesto señor inglés, que en verdad cree que los vinos griegos son menos deliciosos que la cerveza de marzo,[320] que las frutas africanas no tienen un sabor tan fino como el de las manzanas camuesas, y que los becafigos[321] de Italia no son tan sabrosos como un filete de ternera, y que, en pocas palabras, fuera de la vieja Inglaterra no existe manera perfecta de disfrutar de la vida. Ruego a Dios que pueda creerlo así el resto de mi vida, y como debo conformarme con nuestra escasa cuota de luz del día, ojalá pueda olvidar el sol alegre y vivificante de Constantinopla.

Carta LVIII

A Alexander Pope,

Dover, 1 de noviembre de 1718

En este mismo instante he recibido una carta suya que me ha sido enviada desde París. Creo y espero poder muy pronto verlos a usted y al señor Congreve, pero como me encuentro en una posada donde nos hemos hospedado para organizar nuestra marcha a Londres con todas nuestras pertenencias, dedicaré algo de mi tiempo libre a contestar esas partes de la suya que parecen exigir una respuesta.

Debo aplaudir su bondad al suponer que sus amantes bucólicos —vulgarmente llamados campesinos— habrían vivido en eterna dicha y armonía si el rayo no hubiese interrumpido su plan de felicidad.[322] No veo motivos para suponer que John Hughs y Sara Drew fuesen ni más sabios ni más virtuosos que sus vecinos. El que a un hombre bien plantado de veinticinco le diera por casarse con una mujer morena de dieciocho nada tiene de maravilloso y no puedo dejar de pensar que de haberse casado, sus vidas habrían pasado por las mismas vicisitudes comunes a los feligreses de su parroquia. El esfuerzo de él por protegerla de la tormenta fue una reacción natural y, sin duda, habría hecho exactamente lo mismo por su caballo, si se hubiese encontrado en la idéntica circunstancia. Tampoco soy de la opinión que su repentina muerte fuera una recompensa por su mutua virtud. Ya sabe usted que los judíos fueron reprendidos por pensar que la destrucción de una aldea por el fuego era más maligna que aquellas que habían escapado a la acción del rayo. El tiempo y el azar son cosas que ocurren a todos los hombres. Puesto que es su deseo que ponga a prueba mi habilidad para los epitafios, creo que estos versos son más justos, aunque no más poéticos que los suyos:

John Hughs y Sara Drew yacen aquí;
Quizás te preguntes qué te importa a ti.
Créeme, amigo, y ten por bien cierto
mucho puede decirse de estos dos muertos.
Este domingo deberían haberse casado,
pero ya ves tú cómo han acabado.
El jueves descargó sus rayos una tormenta
sorprendiendo a estos tiernos amantes
bajo un montoncillo de paja cobijados
esperando salir cuando hubiera amainado.
Mas el rayo atrevido dio con ellos
—Reservado para ese fin tan poco bello—

el tembloroso aliento entonces arrancóles
y a las sombras de la muerte entrególes.
¿No sería acaso una forma justa de acabar?
Si el año entrante hubiesen visto el sol asomar
en pretendiente cornudo y esposa apaleada acabarían
y juntos el vínculo del matrimonio maldecirían.
Mas felices son ahora con su fortuna
Pues Pope los ha inmortalizado con su pluma.[323]

Confieso que estos sentimientos no son en absoluto tan heroicos como los suyos, pero espero que me los perdone en favor de los dos últimos versos. Como verá, tengo en alta estima el honor que les ha hecho, aunque no estoy nada impaciente por disfrutar yo también de él y prefiero continuar siendo su humilde y estúpida servidora y seguir viva a que todas las plumas de Europa celebren mi nombre.

Le escribiría al señor Congreve pero supongo que le leerá usted ésta si pregunta por mí.

Citas

En estas notas “*Wharncliffe*” se refiere a la primera edición de *The Letters and Works of Lady Mary Wortley Montagu* de Lord Wharncliffe, 3 volúmenes, Londres 1837. “*Letters*” reenvía a Robert Halsband, *The Complete Letters of Lady Mary Wortley Montagu*, 3 volúmenes, Oxford 1965.

[1] Las cartas turcas provienen de dos fuentes principales: las cartas que lady Mary escribió desde el extranjero a parientes y amigos de Inglaterra, y un diario que llevó en sus viajes de 1716. Halsband identificó sólo dos pasajes provenientes del diario, destruido por la hija de lady Mary. Véase Halsband, *Letters*, 1: XV.

[2] Frances Pierrepont (1690-1761), hermana menor de lady Mary, casada con John Erskine, conde de Mar. Al igual que su hermana, pasó muchos años en el extranjero; residió principalmente en París.

[3] En el siglo XVIII, cuando los ingleses salían al extranjero su primer destino solía ser Holanda. La mayoría de estos viajeros tenían una impresión favorable de ese país. Para quienes deseen una visión más crítica y burlona, véase William Beckford, *Dreams, Waking Thoughts & Incidents* (1777) en *Vathek & Other Stories* ed. Malcolm Jack (Londres, Pickering & Chatto, 1993).

[4] Jane Smith (m. 1730), amiga de la infancia de lady Mary, fue dama de honor de la princesa de Gales.

[5] Plaza central de La Haya.

[6] Sara Chiswell (m. 1726). Otra amiga de la infancia a quien lady Mary no pudo convencer de que la acompañase a Constantinopla. Murió de viruela, enfermedad que también contrajo la propia lady Mary.

[7] *La feria de San Bartolomé*, comedia de Ben Jonson, se publicó en 1631, aunque ya había sido representada en 1614. La feria tiene lugar en Smithfield y la obra concluye con una representación de títeres.

[8] Posiblemente se refiriera al hermano de Sara Chiswell o quizá a su cuñado, Humphrey Perkins (c.1646 - c.1717), párroco de Holme Pierrepont, cerca de Thoresby de 1680 a 1717.

[9] Wharncliffe identifica a la destinataria como lady Rich, es decir, Elisabeth Griffin, lady Rich (1692-1773), esposa de sir Robert Rich, dama de honor de la reina Carolina. Véase Wharncliffe 1:7, aunque Halsband no hace mención de la destinataria de esta carta. *Letters* 1:252.

[10] Vitrinas donde se guardaban los restos de los santos para que pudiesen verlas los fieles.

[11] Cuenta la leyenda que en el siglo IX la princesa británica Úrsula fue en peregrinación a Roma acompañada de once mil vírgenes. En el viaje de regreso, al pasar por Colonia, fueron

martirizadas por los hunos al negarse a renunciar a la fe cristiana.

- [12] San Cristóbal era una figura legendaria cuya ocupación original de ayudar a la gente a atravesar los ríos hizo que fuese adoptado como santo patrono de los viajeros.
- [13] Elizabeth Felton (1676-1741), segunda esposa de John Hervey, primer conde de Bristol, íntima amiga de lady Mary. La condesa de Bristol, famosa por su afición a la baraja, fue azafata de la reina. Véase también la nota 221.
- [14] Leyes promulgadas con el fin de regular los gastos personales; en este caso, fijaban estilos de vestir para las personas de los distintos niveles sociales. Bernard Mandeville, contemporáneo de lady Mary, atacó las leyes suntuarias en *The Fable of the Bees* (1714 y 1728) e inició así un debate sobre el François de Salignac de la Mothe Fénelon (1651-1715), clérigo francés y eminente hombre de letras, escribió profusamente sobre temas religiosos, educativos y políticos. Lujos y sus efectos morales que se prolongó durante todo el siglo.
- [15] François de Salignac de la Mothe Fénelon (1651-1715), clérigo francés y eminente hombre de letras, escribió profusamente sobre temas religiosos, educativos y políticos.
- [16] Anne Thistlethwayte (n. 1669), amiga de lady Mary, vivía cerca de West Dean, Wiltshire.
- [17] Sede de la dieta del imperio germánico.
- [18] Rudolf Johann Freiherr von Wrisberg, enviado a St. James, 1714-1716.
- [19] La señora Blackacre es la viuda demandante en la obra de teatro de William Wycherley, *The Plain Dealer* (1677). En el tercer acto se burla de la idea de que un miembro del Tribunal de Equidad resolviera una disputa.
- [20] Wortley había sido enviado a Viena en 1716 para ofrecer la mediación de Gran Bretaña en la guerra entre Austria y Turquía. Llegó un mes después de que el príncipe Eugenio, al frente del ejército imperial, infligiera una aplastante derrota a los turcos en Petrovaradin.
- [21] El segundo sitio de Viena por los turcos tuvo lugar en 1685.
- [22] Carlos VI (1685-1740), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.
- [23] Friederich Karl, conde von Schönborn (1674-1746), estadista vienés y figura de la sociedad de la época.
- [24] Complejo imperial de palacios y dependencias de la corte.
- [25] Isabel Cristina (1691-1750), hija de Ludwig Rudolf, duque de Brunswick-Wolfenbüttel. Casó con Carlos VI en 1708.
- [26] Alexander Pope (1688-1744), poeta, escritor satírico, traductor de Homero, conoció a lady Mary en 1715 y quedó cautivado por su encanto y sus conocimientos. Mientras lady Mary estuvo en el extranjero mantuvieron una correspondencia que, por parte de él, tenía un estilo epistolar galante con toques de humor. Su relación afectiva acabó mal y de forma nada galante. En sus 'Imitaciones de Horacio', *Poetical Works*, ed. H. Davis (Oxford, 1966), p. 343, Pope describe a lady Mary como una 'Safo picada de viruelas'.
- [27] *Angélica vencedora de Alcina*, ópera de Johann Joseph Fux (1660-1741), maestro de capilla de la corte, prolífico autor de misas y óperas.

- [28] Titus Maccius Plautus (254-184 a. J.C.), poeta cómico latino, cuyo tema de Anfitrión fue recreado por Moliere en 1688 y por John Dryden en 1690.
- [29] Jeremy Collier (1650-1726), obispo perteneciente al grupo de quienes se negaron a jurar lealtad a la corona. En su obra titulada *Short View of the Immorality and Profaneness of the English Stage* (1698), atacó a los dramaturgos de la restauración por su falta de moral.
- [30] Jeremy Collier (1650-1726), obispo perteneciente al grupo de quienes se negaron a jurar lealtad a la corona. En su obra titulada *Short View of the Immorality and Profaneness of the English Stage* (1698), atacó a los dramaturgos de la restauración por su falta de moral.
- [31] Los Médici, familia de banqueros florentinos y grandes mecenas de las artes del siglo XV.
- [32] José I (1678-1711), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Wilhelmine Amalie (1673-1742), su viuda, había casado con él en 1699.
- [33] Leonor Magdalena (1655-1720), viuda emperatriz, personaje severo y ascético.
- [34] Henrietta Howard (c. 1688-1763), más tarde condesa de Suffolk. Antiguamente había sido amante del príncipe de Gales y amiga y vecina de Pope en Twickenham. Henrietta Cavendish Holles (1694-1755), condesa de Oxford y amiga de la infancia de lady Mary, era hija del duque de Newcastle.
- [35] Wharncliffe identifica a la destinataria como la señora Thistlethwayte (nota 16), véase *Wharncliffe* 1:296, aunque Halsband lo cuestiona, véase *Letters*, 1:272 N° 3 y 1:273 N° 1.
- [36] Dorothea Elisabeth (1645-1725), hija del duque de Holstein y esposa del conde von Rabutin.
- [37] Michael Johann III (1679-1722), conde de Altham, consejero y palafrenero mayor del monarca.
- [38] San Lorenzo era muy popular pues se cree que gracias a su intercesión los cristianos vencieron a los magiares en la batalla de Lechfeld en el año 955.
- [39] Hijo de Franz Wilhelm (1672-1734), conde von Salm.
- [40] Johann Adam, príncipe de Liechtenstein (1656-1712), mariscal de campo austríaco.
- [41] Antonio Allegri, conocido como Correggio (c. 1494-1534), pintor italiano; Ticiano Vecelli (c. 1487-1576), destacado pintor veneciano del siglo XVI.
- [42] Se refiere a un cuento de *Tatler*, N^o 18 (21 de mayo de 1709).
- [43] Wortley había recibido órdenes de viajar a Hannover y esperar allí instrucciones del Rey.
- [44] Sir Richard Vernon (1678-1725); madame de Lorme, esposa de Charles Pierre de Lorme, representante de Sajonia en Londres desde 1710 a 1714.
- [45] Melindrosas.
- [46] Anna Constanze von Brockdorf (1680-1765), en 1706 se convirtió en condesa de Cassel.
- [47] Es una obra separada y desprendida de la fortificación, en forma de cuña, que va siempre delante de las cortinas para cubrir ésta y los flancos de los baluartes.
- [48] Wharncliffe identifica a la destinataria de esta carta como la condesa de Mar, véase *Wharncliffe* 1:312, aunque Halsband lo cuestiona, véase *Letters*, 1:285 N° 1.

- [49] August Wilhelm (1662-1731), duque de Brunswick-Wolfenbüttel.
- [50] El rey Jorge I, que reinó de 1714 a 1727.
- [51] Federico Luis (1707-51), hijo mayor del príncipe de Gales.
- [52] El Rey iba acompañado de un gran séquito cuando regresó a Hannover.
- [53] Don Luis da Cunha (1662-1740), embajador portugués en Londres, 1697-1710 y 1715-18.
- [54] Exposición de figuras de cera de la señora Salmon, en Fleet Street.
- [55] El archiduque Leopoldo, que murió el 4 de noviembre de 1716, a los siete meses de edad.
- [56] Cristina Luisa (1671-1747).
- [57] El teatro de la ópera fue construido en 1688-1689 por Ernesto Augusto I (1629-1698). Estaba situado dentro del palacio real.
- [58] Casa solariega barroca, construida alrededor de 1660.
- [59] La piña todavía era entonces una rareza. Años más tarde, Mandeville menciona que sir Matthew Decker cultivó las primeras piñas en su casa de Richmond. Véase B. Mandeville, *The Fable of the Bees* ed. F.B. Kaye (Oxford, 1924) 2:195.
- [60] Wharncliffe sostiene que esta carta iba dirigida a lady Rich. Véase *Wharncliffe* 1:320, pero Halsband no la atribuye a nadie, *Letters* 1:291. Véase también la nota 9.
- [61] Marie Catherine Le Jumel de Barneville, condesa d'Aulnoy (c. 1650-1705), autora de cuentos de hadas y libros de viajes sobre España.
- [62] Federico IV (1671-1730).
- [63] El príncipe Eugenio de Saboya (1663-1736), general austríaco, vencedor de la batalla de Petrowaredin. Véase nota 20.
- [64] En la mitología griega, el oráculo de Delfos ordenó a Hércules que se vendiera como esclavo a Ónfale, reina de Lidia para expiar la muerte de Ífito.
- [65] Don Manuel de Bragança (1697-1736), príncipe portugués que luchó en la batalla de Petrowaredin en contra de las órdenes de su hermano, Juan V el Magnánimo, rey de Portugal.
- [66] Nicholas Rowe (1674-1718), *Tamerlane* (1702), Acto I 1.1.265.
- [67] Lady Rich. Véase la carta anterior, número XX.
- [68] Los Montagu fueron escoltados por un nutrido contingente de las tropas imperiales.
- [69] William Congreve (1670-1729). Dramaturgo de la restauración, amigo de lady Mary y de Pope. Fue uno de los escritores contra quien Collier dirigió su ataque. Véase la nota 29.
- [70] Petrovaradin, ciudad de Serbia. Halsband sugiere que esta carta puede pertenecer al diario de lady Mary.
- [71] Temersvár nombre húngaro de Timisoara, Rumania. Ladislaus, conde Nádasdy (m. 1730) y obispo de Banad.
- [72] A la ilustre familia de los Nádasdy pertenecía el conde Ferencz Nádasdy, patriota que intentó

conseguir la independencia de Hungría y, acusado de traición, fue ejecutado por el ejército imperial.

- [73] Kodja Sinán Bajá (m. 1596) y Murat III (1546-95), emperador otomano desde 1574 hasta 1595.
- [74] Conde Adolf von Schwarzenberg (1547-1600); Nikolaus II, conde de Palffy (1552-1600).
- [75] Un grupo de soldados turcos disfrazados de campesinos entraron en la ciudad conduciendo carros de paja en los que se ocultaban otros soldados.
- [76] Leopoldo I arremetió contra los protestantes a raíz de una conspiración de nobles húngaros quienes habían intentado conseguir la independencia.
- [77] Maximilian Ludwig Regal (m. 1717), conde von Kranichsfeld; Eleonore Christiana, condesa von Metternich.
- [78] Buda se encuentra en la orilla oeste del Danubio; sus habitantes eran serbios. Véase nota 86.
- [79] Sulayman (1494-1566), el más famoso de los sultanes otomanos, reinó de 1520 a 1566. Fue un excelente estratega, legislador, constructor y mecenas de las artes.
- [80] Fernando I (1503-1564), rey de Bohemia y Hungría desde 1526; emperador del Sacro Imperio Romano desde 1558; Juan I Zapolya (1487-1540), rey de Hungría; Joaquín II (1505-1571), elector de Brandenburg; Hermann Christof, conde von Russworm (1565-1605); Carlos IV, duque de Lorena (1643-1690); Abdul al-Rahman Bajá.
- [81] Mehmet IV (1642-1692), emperador otomano desde 1648 a 1687.
- [82] Mohács, junto al brazo occidental del Danubio, donde tuvieron lugar las dos grandes batallas que marcaron el inicio y el fin del dominio turco de Hungría. La primera fue el 29 de agosto de 1526, cuando Sulaymán el Magnífico derrotó a Luis II, rey de Hungría. La segunda fue el 12 de agosto de 1687, cuando los austríacos, al mando de Carlos de Lorena, derrotaron definitivamente a los turcos.
- [83] (fr.) Aves de caza. (N.b. E.)
- [84] Julius Franz, conde Veterani (1666-1736).
- [85] Héroes de los conflictos entre el Emperador del Sacro Imperio Romano y los turcos, que mantenían su control sobre parte de Hungría.
- [86] Rascia es el nombre medieval de la parte central de Serbia. (N. de E.).
- [87] De *History of the Turks* de sir Paul Rycaut (1700).
- [88] La Iglesia ortodoxa griega de la que la iglesia serbia se independizó en 1557.
- [89] Mediante el tratado de Carlovitz, firmado en 1699, los austríacos recuperaron Petrovaradin, hasta ese momento en manos de los turcos.
- [90] Thomas Hobbes, *Leviatán*, capítulo XIII, ed. W.G. Pogson Smith (Oxford, 1909), pp. 94-8. El estado natural de Hobbes fue ideado para demostrar cuán desagradable podía ser la vida en una condición precivil. Reconocerse partidaria de las ideas de Hobbes, aunque más no fuera en este punto, fue una audacia por parte de lady Mary, puesto que a Hobbes se lo asociaba con el materialismo e incluso con el ateísmo.

- [91] El *agá* era el comandante de los cuerpos de élite de las tropas turcas, los jenízaros, reclutados por levás o a la fuerza entre jóvenes secuestrados en territorios fronterizos como los Balcanes o el Cáucaso.
- [92] Belgrado cayó por primera vez en poder de los turcos en el año 1521 y en los dos siglos siguientes pasó en varias ocasiones de manos turcas a manos austríacas.
- [93] Ahmet III (1673-1736), emperador otomano de 1703 a 1720, famoso por su afición a los tulipanes. Véase la nota 124.
- [94] *Cadi*, juez; *mufti*, jurisconsulto, experto en derecho musulmán.
- [95] Adrianópolis, la moderna Edirne de la Turquía europea, donde el Sultán tenía el serrallo y su casa, si bien Constantinopla era la capital del imperio otomano.
- [96] Ahmet Bey Efendi. Efendi era un título honorífico dado a los eruditos, a los maestros o a los hombres de letras.
- [97] Oficina central de asuntos exteriores del gobierno otomano.
- [98] Halsband encontró en la biblioteca de lady Mary un ejemplar de *Les Mille. et un Jours, Contes Persanes*, de François Pétits de la Croix, (1710-1712). Véase *Letters* 1:308 n.i. De hecho, estos cuentos tal vez no sean originales orientales. En 1705, Antoine Galland había comenzado su versión francesa de *Arabian Nights Entertainments* que contribuyó enormemente a poner de moda los cuentos orientales en Francia e Inglaterra durante todo el siglo XVIII.
- [99] Esta carta no pertenece a la serie de la Embajada. Francés Hewet era amiga de lady Mary, a quien escribía cuando estaba soltera. Alguna de estas cartas anteriores están recopiladas en *Wharncliffe* 3: 203-24. Véase también Halsband *Letters*, 1:308, N° 4.
- [100] Guillermina Carolina de Ansbach, consorte del rey Jorge II. Fue reina de Inglaterra desde 1727 hasta su muerte, ocurrida en 1738.
- [101] Hoy Plovdiv, ciudad de Bulgaria.
- [102] Wharncliffe identifica a la destinataria como lady Rich, véase *Wharncliffe* 1:351 pero en Halsband, véase *Letters* 1:312 no se menciona a su destinataria.
- [103] Eva. Véase John Milton *El paraíso perdido* IV 1.492. *The Poetical Works of John Milton*, ed. H. Darbishire, 2 vols. (Oxford, 1952) 1:85.
- [104] Guido Reni (1575-1642), pintor boloñés.
- [105] Charles Jervas (¿1675?-1739), retratista irlandés, discípulo de Kneller; amigo de Pope y conocido en los círculos literarios.
- [106] Justiniano (527-565), emperador romano de Constantinopla. Su famoso código constituye una importante obra de revisión y recopilación de las leyes romanas. Hizo construir en Constantinopla la gran iglesia de Santa Sofía.
- [107] Antonio Conti (1677-1749), dramaturgo italiano, erudito y hombre de letras. Tradujo, entre otras obras, la poesía de Pope. Conoció a lady Mary en Inglaterra, en el año 1715.
- [108] En 1685, los hugonotes franceses (protestantes) huyeron a Inglaterra después de la revocación del edicto de Nantes, lo cual provocó una nueva persecución de los no católicos. Se establecieron

en el Soho, donde se encuentra la calle Greek.

[109] Virgilio, *Égloga* II 8.

[110] Mustafá II, emperador otomano desde 1695 hasta 1703, cuando fue depuesto.

[111] Samuel Clarke (1675-1729), metafísico y moralista que defendió una teología racional. Su obra, *A Discourse of Natural Religion*, basada en las clases de Boyle de 1704, fue ampliamente leída.

[112] William Whiston (1667-1752), discípulo de Newton y su sucesor en la cátedra de matemáticas en Cambridge. Fue amigo de Samuel Clarke. Véase la nota 110.

[113] *Zaidiya*, *Kadariya* y *Djabariya*, diversas tendencias doctrinales del islam.

[114] Véase la nota 86. Rycaut había formado parte de la legación británica de Constantinopla en la década de 1660. También escribió *The Present State of the Ottoman Empire* (1668).

[115] Secta de cristianos que incorporaron elementos no cristianos a su interpretación de San Pablo.

[116] Albania.

[117] Marcus Ulpius Traianus (53-117 a. J.C.), emperador romano de origen bético, que extendió el imperio hasta el Golfo Pérsico.

[118] Balduino I (m. 1205), conde de Flandes, emperador de Constantinopla, 1204).

[119] Alí Bajá (c. 1667-1716), Gran Visir de 1713 a 1716. La princesa Fátima (1704-33), su esposa, casó más tarde con Ibrahim Bajá (c. 1666-1730), que sucedió a Alí Bajá en el cargo de Gran Visir, puesto que conservó hasta su muerte.

[120] Amigo o asesor del Sultán.

[121] Halsband encuentra estos versos repetidos en un poema sobre Robert Walpole escrito por lady Mary en la década de 1730. Véase *Letters* 1:322, N° 1. A consequential ill that freedom draws; / A bad effect, but from a noble cause.

[122] La doctrina de la obediencia ciega fue propugnada por los monárquicos *tory* en defensa de la Corona. Se derivaba de la antigua teoría del derecho divino de los reyes según la cual la obediencia al monarca era ciega y no dependía del consentimiento. Sir Robert Filmer ofreció una ferviente defensa de este principio en *Patriarcha*, publicada en 1680.

[123] Madeleine-Françoise de Gontaut-Biron (1698-1739). Su marido, Jean Louis d'Usson, marqués de Bonac (1672-1738), nombrado embajador en 1716, había llegado a Adrianópolis con su esposa a principios de 1717.

[124] El reinado de Ahmet III, de 1703-1720, fue conocido como la «era de los tulipanes». Véase la nota 93.

[125] Jefe de los eunucos. (N. del Ed.)

[126] Arlequín, personaje de *The Emperor of the Moon* de Aphra Behn (1687), contó que la moralidad se aplicaba tanto en la luna como en la tierra.

[127] Consejo o ministerio del Sultán.

- [128] Río Maritsa, al norte de Grecia.
- [129] En la mitología griega, las Ménades (espíritus orgiásticos), seguidoras de Dionisio, cortaron la cabeza de Orfeo y la lanzaron al río Hebro, siendo fama que bajó sus aguas cantando hasta llegar a la ciudad de Lesbos, donde fue enterrada.
- [130] Y aún entonces, mientras la arremolinada corriente del Hebro Eagrio se llevaba rodando la cabeza arrancada de aquel marmóreo cuello, «¡Eurídice!», la seguía llamando aquella voz y aquella lengua gélida, «¡Ay, desventurada Eurídice!», y se le estaba escapando la vida; «¡Eurídice!» repetían las riberas cuan largo era el río. Virgilio, *Geórgicas* IV 521-8 trad. Jaime Velázquez (Ediciones Cátedra S.A., 1994) p. 281.
- [131] As equal were our souls, so equal were our fates? (N. de la T.)
- [132] *Boughs* (ramas) y *vows* (votos) términos de sonido similar en inglés. (N. de la T.)
- [133] Joseph Addison (1672-1719), político y ensayista inglés que viajó por el Continente entre 1699 y 1703. Sus contribuciones junto con las de Richard Steele a las revistas *The Tatler* y *The Spectator* le aseguraron un lugar en las letras inglesas.
- [134] (Siracusa c. 300 - c. 250 a. J.C.). Sus poemas, *Los Idilios* celebran la vida pastoral.
- [135] La traducción que Pope hizo de la *Iliada* de Homero se publicó por primera vez en 1715, el segundo volumen vio la luz en 1716 y quedó completado en 1720.
- [136] En la mitología griega, Andrómaca era la esposa de Héctor y en la *Iliada* es el prototipo del amor conyugal y maternal.
- [137] En la mitología griega, Helena era hija de Zeus. Se la consideraba como la mujer más hermosa del mundo, estaba casada con Menelao, hermano menor de Agamenón.
- [138] En la mitología griega, Príamo fue rey de Troya, asesinado cuando la ciudad cayó en manos de los griegos.
- [139] En la mitología griega, Erimanto era el nombre de una montaña y un río de Arcadia, que lady Mary confunde con el Eurotas, ahora llamado Iri, en Laconia.
- [140] Libro del Antiguo Testamento.
- [141] Véanse las notas 93 y 124.
- [142] Nicholas Boileau-Despréaux, (1636-1711), escritor y crítico, fundador de la crítica literaria moderna en Francia. Su *Art Poétique* (1674) fue particularmente influyente.
- [143] En la poesía persa y turca, el ruiseñor canta el amor no correspondido por la rosa.
- [144] Estrofa I / Now Philomel renews her tender strain, / Indulging all the night her pleasing pain; / I sought the groves to hear the wanton sing, / There saw a face more beauteous than the spring. / Your large stag's eyes, where thousand glories play, / As bright, as lively, but as wild as they. / *Estrofa II* / In vain I'm promis'd such a heav'nly prize, / Ah! cruel Sultan who delays my joys! / While piercing charms transfix my amorous heart, / I dare not snatch one kiss to ease the smart. / Those eyes like, etc. / *Estrofa III* / Your wretched lover in these lines complains, / From those dear beauties rise his killing pains. / When will the hour of wished-for bliss arrive? / Must I wait longer? Can I wait and live? / Ah! bright Sultana! Maid divinely fair! / Can you un pitying see the

pain I bear! / *Estrofa IV*/ The heavens relenting hear my piercing cries, / I loathe the light and sleep forsakes my eyes; / Turn thee, Sultana, ere thy lover dies. / Sinking to earth, I sigh the last adieu, / Call me, my goddess, and my life renew. / My queen! my angel! my fond heart's desire, / I rave, my bosom burns with heav'nly fire, / Pity that passion which thy charms inspire. (N. de la T.)

[145] La autora ha añadido el plural a la palabra original *jân* que designa los *caravansari* o lonjas donde se almacenaba la mercancía y residían los mercaderes temporalmente, ejerciendo entre otras, las funciones de una simple posada. (N. del ed.).

[146] Esposa de Arnandjalit Bajá (1655-1733), albanés que llevaba en el cargo desde agosto de 1716.

[147] Véase nota 96.

[148] Apeles (siglo IV a. de J.C.), pintor griego de la corte de Filipo y Alejandro de Macedonia, considerado como uno de los mejores pintores de la época, aunque no se conserva ninguna obra suya.

[149] Anastasia Robinson (m. 1755), conocida cantante londinense.

[150] (fr.) Platitos.

[151] Publius Aelius Hadrianus, emperador romano (117-138 d. de J.C.) de origen bético. Helenista, codificador de leyes y constructor, embelleció Adrianópolis (ahora llamada Edirne), ciudad de modestos orígenes.

[152] Mehmet IV (1642-1693), emperador otomano desde 1648 hasta 1687; Mustafá II (1664-1703), emperador otomano desde 1695 hasta su muerte.

[153] (fr.) Hombres de negocios.

[154] Véase la nota 119.

[155] Había tres grados de Bajás, quienes tenían derecho a exhibir distinto número de colas de caballo en el exterior de sus tiendas.

[156] La causa jacobita, muy asociada con *los tories*, tenía por finalidad devolver el trono a los Estuardo. A partir de 1714 se hicieron varios intentos por destronar a la dinastía Hannover y en esas ocasiones, las tropas movilizadas acamparon en Hyde Park.

[157] La mezquita de Selimiye Kamiil (Selim II) está considerada como una obra maestra del arte otomano. Construida entre 1569 y 1575 por el arquitecto Sinán, domina la ciudad, tal como describe lady Mary.

[158] Las cerámicas de Iznik.

[159] Encargado de dirigir la oración en la mezquita.

[160] Miembros de una cofradía *sûfi*, institución religiosa dedicada a la realización espiritual dentro del Islam. La enseñanza doctrinal y las prácticas piadosas entre las que se incluye la salmodia y el baile, forman parte de sus actividades principales. (N. del E.)

[161] El joven príncipe Sulayman. Los otros dos hijos de Mustafá fueron Mahmud I (1696-1754), emperador otomano desde 1730 hasta 1754 y Osman III (1699-1757), emperador otomano desde 1754 hasta 1757. Había un tercer hijo, Hassan (1699-1733) a quien lady Mary no menciona.

- [162] Carruaje de cuatro ruedas utilizado por primera vez en Berlín, a finales del siglo XVII.
- [163] Soldado de la caballería turca.
- [164] We come into this world, we lodge, and we depart; / He never goes that's lodged within my heart. (N. de la T.)
- [165] Jean Dumont, *Nouveau voyage au Levant* (1694), traducido al inglés en 1696.
- [166] De hecho, el matrimonio no afecta el destino espiritual de las musulmanas; las viudas pueden volver a casarse al cabo de cuatro meses y diez noches. Véase Halsband, *Letters* 1:364 N° 1.
- [167] En la mitología griega, hijo de Zeus que consiguió la cabeza de la Gorgona sin quedar petrificado y la utilizó para derrotar a sus rivales y ganar a Andrómeda.
- [168] Atenea, hija de Zeus, surgida de la frente del dios, protectora de Atenas y patrona de los constructores de naves y de los herreros, al mismo tiempo que presidía las labores manuales femeninas.
- [169] Variedad de ónix usado como piedra semipreciosa.
- [170] San Agustín de Hipona (354-430), doctor de la Iglesia latina, filósofo y prolífico escritor. Su obra, en especial, *La ciudad de Dios* ha influido hasta los tiempos modernos.
- [171] Carlos XII (1682-1718).
- [172] Castillo al sureste de Constantinopla.
- [173] Villa en las afueras de Constantinopla utilizada como retiro durante el calor estival y las epidemias.
- [174] En la mitología griega, el lugar donde los favorecidos por los Dioses disfrutaban de una gozosa existencia después de la muerte.
- [175] That spirits departed are wondrous kind / To friends and relations left behind, / Which nobody can deny. (N. de la T.)
- [176] «...y nunca pierden, / aun con morir, las ansias amorosas.» Virgilio, *La Eneida*, VI 443- 444, trad. Gregorio Hernández de Velasco (1555) (Planeta, 1996) p. 206.
- [177] En los poetas latinos, río del Hades de cuyas aguas beben las almas a punto de reencarnarse para que puedan olvidar su existencia anterior. Virgilio describe a Eneas presenciando esta escena. *La Eneida* VI 703ss. trad. Gregorio Hernández de Velasco (1555) (Editorial Planeta, 1996), p. 218 y ss.
- [178] El palacio de St. James.
- [179] Elisabeth Lawrence (m. 1725), madre de lady Rich.
- [180] Mary Berkeley (1671-1741), su casa era el lugar de encuentro favorito para los chismes de sociedad.
- [181] Wharncliffe identifica a la destinataria como lady Rich, véase Wharncliffe 2:11, aunque Halsband no menciona destinataria alguna, véase *Letters*, 1:367.
- [182] Véase la nota 165.

- [183] Bálsamo de Judea, resina utilizada en medicina.
- [184] Se dice que una paloma enseñó a Mahoma a recoger trigo de su oreja, que se consideraban cuchicheos del Espíritu Santo.
- [185] Lady Mary dio a luz a su hija el 19 de enero, dos semanas más tarde.
- [186] Orden de San Juan de Jerusalén, fundada durante la primera Cruzada.
- [187] Madeleine Françoise d'Usson Bonnac (1698-1739), se hizo muy amiga de lady Mary y la acompañó en una de sus visitas a un harén.
- [188] Esta carta fue escrita originalmente en francés. [N. del E.]
- [189] Jhon Toland (1670-1722), librepensador irlandés cuya obra *Christianity Not Mysterious* (1696) desencadenó la controversia en torno al deísmo.
- [190] Lady Mary estuvo en Francia en 1717. Desde el año 1714, su marido, junto con otros políticos tory, estuvo implicado en las conspiraciones jacobitas. Véase la nota 150.
- [191] Hafiza (n. 1683).
- [192] Mustafá II fue depuesto en 1703.
- [193] Abú Bakir Efendi (m. 1723), Ministro de Asuntos Exteriores.
- [194] (fr.)Tocador donde se recibía a las visitas.
- [195] Prenda ornamentada utilizada en la corte.
- [196] Sara Jennings (1660-1744), esposa de John Churchill, duque de Marlborough y, durante un tiempo, favorita de la reina Ana.
- [197] Thomas Pitt (1653-1726), propietario de un diamante de gran tamaño.
- [198] Se hace referencia a un incidente registrado por Rycaut, en el que el Gran Señor lanzaba su pañuelo a una de las mujeres del serrallo como señal de que debía visitarlo en su lecho. P. Rycaut, *Present State of the Ottoman Empire* (1668), p. 39.
- [199] Véase la nota 98.
- [200] Fuerte polaco tomado por Mehmet IV en 1672.
- [201] Wharncliffe identifica a la destinataria como lady Rich, véase Wharncliffe II:30, aunque Halsband no menciona destinataria alguna, véase *Letters*, 1:387.
- [202] El barco Smyrnote llegó a Esmirna (actualmente Izmir) en febrero de 1718 y a Constantinopla a mediados de marzo.
- [203] Si se desea una traducción exacta del turco, véase Halsband *Letters* 1:464-5.
- [204] Wortley se había ausentado de la corte para ir a Adrianópolis adonde había sido llamado.
- [205] Lady Mary había enviado 1.550 £ a William Fielding, su tío.
- [206] Catherina de Bourg, esposa del conde Jacob Colyer (1657-1725), embajador holandés en Turquía.

- [207] Edward Wortley Montagu había sido vacunado contra la viruela el 18 de marzo.
- [208] A Wortley lo habían mandado llamar por sus simpatías pro turcas, pues se consideraba que comprometerían su papel de mediador. La Compañía de Levante fue compensada por la pérdida del Embajador de su elección.
- [209] A Wortley le dieron 500 £ para cubrir los gastos del viaje de regreso, la misma suma que le habían dado a su antecesor, sir Robert Sutton, embajador desde 1701 a 1716.
- [210] John Lethieullier (1667-1737), mercader turco.
- [211] Sir John Williams (m. 1743), destacada figura del comercio turco.
- [212] Edward Barker (m. 1747), tesorero de la Compañía de Levante en Constantinopla.
- [213] Véase nota 94.
- [214] Santa Sofía, centro de la vida religiosa de Constantinopla, fue iniciada por Constantino y consagrada en 360, penúltimo año del reinado de su hijo. Justiniano construyó una nueva iglesia en 537. En 1453 Santa Sofía fue convertida en mezquita por Mehmet II una vez que la ciudad cayó en su poder. La iglesia alberga mausoleos de los sultanes otomanos pero Constantino sólo está representado en un mosaico.
- [215] La mezquita de Sulaymán fue construida entre 1550 y 1557 por Sinán, arquitecto de la mezquita de Adrianópolis (véase la nota 151). Está considerada como el monumento más hermoso del arte musulmán de la ciudad.
- [216] Hadise Turhan (1627-82), Validé Sultán (princesa madre), favorita de Ibrahim (1615-48), emperador otomano desde 1640 a 1648.
- [217] La inscripción termina con dos versos más: «Ter denis sic victus ego domitusque diebus / Iudice sub Proclo superas elatus ad auras». La traducción es: «Otrora súbdito pertinaz de los dioses serenos, a quien se pidió que llevase la palma a los tiranos que también encontraron la muerte —todo sucumbe a Teodosio y su inmortal progenie— así conquisté y domesticué yo en treinta días, y bajo la magistratura de Proclus fui elevado a los cielos». Halsband Letters I: 400 N^Q 3.
- [218] La Mezquita Azul, construida entre 1609 y 1616 para el sultán Ahmet I, emperador otomano de 1603 a 1617.
- [219] La New Exchange reemplazó a la Royal Exchange a raíz del incendio de 1666.
- [220] Columna arcádica, copia de la de Trajano en Roma, se derrumbó en 1695.
- [221] John Hervey (1665-1751), vicechambelán de la reina Carlota, cortesano ingenioso, autor de *Memoirs of the Reign of George II* (publicado en 1848), íntimo amigo de lady Mary que se sumó a la batalla contra Pope. Véase la nota 13.
- [222] Esta carta fue escrita en francés y dirigida a la Señora de Bonnac. Posteriormente fue publicada sin el permiso de Lady Mary y recogida en la edición de Halsband.
- [223] Wharncliffe identifica a la destinataria como la condesa de Bristol, véase *Wharncliffe* II:44, mientras que Halsband no menciona destinataria alguna y adivina la fecha. Véase *Letters*, 1:405.

- [224] Doble velo para ocultar la cara que las damas musulmanas usaban en público.
- [225] Richard Knolles (1550-1610), *The History of the Turks* (1603); P. Rycaut, *The History of the Turks* (1700) fue su continuación.
- [226] A. Hill, *A Full and Just Account of the Present State of the Ottoman Empire* (1709).
- [227] Véase la nota 137. Un epitalamio es una composición poética en que se celebra una boda.
- [228] Nápoles formaba parte de las posesiones de la corona de Aragón y desde 1522 del Imperio de los Austrias.
- [229] Según la leyenda romana, Lucrecia se quitó la vida tras ser ultrajada por Sexto quien se aprovechó de la ausencia de Tarquinio Colatino, marido de aquella, para abusar de ella.
- [230] Ibrahim Bajá, primer almirante hasta 1718, cuando fue sucedido por Sulaymán Koca.
- [231] Gregorio (240-332) convirtió a Tirídates, el rey armenio.
- [232] Whiston sostuvo la doctrina aria que negaba que el cuerpo de Cristo fuera el mismo que el de Dios. Véase también la nota 111.
- [233] P. Rycaut, *Present State of the Greek and Armenian Churches* (1679) p. 433.
- [234] La alusión que lady Mary hace a la flaqueza humana se inscribe en la tradición de la psicología literaria de los siglos XVII y XVIII que representaba al hombre como una criatura de pasiones, una de las cuales, la «favorita» o «predominante» era llamada la «pasión dominante».
- [235] *El beylerbey* era el gobernador de una provincia, con una jerarquía inmediatamente inferior a la del Gran Visir.
- [236] Giovanni Francesco Gemelli Careri (1651-1725), hombre de letras napolitano.
- [237] *Kadikoy* en la Turquía moderna.
- [238] Se trata de la “sala de las frutas” de Ahmet III en el harén de Topkapi.
- [239] Warm'd with poetic transport I survey / Th'Immortal Islands, and the well known Sea, / For here so oft the Muse her harp has strung / That not a Mountain rears his head unsung. (N. de la T.)
Versos de J. Addison, *Letters from Italy* (1703).
- [240] The swimming lover and the nightly bride, / How Hero lov'd, and how Leander dy'd. (N. de la T.)
- [241] Orhan Gazi (1288-1369), emperador otomano de 1324 a 1359.
- [242] Santa Inés es la santa patrona de las vírgenes, su festividad es el 21 de enero.
- [243] El Helesponto separa la Turquía europea de Asia Menor, al norte de la antigua Troya. Según la leyenda griega, Leandro cruzaba a nado el Helesponto para ver a su amada Hero, pero la antorcha que ésta mantenía encendida para que él se guiara se apagó una noche y el joven murió ahogado. Durante las campañas persas de la década de 480 a. de J.C., Jerjes, emperador persa, construyó un puente con barcos para cruzarlo.
- [244] Where Juno once carres'd her Amorous Jove / And the World's Master lay subdu'd by Love. (N. de la T.)

- [245] Personaje trágico de una obra de Eurípides (c. 480-406 a. de J.C.) que se desarrolla después de la caída de Troya.
- [246] Historia relatada por primera vez por Diodoro Sículo (c. 40 a. de J.C.)
- [247] La piedra de mármol estaba en el recinto del templo de Minerva. Wortley la llevó a Inglaterra y hoy se encuentra expuesta en una pared, a la entrada de Trinity College, en Cambridge.
- [248] George Sandys, *A Relation of a Journey containing a description of the Turkish Empire* (1615).
- [249] Homero, *Iliada*, XXI, trad. Luis Segalá y Estalella (Espasa-Calpe S.A. Madrid, 1973), p. 219 y ss.
- [250] Jean de la Fontaine, *Le Fleuve Scamandre* (Contes et Nouvelles) (1664).
- [251] Geografía de Estrabón VI 74-5, trad. Loeb Library.
- [252] En la leyenda homérica, durante el sitio griego a Troya se pactó una tregua para que Menelao y París se disputaran a duelo la mano de Helena. Aunque Menelao era mejor luchador, la diosa Afrodita protegió a París y lo devolvió a Helena.
- [253] En *Don Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra (1605), Don Quijote, el héroe, pasa una hora en la cueva de Montesinos donde experimenta un trance visionario.
- [254] Ruinas de Alexandria Troas.
- [255] Flavius Valerius Constantinus, emperador romano (285-337), fundador de Constantinopla.
- [256] Caius Julius Caesar Octavianus (63 a. de J.C. - 14 d. de J.C.), conocido como Augusto, fue el primer emperador romano.
- [257] En la mitología griega, Dafne fue uno de los fracasos amorosos de Apolo. Para huir de sus atenciones, su padre la transformó en laurel, pero como Apolo seguía amándola, dotó a esta planta de hojas siempre verdes.
- [258] Isla del Egeo que fuera centro de la literatura, cuyo patrono era Apolo. Safo fue poetisa; Pitaco un líder democrático; Alceo, un poeta lírico; Teofrasto, poeta y filósofo, y Arión, compositor del coro corintio.
- [259] Lesbos, cuya capital era Mitilene, cayó finalmente en poder de los turcos en 1462.
- [260] Juan V (1293-1383), miembro de la familia Cantacuceno, gobernó el Imperio Romano de Oriente en su época de declive.
- [261] «Verteré vino de Arusia, un nuevo néctar, en los cálices» Virgilio, *Bucólicas Geórgicas* V75 trad. Alfonso Cuatrecasas (Editorial Planeta, 1988) p. 31.
- [262] And eat and sing and dance away their time, / Fresh as their Groves, and happy as their Clime. (N. de la T.)
- [263] El Partenón quedó dañado durante el sitio de Atenas por parte de los venecianos en el año 1687.
- [264] Micenas y Corinto, ciudades de la Argólida. Esta “última campaña” es la de 1715. (N. del ed.)

- [265] «Móranse allí ciudades grandes ciento», Virgilio, *La Eneida*, III, 106 trad. Gregorio Hernández de Velasco (1555) (Planeta, 1996) p. 82.
- [266] En la mitología griega, lugar donde el minotauro cretense, mitad bestia, mitad hombre, se alimentaba de jóvenes atenienses hasta que Teseo le dio muerte.
- [267] Según la mitología griega, el lugar de nacimiento de Júpiter estaba en Creta. Quintus Caecilius Metellus Cretcus (n. 50 a. de J.C.), general romano que conquistó Creta en el año 67 a. de J C.
- [268] Candía fue sitiada por los turcos desde 1648 hasta 1669.
- [269] Isla jónica cerca de Asia Menor, donde se cree que nació Homero.
- [270] Lucrecio *de Rerum Natural* 733, ed. R.E. Latham (Londres, 1951), p. 48. Empédocles, filósofo y científico siciliano por quien Lucrecio sintió gran admiración. Se dice que se suicidó arrojándose a un cráter del volcán Etna.
- [271] Sicilia. (N. del ed.)
- [272] Según la tradición homérica, las sirenas eran ninfas marinas que atraían con su canto a los barcos que navegaban por la zona y éstos acababan estrellándose contra las rocas.
- [273] Ramón Perellós i Roccaful, Gran Maestro de la orden de San Juan de origen valenciano (1697-1720).
- [274] Richard Lawrence, que desempeñaba el cargo de cónsul desde 1711.
- [275] Higos chumbos. (N. del Ed.)
- [276] Luis IX (1214-1270).
- [277] Felipe III (1245-1285), rey de Francia; Eduardo I (1293-1307) y Enrique III (1207-1272), reyes de Inglaterra.
- [278] Túnez fue capturada en 1534 por Barbarroja (Jayr al-Din, c. 1483-1546), recuperada en 1535 por Carlos V, reconquistada por Kodja Sinán Bajá en 1574. Véase la nota 73.
- [279] Estrabón, *Geography* VIII 184-5 trad. Loeb Library.
- [280] Frances Bathurst, esposa del enviado británico a Genova, Henry Davenant.
- [281] Barrio elegante de Génova.
- [282] Cuando los turcos iniciaron el asedio a Constantinopla que culminó con la caída de la ciudad en el año 1453, los genoveses los secundaron.
- [283] Francesco Imperiale Lercaro (1628-1712), dogo de Genova, se disculpó ante Luis XIV en Versalles.
- [284] Movimiento difundido en Italia en el siglo XVIII caracterizado por la observancia de ciertas normas de comportamiento. El *cicisbeo* era un caballero que servía a una dama de alto linaje; el término se refiere también a un hombre dedicado a la galantería; lechuguino, pisaverde. (N. del ed.)
- [285] Andrea Doria (1466-1560), almirante genovés que en 1528 expulsó de Génova a los franceses y restableció la república.

- [286] Andrea Palladio (1508-1580), uno de los más importantes arquitectos y teóricos italianos de su tiempo. Poseía un profundo conocimiento de la construcción y el estilo romanos, trabajaba a la manera clásica y posteriormente fue imitado en Inglaterra por Iñigo Jones (1573-1652).
- [287] Raffaello Sanzio (1483-1520); Paolo Veronese (1528-1588); Tiziano Vecellio (1477-1576); Annibale Carracci (1560-1609); Michelangelo Buonarroti (1475-1564); Guido Reni (1575-1642); Antonio Allegri Correggio (1494-1534).
- [288] Cuadros de Guido Reni.
- [289] La sábana santa de Turín, en la que se cree que estuvo envuelto el cuerpo de Cristo después de ser crucificado.
- [290] La Venaria era un pabellón de caza construido por Carlos Emanuel II (1634-1675); el de Valentino era un palacio.
- [291] Ana (1669-1766), casada con Víctor Amadeo II (1666-1732), duque de Saboya y rey de Sicilia desde 1713.
- [292] María Ana (1690-1766), hija ilegítima de Víctor Amadeo II; biznieta de Carlos I.
- [293] Sicilia había pasado a formar parte de Aragón en 1282.
- [294] Carlos Emanuel III (1701-1773).
- [295] San Justo (374-381), obispo de Lyon.
- [296] Tiberius Claudius Drusus Nero Germanicus (10 a. de J.C. - 54 d. de J.C.), emperador romano a partir del 41 d. de J.C.; Lucius Septimus Severus (146-211), emperador romano a partir del año 193 y gobernador de la Galia, cuya capital era Lyon.
- [297] En la Place Louis le Grand, se erigía la estatua ecuestre de Luis XIV (1638-1715).
- [298] Place Bellecour, una de las plazas más grandes de Lyon.
- [299] De Séneca, *Apocolocyntosis*, trad. así en Halsband: «Desde aquí, poderoso Ródano, tus rápidos torrentes fluyen / y Arar duda qué camino seguir». Véase *Letters* 1:437. El texto completo de las inscripciones latinas de esta carta se encuentra en *Wharncliffe* 2: 84-7.
- [300] (Fr.) Abrumada.
- [301] Enrique IV (1553-1610), primer rey Borbón de Francia.
- [302] Luis XIV (1638-1715).
- [303] El teatro de la ópera de París se encontraba en el Palacio Real. En Londres, la ópera estaba en el Haymarket, diseñado por Vanburgh y completado en 1705. La Comédie Française estaba en Saint Germain des Prés; el nuevo teatro de Lincoln Inn Fields abrió en 1714.
- [304] Ann Oldfield (1683-1730), célebre actriz.
- [305] *Bajazet*, obra de teatro de Racine (1672).
- [306] Marcadas como las ovejas con ocre rojo para identificar a quién pertenecían.
- [307] A quien lady Mary había escrito cierto número de cartas.

[308] Georges de Scudery (1601-1690), dramaturgo.

[309] Véase las notas 156 y 190.

[310] Germanus (c. 634-733), se resistió al edicto del papa León II que prohibía la veneración de iconos.

[311] Charles Le Brun (1619-1690), pintor y decorador francés, discípulo de Poussin.

[312] Estatuas de plomo de los personajes de las fábulas de Esopo diseñadas por Le Nôtre en 1673.

[313] El duque D'Antin había sido supervisor de obras de la Corona desde 1716.

[314] John Milton, *El paraíso perdido*, II 345-371.

[315] Cour de la Mayne, serie de senderos paralelos al Sena.

[316] Luis XV, nieto de Luis XIV, heredó el trono francés en 1715. El duque Felipe de Orleans (1674-1729) actuó de Regente.

[317] John Law (1671-1729), escocés, Contralor General de las finanzas francesas, organizó la estratagema de Mississippi por la cual Luisiana fue entregada a un grupo de inversores para establecer allí una compañía al estilo de la Compañía de las Indias inglesa.

[318] (fr.) De arriba a abajo, (n. del E.)

[319] Donde está emplazada una estatua de Luis XIV, rodeada de esclavos.

[320] Cerveza fuerte y amarga que se prepara en marzo.

[321]

[322] Pope había enviado a lady Mary un cuento sobre la muerte de una pareja de novios campesinos alcanzados por un rayo.

[323] Here lies John Hughs and Sara Drew; / Perhaps you'll say, what's that to you? / Believe me, friend, much may be said / On this poor couple that are dead. / On Sunday next they should have marr'd, / But see how oddly things are carr'd. / On Thursday last it rained and lightened; / These tender lovers sadly frightened / Sheltered beneath the cocking hay / In hopes to pass the storm away. / But bold thunder found them out / (Commissioned for that end no doubt) / And seizing on their trembling breath, / Consign'd them to the shades of death. / Who knows if'twas not kindly done? / For had they seen the next year's sun / A beaten wife and cuckold swain / had jointly curs'd the marriage chain. / Now they are happy in their doom / For Pope has wrote upon their tomb. (*N. de la T.*)